

MAURICIO VARGAS LINARES

AE
E I
✻

LA NOCHE QUE MATARON A BOLÍVAR

 Planeta

D.J.57

Mauricio Vargas



La noche que mataron a Bolívar

 Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Departamento de Diseño Grupo Planeta
Fotografía de cubierta: Norman Tirano

© 2017, Mauricio Vargas Linares
© 2017, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N° 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6410-7
ISBN 10: 958-42-6409-5

Primera edición: marzo de 2018

Impresión y encuadernación:

*Para Susie,
que no alcanzó a leerlo.*

ÍNDICE

CAPÍTULO I

OJOS HAY QUE DE LEGAÑAS SE PEGAN

CAPÍTULO II

DESPACIO Y BUENA LETRA

CAPÍTULO III

TODO HOMBRE ES UN SISTEMA

CAPÍTULO IV

AL TIRANO, LA CABEZA Y LOS PIES CORTAR DEBEMOS

CAPÍTULO V

TRAICIÓN GUSTA, TRAIADOR NUNCA

EPÍLOGO

SALVO SÍ, SANO NO

NOTA FINAL

CAPÍTULO I

OJOS HAY QUE DE LEGAÑAS SE PEGAN

—Cuénteme, mi general, y perdone la demasía: ¿es verdad?

—Qué cosa —respondió el Libertador, entre incómodo y distraído.

Obligado a contener los espasmos de la tos para que no los descubrieran, los zapatos hundidos en la orilla fangosa de la quebrada de San Agustín y el orgullo pisoteado por una fuga sin decoro que lo había llevado en volandas desde el balcón de la habitación presidencial en el Palacio de San Carlos hasta el indigno escondite bajo el puente del Carmen que por lo pronto, eso sí, le salvaba la vida, Simón Bolívar no podía sentirse más miserable. De modo que la lisura del sargento José María Meneses González, el hombre que acababa de salvarle el pellejo, poco le importó.

—¿Es verdad que doña Manuela fusiló a mi general Santander? —insistió el sargento, repostero de plata de la casa presidencial, en cuya azarosa compañía el Libertador de la antigua Capitanía de Venezuela, la Nueva Granada, Quito, Guayaquil y el Perú, y creador de la República de Bolivia, había terminado tras escapar de los asaltantes.

—Ojalá —musitó en tono inaudible y el sargento se quedó sin saber.

Gracias a los reflejos móviles de la luna llena en la corriente de la quebrada, que rompían a destellos la oscuridad bajo el puente de piedra, el repostero creyó descubrir un amago de sonrisa en la cara pálida de agobio del presidente al que servía con lealtad, esa noche más que nunca. Lo habían incorporado al servicio del palacio de gobierno por una recomendación que hizo, ante el cuerpo de edecanes de Bolívar, el general José María Córdova. Nacido en el año cuatro en Carolina del Príncipe, en tierras antioqueñas, el sargento Meneses se incorporó al batallón alistado por Córdova con jóvenes de las montañas de esa región, y combatió, aun antes de cumplir los dieciséis, durante la campaña del río Magdalena en junio y julio de 1820, y en las escaramuzas y maniobras que terminaron en la liberación definitiva de Cartagena de Indias semanas más tarde. Entre los años veintidós y veinticuatro peleó en las decisivas batallas de

Pichincha y Ayacucho, cuando Córdova y los hombres de su división, en la que Meneses se destacó lo mismo por su valor que por sus dotes en la intendencia, se convirtieron en la pieza clave del ejército del general Antonio José de Sucre, que terminó de barrer con las armas españolas de Suramérica.

—Entonces es cierto —susurró Meneses, casi al oído del Libertador.

Claro que era verdad. Cuatro meses atrás, durante una díscola velada en la Quinta, al pie de los cerros tutelares de Bogotá, y mientras Bolívar andaba por fuera de la capital dedicado primero a salvar y luego a hundir, desde Bucaramanga, la Convención de Ocaña que debía darle a Colombia una nueva Constitución, Manuela Sáenz reunió a un piquete de infantes del batallón Granaderos, les ordenó cargar sus armas y los formó como pelotón de fusilamiento, que vamos a brindarle a este nuevo Judas el final que se merece.

Dueña de la coreografía y de la trama como anfitriona del sarao en ausencia del presidente, les puso delante un muñecón de trapo y paja, con el rostro de papel atravesado por un fino bigote y coronado con dos ojos pequeños y afilados. Un cartel le colgaba del cuello. “Francisco de Paula Santander muere por traidor”, anunciaba el letrero, del que poco quedó cuando los fusileros llenaron de plomo el monigote; que viva el Libertador, gritaba ella, y que Caín las pague todas, mientras la mayoría de sus invitados chocaban las copas y reían a mandíbula batiente. Antes de la ejecución, un sacerdote amigo de la anfitriona, conocido por su exaltado ánimo boliviano, se acercó al pelele y llevó la farsa al límite de prestarle, en voz baja, los últimos auxilios espirituales.

—A este, ni sus rezos lo salvan —sentenció Manuela.

Entre los testigos de la bufonada estaba el general Córdova, el gran héroe de Ayacucho, por quien Manuela sentía especial debilidad. Fastidiado por los alcances del sainete, Córdova se retiró de la Quinta y al día siguiente informó por carta al Libertador, quien le respondió con una misiva en la que volcó tanta sinceridad que le pidió al destinatario que la destruyera una vez leída. Bolívar definió la moziganga como torpe y miserable, y en cuanto a la amable loca, escribió, qué quiere que yo le diga si usted la conoce de tiempo atrás; yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya. Luego que pase este suceso, prometió en vano, pienso hacer el más determinado esfuerzo para hacerla marchar a su país o donde quiera. Mas diré que no se ha metido nunca sino en rogar, que no ha sido oída sino en el asunto de Alvarado, cuya historia no me daba confianza en su fidelidad, agregó el presidente en un arrebató de intimidad. Usted, mi querido Córdova, lo

tranquilizó, no tiene que decirme nada que yo no sepa, tanto con respecto al suceso desgraciado de estos locos, como con respecto a la prueba de amistad que usted me da. Yo no soy débil ni temo que me digan la verdad, usted tiene más que razón, remató, tiene una y mil veces razón.

A la cabeza reflexiva del Libertador le dañaban el día esas chinchorrerías, pero a su corazón lo rendían las barrabasadas de la mujer quiteña de quien, durante más de seis años, había tratado de escapar sin conseguirlo. Desde las primeras noches que pasaron en la hacienda Catahuango, al sur de Quito, en junio del año veintidós, Bolívar se debatía entre la necesidad oprimente de revolcarse con ella en la cama y la opción, que es lo que le corresponde, general, permítame la franqueza, de abandonarla para siempre. En vano trató de poner miles de leguas y decenas de mujeres entre los dos, lo mismo en Guayaquil que en Lima, en Cusco, La Paz y Potosí: solo o acompañado, el recuerdo de Manuela Sáenz Aispuru lo sacudía en sus desvelos de amanecer, y su ausencia, la insoportable falta de sus caricias y de su risa loca, le ahuecaba el alma hasta hundirlo en la miseria.

Casi un año atrás, apenas instalado en Bogotá y reasumidas de lleno sus funciones como presidente de la república después de meses en Caracas lidiando con José Antonio Páez y los sinuosos líderes de la capital venezolana, y tras años de guerra abierta y de tapadas intrigas en Quito, Guayaquil, Lima y el Alto Perú, el Libertador claudicó ante sus ansias insufribles de volver a verla. El hielo de mis años, le escribió en octubre del veintisiete, se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor me da una vida que está expirando, yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela, no tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia, deliró. Te veo aunque lejos, ven, ven, ven luego. Tuyo del alma, y más abajo, el garabato de la firma.

Manuela estaba en Quito. Allí había intentado guarecerse de los rumores que le llegaban, raudos y frecuentes como son siempre las nuevas envenenadas, de las aventuras de su ilustre amante en cada puerto y cada villa, antes y después de cada batalla, de cada reunión de gabinete, de cada proclama, mientras ella sacaba fuerzas de la rabia y del dolor para salvar los restos de su herencia, en especial Catahuango, la hacienda de su madre donde había aprendido de niña a montar a caballo, a horcadas como le gustaba y como espantaba al servicio y a su familia, y donde había comenzado a educar al Libertador en las artes del amor apasionado en aquellos días de gloria del veintidós que siguieron al triunfo de los patriotas en Pichincha y, tres semanas después, a la entrada victoriosa del Libertador a Quito.

Leyó la carta días antes de Navidad y ni siquiera se lo pensó. Bolívar seguía batallando de manera infructuosa por olvidarla y ella lo sabía, y sabía también, de tiempo atrás, que estaban condenados a buscarse y reencontrarse aquí y allá con la esperanza de estar juntos un buen día, por fin y para siempre, dedicados a borrar las huellas de las otras en él y, si era verdad lo que repetían las urracas quiteñas, las de los otros en ella. Resolvió en Quito lo que pudo, dejó pendiente lo que no y apenas iniciado el nuevo año de 1828 partió para Bogotá a lomo de mula en compañía de sus dos infaltables criadas, Nathán y Jonatás, y del oficial francés Charles Eloi Demarquet. Con una década de servicio entre los ayudes de campo de Bolívar, el Libertador le había encargado escoltar a Manuela para que nada malo le ocurriera, sobre todo, mi estimado Demarquet, en el paso por los valles y laderas siempre traicioneros que rodean a Pasto, donde aún laceraba el recuerdo de la masacre de la Nochebuena de 1822, cuando por orden de Bolívar y al mando de Sucre, las tropas patriotas asaltaron a sangre y fuego la ciudad leal a la corona española, masacraron a cientos de resistentes realistas, y allanaron sus casas para violar a las mujeres y degollar a los niños.

Manuela y su comitiva superaron la prueba de Pasto sin novedad, treparon dos cordilleras más y entraron a la capital a fines de enero. Bolívar la esperaba en la Quinta, una casona de muros amarillentos y tejas rojas cubiertas de musgo y líquen, rodeada de jardines por donde soplaban a gusto las ráfagas húmedas del viento paramuno que bajaba de los cerros de Monserrate y Guadalupe por el apretado boquerón que desembocaba en los patios traseros, sobre el costado oriental de la propiedad. Entre cerezos y alcaparros, rosas y geranios y el huerto siempre generoso que cuidaba con el esmero del derrotado José María Álvarez, soldado realista que se había negado a huir de Bogotá tras la derrota española en Boyacá en el año diecinueve, el Libertador quiso revivir con Manuela los mejores días de su batallado romance.

Cuando la quiteña desmontó en la capital, Bolívar salió a recibirla y la condujo, en una calesa y escoltado por su guardia, hasta la casona. Ceremonioso y desbordado de gestos de cariño, la llevó del brazo y le mostró los jardines, los salones y las habitaciones, los senderos empedrados, la fuente de piedra, la alberca, el establo y hasta la cocina. Pero ella apenas tenía ojos para apreciar la Quinta. Aunque hizo gala de toda la contención de que era capaz, que no era mucha, para disimular su estupefacción, Manuela tuvo que sincerarse cuando, los dos a solas, su amado le preguntó si le pasaba algo.

—¿A mí? —se sacudió—. Soy yo quien te pregunta, por mil demonios, qué

te han hecho...

En unos cuantos meses, el Libertador había envejecido hasta la ancianidad. La piel tersa y morena que ella recordaba estaba ahora seca, arrugada y con tintes aceitunos, lo que resultaba más visible aún por el avance de las entradas más allá de la frente, que ya no era frente amplia sino pura calvicie. Los ojos estaban enrojecidos, pero no por la emoción, sino por un agotamiento que saltaba a la vista de los recién llegados, que lo recordaban vigoroso y radiante apenas un año y unos meses atrás, y ahora, como le ocurría a Manuela, se encontraban con un hombrecito débil y apagado, con el dolor marcado en el rostro, que con esa faz parece el Cristo de las cinco llagas.

—Es este clima, mi niña hermosa, pero ya verás cómo tu sola presencia me repone en lo que llega la primera luna llena.

En las tardes, mientras el turpial amarillo repetía sus melodías desde las ramas de los arrayanes, Manuela obligaba al Libertador a tomar baños en la alberca de la Quinta, que esto te ablanda el genio y te descomprime las carnes. Pero el amante caraqueño no mejoraba y, por el contrario, saltaba a la vista que la terapia causaba más daño que beneficio, que no ves cómo lo está matando, el pobrecito tiritita apenas se sumerge en el estanque y, al salir, tose hasta quedar descosido.

Las ocurrencias de su amada poco ayudaban a la salud del presidente de Colombia. Síntoma inequívoco del deterioro de su idilio, las chacotas que en otros tiempos divertían a Bolívar y hasta llegaban a enamorarlo más, ahora le chocaban. La quiteña lucía más excéntrica que nunca, como si, harta del mal recibo que su llegada había tenido entre las señoras santafereñas, cada día encontrase mayor placer en provocarlas y en desatar entre ellas las hablaturías, que basta oír lo que cuentan quienes trabajan allá, que oronda se pasea por la Quinta con un oso que le bajaron de los cerros, que ojalá sólo se paseara, que la han visto cómo se revuelca con la bestia en la cama del Libertador y le permite que le manosee los pechos y hasta se los aruñe, que le deja sus garras marcadas y ella tan contenta.

Más allá de esas patrañas, en un principio la casa había parecido la indicada para acoger a los amantes, que podían despertar con el canto melodioso de la mirla de pico amarillo, capaz de intuir la salida del sol cuando aún no asoman los primeros rayos. Levantada a inicios del siglo por el afortunado comerciante José Antonio Portocarrero, que deseaba en ella, entre otros acontecimientos, festejar los cumpleaños de doña Francisca Villanova, esposa del virrey Antonio José

Amar y Borbón, como en efecto lo hizo en más de una ocasión, el gobierno de la naciente república la adquirió en el año veinte para propósitos bien diferentes: obsequiársela a Bolívar como una pequeña muestra, que así rezaba la escritura de entrega dictada por el vicepresidente Santander, encargado siempre de la presidencia durante las largas ausencias del Libertador, de la gratitud y el reconocimiento en que se halla constituido este departamento de Cundinamarca por los inmensos beneficios de que lo ha colmado su excelencia, restituyéndole su libertad, que ni la propiedad ni los dichos de la escritura suenan a mucho, caramba, frente a tantos sacrificios del caraqueño.

Bolívar la ocupó por breves periodos en vísperas de su viaje a Venezuela, a principios de la década, para sellar la independencia de la antigua Capitanía General, y luego, antes de trasladarse al sur para sacar a los españoles de los territorios del reino de Quito y del virreinato del Perú. Durante sus largas ausencias, la Quinta había quedado en manos de Anacleto Clemente, un sobrino del Libertador poco amigo del trabajo, quien la descuidó y la dejó caer, que ese señorito es el paladín de la desidia. En 1826, cuando el retorno de Bolívar a Bogotá se hizo inminente, Santander le pidió permiso para invertir en ella varios miles de pesos de los sueldos atrasados del presidente titular y volverla de nuevo habitable. Avíseme siquiera de Popayán su venida y más o menos el día de su llegada, le escribió el vicepresidente el veintiuno de septiembre, que su Quinta se la tengo muy compuesta y decente.

El que no estaba para nada bien era el palacio presidencial, una vieja casona sin señorío que ocupaba el costado sur de la Plaza Mayor. Sus achacosas paredes habían soportado mal el fuerte temblor del diecisiete de junio del veintiséis y peor aún la secuela de temores que sacudió a la capital durante más de seis meses. Santander raspó la olla del erario con el fin de reunir recursos para recuperar el edificio, símbolo del poder colonial que había de serlo ahora de la república libre. De vuelta en Bogotá el diez de septiembre del veintisiete, el Libertador se instaló en la Quinta y creyó que no necesitaba más. Con el paso de los días, sin embargo, se convenció de que la humedad que reinaba en la casona y las ráfagas de ventolera helada que bajaban del páramo por el estrecho boquerón arriba del hospicio, y pasmaban los patios y corredores, no favorecían su salud.

Las discusiones sobre la suerte del palacio presidencial continuaban, afectadas ya para entonces por los altibajos de las relaciones entre Bolívar y el hombre que durante una década había sido su mano derecha, el gran custodio de la nación en ciernes y el gobernante en ejercicio desde Bogotá, mientras el

Libertador culminaba la tarea de la independencia, tanto en Venezuela como en las tierras del sur, y deshacía entuertos en su Caracas natal. Atrás habían quedado los tiempos en que Santander se declaraba el más fiel y el más leal servidor de Bolívar y, en caballerosa pero sincera respuesta, el Libertador elogiaba sin peros su celo administrativo, lo mismo en la guerra que en la gestión del gobierno. Tras años de separación, durante los cuales la relación resistió con éxito, a punta de cartas y de confianza del uno en el otro, las intrigas de los sembradores de cizaña, la paradoja es que poco se veían y casi nunca se hablaban ahora que el caraqueño estaba de vuelta en la capital.

En los primeros meses de 1827, aun antes del retorno de Bolívar, habían dejado de cartearse, envenenados por los chismes de los adulones de sus respectivos entornos, pero también por sus cada vez más evidentes diferencias en cuanto a la manera de sostener la muy precaria unidad de la larga docena de departamentos en que estaba dividido el territorio de la nación. La república cubría un arco enorme, desde las bocas del Orinoco en el extremo oriental hasta el istmo panameño en el occidente, las costas más allá de la ría de Guayaquil en el suroccidente y las selvas amazónicas del departamento de Azuay, en el límite sur con el Perú. La inmensidad de ese territorio, atravesado por altas cordilleras que multiplicaban lo duro de cualquier travesía, se había demostrado tanto o más ingobernable después de la independencia que en los tres siglos largos de dominio español, que no sólo se trata de la orografía sino del carácter de las gentes, en especial los mandamases locales, que cada cacique quiere ser emperador de su terruño sin sometimiento alguno al poder central.

Para hacer frente a estos desafíos, cada vez con mayor frecuencia Bolívar se sentía tentado a cerrar el puño, que ahora resulta que quien tenía razón era el viejo Libertador del Sur. Y es que poco quedaba del general libertario de inicios de la década, cuando había rechazado con tanta soberbia como convicción las sugerencias sobre la urgencia de gobiernos fuertes, encabezados si era del caso por un príncipe europeo, que había llegado a proponerle ese hombre, el Protector del Perú, el general José de San Martín, durante la entrevista en que lo mismo se conocieron que se despidieron para siempre, en Guayaquil, a finales de julio del año veintidós.

—De qué valdrá, general, lo que hemos conseguido, si a la hora del juicio de la historia dirán de nosotros que marcamos el paso de una tiranía a otra — argumentó Bolívar ante la insistencia de San Martín en el sentido de que los pueblos cuya independencia se encontraban cerca de sellar no estaban maduros para vivir entre democracia y catálogos de derechos y libertades.

—Un gobierno fuerte es lo contrario de una tiranía —intentó explicarle, en vano, San Martín, y ahora el caraqueño lo recordaba a diario.

Un lustro después, Bolívar estaba hasta la coronilla, que no podemos seguir en la misma de ofrecer un mar de derechos y exigir apenas un charquito de deberes. Quizás San Martín había tenido razón, pensaba a veces y se lamentaba de no haberlo entendido a tiempo, que ese hombre hastiado y achacoso se las traía, qué duda cabe, si hasta se supo largar, el carajo, y debe de andar por Europa más contento que unas castañuelas, dedicado a la familia y a la lectura, se mentía, él que tan apegado seguía, a pesar de los entuertos, a los tejemanejes cotidianos del poder.

Cuando meditaba en el poco caso que le hizo durante las entrevistas, los dos a solas, en Guayaquil, a lo largo de las cuales definieron el destino del Perú y de medio continente, se excusaba con el alegato de que el Libertador del Sur lucía demasiado blandengue como para resultar convincente con su tesis del mando centralizado y fuerte. Al igual que le había ocurrido a San Martín, fueron sus años en Lima los que convencieron a Bolívar de que el sueño de una república de hombres libres estaba lejos de tornarse siquiera alcanzable en estas tierras. Plasmó sus convicciones en la Constitución que redactó para Bolivia, con una presidencia de amplios poderes y por demás vitalicia, para gobernar la república que emergió de la liberación de las tierras del Alto Perú, cuando los dirigentes de sus provincias dejaron en claro que no querían quedar atados a Lima ni al gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, los dos gobiernos que se disputaban su posesión, que no sabemos con cuál de los dos vamos a resultar más oprimidos.

Santander había recorrido el mismo camino, pero a la inversa. Fanático del orden y de la disciplina, había impresionado a Bolívar desde sus primeros encuentros, doce años atrás, por su capacidad organizativa, gracias a la cual era capaz de convertir una cáfila de imberbes harapientos, armados apenas con unas cuantas lanzas y fusiles, en el más eficaz y estructurado de los batallones. Con la carga de la administración a cuestas, mientras Bolívar y sus tropas trataban de convencer a sable y plomo a los españoles de retirarse de esta mitad del mundo, Santander despachaba desde Bogotá centenares de engorrosos asuntos cada día, redactaba leyes y decretos con la esperanza de que sus conciudadanos aprendieran a respetarlos y agotaba las arcas para intentar satisfacer las demandas del barril sin fondo en que se había convertido el Ejército Libertador. Entre montañas de papeles que despachaba, siempre puntilloso, con razonable

tino, al principio había alcanzado a encandilarse con la idea de que gobernaba desde su escritorio.

Obligado a lidiar con los caprichos del siempre rebelde liderazgo regional, pronto se desengañó, que lo mismo en Popayán que en Cartagena o en Caracas, los grandes señores ponían en jaque, semana tras semana, al poder central que Santander pretendía regentar y que los caciques de las provincias se esmeraban en desafiar por su propio beneficio y para conseguir, por contera, el aplauso rápido de sus coterráneos locales. Empezó a dudar, no de su eficacia de administrador político, sino de la del centralismo que la república había heredado, e incluso acentuado, del régimen colonial, que si esto no sirvió entonces no ha de servir ahora, que el nombre de colombiano, lo dijo entonces el general Carlos Soublette, es la cosa más destituida de significación, porque nos hemos quedado tan venezolanos, granadinos y quiteños como lo éramos antes, y quizás con mayores enconos.

El presidente en funciones culminaba la jornada, bien entrada la noche, agotado hasta el cansancio por la lidia cotidiana con tanto cabecilla local, y en su mente crecía la convicción de que una república que centralizaba muchas de sus decisiones, grandes y pequeñas, en un solo despacho, era incapaz de mantener el orden a lo largo y ancho de su gigantesco territorio, cuando una carta con los detalles de una rebelión en Caracas contra el reclutamiento impuesto por el comandante general del departamento de Venezuela, el general José Antonio Páez, como ocurrió a inicios del veintiséis, tardaba más de tres semanas en llegar a Bogotá, y la respuesta, con instrucciones sobre cómo lidiar con la asonada, demoraba otro tanto.

Arrinconado por esas pruebas y con el recuerdo de su propia filiación anticentralista del año doce, cuando llegó a combatir, bajo el mando del brigadier Antonio Baraya, contra el gobierno del presidente Antonio Nariño, Santander comenzó a creer en las tesis federalistas que promovían algunos de sus seguidores más jóvenes como una solución ante tan impracticable centralismo, que si no es posible contenerlos a todos en el mismo cuenco, al menos deberíamos ensayar separarlos en varios y contener los distintos cuencos en un solo azafate. Todo ello, pensaba, podía alcanzarse por la vía de desarrollar leyes que dieran mayor autonomía a cada departamento, pero sin tocar lo que él y los suyos consideraban intocable, la Constitución de Cúcuta de 1821, liberal y tolerante para tiempos de paz pero dotada de los instrumentos necesarios, sostenía el vicepresidente, para tirar fuerte de las riendas cuando algún caballo rebelde se desbocara en Caracas, Pasto o Cartagena, que para eso están, le

escribió más de una vez al Libertador, las facultades extraordinarias del artículo 128.

Bolívar había dejado de creer en la Carta del año veintiuno y consideraba que el texto que había redactado para Bolivia, y que el Mariscal Sucre había conseguido que la Asamblea del Alto Perú aprobara a fines del veintiséis, con su presidencia vitalicia y su todopoderoso gobierno central, se adecuaba más a las urgencias de las repúblicas impúberes que habían resultado de las guerras de independencia. A Santander y a sus amigos liberales, el texto boliviano les revolvió el estómago y el temor a que el Libertador intentara implantarlo en Colombia brotaba en las conversaciones y tertulias de los salones del barrio de La Catedral, lo mismo que en las aulas del Colegio de San Bartolomé, desde mucho antes del retorno de Bolívar a Bogotá.

Por esos disparates del ejercicio del poder, fue un Bolívar tolerante y un Santander empeñado en reprimir, y no al contrario, lo que desencadenó el enfrentamiento que terminó de agriar, esta vez sin remedio, las relaciones entre presidente y vicepresidente. Cuando todos en Venezuela creían que los anhelos de reconquista de los realistas habían cesado desde la secuencia de combates navales del lago de Maracaibo, entre mayo y julio de 1823, que redujo la flota española de treinta y dos buques a sólo tres goletas menores en las que huyeron a Cuba los sobrevivientes, los rumores de una invasión realista desde esa misma isla llegaron a Bogotá, que es el siguiente paso que dará la Santa Alianza de los Borbones franceses y chapetones, que se nos viene una armada enorme, treinta mil hombres, un centenar de buques, y estas tierras no resisten otra guerra, repetían a mediados del año veinticuatro los contertulios de la noche en las chicherías y los oficiales en su lecho de ocasión una vez satisfechos los afanes de la pasión.

El treinta y uno de agosto de 1824, Santander quiso dar un golpe en la mesa que resonara lo mismo en la vastedad de Colombia que en Cuba y en la península del rey Fernando, que si el Deseado quiere volver a la batalla, aquí humillaremos a sus tropas. En ausencia de Bolívar, que en febrero había tenido que dar su propio manotazo en Lima al proclamarse dictador del Perú para contener las intrigas de los encopetados líderes de la señorial capital que jugaban a dos bandos, el Hombre de las Leyes, como lo bautizaría el Libertador meses más tarde, puso manos a la obra con un decreto ejecutivo que haría ruido.

Francisco de Paula Santander, decía, de los Libertadores de Venezuela y Cundinamarca, condecorado con la Cruz de Boyacá, General de División y

Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo, debiendo ponerse la República en estado vigoroso de defensa contra sus enemigos, en circunstancias en que el Rey de España pretende renovar las hostilidades, he venido, en ejecución de la Ley del Congreso Constituyente de 25 de Agosto de 1821, y en cumplimiento de los artículos 113 y 117 de la Constitución, en decretar y decreto lo siguiente: artículo primero, en todas las Provincias de la República se hará un alistamiento general de todos los ciudadanos, desde la edad de dieciséis años hasta la de cincuenta. Así de claro. El decreto sólo exceptuaba a los integrantes del ejército, la marina y las milicias, que estaban de hecho en servicio, y, cómo no, a los eclesiásticos ordenados *in sacris*.

Publicada en octubre, la norma cayó mal en Caracas, Valencia y otras ciudades venezolanas. Leguleyos y chupatintas que reclutaban adeptos gracias al manido expediente patriotero de emprenderla contra Bogotá se despacharon en críticas que cuestionaban la validez jurídica del decreto, que Santander sólo tiene derecho a reclutar a los habitantes de Cundinamarca, todo lo demás es un abuso. Pero una voz respetada, la del general José Antonio Páez, héroe de las batallas de la Quesera del Medio en 1818 y de Carabobo en 1821, y legendario comandante de los bravos llaneros, respaldó la medida y en una proclama el cuatro de noviembre trató de calmar los ánimos. Que no se trata de haceros soldados, quiso explicar, ni de obligaros a los penosos ejercicios de tales, ni de someteros a sus ordenanzas: se trata, y es lo que desea el gobierno, de saber el número total de sus defensores en este Distrito para calcular nuestros medios de defensa, cuando el caso lo exija, porque el gobierno sabe, y vosotros lo habéis manifestado siempre, que cuando nuestro suelo sea invadido todos somos voluntariamente sus defensores. Y remataba, persuasivo, que no debemos imitar la imprevisión de nuestros enemigos, y es cordura prepararnos con tiempo para todo evento.

Un primer reclutamiento apenas produjo ochocientos hombres, cuando Bogotá esperaba miles del territorio venezolano, famoso por producir intrépidos guerreros. Hubo dos intentos más que derivaron en disturbios, tras los cuales todo salió mal. El cabildo caraqueño, donde Páez contaba con algunos enemigos, envió un informe a la capital en el que denunciaba atropellos de los oficiales y la tropa en el alistamiento y responsabilizaba a Páez de los excesos. Si el Senado lo aprobaba, Páez sería juzgado. Santander vio venir la crisis y quiso atajarla. Ya un juicio del Senado contra otro venezolano, el presidente de la Alta Corte de Justicia, Miguel Peña, había emponzoñado los tratos entre Caracas y Bogotá. Peña se había opuesto ese año a la condena a muerte del coronel Leonardo

Infante, un patriota caraqueño que había estado al lado de Páez en la Quesera del Medio y que se destacó en el Pantano de Vargas y Boyacá, las batallas que decidieron la independencia de Cundinamarca.

El negro Infante se había ganado el cariño del ejército, de Bolívar para abajo, y tras algunas batallas en el sur, se instaló en Bogotá, donde lo acusaron de matar al teniente Francisco Perdomo. Por su rango, el proceso lo llevó la Alta Corte, donde, a pesar de la debilidad de las pruebas, la mayoría de los magistrados lo sentenció a morir fusilado. El jurista Peña salvó su voto con vehemencia y se negó a firmar el fallo, que esto es contraevidente, un atropello, un crimen, estos lanudos de Bogotá lo persiguen por caraqueño. Fue entonces cuando el Senado procesó al magistrado y lo condenó a la suspensión de su cargo durante un año, obligado además a pagar de su bolsillo a su sustituto. Cuando el fallo fue divulgado en Caracas, pocos en esas tierras dudaron que cualquier venezolano que fuese procesado por las altas instancias de la capital ya estaba condenado de antemano.

Destituido y llamado a Bogotá para enfrentar un juicio, Páez no podía esperar mejor suerte, que ya sería el colmo que lo condenaran por tratar de hacer cumplir el decreto de alistamiento de Santander, pues será el colmo, te digo, pero será. Peña, que tras ser suspendido regresó a Valencia, donde tenía su casa, lo persuadió de negarse a viajar a la capital para enfrentar su proceso en el Senado, que mira cómo le fue a Infante, que mira cómo me fue a mí, no dudes que Santander y sus amigos te quieren hacer papilla. En abril del veintiséis, Peña se convirtió en su asesor más cercano cuando el general, a instancias de los ediles valencianos, asumió *de facto* el poder en la antigua capitania y se declaró en rebelión contra Bogotá. La república colombiana aún no aprendía a caminar y ya estaba a punto de perder una de las piernas.

Bolívar así lo entendió y se embarcó en Callao el cuatro de septiembre, atracó en Guayaquil ocho días después y cabalgó hasta Bogotá, a donde llegó el catorce de noviembre. Para Año Nuevo del veintisiete ya estaba en Venezuela, que perdón y vuelvo con la cantaleta, le dijo a uno de sus edecanes, con estas distancias no es posible llegar a tiempo para deshacer estos embrollos. A Páez se le había sumado casi todo el liderazgo del departamento, incluido el cabildo caraqueño, el mismo que, era de risa, había encendido la primera chispa de la conflagración cuando decidió denunciar a Páez por los abusos durante el alistamiento. El cuatro de enero, él y el Libertador se abrazaron en Naguanagua y, en el estrujón, los cintos de que colgaban sus espadas se enredaron y los dos generales gastaron un rato en zafarse, no se diga más, que estamos ante un

designio, la unión es inquebrantable, y tronaron los aplausos. La Cosiata, que así habían bautizado la rebelión quienes quisieron quitarle importancia, parecía conjurada.

Bolívar y Páez entraron juntos a Valencia y hubo más aplausos, y luego a Caracas, y hubo muchos más. En su tierra natal, el Libertador proclamó una amnistía general a favor de los rebeldes y concedió a Páez rango de jefe civil y militar de Venezuela, a cambio, eso sí, de que el departamento se mantuviera como parte de Colombia, que se lo digo así de claro, mis amigos, el Libertador ha destituido *de facto* al gobierno de la república, se quejaba Santander.

Con excepción de Bolívar, nadie parecía contento. Ni el vicepresidente en la capital, ni un puñado de influyentes líderes en Barquisimeto, Valencia y Caracas que recelaron del renovado poderío de Páez. Algunos, como el gobernador de Carabobo, Fernando Peñalver, nunca reconocieron su mando, que yo sólo estoy de acuerdo con él en la necesidad de que Bolívar mismo venga por acá a hacerse cargo de todo. Y era verdad que Páez lo pensaba, o al menos eso le dijo al Libertador en una carta en la que insistía en la necesidad de una reforma constitucional que le diera garantías al departamento frente a Bogotá, y le prometía dejar el mando si el Libertador se instalaba en Caracas y asumía el poder, que a leguas se nota que con el abrazo de Naguanagua no se salvó Colombia.

* * *

—Zape, Mandinga —musitó el Libertador, año y medio después debajo del puente del Carmen, con los pies en el fondo de la quebrada y la frente sudorosa por la fiebre.

—¿Qué dice, general? —indagó el sargento Meneses, intranquilo porque por momentos Bolívar farfullaba reniegos, como si la calentura de la frente lo tuviese al borde del delirio.

—En Caracas se quieren separar y aquí me quieren matar, que Belcebú anda suelto y reclutando en estas tierras.

El Libertador se abrazó a la capa para protegerse de una nueva ráfaga de viento helado, que si la cabeza ardía, los hombros y el pecho tiritaban.

—Es la corriente de Ubaque que hace tan engañoso a septiembre, con el sol en el día y las noches claras que cortan estos vientos tan frescos —comentó el sargento en un intento por traer de regreso a su jefe.

Al presidente poco le importó, y aunque regresó, no lo hizo a esa noche sino al año anterior. Lo habían sacado de quicio las reconveniones de Santander por el acuerdo con Páez, que ahora me viene a decir que con ese arreglo he desbaratado las instituciones de la república. Él, pensaba y lo decía, justo ese hombre amarrado a su escritorio, gran genio de la administración y del derecho, pero tan imprudente cuando se apega a la letra del papelorio en que vive sumergido, él solito armó todo este lío cuando no supo contener a los suyos en el empeño de juzgar a Páez por la denuncia del cabildo de Caracas, como para que venga ahora a darme lecciones de constitucionalismo con su zalamero disfraz de amigo consejero.

—Será el hombre de las leyes —se quejaba ante los suyos—, pero no el de la cruda realidad.

Las prevenciones de Santander eran anteriores a la Cosiata. Desde mediados del año veintiséis, los seguidores del Libertador en Quito, Guayaquil y en un puñado de provincias divulgaron proclamas a favor de la Constitución boliviana como modelo para todas las tierras liberadas por el caraqueño. Algunos de sus firmantes actuaban motivados por el deseo de darle coba a Bolívar a cambio de algún favor, pero otros estaban convencidos de que un gobierno fuerte, que tomara forma en la presidencia vitalicia suya, era el único remedio para atajar las tentaciones secesionistas y todos los demás despelotes y tropeles que crecían por doquier como la mala hierba.

Son como niños en berrinche, que lo que andan pidiendo es una buena azotaina del papá, le decían algunos a Bolívar. Y razón no les faltaba, que entre los caciques provinciales que hablaban de federalismo y autogobierno para sus tierras, había echado raíces la idea de que sólo soportarían que los mandaran desde Bogotá si quien lo hacía era el propio Bolívar. Y eso quería decir algo más: que no los mandara más su segundo.

Enterado de la provocadora actividad que desarrollaban los bolivianos de distintas regiones y azuzado por los santanderistas de la capital, el vicepresidente se sinceró por carta con Bolívar. Las actas de Guayaquil y de Quito creando una dictadura contra el pacto colombiano existente, le escribió el ocho de octubre del veintiséis, insultando tan groseramente al gobierno nacional, son la ignominia de Colombia. Una dictadura constituida, sentenció, cuando la mayor parte de los departamentos ha abrazado la causa de la Constitución contra los rebeldes de Venezuela, es el borrón más negro que los autores del proyecto podían echar sobre su patria.

—¡Qué! —remató el duro párrafo para sacudir al Libertador—. ¿Ya está en disociación el pueblo colombiano? ¿Se acabaron las leyes?

Consciente de la severidad del tono de la epístola, Santander quiso atrincherarse, como tantas veces lo había hecho en sus controversias por escrito con Bolívar, en la amistad que los unía y en las dignidades que el Libertador mismo le había acreditado. Usted me ha llamado el Hombre de las Leyes, escribió, y juro que no seré nunca desmerecedor de tan bello y hermoso título, usted me ha llamado siempre su amigo y mil veces protesto que no seré infiel a esta expresión tan satisfactoria, ocultándole la verdad.

Más adelante, y tras una segunda catilinaria dedicada a los enemigos de la Constitución, apelaba de nuevo a los lazos que los unían desde las campañas libertadoras de la década anterior. Mi general, le preguntaba, ¿me cree usted su verdadero amigo? ¿Me cree interesado en el bien de la patria y la gloria de usted? Pues con toda la efusión de un corazón leal y sincero, le ruego que no apruebe las actas de Guayaquil y de Quito, ni se preste a llamar a la gran convención. Hágalo usted, concluía, por el bien de la patria que tanto le cuesta, por la suerte futura de tantos colombianos que nos sucederán, por el bien de la causa americana, por su reputación y por su propia gloria, que escribir bien sabía.

Preocupado por mi gloria, y dicen que un buey voló, lo más triste es que en ocasiones le creo, que así de zoquete soy, refunfuñaba Bolívar a medida que le llegaban nuevas historias, unas más ciertas que otras, sobre lo que Santander conversaba con Florentino González, que andaba por los veintidós, pero quien desde quinceañero había criado fama por su lengua rápida y finamente tóxica que hacía los deleites de las muchachas y sacaba sonrisas del rostro ceñudo del vicepresidente de la república. González se había recibido un par de años atrás como bachiller, licenciado y doctor en jurisprudencia, y para el año veintisiete su pluma plasmaba las ideas más radicales del republicanismo liberal en las páginas de *El Conductor*, que dirigía Vicente Azuero, otro cercano a Santander y quien desde la Comisión de Educación había asesorado al gobierno en la fundación de las primeras universidades públicas, que urge, señor vicepresidente, formar mentes libres y pensamientos críticos para vacunar a la república contra los tiranos que por ahí acechan.

Nacido en Cincelada, en las tierras rojas y templadas vecinas a Charalá que tantos líderes y combatientes habían dado a la revolución comunera de 1781 y a la campaña libertadora del diecinueve, González no era el único de su

generación que admiraba al vicepresidente. Él y sus camaradas de debate veían con creciente desconfianza la deriva dictatorial de Bolívar, que este hombre se cree la reencarnación de César, decía el uno, y de Bonaparte, agregaba el otro, los dos en una sola persona, remataba un tercero en las veladas de alegatos y coñac en casa del poeta Luis Vargas Tejada. En estos círculos era posible hallar a los mayores fanáticos de Santander, que tenía muchos seguidores más, pues tal y como el Libertador lo pudo comprobar a poco de regresar a la capital, en la ciudad abundaban el respeto y la admiración por el vicepresidente que había gobernado a la joven nación por más de seis años, durante los cuales la mayoría había sabido de Bolívar por el eco de sus victorias militares y, no menos importante, por los colosales costos de su ejército, que los bogotanos, al igual que los demás colombianos, estaban obligados a sufragar por la vía tributaria.

—Estos muchachos —rezongaba el Libertador cuando le traían cuentos de González, Vargas Tejada y los demás— se creen que un par de clases sobre el Código romano y una lectura ligera de san Agustín les van a enseñar todo lo que deben saber sobre una república y sobre el derecho de rebelión contra aquel a quien con tanta ligereza bautizan como tirano.

—Es más grave que eso, señor, pero usted no se da cuenta —le advertía Manuela, en las escasas treguas que se abrían en medio de las riñas de celos y el cruce sin fin de las cuentas pendientes.

—¿Acaso no hay una sola cátedra en San Bartolomé ni en el Colegio del Rosario que les aprenda a estos opinantes de sobremesa sobre los deberes? —monologaba Bolívar.

—Es peor —se animaba Manuela.

—La libertad —proseguía Bolívar sin escucharla— se halla de ordinario enferma de anarquía; cuánta razón tenía el bueno de San Martín.

—Es mucho peor —perseveraba ella.

—Qué dices...

—Están conjurados contra usted, señor.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué harán conmigo?, ¿apuñalarme como una manada de Brutus?

—Son capaces de todo.

—Exageras —la cortaba el Libertador—, que con tus fiestas y fusilamientos poco ayudas.

Manuela callaba y el abismo del desafecto, una tirria que les corroía el alma,

volvía a instalarse entre ellos. Ya no eran las otras mujeres, las de La Paz y Cochabamba, Lima, Quito y Guayaquil, ni los achares que le despertaban a Bolívar las provocaciones de su amada con algún soldado imberbe o, en ocasiones, su abierto galanteo con generales como Córdova, que yo sé que ella es así y no lo puede evitar, pero acaso no se entera de cuánto me insulta. Ahora era Santander, siempre Santander, todo el tiempo Santander el motivo de sus repetidas discordias.

—No me tortures más, yo ya rompí con ese hombre —le espetó Bolívar durante una de las amargas veladas de aquellos días penosos.

Y era cierto.

Santander es un pérfido, le había escrito al general Rafael Urdaneta meses atrás, desde Caracas. No puedo seguir más con él, prosiguió en el pliego fechado el catorce de marzo de 1827, pues no tengo confianza ni en su moral ni en su corazón. Dos días más tarde, compartió esas cuitas con su viejo compañero de armas, el general Soublette. Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, se desahogó, le he escrito hoy que no me escriba más porque no quiero responderle ni darle el título de amigo. Sepa usted esto, machacó sin dejar dudas, para que lo diga a quien corresponda. Los escritos de Bogotá tiran contra mí, se quejó, mientras yo mando callar los que tiran contra Santander. ¡Ingrato mil veces!

En realidad, aún no había terminado la carta para el vicepresidente que le mencionaba a Soublette. La selló tres días después, con fecha diecinueve de marzo y unas palabras que lacrarían la ruptura. Ahórreme la molestia de recibir sus cartas, le pidió a Santander, que ya no deseo concederle a usted el título de amigo.

* * *

El presidente de la república seguía entregado a sus dolorosos recuerdos, empeñado en entender qué había ocurrido para que terminara, con los zapatos de Manuela enterrados en el barro y el agua de la quebrada de San Agustín congelándole las canillas, aquella madrugada de septiembre del veintiocho. Le venían a la mente aquellos momentos en que, como arcadas nacidas de lo más profundo de sus entrañas, durante el año anterior lo habían sacudido impulsos fugitivos que le devolvían, mejorada, la imagen del general San Martín, que ese hombre cogió la paloma al vuelo y comprendió que aquí sólo nos espera la ingratitud después de tanta entrega y de tanto sacrificio.

—En estas tierras sin memoria, lo mejor que podemos hacer los guerreros, una vez cumplidas nuestras tareas, es largarnos —agregaba mientras coqueteaba, oralmente y por escrito, con la idea de renunciar.

Días después de su carta al vicepresidente, le escribió a otro viejo amigo, sir Robert Wilson, veterano general del ejército británico contra Napoleón en Egipto, España, Prusia y Rusia, y padre del coronel Belford Hinton Wilson, uno de los varios edecanes extranjeros del Libertador. Las imputaciones con que me han oprimido en estos últimos días los republicanos, celosos o facciosos, se dolió ante el entonces parlamentario británico, me han obligado a renunciar decididamente a mi empleo de presidente, que yo, en realidad, deseo ansiosamente salir de la carrera política porque ya no tiene para mí atractivos.

—El bien que podría hacer si me quedo —dictó a renglón seguido a su secretario— sería demasiado tachado de ambición, y no se puede soportar la situación de Colombia, que no ofrece más que rivalidades, disturbios y desagradados.

—Una dictadura —hizo una pausa y midió sus palabras—... Una dictadura sería capaz solamente de salvar al país, pero la dictadura es el escollo de las repúblicas.

Semanas después de escribirle al general Wilson, recibió la respuesta de Santander, datada en Bogotá el veintinueve de abril. El vicepresidente le remitió una carta dolida pero hilvanada con frialdad y salpimentada de ironía, que en ese campo también sabía moverse el vicepresidente. No puedo menos que agradecer a usted mucho, deslizaba en el texto, su carta del diecinueve de marzo, en que se sirve expresarme que le ahorre la molestia de recibir mis cartas, y que ya no me llamará su amigo, que vale más un desengaño, por cruel que sea, que una perniciosa incertidumbre, y es cabalmente por esto que estimo su declaración.

Pero Santander no iba a desaprovechar esta última oportunidad para pasar de nuevo la factura de la lealtad e insistir en sus razonados argumentos, que gané la amistad de usted sin bajezas, y sólo por una conducta franca, íntegra y desinteresada, y la he perdido por chismes y calumnias fulminadas entre el ruido de los partidos y las rivalidades. Quizás las recobraré, se ilusionaba aún, por un desengaño a que la justicia de usted no podrá resistirse, y yo entretanto sufriré este último golpe con la serenidad que inspira la inocencia.

Al final, cedía a la tentación de poner la otra mejilla, de manera que la ruptura no quedara protocolizada desde su orilla. Aunque usted no me llame en toda su vida ni me crea su amigo, se despedía, yo lo seré perpetuamente con

sentimientos de profundo respeto y de justa consideración. Besa la mano de vuestra excelencia su muy atento, humilde servidor, Francisco de Paula Santander.

—El beso de Judas —musitó Bolívar bajo el puente del Carmen.

* * *

Para finales del año veintisiete, Bolívar y Santander seguían siendo el presidente y el vicepresidente de una nación que, a pesar de contar con el mayor ejército del continente y de haberle propinado con él la última estocada al que había llegado a ser el mayor imperio del planeta, estaba a punto de desbaratarse. Por encima de las diferencias reales y de las hablaturías y verdades a medias que los cercanos de cada uno corrían a informarles con inusitada eficacia, los dos padres de la patria se vieron obligados a entenderse en asuntos varios de la administración del país, incluida la engorrosa cuestión del palacio presidencial que la seguidilla de temblores de los meses recientes había dejado en ruinas, un trance menor en medio de tanto enredo gordo, pero en el cual Santander creyó encontrar una oportuna excusa para acercarse a Bolívar.

La más fuerte de las réplicas tras el movimiento telúrico de junio del año anterior se produjo el dieciséis de noviembre del veintisiete, que lo predijo el padre Margallo, por mi madre que yo mismo lo escuché, que por haber velado en el Sagrario a aquel que cayó en un duelo de amanecer, esa capilla y toda la ciudad quedaron malditas. A la predicción del sacerdote sólo le pusieron atención una vez cumplida, cuando además de la capilla del Sagrario, varios conventos y decenas de casas se vinieron abajo, agotados por un año de continuos zarandeos.

El palacio presidencial, que había quedado inhabitable tras los temblores del veintiséis, ofrecía ahora, al día siguiente del nuevo y fatal seísmo, un perfil en ruinas que cubría casi todo el límite sur de la plaza. Las esperanzas de reconstruirlo desaparecieron y el vicepresidente se apresuró a raspar el fondo de las arcas de la nación para adquirir un lugar decente donde pudiera despachar y residir el Libertador. Seis años antes, cuando recién se había hecho cargo del gobierno, Santander había optado por vender la casona de San Carlos, que hacía esquina con la calle del Coliseo, una cuadra arriba del palacio derruido. En el siglo XVI había sido la más lujosa residencia de la ciudad, en el XVII la primera sede del Colegio de San Bartolomé y, desde 1777, poco después de que Carlos III decretara la expulsión de los jesuitas de las posesiones españolas, había

alojado la biblioteca pública de Santafé, con centenares de libros que había atesorado allí la Compañía de Jesús.

Al enterarse de que Bolívar había puesto los ojos en esa mansión, Santander negoció su recompra por los mismos setenta mil pesos por los que la había vendido, y el Libertador le dio vía libre a la adquisición. Las diligencias tardaron unos meses, hasta que a fines de marzo del veintiocho la transacción quedó en firme y el presidente procedió a instalarse, con muy poco mobiliario, pues no había para más, que igual estaba hasta las narices de los helados chiflones de la Quinta.

Días antes del terremoto que selló la suerte del viejo palacio de la plaza, el presidente había tenido un gesto que conmovió al vicepresidente y le devolvió la ilusión de salvar su relación. El veintiocho de octubre, un grupo de seguidores del caraqueño organizó una solemne ceremonia cuyo clímax sería la imposición de una corona cívica sobre la cabeza de Bolívar. Los organizadores del evento buscaban abrirle los brazos de la capital a quien, después de años de guerras y vicisitudes por medio continente, por fin llegaba a Bogotá para instalarse a la cabeza del gobierno.

—No soy yo quien merece esta corona, sino el pueblo —dijo después de tomar en las manos la laureola antes de permitir que le ciñeran con ella las sienes.

Caminó hacia Santander, con quien no cruzaba palabra desde hacía semanas, pero cuya presencia en el acto había sido impuesta por el protocolo.

—El vicepresidente, como el primero del pueblo, es quien merece llevarla más que nadie, que lo sepa todo el mundo.

Y en medio de algunos murmullos, la puso sobre la cabeza del Hombre de las Leyes, para indignación de los promotores del acto, bolivianos furibundos que veían en Santander al mismísimo Luzbel. Los seguidores del vicepresidente, cuyas prevenciones les impedían conmovirse con esos gestos, quisieron buscarle cinco patas al gato, que les digo que fue una coronación cargada de veneno, nombrarlo el primero del pueblo, hasta suena bonito, pero es dejar sentado que se trata de uno más, pura chusma, y ya no del vicepresidente de la república, que con razón a Santander se le hinchaban las narices, aseguraban.

No era cierto. El vicepresidente había tomado nota del guiño, el primero tras meses de frío desprecio del Libertador hacia él. Bolívar había conseguido en agosto que el Congreso convocase la convención que debía reunirse en Ocaña a principios de marzo del año veintiocho, para dictar una nueva Constitución. Y

aunque Santander habría preferido que juntos encontrasen las soluciones a las angustias de Colombia en la Constitución dictada en Cúcuta en el año veintiuno, que allí está todo, general, lo necesario para curar estos males, le había dicho decenas de veces, entendía que si él y sus amigos jugaban bien las cartas, podrían hacerse con una influencia decisiva en la reunión de Ocaña y frenar el intento de Bolívar y sus amigos de implantar el modelo de presidencia vitalicia y todopoderosa que el Libertador le había dado a Bolivia.

Los detractores de la Carta boliviana sostenían que pecaba, entre otros vicios, por su excesivo centralismo y Santander, que otrora había favorecido la construcción de un poder central fuerte y había visto a Bolívar ceder ante la rebelión de Páez, que había puesto en cuestión precisamente el mando centralizado de Bogotá, cedió del todo y se entregó a las ideas federalistas que algunos de sus jóvenes seguidores liberales preconizaban, que el dique más sólido, señor vicepresidente, contra el proyecto boliviano por el que Bolívar terminará convertido en tirano es una Constitución federal como la quieren muchos en Caracas y no pocos en Quito y Guayaquil, en Cartagena y Antioquia.

—Aliados con ellos en Ocaña —le decía uno de sus incondicionales— podremos mantener viva la llama liberal de la Carta de Cúcuta, si usted acepta ceder en la cuestión del poder central a favor de un federalismo que, es hora de reconocerlo, se acomoda más a nuestras disparidades regionales.

Santander estaba ahora, gracias a que tenía cómo jugar, más tranquilo con la convención de marzo. Y Bolívar, que la había promovido, ponía en ella todas sus ilusiones. La Navidad del año veintisiete los pilló inmersos en una tregua que, como suele suceder con todo cese temporal de hostilidades, dio alas a las esperanzas de cada uno de alcanzar sus respectivas metas, convencido como estaba cada cual de que, tras el paréntesis, podría ganar la partida.

Bolívar se instaló en San Carlos a principios de marzo, al tiempo que los primeros convencionistas se apeaban de sus monturas en los portales de las casonas de Ocaña para librar la batalla decisiva por la nueva Constitución. Una tarde de junio, mientras le mostraba sus nuevas habitaciones a un viejo amigo, el capitán José Ignacio París, se asomaron a la ventana de la amplia recámara del segundo piso, donde habían quedado instalados la cama, el armario y un pequeño escritorio del Libertador. París lo había introducido en el universo masón en Cádiz en 1803, y aunque para 1828 Bolívar ya había renegado hacía tiempos de la hermandad, conservaba la vena conspirativa que unas veces había condenado a sus enemigos y otras, no pocas, lo había salvado a él.

—Mire usted este balconzuelo con vista a la calle del Coliseo —le dijo Bolívar, tras abrir de par en par los postigos y una de las hojas de la ventana.

—De seguro alcanzan a entrar por acá los primeros rayos del amanecer.

—Muy cierto, Pepe, pero más importante aún es que, a pesar de estar en la segunda planta, no está muy alto.

—¿Y eso qué, señor presidente?

—Pues que esta ventana parece pensada para escapar en caso de una grave necesidad...

París guardó silencio, consciente de que las preocupaciones del presidente tenían asiento firme. Los informes que apuntaban a que algo malo podría sucederle al Libertador se habían hecho frecuentes en Bogotá, a fines del primer semestre del veintiocho, después del lánguido final de la Convención de Ocaña, cuando los federalistas, entre ellos Santander, elegido por una copiosa votación, y sus amigos y aliados, dejaron en minoría a los bolivianos, y para evitar la inminente derrota, el presidente optó por una maniobra para disolver la asamblea, lo que marcó el final de la tregua con el vicepresidente, que lo seguía siendo sólo de nombre, pues desde hacía meses que ni siquiera era convocado a los consejos de gabinete. En las semanas siguientes, la distancia entre los dos se hizo más grande que nunca, un abismo aún más infranqueable cuando el veintisiete de agosto Bolívar promulgó una ley fundamental que dejó sin vigencia la Constitución del año veintiuno, le dio amplísimos poderes y le otorgó el título de Libertador presidente que sus enemigos asimilaban, no sin razón, al de dictador.

A mediados de septiembre, Bolívar se encontraba postrado por uno de los frecuentes resfriados que solían apocarlo durante días, todo por culpa, repetía, de este clima cambiante y malsano, y que conste que no hablo de la política. Trataba de despachar sobre el pequeño escritorio de su habitación, pero la mayor parte del tiempo las fuerzas no le daban para levantarse, por lo que optaba por dictar y leer documentos y dictar y firmar cartas con las piernas extendidas bajo el tendido y la espalda recostada sobre el espaldar de la cama.

Manuela, que desde el guateque del fusilamiento de Santander en la Quinta y la posterior reprimenda de su amado había resuelto instalarse en una casa alquilada, a razón de treinta y dos pesos mensuales, frente a la plazuela de San Carlos, a mitad de camino entre el palacio y la Plaza Mayor, vino acompañada de una criada para cuidar al enfermo. Sentada al borde de la cama del presidente mientras lo convencía de beber un caldo de pollo, fue interrumpida por un

guardia.

—Afuera, en el portón, una señora muy angustiada solicita que el general la reciba —le dijo a Manuela.

Veintidós años después, en una carta al oficial irlandés Daniel Florencio O’Leary, por más de una década edecán de Bolívar y quien se había dedicado a coleccionar la correspondencia y otros documentos de los personajes de las guerras de Independencia, Manuela rememoró lo ocurrido para que constara en los archivos del irlandés. Salí dejando al Libertador, le contó, y esta señora, que existe, me dijo que tenía que hacerme ciertas revelaciones nacidas de su afecto por él, pero que en recompensa exigía que no sonase su nombre. La visitante insistía en ser escuchada por el Libertador, y Manuela la hizo entrar hasta el comedor y le pidió que esperara mientras le informaba al presidente.

—En mi estado, ni puedo salir a recibirla ni hacerla entrar hasta mi cama —le respondió Bolívar—. Escucha tú lo que tenga para contar.

Le di a la señora esas disculpas, detalló Manuela en su relato a O’Leary, y ella me dijo entonces que había una conspiración, nada menos que contra la vida del Libertador; que había muchas tentativas y que sólo las dilataban hasta encontrar un tiro certero; que los conjurados se reunían en varias partes, una de ellas en la Casa de Moneda; que el jefe de esa maquinación era el general Santander, aunque no asistía a las reuniones y sólo sabía el estado de las cosas por sus agentes, pero que él era el jefe de la obra; que el general Córdova sabía algo, pero no el todo, pues sus amigos lo iban reduciendo poco a poco. En fin, concluyó Manuela ese aparte de su evocación, la señora me dijo tanto que ya ni recuerdo.

Apenas escuchó de labios de Manuela el nombre de Córdova, Bolívar saltó de la cama y mandó llamar al coronel Guillermo Fergusson, edecán de su guardia de honor, y le ordenó, coronel, vaya usted a oír a esa señora. Fergusson regresó y repitió, con algunos detalles adicionales, la narración de Manuela.

—Dígale usted a esa mujer que se vaya —sentenció Bolívar— y que es una infamia el tomar el nombre de un valiente como el general Córdova. Qué osadía venir a importunarme con semejante bulo, que no me van a matar en atentado alguno sino a punta de patrañas.

—Pero señor... —quiso intervenir Manuela.

—No se diga más, punto final a este sainete —cortó, tajante, el Libertador.

* * *

Atrapado entre la rabia y la tristeza, el Libertador recordó la visita de la señora y la charla con Manuela y Fergusson, ocurrido apenas unas semanas atrás, mientras hacía silencio con el sargento Meneses, bajo el puente del Carmen, en la madrugada del veintiséis de aquel septiembre negro del año veintiocho. Un rato antes habían escuchado los pasos de un piquete de soldados, que ellos sí que hacían bulla, por acá, ordenaba el comandante, los ojos bien abiertos y los oídos bien despiertos que no debe andar lejos.

—¿Usted, sargento, sabía algo? —indagó Bolívar con la voz más atiplada que de costumbre.

—¿De qué, mi general?

—De que me iban a matar, de qué más va a ser...

—Todos lo sabíamos.

—¿Y por qué coños nadie me dijo?

—Lo sabíamos tantos, incluso yo que ya no me ocupo de armas ni de intrigas, apenas de la vajilla y de las fuentes, azafates y cubiertos de plata, que era imposible imaginar que el señor presidente lo ignorara.

—Nadie me abrió los ojos —se dolió, a sabiendas de que no era cierto.

—Ojos hay, mi general, que de legañas se pegan.

El Libertador cruzó el índice sobre la boca para que ambos se callaran y lo llevó luego a la oreja, para indicarle que escucharan los pasos de una nueva patrulla. Mentía, no venía nadie, pero en la miserable situación de presidente en fuga y escondido como un cobarde, sólo le faltaba ganarse el rapapolvo de un sargento, y por eso prefirió refugiarse en el silencio. El sargento no era el primero en decirle esa noche que, de puro cabezota, no había querido enterarse de lo que todos sabían.

—Dicen que habrá una revolución —le soltó sin emoción Bolívar, que tomaba un baño tibio, a Manuelita, que acababa de entrar en la habitación pasadas las siete de la noche del veinticinco de septiembre.

—Puede, enhorabuena, haber no una sino hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos —le respondió ella, mordaz y de malas pulgas.

El Libertador había recaído de su resfriado y, una vez más, había mandado llamar a la quiteña. En un principio, ella se negó a acudir porque estaba desde media tarde con dolor de cara, que el señor se cree que es el único que tiene derecho a padecer. Sólo la insistencia del Libertador, dígame a la señora que mi enfermedad es más grave que la suya, la obligó a ceder, entre refunfuños. El

sirimiri que había cubierto la ciudad al final del día lavó el empedrado de la calle y ella tuvo que regresar para poner zapatones sobre su calzado. En el corto camino hacia el palacio, pudo ver cómo la luna casi llena dejaba ocasionales pinceladas de blanco sobre las piedras humedecidas.

—No tengas cuidado —respondió el presidente como niño regañado tras el sablazo de su compañera— que ya no habrá nada.

Con su cuerpo desbaratado por los escalofríos, quiso ahorrarse una nueva pelea. En medio de las tensiones políticas, los ecos de los amoríos del Libertador y las hablillas de las comadres bogotanas contra ella, la pasión de las sábanas había dejado su lugar al frenesí de las riñas, que lo mismo estallaban sin avisar que se enconaban durante días entre silencios interminables, cruces de frases filosas y miradas matadoras.

La relación había sufrido un golpe devastador años atrás, en Lima, una vez que Manuela llegó a pasar la noche a la casona de La Magdalena desde donde el Libertador intentaba en vano gobernar al Perú. Cuando se aprestaba, después de sus abluciones, lavado de cara y ligera perfumada, entregada ya a los abrazos y besos de su amante, a deslizarse bajo el tendido de la cama donde habían pasado tantas horas felices, descubrió entre las sábanas, a un lado de la almohada, un arete de filigrana que brillaba, desafiante. Mientras un vacío se adueñaba de su pecho comprendió por qué, en aquellos días, los oficiales de la guardia habían conseguido mantenerla alejada de la casa, con la excusa de que Bolívar despachaba de manera intensa con su gabinete o que había aprovechado la hermosa tarde de cielo azul, tan escaso en esa ciudad, para cabalgar al borde de los acantilados frente a la costa.

—Fue un verdadero infierno —le contó el Libertador, en abril del año veintiocho, a su amigo y confidente, el general francés Luis Perú de la Croix, quien se hallaba retirado en Bucaramanga y en cuya casa Bolívar esperaba el desenlace de la Convención de Ocaña.

Me atacó como un ocelote, continuó Bolívar el relato, por todos los flancos, me arañó el rostro y el pecho, me mordió fieramente las orejas, que casi me mutila, yo no atinaba cuál era la causa o argumentos de su odio en esos momentos en que, porfiadamente, me laceraba con esos dientes que yo también odiaba en esa ocasión. Pero sepa usted, prosiguió, que ella tenía razón: yo había faltado a la fidelidad jurada, y merecía castigo, y entonces me calmé y relajé mis ánimos, y cuando se dio cuenta de que yo no oponía resistencia, se levantó pálida, sudorosa, con la boca ensangrentada y mirándome me dijo mientras me

mostraba el zarcillo, ninguna, oiga bien eso, señor, que para eso tiene oídos, ninguna perra va a volver a dormir con usted en mi cama porque usted lo admita, tampoco porque se lo ofrezcan.

—¿Y cómo compuso usted el enredo? —indagó Perú de la Croix.

—Ella se vistió y se fue, y luego regresó y pasó varios días cuidándome las heridas, y nos entregamos mañana, tarde y noche a la curativa pasión del armisticio y la reconciliación.

Pero esos tiempos habían pasado. Ni la salud del Libertador, estropeada por recurrentes catarros y el pecho siempre congestionado, ni la de la relación, sobrecargada de rencores y deudas sin saldar, daban pie a los arrebatos y noches de lujuria de los mejores años. No se soportaban si pasaban juntos más que unas cuantas horas. Pero tampoco soportaban separarse por muchos días. Eran la enfermedad que no remite, pero también el paliativo que la hace tolerable.

La noche del jueves veinticinco de septiembre no volvieron a hablar de revoluciones. Él pidió que le leyera mientras tomaba su baño. Ella se volvió a quejar de su dolor de cara, pero al final accedió. Era Voltaire, como tantas veces. Pero avanzaron poco. El Libertador se entregó pronto a una crítica de *Julia o la nueva Eloísa*, de Rousseau, que no le había gustado nunca, aseguró, aunque no era cierto, que de joven y de la mano de su maestro Simón Rodríguez había devorado esa y muchas otras obras de Rousseau, a quien ahora le había perdido el respeto; tanto cuento del hombre bueno, debe ser que nunca se topó con uno de verdad.

Agotada por la migraña, que apenas había cedido desde que la atacase en la mañana, soportó mal el discurso del Libertador. Puso oídos sordos y se quedó mirándolo, medio cuerpo sumergido en el agua, más delgado que nunca, los brazos, los muslos y las canillas descarnados, el abdomen hundido, el pecho encogido, la cabeza descolgada, notorios los huesos de los carrillos, las mejillas chupadas, los ojos saltones pero sin brillo bajo unas cejas pobladas, grises y despeinadas, las arrugas como una seguidilla de cortes sobre la frente alta y el pelo encrespado tachado de canas. Había dejado de usar bigotes y patillas hace tiempos y eso empobrecía aún más el rostro.

De que se acostó, recordaría Manuela veintidós años después en el relato para O'Leary, se durmió profundamente, sin más precaución que su espada y sus pistolas, sin más guardia que la de costumbre, sin prevenir al oficial de guardia ni a nadie, contento con que el jefe de estado mayor, o no sé lo que era, le había dicho que no tuviera cuidado, que él respondía.

Pasada la medianoche, latieron con intensidad dos perros que el Libertador había mandado traer de la Quinta al palacio presidencial, y desde la habitación donde velaba la fiebre de su señor, Manuela escuchó un estruendo de taconazos y metales. Sacudió por los hombros al Libertador, que esa noche, por la calentura, andaba con el sueño profundo. Bolívar abrió los ojos por fin, saltó de la cama, tomó su espada y su pistola y avanzó hacia la puerta. Ella lo contuvo y lo instó a vestirse. Él dejó las armas y, obediente, se puso la blusa blanca, los calzones del mismo color, que le bailaban por la flacura, y la casaca azul.

Buscó las botas y recordó.

—Amalaya sea mi suerte, se las llevaron para lustrarlas...

Manuela recogió del piso los sobrepapatos que, por cuenta de la llovizna, había usado para caminar desde su casa, y se los tendió. El presidente los calzó sin rechistar.

—Bravo, pues, ya estoy vestido —dijo mientras volvía sus pasos hacia la puerta, la espada en la mano—. ¿Y ahora? A hacernos fuertes.

—Alto ahí —ordenó Manuela mientras lo tomaba del brazo—. ¿Usted no le dijo a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?

—Dices muy bien —respondió el Libertador.

Caminó hacia la ventana y abrió los postigos.

—Un momento, pasa gente —le advirtió Manuela.

Él esperó a que la calle que subía sobre el costado norte del palacio, a la vuelta de la entrada principal, estuviese libre, y saltó con la capa doblada y agarrada por la mano derecha, tras haberse apoyado con la zurda en la barandilla, que para algo era ambidextro. Manuela no alcanzó a ver el brinco, ni si el debilitado cuerpo del presidente había soportado bien la caída. Ni siquiera tuvo tiempo de ajustar los postigos porque enseguida se percató de que forzaban la puerta de la habitación y prefirió ir a confrontar a los intrusos que segundos después ingresaron al cuarto.

Dos jóvenes la prendieron de los brazos, uno a cada costado. Media docena de sublevados invadió la habitación, mientras en el cielo raso tronaban las órdenes dadas a los gritos y en el piso de madera resonaban los taconazos de las botas de los ocupantes. Alguno revisaba bajo la cama, otro sacudía las cortinas, uno más husmeaba tras el armario.

—¿Dónde está Bolívar? —preguntó el que comandaba.

—En el salón del consejo —atinó a decir Manuela.

Caminaron hacia la antecámara contigua y abrieron la puerta de doble hoja, antes de pasar al siguiente salón. Y repitieron allí el protocolo de revisiones, malencarados unos, con cara de terror los otros, que venir a asaltar el palacio en busca del Libertador no era cosa de juegos y menos aún que no lo encontrarán.

—Huyó, se ha salvado —gritó uno que se había quedado en la habitación, y su voz trajo de regreso a los demás, a quienes les señaló la ventana abierta.

—No, señores, créanme, no ha huido, está en el consejo.

—Y entonces, ¿por qué está abierta esa ventana?

—Yo misma la abrí para enterarme de la causa de tanto ruido —respondió Manuela más seria que un tramposo.

Unos le creían, mientras otros, al tocar la cama, que seguía caliente, la acusaron de mentir.

—Yo estaba acostada, esperando que terminara la reunión del consejo de todas las noches para darle un baño tibio —dijo y les señaló la bañera.

—Llévenos al salón del consejo.

—No sé bien dónde queda, esta casa es nueva y apenas la conozco.

El comerciante Wenceslao Zuláibar era quien más órdenes impartía entre los asaltantes que subieron a la segunda planta del palacio. Mandó que llevaran a la quiteña a recorrer las demás habitaciones y ella apenas se resistió, pues comprendió el beneficio de alejarlos de la ventana y de la calle. En el corredor encontró al teniente Andrés Ibarra, edecán del presidente, hijo de una prima de Bolívar y quien acababa de cumplir veintiún años. Los atacantes lo habían confundido, en medio de la oscuridad, con el presidente y le descargaron un sablazo que le abrió una herida larga en el brazo.

—Conque han muerto al Libertador —gimió Ibarra con el alma aún más herida que el brazo.

—No, Ibarra, el Libertador vive —respondió Manuela, tan desafiante como imprudente.

Los invasores estaban confundidos y el recorrido hacia el mentado salón del consejo se suspendió. Zuláibar jaló a Manuela por la mano y la colmó de preguntas que ella sorteó entre atolondrada y altanera, no sé bien, le repito que no conozco esta casa, déjeme atender al herido, no querrá usted que se desangre. Apenas Zuláibar se apartó, ella se hizo cargo del edecán, se quitó el pañuelo que le había apretado la cabeza todo el día para batallar contra la neuralgia y lo usó como venda para el tajo sangrante. Con la ayuda de uno de los criados, llevó a

Ibarra a la habitación del presidente y lo acostó en la cama. Las sábanas se mancharon de rojo.

—Escapó, se les escurrió en sus narices —le susurró al oído para tratar de curarle, ahora, el alma.

Zuláibar dejó un centinela en la puerta del cuarto y otro en la ventana, y algunos otros entraban y salían de la estancia. Estaban pálidos y tan desconcertados como sus jefes ante la prueba de que Bolívar se les había escabullido, que si está vivo, seguirá mandando y a todos nosotros nos van a escabechar.

Sentada en el borde de la cama, Manuela le levantó la cabeza a Ibarra, tomando la nuca con la mano para darle de beber un trago de aguardiente que le vivificara el cuerpo, que no estás grave, Andrés, de esta sales vivo. Al rato oyó pasos apretados de botas herradas que repicaban sobre el empedrado de la calle, se levantó de la cama y llegó hasta la ventana. Era el trote angustiado del coronel Guillermo Fergusson, jefe de edecanes del Libertador y ausente esa noche del palacio porque había ido a casa de unos amigos a curarse de un mal de garganta que lo torturaba desde inicios de la semana. Quería estar alentado y en forma, pues en menos de dos semanas debía bajar por el río Magdalena hasta más allá del canal del Dique, para llegar a Sabanalarga y casarse con su prometida, la hija del patriota cartagenero José Manuel Tatis, antiguo tesorero del Ejército Libertador.

—Coronel... —Manuela pudo verle el rostro con claridad gracias a la luna llena que alumbraba la noche bogotana.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es todo este tropel? —indagó—. ¿Y el Libertador?

—No sé de él ni puedo decirle nada —respondió ella y le señaló a los centinelas—. Pero no vaya usted a entrar porque lo matan.

—Nada de eso; entraré y si es del caso moriré llenando mi deber —y desapareció hacia el sur, por la carrera, rumbo a la entrada del palacio.

Al rato, Manuela escuchó un pistoletazo y unos gritos. Regresó a la cama y verificó que Ibarra tenía mejor semblante.

—¿A dónde se fue el Libertador? —preguntó Ibarra, con la voz aflautada por la debilidad.

—Ni idea —le contestó Manuela antes de un largo suspiro.

No tenía cómo saber que en esos momentos el presidente de la República de Colombia, el general que tras una guerra de década y media había liberado

medio continente, desde la desembocadura del Orinoco, pasando por los Llanos venezolanos, Caracas y toda la costa de la antigua Capitanía General, las cordilleras colombianas, el valle del Magdalena, Santa Marta y Cartagena, Quito y Guayaquil, hasta Lima, la serranía peruana y el Alto Perú, deliraba entre la fiebre y los sudores, los sobrezapatos de Manuela hundidos en la quebrada de San Agustín, que bajaba helada desde lo más alto del páramo, mal agarrado a los matorrales y a las piedras húmedas y cubiertas de musgo bajo el puente del Carmen, en la sola compañía del sargento José María Meneses, repostero de la vajilla y la platería de la casa presidencial, a quien acababa de mandar salir del escondite.

—Vaya, Meneses, por el amor de Dios, averigüe qué demonios está pasando porque ya casi prefiero morir peleando que dejar que me mate la maluquera que traigo y que va a peor hundidas como están mis piernas en esta corriente gélida.

Y Meneses partió. Hacía algún rato que no escuchaban pasos. Los disparos y cañonazos que habían sacudido la madrugada bogotana habían cesado, pero les resultaba imposible descifrar qué ocurría, y menos aún adivinar cuál de los bandos había logrado imponerse, si al Libertador le quedaban horas de vida o si, por el contrario, los conjurados habían sido derrotados y lo sucedido, por doloroso que resultase, le brindaba a Simón Bolívar la oportunidad de un nuevo comienzo. Encendida la cabeza por una embestida más de la fiebre, ocupaba la mente en esas reflexiones cuando el pie derecho resbaló en el fondo fangoso de la orilla inclinada de la quebrada. A punto estuvo el presidente de terminar con el culo mojado y el honor más estropeado aún, si cabía.

—Tente ... —dijo y se aferró a un junco—, tente cuerpo que te llama la tierra.

CAPÍTULO II

DESPACIO Y BUENA LETRA

—Escribe como con la mano de Dios, y lo hace con contento —le había dicho esa tarde la maestra Chaves a la aya—, que ese niño está bendito.

A Bárbara Albarracín se le inflaba el pecho al recordar esas palabras, de regreso a la casona de la hacienda desde la pequeña escuela privada que Josefa Chaves regentaba en la Villa del Rosario, un par de leguas al sur de Cúcuta, con la mano del pequeño Francisco, firme y delicada a la vez, agarrada a la de ella, que no podía ser menos si se trataba de una mano con tan buena ventura. Ella misma alentaba al muchacho a completar largas planas cuando apenas comenzaba a soltarse con la pluma y, años más tarde, a copiar artículos de la prensa y páginas de libros de la heterogénea biblioteca de su padre, don Juan Agustín de Santander y Colmenares, a quien el virrey José Manuel de Ezpeleta había nombrado pocos años antes gobernador de la provincia de San Faustino de los Ríos, para confirmar, que no hacía falta, su condición de gran señor de la región.

Preocupado por las complacientes cucamonas que la madre, doña Manuela Antonia de Omaña y Rodríguez, prodigaba al pequeño, el gobernador quiso imponer su ley y encargó a Bárbara la crianza rigurosa de Pachito, que así lo llamaban algunos del servicio a pesar de la prohibición expresa del hacendado, que bajo este techo nadie usará motes ni apelativos para con los miembros de mi familia, y al principio acataron, que el señor es muy preciso y exigente en esas cosas, exigente es el pico, si tiene más reglas que un revesino.

Manuela hallaba siempre el modo de volcar en su hijo el amor que tantas veces había tenido que reprimir porque se le atravesaba la muerte. Le ocurrió con su primer marido, de quien enviudó antes de los veinte años, y con los dos primeros vástagos que tuvo con Juan Agustín, Pedro y luego Josefa, que apenas sobrevivieron a los primeros meses de vida, que la señora debe de andar habituada al paso de la pelona, hasta que un dos de abril, recién iniciada la temporada de lluvias del año de 1792, para colmar por fin de alegría el corazón

de doña Manuela, nació Francisco José de Paula de Santander y de Omaña, que así mismo fue bautizado en la capilla de Santa Ana de la Villa del Rosario, once días después.

Para evitar cualquier reclamo del padre del progenitor, amo de la hacienda y de toda la región, el aya se sentía obligaba a redoblar esfuerzos, aunque rara vez Francisco de Paula le traía problemas, pues era prolijo al momento de llenar sus deberes, disciplinado con sus horarios y siempre formal con sus modales, que él es todo bello carácter. Era tan bien portado que más de una vez despertó las burlas de Juan Nepomuceno y de José Eugenio, sus medio hermanos, bastante mayores que él, tanto que parecían sus tíos, e hijos del primero de los tres matrimonios de don Juan Agustín, con Paula Petronila Vargas, fallecida dos décadas atrás, que en esas heredades en paz eran los males del cuerpo los que solían despachar las almas lejos de este mundo, mucho antes de que los cuerpos se asomaran a la vejez.

Ambos estaban solteros, que de nada se privaban con las mulatas de la hacienda y hasta con las jóvenes de la Villa del Rosario, de Cúcuta y de San Cristóbal. Se ocupaban de mandar sobre las labores de la hacienda y, en especial, de lidiar con las dificultades para exportar el cacao. Miraban con una mezcla de suficiencia y sorna al pequeño, véanlo, si se comporta como señorón, y no sólo eso, que habla como jurisprudente. Demasiado grandes para desempeñar con Pachito el papel de hermanos mayores, lo dejaban en las mismas soledades que cuando se hallaban en Santafé, con la única opción a la hora de los juegos de entenderse con su hermana Josefa, la Chacha, que esta segunda chiquita sí sobrevivió. Era dos años menor que él y tan ajena a los libros como a las cabalgatas, que harían falta algunos años y muchas vicisitudes para que los dos hijos de don Juan Agustín y doña Manuela tejiesen lazos en común.

Despacio y buena letra, recordaba el chico que le repetía la maestra, con aire adusto, el rostro ceñudo y la amenaza del castigo bien presente, cosa de no permitir el menor asomo de ternura, tentación siempre presente ante los ojos a la vez despiertos e inocentes de Pachito, tan vivaracho y espabilado, mientras llenaba un folio con su caligrafía de caracteres pequeños pero bien definidos, como si su pluma lo mismo buscara la precisión en el detalle que evitar el despilfarro de tinta y de pliegos. La vela se le agotaba primero que la vista, y eso a pesar del cansancio por la cabalgata de la tarde, después de la escuela, de ida y vuelta al riachuelo que hacía las veces de límite sur de la gran plantación, donde se sumergía para espantar el chajuán de su cuerpo delgado, de músculos finos que empezaban a asomar pero ya prometían. Cuando salía del agua, con el

cuerpo descubierto de la cintura para arriba, sus huesos fuertes y en constante crecimiento parecían a punto de rasgar la cárcel del pellejo.

Volvía a casa dejándose llevar por el paso lento de la yegua, que agradecía el respiro después del intenso trote en el camino de ida. La residencia, por mucho la más grande de la población, marcaba el límite de la villa antes del inicio de los campos cultivados del valle, como si las dimensiones de la edificación quisiesen confirmar a quien tuviese dudas que desde allí se ejercía el mando igual sobre el pueblo que sobre la sabana que lo ceñía. La casona lucía sólida, casi imponente, con sus bien cuidados muros de tapia y un techo de teja roja que se destacaba más sobre el altillo esquinero en las primeras horas, cuando el sol del amanecer iluminaba las cubiertas inclinadas del mirador desde donde la vista se perdía entre los diez mil árboles de cacao en plena producción.

Don Juan Agustín, a no dudarlo, era un exportador próspero y tenaz, que cuando había problemas no aceptaba negativas, busquen, averigüen, que siempre hay un camino. Sacaba sin problemas hacia Europa el estimado colorante verde extraído en las grandes albercas de la añilería de la hacienda, que a finales del siglo XVIII se tasaba a precios muy atractivos en los mercados de la península. Lo del añil era más sencillo que lo del cacao, en cuyo comercio enfrentaba otros desafíos, el principal de ellos que, gracias a un privilegio otorgado por la corona, la compañía Guipuzcoana acaparaba para exportar, desde Maracaibo, todo el que provenía de las plantaciones cercanas a Cúcuta y a Villa del Rosario, y desde La Guaira el muy afamado que producía el valle de Caracas.

—Se aprovechan, cómo no, y pagan lo que les viene en gana —se quejaba a menudo don Juan Agustín.

En ocasiones optaba por saltarse la severa norma que otorgaba el monopolio a la Guipuzcoana, él, tan cumplidor de la ley, y se las arreglaba para sacar a las escondidas su cacao por el río Magdalena y luego por el canal que partía justo al norte de Calamar hacia la bahía de Cartagena, que por allá por el 1650 más de dos mil esclavos negros y jornaleros nativos lo abrieron al romper el dique que separaba el gran río de las ciénagas que alimentaban la bahía. Por esa ruta era posible exportar el cacao sin declararlo ni pagar gravamen, rumbo a Veracruz, en el virreinato de la Nueva España, la tierra de origen de esta preciada pepa, donde su consumo era masivo y por momentos ritual, y cuyos cultivos casi desaparecieron cuando los conquistadores que sucedieron a Hernán Cortés obligaron a los indios a abandonarlos para dedicarse a extraer plata de las minas.

Don Juan Agustín había contribuido a su segundo matrimonio con

diecinueve mil pesos en esclavos, un valioso aporte para las enormes siembras, en especial árboles de cacao, que su segunda esposa, de la que enviudó al igual que de la primera, había arrastrado en su dote. Cuando se casó con Manuela Antonia, que en la tercera vino la vencida, era ya el hombre más rico de esos valles. Con los años, multiplicó tierras, producción y ganancias, gracias entre otras cosas a que sacaba buen provecho de sus esclavos, que trabajaban sin acarrearle grandes costos al hacendado, pues se pagaban su manutención por el conuco, una porción de terreno que labraban un día a la semana, tras dedicarle cinco a las tierras del amo, mientras dejaban el domingo, como se imponía, para la misa en la mañana y el baile y la zapatiesta en la tarde.

A pesar de sus riquezas y comodidades, don Juan Agustín era austero y muy estricto con sus hijos, y un convencido de que las privaciones moldeaban mejores temperamentos que los lujos. En el afable pulso que por momentos libraban Manuela y su marido por el largo de la rienda en la formación de Pachito, la madre ganó una pequeña batalla y convenció al señor de la conveniencia de que el niño tomase clases de guitarra, hágame caso en esto, que al muchacho se le da con facilidad, que tiene buen oído, que de eso está persuadida la maestra Josefa desde las primeras lecciones de solfeo, y además basta verle esas manos tan finas que parecen hechas para rasguear y puntear.

—Vale, mujer —se resignó don Juan Agustín—, pero que no abandone el latín.

No lo abandonaría, pues además le gustaba, en especial Cicerón, que el cura Manuel de Lara, amigo de la casa y buen preceptor en estas materias, había encantado al muchacho con sus voces que le sonaban al menor tan misteriosas como melódicas. En la portadilla interior de uno de los volúmenes del pensador y jurista romano, el niño estampó unas líneas de su elegante caligrafía, para dejar por sentado que *hic liber, in quo scripsit Cicero multas res, pertinet ad usum Domini Pauli Gómez*, y a la línea, *hoc positum fuit a Domino Francisco Pauli Santander*, que aunque el libro en efecto pertenecía al señor Gómez, Pachito quiso dejar la huella de su pluma como prueba de que lo había devorado íntegro.

Con el mismo seso que aplicaba a sus lecturas cada vez más frecuentes en la biblioteca de la mansión, se afanó en el aprendizaje del instrumento en una guitarra recién traída de la península y que ya contaba con la sexta cuerda. En la placita del Rosario había visto algunas veces cómo la tocaba el joven José Calisto, empleado de un comercio de la villa, que encantaba a las muchachas con su voz y con sus jácaras y folías, y entusiasmaba hasta el delirio a la multitud en

las tardes de domingo cuando, acompañado por el sonido carrasposo de las calabazas secas de los indios, cargadas con granos secos de maíz, así como por las tamboras de los esclavos, se dejaba venir con un zarambeque.

Francisco no podía saber que años más tarde, en la capital, los tañidos de su guitarra ganarían el corazón de las jóvenes que le recibían visita en las casonas de largo zaguán y patio descubierto, arriba de la catedral. Abandonó la hacienda familiar en julio de 1805, con trece años y tres meses, y una madurez tan prematura que sus compañeros en la escuela de la maestra Chaves se habían acostumbrado a saludarlo, hola, don Pacho, y usted qué piensa de este asunto, don Pacho, resuélvanos esta duda, don Pacho, con mucho de sorna pero no del todo exentos del respeto que imponía la agudeza mental del jovenzuelo.

Don Juan Agustín llevaba meses preparando el viaje de su hijo a la capital, y para ello había cruzado cartas con su cuñado, el presbítero Nicolás Francisco de Omaña, principal de la catedral y vicerrector académico del Colegio Mayor Real y Seminario de San Bartolomé, el más prestigioso claustro de Santafé, que, tras la expulsión de los jesuitas de todos los dominios de la corona de España por la Pragmática de Carlos III en 1767, había sumado al colegio de bachilleres el manejo de la Universidad Javeriana, que nada mejor para Francisco, le había escrito el presbítero a don Juan Agustín, que curse en estas aulas los tres años necesarios para obtener el grado de bachiller, mientras avanza en Jurisprudencia, que así conseguirá su título en apenas un lustro y con los dieciocho recién cumplidos estará listo para ejercer como abogado.

* * *

Años más tarde, avanzada ya la década del diez, sus antiguos profesores y condiscípulos aún recordaban la impresión que causó el recién llegado en las aulas del San Bartolomé, que ya se veía venir que estaba para grandes cosas, aunque no faltaba el pelusero que jamás lo quiso y atribuía sus buenos inicios a las influencias de su tío, el presbítero.

El diecisiete de agosto del año cinco, apadrinado por don José Custodio García Rovira, consiliario y catedrático de Filosofía del colegio, Francisco de Paula Santander y Omaña vistió la beca del San Bartolomé, que ameritaba por su avanzada formación a tan corta edad más allá de lo que algunos dijese. Aparte de la cátedra de Filosofía que servía García Rovira, don Manuel Camacho y Quesada se encargaba de Latinidad y Retórica, materias que desde el primer día encantaron al nuevo becario, y el padre Francisco Margallo, que tenía fama de

santo, actuaba como titular de Teología Escolástica.

Menos santo pero más agudo y provocador era el doctor José Luis de Azuola y Lozano, clérigo de pensamiento avanzado que dictaba la cátedra de Teología y, adelantado como era, defendía la máxima agustiniana según la cual *lex injusta non est lex*, sobre la cual animaba a sus escolares a debatir, que no debe olvidarse que si en algún punto la ley positiva resulta, sin asomo de duda, discordante con la ley natural, ya no será ley dicha ley positiva sino una corrupción de la ley.

Provocados por estas audaces disertaciones, que migraban con facilidad de la simple reflexión a la arenga encendida, sus educandos pronto se convirtieron en prosélitos que, persuadidos de las trabas que sus padres, muchos de ellos hacendados como don Juan Agustín Santander, enfrentaban a la hora de comerciar, juntaban lo escuchado en la casa y lo aprendido en el aula e interpelaban en los ejercicios de debate con estructurados argumentos sobre la eventualidad de que algunas leyes coloniales cupieran en la definición agustiniana.

Aunque las murmuraciones sobre su buen padrinazgo lo seguían persiguiendo, lo cierto es que los excelentes resultados de Pachito en su primer año en el San Bartolomé le merecieron que lo designaran consiliario del colegio, lo que le daba derecho a integrar, al lado de los profesores más influyentes y unos pocos estudiantes destacados, el consejo asesor del rector. A inicios del año ocho defendió con singular brillo, y una agudeza verbal que por momentos lo hacía ver un tanto presuntuoso, las conclusiones de su alegato final tras el debate sobre filosofía moral y psicológica, en compañía del maestro García Rovira, y obtuvo así el título de bachiller semanas antes de cumplir dieciséis años.

—No lo mires como un premio, que no lo es —le habló con franqueza el presbítero Omaña—, que es más bien un peso, una responsabilidad que te hace hombre hecho y derecho y te llena de deberes.

Pero Pachito sabía que, con este salto, también ganaba derechos. Dejó de ser interno y se convirtió en capista, y como ya no pernoctaba en el claustro sino en una pensión cercana a la Plaza Mayor, su juventud se abrió a una vida social más activa, en la que alternaba el visiteo a alguna joven cuya sonrisa abierta entre las chapetas de sus mofletes le hubiese llamado la atención, con las tertulias en el salón de la pensión, donde de manera literal llevaba la voz cantante, gracias a su guitarra, mientras otros camaradas abrían el pecho para expresar, asunto recurrente, su disgusto por los engorros y gravámenes a que estaba sometido el

comercio colonial.

Pacho prefería escuchar antes de intervenir, y cuando por fin lo hacía era más para preguntar que para aseverar, de modo que se dejaba venir con una opinión nítida que aprovechaba algunas piezas del razonamiento vertido por sus interlocutores para señalar contradicciones, replicar de modo convincente si el caso lo ameritaba y muchas veces, gracias a saber esperar, decir la última palabra. Fue así como se hizo célebre tanto por las tonadas que acompañaba con su guitarra como por su habilidad retórica, y el mote de cucuteño con el que lo conocían se volvió sinónimo de admiración y de respeto, al tiempo que despertaba envidia y maledicencias, que a este muchacho le sobran ínfulas pero le falta consistencia, si al menos se consiguiera un buen sastre.

Eso último era venenoso, aunque no del todo injusto. La muerte de don Juan Agustín, que Francisco conoció a los pocos días de obtener su grado de bachiller, golpeó los bolsillos del joven estudiante. A pesar de que en vida de su padre al joven Francisco nada le sobraba, que a la capital lo mandamos a instruirse, no a nadar en la opulencia, el fallecimiento del rico exportador de añil y de cacao privó a los negocios de la familia de la conducción firme y ordenada que habían tenido por décadas, y el envío de fondos al bachiller se espació más de la cuenta, con el consecuente menoscabo del guardarropa del estudiante.

—No más contemplaciones, que allá en Santafé cuenta con su tío Nicolás, que ya es hora de que aporte algo más que sus máximas —sostenía José Eugenio en sus discusiones con su hermano Juan Nepomuceno—; nosotros aquí tenemos mucho por resolver en la gestión de los negocios de la hacienda.

No tenían de qué preocuparse. El presbítero Omaña cubría los faltantes sin renunciar a sus enseñanzas, que para entonces no eran meras lecciones en una sola dirección, del versado tío al sobrino aprendiz, sino que se habían convertido en alegres intercambios de reflexiones gracias a la vivacidad de Pachito, pero también, y mucho, a que el vicerrector del San Bartolomé sabía estimular el pensar y la dialéctica en el alma juvenil de su sobrino, aunque es verdad que jamás se preocupó por recomendarle un buen modisto.

La Candelaria en particular, y buena parte de la capital y las haciendas y pueblos aledaños, eran entonces un hervidero de rumores. Las habladurías iban y venían, con noticias a veces ciertas y a veces falsas, cuando ciertas, siempre exageradas, y cuando falsas, bien teñidas de veracidad, que recorrían la sabana a la velocidad con que el caballo del mensajero era capaz de galopar. Circulaban impresos venidos de Caracas, de Cuba y hasta del otro lado del Atlántico, e

incluso algunos pasquines nacidos de la inventiva santafereña, que en eso la ciudad tenía buena experiencia desde la década anterior. En el barrio detrás de la catedral todavía recordaban cuando, por el año noventa y cuatro, amanecieron sobre algunos muros de las calles empinadas unos cuantos carteles anónimos que obligaron al virrey Ezpeleta a regresar de urgencia a la ciudad, y abandonar los cálidos parajes en los valles al sur de la sabana donde había buscado refugio para reponer su salud, a la que en nada ayudaría la lectura de estos versos insurgentes.

*Si no quitan los estancos
Si no cesa la opresión
Se perderá lo ganado.
¿Tendrá fin la usurpación?*

De poco sirvió el intempestivo regreso de Ezpeleta, apenas lo necesario para aplacar por unos meses el afán contestatario de los autores de los libelos, que por ahora ya pasamos el mensaje y seguimos impunes, y había discretos brindis y carcajadas contenidas, y promesas de regresar al ataque. Y lo hicieron. Para principios del noventa y seis, cuando muy agotado el virrey preparaba sus maletas para volver a la península, los pasquines reaparecieron, renovadas sus ínfulas y más agresivos aún.

*Bien claro se nos ofrece
Este partido apurar
Rayos exhale el infierno
Trastorne la facultad
Acábese este gobierno
De tanta incomodidad.*

Hubo revuelo, órdenes perentorias de investigar, ubicar y castigar a los culpables, interrogatorios, soplones y falsos testigos, lo mismo en la capital que en Cartagena, en cuyos muros húmedos y calurosos también aparecieron los atrevidos carteles. En la ciudad amurallada los inquisidores tendieron sus redes y multiplicaron las capturas para obtener en el potro confesiones de lo hecho y lo que no, algunas verdades y muchas invenciones en el afán del torturado por conseguir un respiro.

La ofensiva represora de nada sirvió. Para el año ocho del nuevo siglo, los pasquines seguían apareciendo con insólita frecuencia, que los líderes criollos

conocían bien la poderosa capacidad de la imprenta desde antes incluso del día de diciembre del año noventa y tres en que Antonio Nariño, que a los veintiocho años había sido ya regidor y alcalde mayor provincial, poseía una rica biblioteca y leía en su lengua original a los enciclopedistas franceses, publicó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Impulsada por los representantes del tercer estado y por algunos nobles de corte liberal, la Asamblea Nacional de Francia, convertida en cuerpo constituyente, aprobó la declaración a fines de agosto de 1789, tras mes y medio de debates. Nariño tradujo el texto cuatro años después, y lo editó y divulgó, lo que le costó casi dos décadas de persecuciones y prisión, escasamente consolado por el resultado indiscutible de que unas cuantas docenas de criollos que tuvieron acceso al cuadernillo descubrieron que los hombres, o al menos los que pueden costárselo, nacen y permanecen libres e iguales en derechos, que la nación es la fuente de toda soberanía, que ningún individuo ni ninguna corporación pueden ser revestidos de autoridad alguna que no emane directamente de ella y que la libertad consiste en poder hacer todo aquello que no cause perjuicio a los demás.

El panfleto había salido del taller que operaba Diego Espinosa de los Monteros, un cartagenero de la misma edad de Nariño, hijo natural que en realidad se llamaba Diego Bueno, pero que había adoptado los apellidos del hombre que había desposado a su madre y se había hecho cargo de educarlo. A Espinosa acudió don Antonio para que pusiera a funcionar la Imprenta Patriótica, establecida en el año noventa y uno a un costado de la plazuela de San Carlos, sobre la calle que subía desde la esquina suroriental de la Plaza Mayor. Para muchos de quienes leyeron la declaración en 1794, resultaba evidente que poner en práctica esos principios en el virreinato de la Nueva Granada era como meter el gato al agua.

Década y media más tarde el ambiente comenzaba a cambiar, sobre todo en la península, y los sucesos que la sacudían y que atravesaban el mar impulsados por el mismo viento que hinchaba las velas de los bergantines mercantes, que los deformaba a su vez y los convertía en rumores, hacían pensar que de pronto en estas tierras llegaría a ser posible sumergir al felino. Entre quienes se lo preguntaban a diario, a la hora de la tertulia, estaban el joven Santander y su tío, el presbítero Nicolás de Omaña.

—A no dudarlo, Pachito, que están pasando cosas allá en la península —le decía don Nicolás antes de comentarle las novedades.

Alimentados por esos runrunes, y por uno que otro impreso más profundo y congruente que alcanzaba a colarse en las bodegas de los buques y desembarcar en el virreinato, el presbítero y un puñado de criollos informados se enteraron de que su majestad Carlos IV había abdicado a favor de su hijo, quien había asumido el trono como Fernando VII, que ya nadie aguantaba la corrupción del favorito del palacio y sobre todo de la reina, don Manuel Godoy, que se vendió a los franceses y los dejó infiltrarse por miles en la península con la excusa de dominar a los portugueses, aliados de los ingleses contra Napoleón.

—En adelante van las cosas —sostenía alguna voz entre los criollos más acomodados—, porque los que ya no aguantábamos a Godoy éramos nosotros, que asfixió nuestras ventas al otorgar un privilegio tras otro, que nada podíamos sacar rumbo a la península, ni a parte alguna de Europa, sin tener que pagar la utilidad.

—La utilidad y hasta más —replicaba otro— que nos han obligado al matute.

Para inicios de la primavera, más de cien mil soldados franceses se repartían entre Barcelona y Valencia, Pamplona y San Sebastián, y para fines de mes, una sólida avanzada comandada por el mariscal y gran almirante del imperio, el general Joachim Murat, se paseaba por Madrid, que sí, que ha caído Madrid y con ella, la corona, que no, que al rey Fernando, que también entró en la ciudad, lo apoyan los franceses, nada de eso, estás descaminado, que Murat ni lo determina, y así seguía el debate en las tertulias de salón, informadas a medias y con considerable retraso, que de ese modo discutían en junio lo ocurrido a fines de abril.

El presbítero Omaña tenía el olfato suficiente, y algún buen informante en la casa del virrey, para extraer del alud de especies siempre confusas, y en ocasiones incluso contradictorias, lo probable de lo improbable. Y aunque en los corredores del colegio y en las cenas oficiales se las arreglaba para posar de ignorante y poner cara de sorpresa cuando servían de plato fuerte una más de las muchas noticias graves llegadas de la península por aquellos días, con un puñado de amigos y de manera especial con su sobrino Francisco, compartía lo que había sacado en claro.

—El corso zascandil les ha dado tres vueltas —le dijo una noche a su sobrino.

—¿A quiénes? —indagó el estudiante de leyes, que sabía bien que los calificativos eran para Napoleón.

—A toda la familia real, que los puso a abdicar a todos y en fila.

—Pero ¿el rey Carlos no lo había hecho ya?

—Sí, pero en una encerrona en Bayona, que mira qué bien rima; abdicó primero Fernando, luego Carlos el padre, luego Carlos el hijo y luego Antonio, el otro hijo —le contó—. Tu tocayo, el infante Francisco de Paula, es el único que no ha firmado por no haber alcanzado la mayoría de edad, o quizás porque no importa, si queremos mal pensar, porque no es hijo de don Carlos sino, como dicen por ahí, de ese infortunio llamado Godoy.

—Y entonces, ¿quién reina?

—Pues José Bonaparte, joven; los Borbones ya no presiden la casa real, que han sido sustituidos por una familia de Córcega, así como lo oyes.

—Pero ¿cómo pudo pasar?

—Muy sencillo: si el padre y el hijo le piden a un emperador de opereta que resuelva la disputa que ambos mantienen por el trono, le sirven en bandeja que pueda imponer a un rey de sainete, de costumbre bastante alumbrado, y no lo digo precisamente por sus luces.

—No entiendo...

—Que bebe como un templario, jovencito; eso digo porque eso dicen.

—Vale, tío, pero no hay que perder la calma.

—Es que se le hinchan a uno las narices ante tanta infamia, que la deshonra, hijo, es el signo de estos tiempos.

Pacho guardó silencio y apuró la cucharada de caldo del puchero. Sabía que cuando el presbítero Omaña andaba de malas pulgas era mejor no torearlo. Por un buen rato, en el salón comedor sólo se escuchó el roce de los cubiertos con la loza y la tos persistente de don Nicolás de Omaña, a quien mal le sentaban las humedades de la temporada de lluvias, más intensas que de costumbre en aquel año ocho. Pero cuando terminaba de limpiar el hueso de la costilla de res, el bachiller se animó a más.

—No hay mal que por bien no venga, tío —dijo, mientras mojaba las manos en el agua con limón.

—Sorpréndeme...

—Más que llorar por el derrumbe de la casa real, ¿no es acaso esta una oportunidad para hacer valer nuestros derechos?

—¿Y ante quién si no hay gobierno?

—Pues ante Napoleón, que es hijo de la revolución y de los derechos del hombre y del ciudadano, y que redactó el Código Civil que rige a Francia.

—Ay, hijo, qué joven eres, que esos derechos ya no los defiende sino el malogrado de don Antonio Nariño, que cualquier día de estos lo vuelven a embarcar para Cádiz si no mantiene cerradita la boca y en suspenso la imprenta.

—En cualquier caso, ni con el rey Carlos ni con su hijo Fernando nos iba a ir mejor, querido tío.

—Con ellos al menos sabíamos a qué atenernos, que este emperadorcito pasó de libertario a tirano en cuestión de pocos años —dijo y se secó con la servilleta la comisura de los labios, antes de continuar—. Justo es decir que no es el primero, ni será el último.

Algo de razón asistía, sin embargo, al joven Pacho, como lo demostraron las noticias que llegaron en las semanas siguientes. Para ganarse el favor de los habitantes de las colonias, los integrantes de la Junta Suprema Central y Gubernativa del Reino, instalada en septiembre del año ocho en Aranjuez para asumir las tareas del abdicado Fernando VI y desconocer así el mandato de José Bonaparte, decidieron enviar un guiño a las colonias con un decreto dictado el veintidós de enero del año nueve.

Que ya no somos simples colonias, mandan decir, que ahora somos partes integrales y esenciales del reino; en buena hora, salud, brindaban en los mesones santafereños, entre incrédulos y sarcásticos, aunque no faltaba algún iluso, que desde ahora seremos tan españoles como los peninsulares, claro, justo ahora que los peninsulares se han quedado sin patria, pero qué dice usted, pues que lo que alguna vez fue el corazón mismo del Imperio español no es hoy más que el anexo del Imperio francés, y nosotros, el anexo del anexo.

—Que no, que no, que ustedes todo lo ven en oscuro, que justo eso que alegan se ha convertido en la oportunidad para que seamos iguales a los peninsulares —replicaba el optimista.

—Este va a morir engañado, contento pero engañado —y surgían las risotadas—, que esto no es más que pura fábula.

—Sí, fábula, y como toda fábula, hay que sacar de ella la lección.

—Yo le tengo a usted la lección, vea qué bonita cosa, que nos volvimos españoles justo cuando España agoniza.

En la práctica, el guiño de la Junta resultó menos generoso de lo que pregonaban sus defensores, que ahora somos españoles, quizás, pero de segunda,

que mientras cada una de las dieciocho provincias peninsulares tendrá dos representantes ante la Junta, los cuatro virreinos, a saber, Nueva España, Nueva Granada, Perú y el Río de la Plata, sólo tendrán uno cada uno, lo mismo que las seis capitanías generales: las cinco de por acá y la de Filipinas. Serán diez de las colonias contra treinta y seis de la península, y eso que estas tierras cuentan con más población que la península, y con muchísimo más territorio, y que no nos han invadido los ejércitos del emperador.

—Ni falta les hace a los franceses invadirnos, si aquí los funcionarios están listos a someterse al flamante rey José I.

—Salud por él, que no sea su alteza real el único que brinde por ello.

Aun así, hubo elecciones, y el proceso electoral, aunque bastante controlado por los rúbulas y tinterillos de la burocracia colonial para que los delegados fueran escogidos entre los candidatos más mansos, generó una agitación y un debate intenso desde el valle de México hasta los embarcaderos de Buenos Aires, pasando por La Habana, Puerto Rico, Cartagena de Indias, Caracas, Santafé de Bogotá, Quito, Guayaquil y Santiago de Chile, que por todos lados y una vez invitados a pensar, los notables se dieron a la tarea.

Aquí y allá surgieron memoriales con las peticiones que los líderes criollos querían que la Junta analizara para que hiciera realidad la igualdad de derechos entre españoles a un lado y otro del océano. Los pueblos son fuente de la autoridad absoluta, sostenía desde Santafé Ignacio Herrera y Vergara en las *Reflexiones que hace un americano imparcial al diputado de este Nuevo Reino de Granada para que las tenga presente en su delicada misión*, que el título era toda una parrafada, punzante y a la vez elegante documento datado el uno de septiembre del año nueve. Y ellos, los pueblos, agregaba, se desprendieron de dicha autoridad para ponerla en manos de un jefe que los hiciera felices y que no podía ser otro que el mismísimo rey que tan infelices los hacía.

El cabildo del Socorro, que también dijo presente a la hora de documentar sus inquietudes, fue un poco más lejos y planteó exigencias concretas, que no son estas horas para andar filosofando y por eso demandamos sin dilación la supresión de las clases estériles, la reducción de empleos virreinales improductivos, la libertad de las tierras y del trabajo, y la imposición, recaudación y distribución de los tributos según las leyes de la justicia en que se apoya el pacto social. De qué condenado pacto habla, preguntó algún escribiente de la Audiencia en Santafé, no se referirá acaso al contrato social de Rousseau, porque entonces sí que esto se nos está saliendo de madre.

Tanta tinta vertida, tanta argumentación cocinada en tierras americanas y los delegados llegaron a la península cuando las tropas francesas ya se bañaban en las playas andaluzas y la tan mentada junta había quedado disuelta, que ha sido un enorme desperdicio, todo para nada como tantas veces, que de pronto no, que estos meses de debate y elecciones han servido para nos pongamos a pensar y pensados estamos.

—Algo está cambiando en este mundo —le dijo Omaña a su sobrino una madrugada de viernes, al regreso de un sarao en casa de un comerciante de géneros conocido del presbítero y cuyo hijo avanzaba, como Francisco de Paula, en la carrera de Jurisprudencia.

—¿Y será para bien? —indagó el joven.

—Será lo que el Señor decida... —y don Nicolás hizo un silencio, antes de sonreír—. Y ojalá decida bien.

—El tema, querido tío, en lo que a nosotros atañe, es decidir qué cambios queremos, si los que representa el terremoto francés cuya conducción asumió Napoleón, o los que pueden darse en la península, y de carambola en estas tierras, para que la corona conceda, al menos en una porción razonable, los derechos que reclaman sus súbditos.

—En cuanto a lo primero, hijo, con Napoleón el terremoto francés, que con acierto así denominas, ya no es sueño sino pesadilla.

—¿Y en cuanto a la corona española?

—Por ahora la ciñe un usurpador, y si acaso un día la recupera don Fernando, habrá que ver con qué ánimo regresa al trono.

Caminaron hacia la Plaza Mayor, a pesar del frío que bajaba de los cerros en suaves pero repetidas oleadas y del sereno alimentado por la lluvia que había caído sobre Santafé esa noche. Pachito apenas había reparado en el aguacero de abril, uno de los primeros de aquel año de 1810, pues mientras llovía, él había pasado la velada entregado al galanteo en una residencia arriba de la catedral.

El objeto del cortejo era María Margarita, una muchacha vivaz y preguntona que ofrecía al estudiante de leyes sus mejores vistas por la forma como dejaba al descubierto el nacimiento y la pendiente de sus pechos, que a ella le encantaba el escote francés que comenzaba a imponerse en la capital casi tanto como el emperador en la península.

—No tan calvo que se le vean los sesos —escuchó que murmuraba una vecina al verla salir por el portón, una tarde de sol, semanas antes, pero poco

caso hizo del socorrido precepto.

—Vieja chismosa —se dijo, y siguió oronda su camino.

Ni la joven ni su madre, que posaba de avanzada porque años atrás había conocido París, se amilanaban ante los comentarios de las murmuradoras que, al ver a María Margarita hacer su entrada en un baile en la plenitud de sus dieciséis, activaban su lengua con un desde luego, la cabeza para atrás para que se notara más que la miraban, esta niña carece de toda honestidad, pero qué pretendes, con esa madre que parece exhibirla al mejor apostante, algo de pudor debería imponer en su hogar el padre, qué va, nada dice y nada dirá, si hace años que se pasó a vivir al anís, que en ello y en la ruleta lleva ya sacrificada casi toda la herencia familiar.

Lo de don Esteban, el papá de María Margarita, era cierto, que ya no acumulaba sino deudas de juego. Las tierras heredadas al occidente de la sabana poco producían porque su dueño apenas las visitaba y escasamente invertía en siembras y ganado, y la vieja mina de carbón en cercanías de Tópaga, ejemplo de explotación eficiente en tiempos del padre de don Esteban, había quedado clausurada tras un derrumbe que sepultó a cuatro indios y al asistente del capataz, a fines del año cinco.

Sabedora de que Francisco de Paula venía de una familia acomodada, con grandes extensiones en los valles de Cúcuta, doña Lorenza había decidido alimentar las relaciones de su hija con el joven que, además, estaba próximo a recibirse como abogado, que me hacen falta apenas unos pasos, le había contado él mismo una tarde de fines de mayo, mientras la señora le atendía la visita, pues María Margarita había prolongado la siesta en demasía y apenas comenzaba a componerse ante el tocador cuando Pachito golpeó el aldabón de la casa.

Porque en el París que ella tanto admiraba, las muchachas recibían las visitas sin vigilancia ni estorbos, y así debía de ser para no cortar el chichisbeo, pensaba doña Lorenza, y porque presumía que convenía a sus propósitos, la señora dejaba a su hija atender al cucuteño sin interrupciones e incluso, para que el servicio tampoco perturbara la entrevista, las colaciones y el refresco, a veces agua de moras, a veces una horchata de ajonjolí, indispensables para facilitar el paso bajo el paladar de garullas y panderos, quedaban sobre la mesa de nogal del salón desde el principio de la visita, a disposición del visitante y de su anfitriona.

Un viernes en la tarde, después de que Francisco superara con éxito un examen oral, se presentó donde María Margarita armado de su guitarra, que ella misma así se lo había pedido y además el buen resultado de la prueba lo

ameritaba de sobra. La casa toda se llenó con el eco del tañido de las cuerdas sobre el que apenas se imponía la voz fina, casi aflautada, del cucuteño, que entonaba un viejo fandango gaditano que Pachito le había aprendido a uno de sus profesores del San Bartolomé.

Esa tarde, María Margarita se acabó de enamorar de su cortejo. Con los ojos aguados y los labios temblorosos, escuchó las tonadas del estudiante y fue incapaz de contenerlo cuando, dejado de lado el instrumento de cuerdas, la tomó de las manos y comenzó a acariciar con sus labios delgados los cachetes ya sonrojados de la muchacha. No tardó mucho en encontrar la boca sin estrenar de la zagala y le despachó un profundo beso que no encontró resistencia. Terminado el beso, se quedaron pegados como siameses, y él aprovechó lo aprendido en sus experiencias de iniciación en la hacienda paterna, que de aquello le enseñaron sus medio hermanos mayores, para atreverse con las manos.

Al principio, los tocamientos se limitaron a los brazos y al cuello sudoroso de la joven, pero fue cuestión de unos pocos respiros antes de que se extendieran a la cintura y las caderas, donde el visitante se detuvo para alternar delicados roces con la punta de los dedos con firmes agarrones cuando el beso se repitió. Mientras ahogaba con sus labios la respiración de María Margarita, la mano izquierda de Francisco de Paula se escurrió por las piernas de la moza indefensa, acarició sus canillas y comenzó a trepar y descender arriba de las rodillas, en un sube y baja que la tenía a ella al borde del desmayo hasta que, con los restos de voluntad que le quedaban y que ella se afanó en usar antes de que se esfumaran, lo detuvo.

—Ay, Pachito, por María santísima, que me precipitas al despeñadero.

Las visitas se repitieron durante las semanas siguientes, casi siempre los viernes en la tarde, cuando las responsabilidades académicas del estudiante de leyes cedían en intensidad en sentido inverso a la pasión entre los dos jóvenes, que Santander estaba empleado en el asunto, y sus visitas alternaban locutorio y tocamientos. María Margarita llevaba la cabeza a pájaros, pero cuando dejaba de ver a su amado por dos o tres días, recuperaba algo de seso y se inquietaba, según le confió una mañana de domingo, después de la misa, a su prima Mariquita, cuatro años mayor, casada y con dos churumbeles.

—¿Y el cucuteño? —preguntó la confidente de María Margarita.

—Al galope, prima mía, pero...

—El pero debe de ser importante para que, en ese estado de arrobo, alcances a reparar en ello.

—Ni una palabra me ha dicho...

—¿De qué?

—¿Pues de qué va a ser? De lo que su nobleza obliga.

—Qué ganas tienes de aguar tú misma la fiesta.

—¿Qué dices?

—Ya que estamos tan gustosos, por qué no nos vamos para otra parte...

—No me entiendes.

—Que sí, que te entiendo, pero entiendo también que te equivocas.

—¿Me equivoco en esperar lo que espero?

—Te extravías en el apresuramiento. Dale tiempo al muchacho y, entretanto, disfruta, que el visitador tiene más gracia que el prometido y mucha, muchísima más que el marido.

Doña Lorenza también estaba a la espera, pero nada decía para no liarla, que quien sabe esperar llega a triunfar, se repetía, lo mismo para que su hija la escuchara que para convencerse ella misma. Aquel viernes de julio, María Margarita le anunció una nueva visita de Pachito. A media tarde, le dijo, que me mandó decir con el mozo de su tío, don Nicolás, que traería buenas noticias, bien sabes que ya casi culmina la carrera y parece que le salió a pedir de boca el examen de técnica forense y todo está listo para que inicie sus prácticas.

—Me ha contado que hasta tiene un primer cliente —comentó, orgullosa.

—Cómo le rinde —dijo doña Lorenza, un poco incrédula.

—Sí, es el cura de Villa del Rosario, donde él nació.

—¿Qué? ¿Acaso no es cucuteño el joven jurisconsulto?

—Madre, madre, te he dicho que Villa del Rosario queda justo al lado, dominada por la casona de la hacienda del papá de Pachito.

—Y entonces...

—Ese cura tiene una casa de tapia y teja aquí cerca, a unas cuantas calles, en Las Nieves, y le ha conferido un poder con libre, franca y general administración, que así me lo he aprendido, para que la negocie y venda.

La madre sonrió sin más comentarios y salió, con un canasto vacío bajo el brazo rumbo a la Plaza Mayor que, como todos los viernes, alojaba a cientos de indios, campesinos y venteros en el día de mercado. La china que la seguía llevaba dos cestas, que si bien era menuda tenía los brazos fuertes. Detrás de ellas iba Simón, hijo del último capataz que había regido las actividades de la

mina de Tópaga, antes de que el derrumbe obligara a don Esteban a cerrarla. De piel cobriza y ojos gachos, el muchacho era de pocas palabras pero muy eficaz para acarrear bultos.

Se adentraron en la plaza poco antes de que las campanadas de la catedral dieran las once. Un sol intenso bañaba a la ciudad y el cielo azul les ganaba por mucho a unas cuantas nubes blancas y regordetas que lucían pesadas pero, alejadas como estaban de los cerros orientales, no daban para presagiar lluvia. Primero la sal y el azúcar, mandó doña Lorenza; por acá, niña, que eso siempre lo encontramos en todo el centro de la plaza. Hallaron además miel, cacao en polvo y bocadillo de guayaba. La señora regateaba cada precio y, sin esperar a que el vendedor le confirmara el valor final, imponía el último que ella había propuesto y eso pagaba, sin dar el brazo a torcer.

Unos pasos a la derecha estaban los pavos, las gallinas en su jaula, los huevos envueltos por pares y, más adelante, los pescados. En un pequeño corral, unos puestos abajo, dos marranos esperaban comprador. Doña Lorenza pasó de largo, seguida de la china y de Simón, en busca de la esquina suroeste de la plaza, donde estaban las frutas, delatadas por sus aromas, piñas dulces, duraznos y peras de los valles al occidente de la sabana, además de fresas, naranjas y limones, y de los mangos y los racimos de banano de las laderas cálidas de la cordillera.

Las huertas de la sabana y de los valles cercanos proveían lechugas, zanahorias de buen cuerpo, cebolla larga y jugosas cebollas cabezonas, remolacha, ajo y habichuelas que en un pispás llenaron uno de los canastos de la china, que no se nos olviden las guascas para el ajiaco, que luego la mesa se llena de protestas. A doña Lorenza le gustaba servir granos, rendían y no eran caros, y arrasó con lentejas, arvejas, fríjoles, garbanzos y habas, antes de comprar la harina de trigo y la avena en hojuelas.

El día de mercar, la plaza era toda algarabía, y a doña Lorenza, un poco dura de oído, le molestaba por momentos no poder escuchar, sobre todo a estos indios que hablan entre dientes y sin ofrecerle a uno las vistas, que al menor descuido, como le dijo a su vecina Josefa, a quien se topó frente a los puestos de especias, te sacan ventaja, hija, que ya bastante carestía tenemos como para que además estos te desuellen viva.

—Yo es que ni me entero de los precios —le respondió, ufana, doña Josefa, casada con un funcionario de aduanas venido de Cádiz dos años atrás—, que nada falta en casa por la gracia de Dios.

De Dios y de la virreina, pensó doña Lorenza, pero se mordió el labio para atajar sus palabras, que de todos era conocido que el marido de su vecina estaba entre los consentidos de doña Francisca Villanova, una aragonesa que desde su arribo a la capital del virreinato se daba aires de gran dama, al tiempo que mandaba tanto o más que el mismísimo virrey. Llegada a Santafé a fines del año tres del brazo de su marido, el zaragozano Antonio José Amar y Borbón, se ganó el reconocimiento de las familias capitalinas más pudientes y encopetadas, lo mismo las de origen peninsular que las criollas, porque le devolvió a la corte algo de esplendor perdido desde el incendio del palacio virreinal en 1786.

La virreina organizó bailes y saraos, e hizo populares los refrescos, recepciones de final de tarde donde abundaban las colaciones para acompañar un espumoso chocolate, y en las que, después de arrasar con la merienda, los invitados se entregaban al baile hasta bien entrada la noche. Doña Francisca promovió en la capital lujosos bailes de máscaras y disfraces, el primero de los cuales presidió en el Coliseo, que sólo allí podía caber tanto invitado, el dos de febrero del año cuatro. Algunos asistentes vieron el amanecer, descompuestos ya por el vino y por el brandy, y no faltaron los que devolvieron atenciones, entre espasmódicas arcadas y estruendos guturales, sobre el empedrado de la calle frente a la puerta lateral de la casona de San Carlos, el antiguo seminario de los jesuitas transformado en la Real Biblioteca Pública, mientras los otros copetones, los de los árboles y patios, saludaban con su trino la salida del sol sobre el filo de los cerros tutelares.

Pero el idilio de la virreina con los santafereños duró poco. Derrochona en tiempos de estrechez en las finanzas coloniales, mandaba sobre el virrey, que es poca cosa este señor, que a leguas se nota que es ella quien lleva el timón. Y no sólo el timón sino también las arcas, y eso sin mucho distinguir las públicas del gobierno colonial de las privadas de la familia, que si su padre, don Eugenio Villanova, había sufragado buena parte del viaje de los virreyes a la Nueva Granada, a ella la asistía, cómo no, el derecho de recuperar lo invertido por cualquier medio a su alcance, que ha llenado los despachos coloniales de amigos y parientes, y cobra por privilegios y favores, que hasta los puestos del mercado del viernes en la Plaza Mayor los asigna ella misma, a cambio de alguna generosa contribución a su bolsa.

En todo eso estaba pensando doña Lorenza, después de despedirse, ya de malas pulgas y con la boca torcida, de su vecina Josefa, pero qué ínfulas, qué descaro, que allá ella y su marido con su conciencia y su dinero mal habido, que lo que por agua viene, por agua se va, refunfuñaba, o en todo caso, si no es en

esta vida será en la otra cuando tengan que rendir cuentas por tanto unto recibido, cuando escuchó una escandalera que venía de la esquina de la plaza, a un lado de la catedral.

—Pero ¿a qué viene este tropel?

El griterío que procedía de la esquina noreste de la plaza obligó a clientes y vendedores a levantar la vista. Muchos apretaron el paso hacia la casa esquinera donde parecía concentrarse el tumulto, que es el chapetón González Llorente, que se derramó en insultos contra los criollos y en especial contra el comisionado regio, don Antonio Villavicencio, pero si Villavicencio aún no llega, no, aún no, pero iban a pedirle una colaboración para el homenaje de bienvenida y se negó y se dejó venir con injurias y agresiones.

—Qué curioso, si ese Llorente es más bien manso.

* * *

Ni los que transmitían las noticias a voz en cuello desde la esquina hacia el interior de la plaza, ni quienes las escuchaban, unos atónitos y otros indignados, tenían cómo conocer el origen de la barahúnda. El Observatorio Astronómico, la edificación blanca a espaldas del palacio, rodeada por los jardines que había sembrado la Expedición Botánica de don José Celestino Mutis, que agrupaba dos torres, una octogonal, coronada por un mirador, y otra cuadrada, rematada por un globo que alojaba el observatorio mismo, había servido la víspera, como era costumbre desde hace meses, de sede para una reunión clandestina que resultó decisiva para precipitar los acontecimientos.

Al atardecer del diecinueve de julio de aquel año diez, Camilo Torres Tenorio, para la época el abogado más ilustre de la capital, había salido de su casa, justo frente al Observatorio Astronómico, a visitar el despacho de su primo, Francisco José de Caldas, el astrónomo, botánico, geógrafo, naturalista y hasta periodista, de todo ello autodidacta, que por algo lo apodaban el Sabio, discípulo predilecto del mismísimo Mutis, sabio también, y a la sazón director de la institución astronómica, para esperar a los demás integrantes del pequeño grupo que solía sesionar allí, bajo la cúpula protectora del mirador estelar.

Era noche cerrada. La luna menguante había dejado de asomar tras los espesos nubarrones que techaron la sabana después del atardecer de aquel jueves, cuando la discusión se acaloró, que estamos quedando como unos cobardes, que ya Caracas y Quito han constituido sus juntas y aquí seguimos con

la bobada, soportando el mal gobierno del virrey y los negociados de la virreina. Y sí, todo cierto, acataron los demás, pero qué le vamos a hacer si no tenemos cómo encender la chispa, que algo habrá que hacer, que andamos ahogados por los tributos, huérfanos de un poder amigo y sometidos a la censura que al cabrón de Amar y Borbón lo asusta cualquier impreso, que ya sospecha hasta del misal.

No griten que aquí las paredes oyen, y mucha calma, se supone que habíamos decidido aprovechar la llegada de Villavicencio, investido de su condición de comisionado regio, para que impusiera el sello que hace falta para la constitución de nuestra propia junta suprema, y ahora los correos indican que tardará una o dos semanas, así que ni modo, que la paciencia es amarga pero sus frutos son dulces, como atinadamente decía el amigo Rousseau. Que no, señores, que no, que se nos va a mojar la pólvora, que ya todos están listos, incluso el capitán Baraya que nos garantiza las tropas de la guarnición.

—No es poca cosa, pero qué hacemos entonces, si Villavicencio tarda.

—Tarda él, amigos, pero no puede tardar más la revuelta, que los espías del virrey ya nos huelen los sobacos.

—Y además estamos en julio, el mismo que veintiún años atrás aprovecharon los revolucionarios parisinos —se animó alguno.

El argumento de los espías los convenció más que la coincidencia de calendas, que algo iba de París a Santafé. A pesar de la orfandad en que los dejaba la demora del comisionado Villavicencio, la situación no daba espera, que mañana mismo, después del mediodía, cuando el mercado esté a tope, nos dejamos caer por la tienda de José González Llorente, chapetón como el que más, y le pedimos el florero como centro de mesa para el homenaje a Villavicencio, que bien sabido es que hace rato no lo presta porque alega que en una de esas se lo desportillaron.

—¿Y qué si no lo presta? No entiendo de qué va todo esto...

—Pues eso, que su negativa la convertimos en la chispa que tanto venimos esperando.

—Ya veo, estamos en julio, como cuando la Bastilla, y González Llorente será nuestro Reveillon.

—¿Cuál Reveillon?

—El de la fábrica de papel de lujo que dijeron que les iba a bajar los salarios a sus calificados obreros, y por cuenta de eso arrancaron las protestas a fines de abril, diez semanas antes de la toma de la Bastilla.

—Sigo sin entender ni jota: cuál papel de lujo, cuál abril si estamos en julio...

—Dejemos así, otro día te explico.

Y lo dejaron así, y con el plan aprobado, se fueron a dormir. Lo de provocar a González Llorente sonaba un poco forzado, pero funcionó. Bajo el sol picante del mediodía de julio que bañaba la plaza, al comercio de González Llorente en la esquina de la plaza llegaron Luis Rubio, Francisco Morales y sus hijos Pacho y Antonio, y le pidieron el ramillete de porcelana para el evento de bienvenida a Villavicencio.

—Que no, que no, que no lo he vuelto a prestar; yo sé que es refinado y luce mucho, pero aquí se ve bien claro cómo lo descascarillaron la última vez que lo cedí —respondió el comerciante, firme pero en buen tono.

—No venga usted con cuentos, que el dichoso tiesto no vale gran cosa.

—Sin afrentas, don Luis, que ustedes los criollos van insultando por ahí y yo no quiero líos, que en cualquier otra cosa que les pueda servir...

Rubio no lo dejó terminar y salió del almacén, que nos agravia, que se caga en los criollos y en el comisionado Villavicencio, y los Morales, padre e hijos, hicieron su parte, chapetón hijo de puta, le gritaban al pobre mercader que había nacido en Cádiz pero llevaba más de treinta años en el virreinato, y entraron a la tienda mientras algunos chisperos, los encargados de encender y propagar la centella, corrían hacia la plaza a multiplicar los insultos de González Llorente para soliviantar al gentío, que como estaba planeado así lo hicieron José María Carbonell, Sinforoso Mutis, Felipe Miró y hasta los clérigos Francisco Gómez Serrano y Juan Nepomuceno Azuero, esparcidos en varias direcciones entre los puestos del mercado, de modo que en un santiamén la esquina de la tienda y el rincón nororiental entero de la plaza, frente al atrio de la catedral, eran un solo disturbio.

Las dos puertas del local estaban bloqueadas por enjambres de curiosos y exaltados, mientras Llorente intentaba explicarse y hasta ofrecía disculpas y satisfacciones, todo en vano porque los Morales y algunos de sus coaligados, que dominaban a esas horas el recinto, no aceptaron los descargos y muy por el contrario, que la oportunidad la pintan calva, Antonio Morales echó mano de la vara de medir paños y la emprendió a golpes contra el dueño del comercio, que ya se sabe que con la vara que midas, y con esta te voy a medir la hombría, cabronazo.

Muerte a los chapetones, coreaban unos con los carrillos enrojecidos, aún

más que las chapetas que los criollos decían que les salían a los peninsulares no más llegar al trópico; abajo el mal gobierno, agregaban los chisperos, aunque el tendero nada tuviese que ver con la administración virreinal, que la cosa pintaba bien y no era cuestión de dejarla enfriar, pero un piquete de soldados de la guardia del palacio del virrey, que flanqueaba la plaza por el sur, se tomó la esquina y consiguió intimidar al gentío, lo que Llorente aprovechó para huir a gatas y con el lomo astillado, a la casa vecina, la de su coterráneo y compañero de veladas, don Lorenzo Marroquín.

Allí me refugié, recordaría el infortunado comerciante años más tarde, y me mudé la ropa que me habían hecho pedazos, después de curarme el brazo izquierdo contuso de los palos que en él me dieron, y más tarde seguí en una silla de manos a mi casa, craso error de Llorente, pues a pesar de los soldados, la agitación no había cesado del todo y un muchacho que lo vio, cargado por sus rescatadores y a medias oculto bajo una capa, pegó el grito, que ahí lo llevan, ahí llevan al chapetón Llorente, se escapa, a por ellos, y una nueva turba se aglomeró y siguió a los fugitivos hasta la casa del malherido, un par de cuadras al norte de la plaza.

A esas alturas, poco antes de las dos de la tarde, las negociaciones de frutas, viandas y granos habían cesado, interrumpidas por los precipitados sucesos para desgracia de los venteros, y la plaza era tal pandemonio que sólo el cacareo de las gallinas alborotadas en los corrales recordaba al abigarrado tumulto que ese día había habido mercado.

Mientras crecía el cerco frente a la residencia de Llorente, uno de los chisperos, trepado en un guacal, hacía equilibrio sobre su inestable pedestal para sostener que el gobierno virreinal y los chapetones de la ciudad, oigan todos, han acordado apresar y fusilar a diecinueve de nuestros más connotados líderes criollos, venderle la Nueva Granada al invasor Napoleón y, para coronar la traición contra nuestro amado rey don Fernando y la sagrada Iglesia apostólica y romana, aplicar en estas tierras los pérfidos designios de la Revolución francesa para barrer de una vez y para siempre con las santas creencias en toda la América española, que el fuelle de la religión siempre era bienvenido si de mantener viva la llama se trataba.

—¿Vamos acaso a entregarle nuestra tierra al corso usurpador, al carcelero de su majestad, al perseguidor de su santidad el papa y al enemigo declarado de Dios Nuestro Señor y de toda su santa Iglesia?

No, mil veces no, respondían al unísono marchantes, clientes y cargueros, al

tiempo que la guardia comprendía que era incapaz de atender los dos frentes a la vez, el del asedio a la casa de Llorente y el de la revuelta de la plaza, menos aún cuando su comandante percibió que el bochinche podía convertirse en asonada contra el palacio virreinal, que a partir de entonces se convirtió en el principal objetivo para proteger, de modo que los chisperos pudieron imponer sus arengas y alinear al populacho lo mismo en el mercado que en las calles aledañas, mientras la guardia retrocedía hacia el sur, para resguardar el palacio al otro extremo de la plaza.

Tardo como siempre, el Virrey, que se disponía a comer, había preguntado un par de veces a su criado cuál era el motivo de tanto griterío en el mercado, pero el lacayo no quiso importunarlo y lo dejó sentarse a la mesa para que cumpliera con el deber sagrado de la comilona que, como todas las tardes, precedía la larga siesta que Amar y Borbón no perdonaba. A medio plato de acabar estaba cuando escuchó con claridad una de las arengas, que con todo descaro espetaba uno de los chisperos contra los chapetones y el mal gobierno, a unos cuantos pasos de los balcones del palacio. Con discreción, el virrey recogió un tanto la cortina y asomó su larga nariz por una de las ventanas.

—Esto tiene una cola muy larga —dijo y no pudo más con el banquete.

—Vamos, vamos, a comer —le reclamó la virreina—, que a estos golillas no les alcanza la cuerda ni para un novillo.

Con la excusa de evitar mayores desastres, el recién designado alcalde ordinario, José Miguel Pey, que no era ajeno a las intrigas del Observatorio Astronómico, hizo presencia con un piquete de soldados en la casa de Llorente, se asomó al balcón del segundo piso y anunció, para dicha de la turba, que se llevaba preso al comerciante a la cárcel chiquita. Una vez cumplida la promesa, el gentío marchó hacia las residencias de José Trillo y de Ramón Infiesta, peninsulares como Llorente, a quienes los chisperos acusaban de liderar la conspiración chapetoniana.

A la de Infiesta la encendieron a pedradas, antes de invadirla y apresar a su propietario, que se había refugiado en el zarzo. Lo llevaron a palos a la cárcel chiquita para que acompañara a su colega de infortunios, Llorente, de quien nadie decía esa tarde lo que tantas veces, que era bueno como el pan y que, a la muerte de su suegro, había usado con generosidad las utilidades de la exportación de quina y de las ventas de su almacén para mantener durante años a sus once cuñadas y, como si lo anterior no hubiese sido bastante, las había casado bien a todas. Los chisperos también tomaron la casa de Trillo, y como su

dueño se alcanzó a escapar, se apoderaron de más de veinte mil pesos de oro amonedado, de varias joyas y hasta de la cubertería de plata, en un saqueo que se prolongó por más de una hora.

Era la revuelta más grave que había estallado en la Santafé colonial. Pero hacia las cinco de la tarde, mientras los venteros comenzaban a empacar sus bártulos, agrio el humor por las malas ventas de la jornada, y decenas de capitalinos buscaban las esquinas de la plaza para regresar a su casa, los complotados entraron en pánico, que a pesar de los arrestos de Llorente e Infiesta, seguimos en las mismas, tan lejos de conseguir nuestra junta suprema como estábamos esta mañana.

Con treinta y siete años cumplidos en febrero de ese año, José Acevedo y Gómez, un charaleño que había llegado muy joven a Santafé cuando en su tierra natal aún resonaban los ecos de la revolución comunera del Socorro, San Gil, Mogotes y la propia Charalá, se inquietaba por la forma como aflojaba el levantamiento. Tras cursar estudios de Gramática y Filosofía en el Colegio del Rosario, había cambiado las aulas por el comercio. En cuestión de pocos años, amasó una considerable fortuna y, fiel a sus inclinaciones académicas, atesoró en su biblioteca textos de Tito Livio y Virgilio, de los enciclopedistas y de los grandes autores del Siglo de Oro español.

Con el bolsillo lleno y la cabeza agitada, se involucró en política y lo designaron procurador general y luego, en el año ocho, regidor perpetuo del cabildo de la capital, donde, además de sus finas ropas, sabía lucir una oratoria tan elegante como persuasiva que se destacó el once de septiembre de 1808, cuando intervino en la proclamación y jura de lealtad a su majestad el rey don Fernando VII, un mes exacto después de que Napoleón lo hubiese defenestrado para poner en su lugar a su hermano José Bonaparte.

Llegadas esas noticias de la península pocos días después de la jura, Acevedo insistió una y otra vez en el cabildo en la necesidad de proclamar una junta suprema, a semejanza de la establecida en Sevilla ese mismo año para resistir a los invasores franceses, una idea sobre la que volvió a fines del año nueve, cuando los criollos santafereños se enteraron de que los líderes quiteños ya lo habían hecho. Qué vergüenza, queridos camaradas, Quito nos ha ganado de mano. Metido hasta el cuello en la conspiración, el virrey y sus espías lo tenían en la mira, como que frecuentaba las veladas en el Observatorio Astronómico y en las reuniones sociales no se mordía la lengua ni siquiera delante de los más afectos al gobierno colonial.

Todavía el sol no se había ocultado ese viernes veinte de julio cuando Acevedo, que debatía con algunos de sus socios de conjura los pasos que había que seguir, salió dando zancadas de su residencia cercana a la catedral, alertado de que la plaza se estaba desocupando a pesar de los esfuerzos de los chisperos, que repetían consignas y trataban de obstaculizar las bocacalles. Llegó hasta el cabildo, subió a la segunda planta, se asomó al balcón que miraba a la plaza y pudo comprobar que quienes seguían allí no eran ni la sombra de la multitud exaltada que había mantenido colmada la explanada un rato antes.

Acevedo golpeó la baranda de madera del balcón con fuertes palmadas, mientras los chisperos empujaban a los que aún permanecían en la plaza para que se acercaran al pie de la casona del cabildo. Al día siguiente, muy temprano, en una carta a su primo Miguel Tadeo Gómez, el orador recordó lo sucedido, adobando el relato de su arenga desde el balcón con alguna que otra exageración. La plaza estaba completamente llena de gente y las calles no daban paso, le mintió, y yo subí y al instante me nombró el pueblo para su tribuno o diputado, y me pidió le hablase en público, haciéndome mil elogios, y luego calló y le hice una arenga, manifestándole sus derechos y la historia de su esclavitud, y principalmente en estos dos años, con la de los peligros que habíamos corrido sus defensores. Le demostré, seguía la misiva, la peligrosa cruz en que se hallaba si prevalecían la tiranía y la fuerza.

Días más tarde, cuando ya no le hablaba al gentío de la plaza sino a los historiadores, Acevedo puso en su boca otras palabras que, por más de dos siglos, habían de recitar los escolares colombianos, con los mismos tintes convincentes de las palabras que había resumido en la carta a su primo Miguel, pero con una conjugación más florida. Santaferreños, escribió Acevedo que él había dicho en ese atardecer, si dejáis perder estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y febril, antes de doce horas seréis tratados como sediciosos. Y remataba, amenazante: ved los grillos, los calabozos y las cadenas que os esperan.

Sean cuales fuesen sus palabras, a no dudar que surtieron efecto. La plaza volvió a llenarse mientras el campanero de la catedral tocaba a rebato y sus colegas de las capillas vecinas lo imitaban. Acevedo leyó a los gritos ante su audiencia una lista de diputados para sumarla al cabildo y, tras omitir su propio nombre, escuchó que la gente lo pedía a los alaridos y, con humildad, aceptó encabezar la lista e incluir a otros líderes más en la nueva junta.

Pero el virrey se negaba, que no, que no, a aceptar la constitución de una

junta, que si hay junta, le decía doña Francisca, para qué virrey, hace falta ser muy majadero para no enterarse. Lo visitaron varios miembros del cabildo, pero no lo convencieron, que esto no sería una concesión sino una claudicación. Un grupo de damas santafereñas, de las mismas que tanto habían elogiado los refrescos y los bailes de máscaras, asumieron entonces la tarea, y en un alarde de buenas maneras y pomposas frases destinadas a encomiar al virrey y a su gran dama, intentaron persuadirlo de que riesgo alguno se ocultaba tras la mentada junta. Pero también fracasaron. El último visitante del palacio, ya entrada la noche, fue el capitán Antonio Baraya, comandante del batallón auxiliar, que donde no consiguen mandar las razones, mandan las armas.

—Señor —le dijo el oficial apenas lo tuvo delante—, me siento en la obligación de prevenir a su excelencia del enorme riesgo de acudir a los fusiles y los sables para atajar esta revuelta, puesto que es grande el número de gente armada que respalda la constitución de un cabildo abierto y mucho el grueso de la caballería que, con varas, palos y machetes, ingresa en estos momentos a la ciudad.

—Sandeces, puras necesidades —intervino la virreina.

—Necedad —la atajó, por una vez, el virrey— sería no comprender que esto va por mala senda.

Y pidió la opinión del oidor Juan Jurado, que zanjó el debate sin adornos ni remilgos.

—Conceda vuestra excelencia cuanto pide el pueblo, si quiere salvar su vida y sus intereses.

Lo que siguió era ya, a esas horas, inatajable. El virrey autorizó un cabildo extraordinario, no uno abierto, pero igual ese cabildo conformó una junta suprema que el virrey primero rechazó y luego aceptó cuando, con las primeras luces del amanecer del veintiuno, le ofrecieron presidirla. Pero la turba, que el sábado volvió a llenar la Plaza Mayor y escuchaba una tras otra las arengas del principal líder de la chispa, José María Carbonell, no confiaba en las autoridades coloniales y empezó a presionar a la junta a tomar nuevas decisiones, como la de liberar al canónigo magistral, Andrés Rosillo, preso desde hacía seis meses en el convento de los capuchinos, acusado de rebelión, o la mucho más radical de ir directo a la casa de los oidores de la Real Audiencia y llevarlos presos, que yo no sé qué demonios vamos a hacer con esta multitud, que ayer nos costaba mantenerla en la plaza y hoy no sabemos cómo mandarla para la casa.

—Así es la vida, mi querido amigo —dijo uno de los integrantes de la nueva

junta—, liberamos a una fiera y ahora tendremos que rezar para no nos devore.

El lunes veintitrés, convencidos de que los chisperos, que tanto habían contribuido al levantamiento, ahora empujaban al pueblo mucho más allá de lo imaginado por los complotados del Observatorio Astronómico, los miembros de la junta emitieron un bando con el que quisieron tranquilizar a la gente en cuanto a que no permitirían una reacción del virrey y sus esbirros. Retiraos, proclamaban los voceros de la junta, y que no se oigan en adelante las tumultuarias voces del pueblo pide, el pueblo dice, el pueblo quiere, cuando tal vez no es más que un individuo, una pequeña facción, un partido que se aprovecha de vuestra reunión para usurpar vuestro nombre.

Pero los chisperos de Carbonell no cedieron. El miércoles veinticinco, que no en vano era el día del apóstol Santiago, patrono de la monarquía, difundieron como verdad sabida que una contrarrevolución era cuestión de horas y que el virrey, el regente, algunos oidores, el fiscal y el mayordomo del palacio tenían sentenciados a más de cincuenta líderes de la revuelta del viernes, que a más de la represión ya planean, una vez recuperado el control del gobierno, jurar lealtad a José Bonaparte.

Pasadas las tres de la tarde del miércoles, y tras una tensa tregua de unas cuantas horas, las campanas de la catedral volvieron a repicar y lo hicieron a fuego, y con igual intensidad respondieron las torres de las demás iglesias de la ciudad, al tenor de las instrucciones de los líderes chisperos. La multitud regresó a la plaza mientras los rebeldes, que ya no lo eran sólo contra el virrey sino contra la junta misma, arrastraron un par de cañones del parque de artillería, a dos cuadras de la plaza, y los ubicaron frente al palacio, que estamos bien informados que desde dentro la guardia del virrey ha cargado sus armas.

Una veintena de campesinos a caballo alineó sus orejones frente a la entrada de la residencia de los virreyes y los montados blandieron sus varas y sus machetes, al tiempo que otros jinetes trotaban por la plaza en evidente demostración de fuerza de los alimentadores de la chispa. Cuando el síndico procurador Ignacio de Herrera, a quien la junta había encargado de inspeccionar a la guardia del palacio ante las denuncias de los oradores de la plaza, y nada había encontrado de cañones ni fusiles cargados, quiso explicárselo al tumulto desde el balcón del cabildo, sólo escuchó abucheos y más arengas incendiarias como respuesta.

El Sabio Caldas y otros vocales de la junta comprendieron que, a esas alturas, nada podía evitar el arresto del virrey y de sus principales colaboradores.

Amar y Borbón abandonó el palacio flanqueado por soldados del batallón auxiliar y por algunos vocales que actuaban como garantes de su seguridad, y quedó recluido en la casa donde operaba el Tribunal de Cuentas. La virreina fue conducida por tres clérigos, también integrantes de la junta, al convento de Santa Gertrudis, donde funcionaba el Colegio de la Enseñanza.

De camino a su lugar de reclusión, doña Francisca Villanova pudo apreciar que los golillas a quienes tanto despreciaba se habían salido con la suya. Temió lo peor, pero en vez de insultos, escuchó primero murmullos y luego un apabullante silencio, mientras no pocos manifestantes se descubrían la cabeza y bajaban la mirada. Muy distinto de lo que tuvo que soportar tres semanas más tarde, el trece de agosto, cuando una nueva revuelta de las gentes de Carbonell obligó a la junta a trasladar a la cárcel a los virreyes, que de hecho habían dejado de ostentar ese título. Entrada la noche y mientras era sacada del convento hacia una celda del Divorcio, a esa misma prisión, cómo no, a donde sólo llevan a las mujeres de la peor clase, que eso justamente se ha ganado esta ladrona, la depuesta virreina se encontró con decenas de venteras y verduleras que los chisperos habían mandado para sitiar la Enseñanza y exigir una cárcel de verdad para doña Francisca. La empujaron, la pellizcaron y la escupieron, y hasta el chispero Carbonell se escandalizó con lo que le gritaban, que así lo consignó en su diario.

—Fue milagro que llegase viva al Divorcio —escribió—. Las insolencias que le decían eran para tapar oídos.

No podía saber Carbonell que él también tenía las horas contadas. Al día siguiente, la junta dijo basta, acordonó la plaza con tropas del batallón auxiliar para evitar nuevos tumultos, y el día quince aprovechó que miles de capitalinos seguían la procesión de la Virgen a unas cuadras de la plaza, sacó a los virreyes de sus celdas y los despachó a Cartagena de Indias para que allí embarcaran de regreso a la península. Entretanto los guardias, que ahora sólo atendían órdenes de la junta, arrestaron a Carbonell y a varios chisperos más, que si no apagamos de una vez el incendio, arderá con nosotros dentro.

Figura clave lo mismo en el levantamiento del veinte de julio que en el restablecimiento del orden ante las amenazas de los chisperos, a mediados de agosto, fue el capitán del batallón auxiliar, Antonio Baraya, que fungía además como vocal de la junta. Nacido en Girón, hijo del gobernador de esa provincia,

don Francisco de Baraya y La Campa, se decantó desde niño por la carrera militar. En 1802 ya era teniente del ejército del Rey, y para el año diez, capitán de la guarnición de Santafé, con mucho más influjo sobre las tropas que su superior, el coronel Juan Sámano, con quien poco se entendía. Ascendido a teniente coronel tras las revueltas de julio, el eficiente oficial fue puesto por la junta al comando del nuevo cuerpo militar que tenía por misión asegurar la tranquilidad en la capital y las provincias cercanas, el Batallón de Infantería de Guardias Nacionales, que requisó y tomó posesión del convento de Las Aguas para operar desde allí.

El veintiséis de octubre, por recomendación de Baraya, la junta designó abanderado del batallón, con funciones de secretario del comandante, a un joven estudiante de leyes a quien la revolución de julio impidió concluir los trámites para titularse como abogado. A seis meses cortos de cumplir los diecinueve años, Francisco José de Paula Santander y Omaña no sería, al menos por ahora, jurista sino militar, con el grado de subteniente, y llevaría la bandera y el despacho del comandante, que desplazados los virreyes y establecido el poder de la junta, la palabra del presbítero Omaña seguía pesando.

Con su casaca azul corta, la solapa vuelta, galón y armas de la ciudad en el cuello carmesí, chupa y pantalón blanco, botines negros, y coronado el atuendo con una gorra negra rematada con el escudo de plata del batallón y una pluma encarnada, Santander siguió visitando a María Margarita como lo había hecho, aún de civil, la tarde del día de mercado del veinte de julio en que estalló la revolución. Entregados a los arrumacos, besos y manos deslizantes, en esas horas los enamorados pusieron oídos sordos al griterío que subía de la Plaza Mayor hasta que doña Lorenza regresó, con la china y el muchacho, y los canastos a medio llenar. La dueña de casa entró a las volandas y los descubrió, sonrojados y con las ropas descompuestas.

—Ámense, hijos míos —les dijo—, que el mundo, o al menos el que hemos conocido hasta hoy, se está acabando.

CAPÍTULO III

TODO HOMBRE ES UN SISTEMA

La tropa, con el sereno y el desconocimiento del camino, se emborrachó y se perdió hasta tres veces, escribió con letra fina, alineada y bien compuesta el capitán Francisco de Paula Santander. La amargura arreciaba en el alma tras el desvelo de aquella madrugada del veinticinco de enero de 1813, una noche más sin pegar ojo, envenenado por la rabia, con el orgullo lacerado y los latigazos de dolor que aún quemaban en el pecho y el costado por las heridas de combate que quince días atrás casi lo despachan al otro mundo.

Llenaba el pliego inclinado sobre el escritorio del profesor de una de las aulas del San Bartolomé, a donde días antes había regresado, no como el estudiante aplicado que había sido sino como prisionero de guerra, arrestado por orden no de las autoridades coloniales sino del gobierno centralista del presidente del Estado de Cundinamarca, don Antonio Nariño. La carta iba dirigida al comandante Manuel del Castillo y Rada, con quien, a principios del año once, Santander había hecho sus primeras armas en la campaña de Mariquita, cuando apenas unos meses después de las gloriosas jornadas de julio del año diez, el liderazgo criollo comenzaba a deshacerse en jirones por las divisiones entre centralistas y federalistas y, mucho más, que así era, por las vanidades de cada caudillo de pueblo.

Marchando iba yo por ese inmenso llano, continuaba la carta de Santander, cuando Ramírez me dijo al oído, vamos a ser derrotados por la indisposición de nuestras tropas. Y en el farragoso relato de la marcha de los federalistas a Santafé se apretaban hechos y valoraciones, que cerca de la Estanzuela hizo alto un gran rato la fuerza para reunirla y ordenarla lo posible, pues hasta allí sólo marchaban grupos de gentes, y la artillería, demasiado numerosa para la infantería, quedó bien desordenada y aun casi confundidos los cajones de sus servicios, que las tropas de esta ciudad, acampadas a la cabeza de la Alameda, formaban un cuadro completo y estaban prevenidas a ser atacadas, pues el teniente coronel Vélez vio que cerca de la madrugada tiraron por la parte de San Diego tres cohetes que sin duda les dieron fuego para hacernos creer que por allí

iban tropas a Monserrate, y que San Victorino quedaba desguarnecido. Los generales tuvieron aviso de esta novedad, le aclaró Santander a Castillo para que juzgara bien.

En la misma Estanzuela, cerca del amanecer, nos dio un fusilazo un centinela enemigo y obligó a nuestras compañías a que correspondiesen con otros muchos, detalló el capitán, al tiempo que pasaba saliva para tratar de calmar la rabia. Mientras se reunía la artillería, aclaró y nos dejamos ver perfectamente por las tropas de aquí; parecía que si el proyecto era entrar por asalto, estábamos en el caso de abandonarlo, o hacer una honrosa retirada a nuestras baterías, u ocupar Los Laches, quedando perfectamente dominada la ciudad por nuestro ejército.

Ricaurte, obstinado y deslumbrado por la batalla de Ventaquemada, que así lo señalaba Santander con el dedo acusador para que Castillo supiera, dio orden de que entrásemos por la Huerta de Jaimés hasta el mismo campo de San Victorino, sin considerar qué de sacrificios nos iba a costar una empresa que no era necesaria. Todos los oficiales se manifestaron disgustados desde aquí, agregaba, y Urdaneta trató de hacer ver la dificultad de la acción y Vélez quiso proponer una retirada, que todos calculábamos lo que nos iba a suceder, pero el honor pudo más y obedecimos porque no creyera Ricaurte que éramos cobardes.

Entramos en San Victorino por las calles que van al campo, escribió al inicio de un nuevo pliego, y se nos recibió con un fuego de artillería y fusilería vivísimo, que después de haberlo sostenido por más de una hora perdimos doscientos hombres, más de la mitad de nuestras fuerzas, de modo que el terror ocupó a nuestra cobarde caballería y ella puso en desorden a los lanceros y fusileros, quedando solos los oficiales, expuestos a ser hechos prisioneros. Perdimos toda nuestra artillería, fusiles, todos los pertrechos, resumía Santander en un balance sin paliativos, y se hizo una fuga en vez de una retirada. Y remataba, no nos olvidemos que la prudencia de un general ha conseguido más batallas que la intrepidez.

Amigo, agregó casi al final: mil pliegos escribiría sobre este asunto, pero no puedo ahora que cada renglón me arranca una lágrima. Sólo unas líneas más, para que sepa usted que quedamos, según dicen, declarados simples prisioneros de guerra, en virtud de los tratados de Santa Rosa; tenemos ya comunicación, aunque presos en las aulas, estamos sin una camisa, pues todo lo perdimos, y se nos pasan cuatro reales diarios.

—Qué miseria —le dijo a un cura del colegio que pasó a visitarlo—. Pero lo que más me duele no es la derrota, ni las heridas que no acaban de sanar, sino el

odio que me tengo por haber recibido mi bautizo de fuego en un combate entre hermanos.

* * *

En octubre del año diez todo había sido tan distinto, tan promisorio. Como joven destacado que había dejado la jurisprudencia cuando le faltaba apenas una pizca para obtener el título y poder ejercer, Francisco de Paula Santander había sido designado abanderado del flamante batallón de infantería de Guardias Nacionales. Su responsabilidad llamaba la atención, pues los estandartes que portaba habían ido cambiando semana a semana, dejando atrás el color blanco de fondo y las armas del rey, así como la cruz de Borgoña, para teñirse de amarillo encendido, aplanar la cruz borgoñesa y cruzar las armas del rey, que nadie osaba aún abandonar, con las del naciente Estado de Cundinamarca que pretendía, en su estandarte así como en la realidad, seguir atado a la corona de España.

Aunque el joven subteniente se esmeraba en comprender cada cambio que sufría la herramienta que simbolizaba su labor, para poder explicárselo a las muchachas que asistían a los desfiles y maniobras del batallón que solían tener lugar en la reducida explanada frente al convento de Las Aguas, donde acuartelaba la tropa, dedicaba sus principales esfuerzos a sacar provecho de la ventaja que le otorgaba su cargo de abanderado, la de ser instruido de manera directa en asuntos de milicia por sus superiores inmediatos: ni más ni menos que el coronel Antonio Baraya, experimentado oficial que había asegurado el éxito de los conspiradores del veinte de julio, y el sargento mayor Joaquín Ricaurte, con poca experiencia pero mucha audacia.

La moda de las juntas supremas, lo mismo en las principales ciudades del antiguo virreinato que en las poblaciones medianas y pequeñas, se hizo epidemia y pronto la junta santafereña asumió que le correspondía poner orden en las diferentes regiones, que si todos van a tener junta suprema, aquí no manda ni Dios. Esta determinación cayó mal en algunas provincias, y el afán de cada poblado de mandarse a sí mismo llevó los problemas aún más lejos y despertó confrontaciones entre villas vecinas para establecer cuál mandaba a cuál.

A cinco días de camino desde la capital en la temporada seca, que en tiempo de lluvias se tardaba el doble, enclavada en el cañón que a esas alturas del valle estrecha el paso del enorme río de la Magdalena, estaba Honda, con sus casonas bicentenarias, sus conventos y sus iglesias, y su activísimo puerto fluvial sobre la margen izquierda del caudal. Bajo el calor opresivo y la humedad que recargaba

el aire hasta hacerlo difícil de inhalar, sesionaba, pomposa, la Junta Suprema de la provincia de Mariquita.

Con sus aires de gran villa, declarada como tal por real cédula de Felipe IV en 1643, Honda quiso imponerse sobre toda la región de laderas y planicies ceñida al este por el río, pero los líderes de Ambalema, unas leguas al sur y más arriba del salto por el que, entre grandes piedras, bajaban las aguas en torrente, se negaron a depender de su vecina del norte. La junta de la provincia ordenó el destierro de algunos rebeldes y estos fueron a dar, con sus quejas, a Santafé.

Por orden de la junta de la capital, el veintiuno de marzo del año once abandonó sus cuarteles en la ciudad una partida de tropa con sesenta hombres del batallón auxiliar, veinte de los Guardias Nacionales y doscientos treinta más de lo recién reclutado, que apenas había acabado su entrenamiento, todos al mando del capitán cartagenero Manuel del Castillo y Rada, quien contaba como secretario de la comandancia con el subteniente Santander, el abanderado de los Nacionales. Tras unas pocas semanas de recorrido y labores en la zona, el contingente tomó Honda sin que sonara un solo tiro ni fuera desenvainado sable alguno. Los sueños de autonomía de sus residentes rebasaban por mucho su capacidad de resistencia, en especial por la devastación, el freno de la actividad comercial y el empobrecimiento de la gente que había dejado el ruinoso terremoto de 1805.

Cuando las tropas ingresaron a la población, a Santander se le grabaron las imágenes de las antiguas mansiones entre cuyos muros a mitad derruidos crecían helechos, maleza y hasta arbustos cuyas ramas atrapaban las piedras como la boa que asfixia a su presa. Por haber nacido en el valle de Cúcuta, donde el suelo también sabe sacudirse, el subteniente entendía de movimientos telúricos, pero aun así jamás había visto tanto arrasamiento. La reconstrucción apenas comenzaba cuando estallaron las rebeliones del año diez y el gobierno colonial, que la había iniciado con recursos muy limitados, fue disuelto.

Tras esta expedición, la provincia de Mariquita quedó anexada al Estado de Cundinamarca, y la tropa recorrió varias poblaciones para proclamarlo y hacerlo sentir. La región llevaba ese nombre de los indios mariquitones, que justificaron su fama de guerreros en su perseverante resistencia a los conquistadores y que, en buena medida por el miedo que causaban entre los europeos, se ganaron la fama de caníbales. Pero Mariquita era también el nombre de una de sus poblaciones más importantes, unas leguas al norte de Honda y con un clima menos asfixiante, pues en vez del cañón que encierra al puerto, por Mariquita

soplan las brisas de un valle ancho y abierto.

A su llegada a Mariquita las tropas fueron agasajadas con un baile, que aquí no vamos a ser menos que los de Honda. La noche del sarao, Santander atrajo miradas no sólo por su buen paso sino porque, en alguna tregua del conjunto musical, se armó de una guitarra y se dejó venir con un viejo torbellino. Lo que siguió fue más baile, más guitarra y un amanecer de premuras amorosas en el corredor del ala trasera de la casa del festejo, con una muchacha del pueblo que había caído rendida en los brazos del subteniente, en buena medida por la destreza de sus pies y por sus manos rasgueando la guitarra, pero sobre todo por sus palabras murmuradas al oído de la niña con la mezcla justa de finura y atrevimiento.

De ese único tiro disparado por Santander en la campaña de Mariquita nacería a fines del año un bebé saludable y más bien tranquilo, del que el abanderado del batallón de Guardias Nacionales se enteraría por carta de la madre, y quien llevaría su apellido y el nombre de Manuel, en honor de su primer comandante, el cartagenero Castillo y Rada, que si usted no me lleva en esa expedición, capitán, ese niño jamás habría venido al mundo, le dijo una tarde Santander a su comandante.

—Lo entiendo y lo agradezco, Pacho querido —le respondió Castillo y Rada —, pero que quede claro que a eso se limitó mi intervención en esa gesta enteramente suya.

De vuelta a Bogotá, no pasó mucho tiempo antes de que Santander tornara a las órdenes de su antiguo comandante, Antonio Baraya, ascendido a brigadier tras derrotar a las tropas del teniente coronel Miguel Tacón y Rosique, gobernador español de la provincia de Popayán, en el suroccidente del antiguo virreinato, en la batalla del Bajo Palacé, el veintiocho de marzo del año once, para la misma época en que Santander había operado al lado de Castillo y Rada en la región de Mariquita. La campaña que culminó con la victoria en Palacé fue una de las pocas de aquellos días en que las huestes criollas que respondían al gobierno de Santafé se enfrentaron a un contingente que defendía al gobierno colonial.

Las demás campañas enfrentaron a criollos contra criollos y muy pronto ya no fueron incruentas, como la de Mariquita. En enero del año doce, las tropas al mando del coronel Joaquín Ricaurte, primo de Baraya, partieron hacia el Socorro, al norte de la altiplanicie que cobija a Bogotá y a Tunja, para poner orden en una región donde las divisiones se tornaban en incendio. Como había

ocurrido con Ambalema y Honda, los líderes de los cantones de Vélez y San Gil se habían levantado contra el gobernador socorrano, José Lorenzo Plata.

El presidente de Cundinamarca, Antonio Nariño, quiso apoyar a los de Vélez y San Gil, y para ello envió tres gruesas columnas con todos los pertrechos. Tras la sangrienta batalla de Matarredonda, cerca del poblado de Saboyá, Ricaurte impuso el mando de la capital, entró victorioso al Socorro, arrestó al gobernador Plata y anexó la provincia al Estado de Cundinamarca, y muchos se maravillaron en Santafé, que a este paso Nariño va a imponer su mando en toda la Nueva Granada, sigue soñando no más, que las tropas aplacan una rebelión por acá mientras estalla otra por allá.

—Pero si no sabemos quién manda en la península —seguía el debate de salón santaferño, mojado en aguardiente—, si los Borbones o el corso Bonaparte, que ambos bandos tienen experiencia de gobierno, qué diantres vamos a saber quién lo hace aquí, donde andamos entre aprendices.

—Que ya lo dijo hace unos días Frutos Gutiérrez ante la Junta Suprema —agregó en tono de tribuno uno de los tertulianos, mientras apuraba el cuenco—: todos opinan, todos sospechan, todos temen, cada hombre es un sistema y la división ha penetrado hasta el seno de la familia. Y yo agregó y predigo que si sobrevive la patria que apenas ha nacido, será siempre así.

Al menos Nariño, convencido centralista, tenía una idea sobre los pasos que había que dar, aunque esto le costaba el desgaste de un debate tras otro con el presidente del Congreso, el afamado jurista y fino orador Camilo Torres, defensor de un sistema federal que diera a todas las provincias el mismo trato de igualdad. Tal y como Nariño lo dejó asentado en las páginas de *La Bagatela*, hay amenazas por todas partes, que ya los españoles se mueven para recobrar su colonia, ¿y nosotros cómo estamos? Y él mismo respondía: cacareando y alborotando el mundo con un solo huevo que hemos puesto. Y remataba con que la patria no se salva con palabras ni con alegar la justicia de nuestra causa. Bien escrito le quedó, que así se lo reconocieron, pero tenerlo tan claro no implicaba ser capaz de aplicar las soluciones.

Con la excusa indiscutible de defender los valles de Cúcuta del inminente asedio de las tropas del gobierno colonial, el presidente Nariño decidió despachar un contingente de trescientos cincuenta unidades, al mando del brigadier Baraya. Con el cargo de ayudante-secretario del acreditado oficial, que el subteniente Santander había asumido tras el retorno de Baraya de la expedición al Cauca, el joven cucuteño se dispuso a regresar a su tierra natal

pero no con el pomposo título de jurisconsulto, sino con la casaca azul, la chupa y el pantalón blanco de su batallón, y un fusil colgando del hombro. Con Baraya iba también el capitán de ingenieros Francisco José de Caldas, anfitrión de las veladas conspirativas en el Observatorio Astronómico que liderada su primo Camilo Torres en las semanas previas al veinte de julio.

—Durante su necesaria parada en Tunja —le dijo Nariño a Baraya, en vísperas de la partida de la tropa—, arrégleselas usted para sacudir el avispero y, una vez montado el alboroto, obléguese a intervenir, con el peso de sus armas, que necesitamos garantizar que esa provincia se una al Estado de Cundinamarca.

Poco convencido como estaba de agitar más nidos de avispas, el brigadier apenas intentó cumplir con la misión al encontrar que el gobernador de Tunja, don Juan Nepomuceno Niño, y la inmensa mayoría del liderazgo local, estaban unidos y, al menos en esta villa, poco lugar había para alborotar el panal. Para mediados de abril, Baraya no ocultaba su distanciamiento de Nariño.

—No podemos seguir creyendo —sostuvo durante una velada en Tunja, delante de sus oficiales y de los caciques de la ciudad— que desde Bogotá es posible controlar el canto de cada pájaro y el correr de cada riachuelo hasta el último rincón de la patria.

El capitán Caldas sonrió. Sus largas peroratas a favor de la confederación de provincias habían calado en Baraya, quien le escribió una carta a Nariño para decirle que resultaba inaplazable la convocatoria del Congreso, con amplia representación provincial, para resolver las disputas y acordar el sistema de gobierno.

—¿Qué hacemos, presidente? —indagó su secretario.

—Pues mondo y lirondo, le quitamos el mando del contingente al brigadier Baraya y asunto resuelto.

Sin embargo, no era tan sencillo. Reunidos en Sogamoso, al nororiente de Tunja, donde la tropa que jamás avanzó hacia los valles de Cúcuta estaba acantonada, los oficiales dieron su respaldo a Baraya, quien puso el contingente al servicio del gobierno de esa provincia. Un acta divulgada en esos días resumió las conclusiones de la junta de oficiales, que la voluntad decidida de todas las provincias es la de formar el Supremo Congreso, para resistir los ataques de los enemigos exteriores, poner en seguridad a todo el reino y garantizarlas de no ser divididas y subyugadas por Cundinamarca.

—Un saludo a don Fernando VII, que no reina, y una amenaza al presidente Nariño, que trata de gobernar —comentaría días más tarde, al conocer la

proclama, el doctor José Luis de Azuola y Lozano, el clérigo de avanzadas ideas que le había dictado a Santander la cátedra de Teología, y quien apenas pudo ocultar su molestia por el hecho de que su aventajado alumno fuera uno de los firmantes.

Aunque firmó la proclama sobre todo porque así lo demandaban sus superiores, Santander estaba convencido de las virtudes de la confederación. Como recordaría muchos años más tarde, el desagrado que los pueblos mostraban por la privación de su gobierno propio y la incorporación a Santafé, las protestas de las provincias de Pamplona y Casanare de unirse a Venezuela si se les quería forzar a dicha incorporación, las reclamaciones enérgicas de Cartagena y Antioquia contra la política de Cundinamarca, decidieron a Baraya y a los principales oficiales de su columna.

El subteniente, que actuó como secretario de la junta de oficiales, siempre alegraría que había sido más testigo cumplidor que incitador de esa rebelión, que con esas palabras lo definió, que mi grado y mi posición me inhibían de haberla provocado o siquiera sugerido, y sólo cedí a la voz y mandato de los jefes, dejándoles la debida responsabilidad. En cualquier caso, Santander recibió su parte de la recompensa.

El Congreso Federal se había reunido al fin en Villa de Leyva, en la llanura seca de suelos grises y piedras rojizas al occidente de Tunja donde a finales del siglo XVI el presidente de la Real Audiencia, don Andrés Díaz Venero de Leyva, resolvió fundar una elegante población con la plaza más grande que hayan visto estas tierras, para que los soldados coloniales pudieran allí ejercitarse. Entre sus primeras decisiones en aquella elegante villa, el Congreso apuró una serie de ascensos para los oficiales firmantes del acta de Sogamoso. El subteniente Santander amaneció el veinticinco de mayo convertido en teniente activo y el primero de junio, menos de una semana más tarde, recibió el grado de capitán, que si así me trata la confederación, no tengo queja.

En cuestión de semanas, el ejército de Baraya se preparó para la respuesta de Nariño, quien, investido de facultades extraordinarias, asumió como dictador, reclutó un ejército de cerca de un millar de infantes y el veintitrés de junio se puso a la cabeza de sus tropas en la marcha sobre la provincia de Tunja. Durante el segundo semestre de aquel infausto año doce, el altiplano que acogía lo mismo a Santafé que a Tunja fue escenario de una guerra civil, quizás la primera —pero de seguro no la última— en el territorio de los antiguos muiscas.

Las victorias iniciales fueron de Baraya. Pero meses más tarde, enfermos de

éxito y envalentonados por el triunfo el dos de diciembre en los campos de Ventaquemada, a medio camino entre las dos ciudades, que puso en fuga al ejército de Nariño, a principios de enero los federalistas se lanzaron sobre Santafé. La noche del nueve se concentraron varias columnas desde Bosa, Suba, Ontibón y Chite, y marcharon por el cerrito de Techo hacia la Chamisera, en dirección a San Victorino. Como lo recordaría días más tarde Santander en su carta a Castillo y Rada, la tropa, con el sereno y el desconocimiento del camino, se emborrachó y se perdió hasta tres veces. Para el amanecer, estaba claro que el ejército federal saldría derrotado.

—Sólo un milagro de la Providencia me pudo haber salvado —contaría luego el capitán Santander para referirse a sus primeras heridas de guerra.

Heridas que, lo reiteraba a quien quisiera escucharlo, le dolían menos que el vilipendio de haberse visto mezclado en una guerrita que, de no ser por la mortandad, bien podía calificar para sainete, una disputa entre hermanos por la forma de gobernar una nación que ni siquiera había nacido, una bufonada sangrienta que de seguro despertaba las carcajadas de las tropas coloniales que, mientras los criollos se masacraban entre sí, afilaban sus espadas y limpiaban sus fusiles para la contrarrevolución; ni tontos que fuesen.

—Malaya sea mi suerte —se quejaba Santander enclaustrado en San Bartolomé.

Pero su suerte cambió. En un acto de generosidad, pero sobre todo de sensatez, el gobierno de Nariño decidió que no podía desperdiciar la experiencia ganada por los oficiales y la tropa federales en la muy poco heroica campaña para tomar a Bogotá. Próximo a cumplir los veintiún años, Santander fue destinado al V batallón del Ejército de la Unión, el mismo que a las órdenes de Baraya y de Ricaurte había combatido durante once meses contra el gobierno que ahora lo reactivaba.

Para mayor ventura, quedó incorporado al contingente que comandaba su protector y amigo, el coronel cartagenero Manuel del Castillo y Rada, y como si las parcas hubiesen resuelto enderezarle el rumbo, su delgado cuerpo de huesos fuertes y músculos fibrosos, que lucía las cicatrices del bautizo de fuego recibido en San Victorino, vino a dar a Pamplona, unas cuantas leguas al sur de los valles de Cúcuta, su comarca natal, con el grado de sargento mayor, que ni él se podía creer que después de tanta deshonra, su corta pero intensa carrera militar recibiese una segunda oportunidad.

Poco más alumbraba su optimismo. Castillo había decidido desobedecer al

coronel caraqueño Simón Bolívar, un experimentado oficial al borde de la treintena, que había luchado a las órdenes del general Francisco de Miranda en la primera campaña de los criollos venezolanos contra las tropas coloniales de Domingo de Monteverde que buscaban reconquistar Caracas en el año doce. Impulsivo, precedido por la fama de que aun antes de terminar de caer ya se estaba levantando, Bolívar había labrado su primera leyenda en las horas que siguieron al terremoto que devastó la capital de la antigua Capitanía General de Venezuela el veintiséis de marzo de ese año, cuando no lejos de la derruida catedral trepó sobre las ruinas del muro de una casona de esquina, desplazó a empellones a un cura que pregonaba que la catástrofe era el castigo divino contra la ciudad que había osado rebelarse contra el gobierno colonial, y más serio que un tramposo, sentenció, había que oírlo, que si la naturaleza se nos opone lucharemos contra ella hasta que nos obedezca.

Sin haber podido demostrar que era capaz de alcanzar tamaña meta, tres meses después perdió el castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, la principal fortaleza de la costa venezolana, un desastre que, unido al derrumbe del ejército de Miranda en los valles, marcó el fin de la aventura patriota, la rendición de Miranda, considerada por Bolívar y los demás oficiales de su maltrecho contingente libertador como una traición, que al final ellos mismos lo entregaron en La Guaira a los realistas y por eso el gran Miranda, que había coqueteado con la emperatriz Catalina de Rusia, alcanzado el título de mariscal de la República de Francia tras sus destacadas acciones en la batalla de Valmy y trabado amistad con Napoleón, fue a dar a una de las celdas del mismo castillo de San Felipe que Bolívar, que obtuvo permiso de Monteverde para partir a Curazao, había perdido.

De Curazao, Bolívar navegó hasta Cartagena, donde convenció a la Junta Suprema local, instalada tras los levantamientos del año diez en Santafé y otras poblaciones de la Nueva Granada, de que le entregaran el mando de un puñado de hombres para garantizar que los sueños de libertad del puerto amurallado, joya de la corona española en el Caribe, pudieran hacerse realidad. Como tantas veces lo haría en los años por venir, el caraqueño utilizó sus derrotas en Venezuela como argumento de experiencia y de lección aprendida y, en un manifiesto a los cartageneros, persuadió a los líderes locales, que les digo y les afirmo, si evitan ustedes los errores que Caracas cometió, la victoria habrá de llegar más temprano que tarde.

Al principio, apenas le entregaron unos setenta hombres, bisoños y poco disciplinados, materia prima con la que pronto el coronel hizo milagros. En

cuestión de semanas, a finales del año doce y primeros días del trece, activó una campaña para desalojar de las orillas del río Magdalena a las tropas realistas que amenazaban a Cartagena, y se impuso en un combate tras otro para liberar Tenerife, Guamal, El Banco, Mompo y Tamalameque. El diez de enero, cuando su ejército, que había ganado cuerpo con decenas de incorporaciones en el curso de la campaña, ocupó Ocaña, no lejos de los valles de Cúcuta y de la frontera con la Capitanía de Venezuela, quedó claro que los ojos del caraqueño estaban puestos en una nueva ofensiva para libertar su tierra natal.

Las victorias sin pausa entre Tenerife y Ocaña llamaron la atención del gobierno granadino en Bogotá, más aún cuando en la madrugada del veintiocho de febrero, Bolívar ocupó las colinas que protegían el valle de Cúcuta por el occidente, y desde allí, con una serie de engañosos movimientos de sus flancos, hizo llover fuego de fusil sobre el campamento realista y resistió las embestidas de contraataque del comandante español Ramón Correa, cuyas tropas doblaban en número a las de Bolívar, que eso no asustaba al caraqueño, acostumbrado a combatir en inferioridad de efectivos. Correa nunca entendió que el caraqueño le había tomado desde el principio una notable ventaja posicional, y se desgastó en una ofensiva tras otra. Hacia la una de la tarde, una carga de bayonetas ordenada por Bolívar barrió los restos del contingente de Correa que regresó a Cúcuta, pero no para quedarse sino para seguir camino apresurado hacia el este, hasta San Antonio del Táchira, en desordenada huida.

El buen suceso de Cúcuta para los patriotas convenció al gobierno de la Unión en Santafé de Bogotá de otorgarle a Bolívar el título de ciudadano de la Nueva Granada, así como el grado de brigadier y el mando del Ejército, decisión que las autoridades formalizaron el doce de marzo, que con lo hecho en la ruta de Cartagena hasta Cúcuta ha demostrado más audacia y mayor capacidad militar que cualquier oficial de estas tierras. Castillo y Rada, quien se encontró con Bolívar en Cúcuta días después de la victoria del veintiocho de febrero contra Correa, había impulsado que al caraqueño le otorgaran esas dignidades, pero muy pronto entró en conflicto con el nuevo brigadier, con quien tenía profundas diferencias sobre los pasos que había que seguir después de la exitosa campaña de inicios del año.

El coronel cartagenero, entre cuyos oficiales se destacaba Santander, estaba convencido de la urgencia de incorporar más tropas, entrenarlas, fortalecer posiciones en el valle de Cúcuta y prepararse para resistir una contraofensiva realista desde Venezuela. Bolívar temía también la respuesta de los comandantes españoles, pero consideraba que la mejor defensa era el ataque. Seguir a la

ofensiva era su fórmula, pues, decía en un oficio a Camilo Torres, la suerte de la Nueva Granada está íntimamente ligada a la de Venezuela, que no debemos olvidar que si esta continúa en cadenas, la primera las llevará también, porque la esclavitud es una gangrena que empieza por una parte y, si no se corta, se comunica al todo y perece el cuerpo entero.

El símil impresionó a Torres, quien dio su asentimiento. Pero Castillo y Rada, así como los oficiales que lo acompañaban, entre ellos Santander, expresó su descontento ante la idea de que el Ejército marchara sobre Venezuela, una loca empresa, que así la calificó Castillo, improvisada y que costará innumerables pérdidas entre las tropas neogranadinas. Bolívar amenazó con renunciar, pero desde la capital lo persuadieron de seguir al mando y le ordenaron a Castillo que se sometiera a sus órdenes, aunque le concedieron un punto y así se lavaron las manos: el brigadier caraqueño podía penetrar en Venezuela y asegurar las provincias cercanas a Cúcuta, pero antes de adentrarse más en la antigua Capitanía debía obtener el respaldo de sus oficiales reunidos en consejo de guerra.

La tirantez se mantuvo y las chispas entre los dos saltaron tras una reunión del dichoso consejo, pero un éxito de Castillo y de sus tropas sirvió para calmar los ánimos. Con instrucciones de desplazar al coronel peninsular José Miguel Salomón del sitio de la Angostura que abría el camino hacia el poblado de La Grita, Castillo dividió a sus tropas en tres bloques. El mando de la derecha se lo otorgó al sargento mayor Santander, quien debía conducir las compañías primera y tercera del batallón 50 contra el flanco izquierdo del enemigo, afincado sobre una ventajosa colina.

Los hombres de Santander iniciaron el ascenso poco después del amanecer del trece de abril, mientras las avanzadas intercambiaban disparos que distrajeron a los vigías de Salomón, y así, divertido el enemigo, como escribiría horas más tarde en su informe el coronel Castillo, dio lugar a que Santander concluyese su operación sin ser notado, y en tan corto tiempo y con tal astucia, que no será creíble sino a los que lo presenciamos, y que logró subiendo por el escarpado dejar a su espalda a los vigías. Mientras la columna de la izquierda acosaba al enemigo y la del centro presionaba sobre la Angostura misma, Santander cayó sobre el flanco izquierdo del enemigo por sorpresa, gracias al sigilo de su ascenso, lo barrió de la ladera y se hizo con las trincheras del Alto de la Cruz.

Poco había reparado hasta entonces Bolívar en los ojos pequeños pero

penetrantes del sargento mayor nacido en Villa del Rosario, y que hasta ese momento había demostrado su total lealtad a Castillo y Rada y una actitud distante hacia el caraqueño. Pero tras el combate de La Grita, en un informe al poder ejecutivo de la Unión, fechado el dieciséis de abril, detalló el avance logrado y recogió las palabras de Castillo, que la oficialidad y la tropa han acreditado que son dignos de ser libres, y el mayor Santander y el capitán Andrade, que subieron por la montaña que domina la posición y desalojaron al enemigo, son dignos además de una distinción.

En su parte oficial, Bolívar apoyaba la distinción para Santander, pero pronto se llenó de motivos para mantenerlo entre ojos por cuenta de las desavenencias con Castillo, quien, tras nuevos roces, se hartó, que no aguantó más el maltrato y el vilipendio diarios, pidió licencia y puso rumbo de vuelta a Cartagena. El mando de sus tropas pasó al sargento mayor Manuel Ricaurte, que tampoco quería vérselas con Bolívar y por ello pidió y obtuvo permiso para separarse del mando. Quedaba Santander, quien asumió el reto de capitanear al contingente acampado en La Grita, pero pronto se encontró, él también, en agrias discusiones con Bolívar. El diecinueve de abril le escribió a Castillo, quejoso por el abandono del cartagenero y molesto por las formas de Bolívar, pero sin poder ocultar que en algo lo divertía confrontar al ciudadano brigadier general.

Usted ahora nos la ha jugado completamente, arrancaba la carta al coronel Castillo. Nuestro Bolívar, que el posesivo era broma, ha venido hecho una badana y se ha manifestado muy sentido con nosotros por el consejo de guerra, pero yo le he hablado francamente y le he dicho que personalmente lo estimo, pero que no prescindo de los males que puedan sobrevenir de su mando en jefe. Según el relato, Bolívar aguantó la embestida sin calentarse, que nos ha dado mil satisfacciones y a mí me ha echado mil párrafos, sintiendo eso sí la pérdida de los progresos que podía hacer en Venezuela. Le he dicho que no paso de aquí, escribió antes de rematar la carta, que esto está endemoniado.

Entre Bolívar y Santander hubo más discusiones, como que el caraqueño le había tomado gusto a debatir con quien le hablaba con tanta sinceridad, con una impertinencia que, por momentos, le resultaba graciosa. Para inicios de mayo, Bolívar marchaba hacia Venezuela, y Santander, por recomendación del propio Bolívar, que entre todos esos oficiales, les digo, ninguno hay que sea más apto para esa labor, regresaba a Cúcuta al comando de su batallón con la misión de contener cualquier ofensiva española por las espaldas del caraqueño. A ninguno de los dos lo favorecería el destino en los meses por venir.

Mientras Bolívar se adentraba en Venezuela y cosechaba, al principio, un éxito tras otro, tanto que muy pronto sus más tempraneros hagiógrafos hablaban de una campaña admirable, Santander sufría por la falta de pólvora y, más grave aún, de carne seca, de menestra y de aguardiente. Aun así, en septiembre logró imponerse sobre los realistas que comandaba el teniente Aniceto Matute, en Loma Pelada y San Faustino. Animado por esos golpes, acudió a los hacendados y comerciantes de esos valles de su infancia y obtuvo algo de munición y de vitualla, así como la incorporación de medio centenar de reclutas.

Que la fama de militar aguerrido y astuto de Santander creciera al otro lado de la frontera se volvió contra él. Tras imponerse en Bailadores y La Grita, el capitán español Bartolomé Lizón reunió los restos de Matute y de otras columnas dispersas, dijo basta ya del tal Santander y, con mil trescientos efectivos, atacó la Villa del Rosario. Tras las primeras embestidas realistas, Santander resistió con apenas doscientos soldados y muy escasa artillería, que de los dos cañones, uno tenía vencida la cureña y el otro, muy afectado el tragante, qué habré hecho yo tan mal, se quejaba, para merecer el castigo de verme desalojado justo de la tierra que me vio nacer.

Sin más opciones, se retiró a las alturas del Chopo, cerca de Pamplona. Lizón olió la sangre y fue tras su presa, rodeó a los patriotas por los cuatro costados y, después de tres horas de combate, que los hombres de Santander aguantaron más de la cuenta, logró barrer el contingente del cucuteño, quien al final del día huyó hacia el sur, con apenas una veintena de hombres, que no sólo perdí los valles a mi cargo, sino a casi toda mi tropa. No podía ser de otro modo, que el gobierno de la Unión mal podía exigirle si nada le había dado, si al recién estrenado comandante en jefe de los valles de Cúcuta y a sus hombres, los habían dejado abandonados.

Tarde reaccionó la capital cuando comprendió que, desde Pamplona, Lizón amenazaba la provincia del Socorro, camino a Bogotá. Hasta Málaga y en auxilio de Santander enviaron los burócratas capitalinos al general escocés Gregory MacGregor, quien había conocido en Londres a Miranda, se había resuelto a acompañarlo a Venezuela y, tras el fracaso de la campaña del año doce, huyó con Bolívar, con cuya prima Josefa Aristeguieta se había casado meses antes, y fue a dar a Cartagena. Como segundo de MacGregor y con un ejército de dos mil hombres, en cuestión de semanas recuperaron el terreno perdido. Para fines de mayo, Santander y su renovado contingente estaban de vuelta en Villa del Rosario, tras la huida de Lizón y los restos de su tropa hacia Maracaibo.

Ascendido a coronel ese mismo mes, que MacGregor había llenado sus informes de merecidos elogios al cucuteño, Pacho, que había vuelto a escuchar que lo llamaran así en la hacienda donde habían sobrevivido a las duras y las maduras su madre, su hermana Josefa Dolores, la Chacha, y un puñado de fieles trabajadores, vivió meses de altibajos, pequeños éxitos y nuevas derrotas. El Cristo se le puso de espaldas entre septiembre del año catorce, cuando llegaron los despojos de los batallones de Bolívar, fracasada la campaña que ya no resultaba tan admirable, hasta principios del dieciséis, cuando al interceptar una correspondencia se enteró de que el nuevo presidente de la Unión, José Fernández Madrid, quien se había negado al principio a aceptar el cargo con el argumento irrefutable de que la patria perecería en sus manos, estaba empeñado en cumplir ese designio por medio de negociaciones secretas con los realistas, cuyas fuerzas ganaban terreno mientras los patriotas retrocedían.

* * *

Desgastados por las estériles confrontaciones entre federalistas y centralistas, y faltos de recursos y por momentos hasta de convicción, para mediados del dieciséis los patriotas del virreinato estaban sucumbiendo ante la reconquista peninsular, encabezada por el general zamorano Pablo Morillo y Morillo, que se había destacado en la lucha contra los franceses y que incluso había sido honrado con el título de mariscal de campo por su desempeño al frente de la Primera División de Infantería en la batalla de Vitoria, en junio de 1813. Derrotado Napoleón, en mayo del catorce Fernando VII regresó al trono y desconoció de un plumazo la Constitución que las fuerzas liberales habían logrado sacar adelante en Cádiz en el año doce.

Entre sus primeras medidas, organizó una expedición de reconquista de la América española, destinada en los planes originales al Río de la Plata, pero que poco antes de zarpar de los atracaderos de Cádiz fue redirigida a Venezuela. Morillo estaba al mando de sesenta y cinco buques y más de quince mil hombres, cerca de once mil preparados para el combate y los demás, como personal de transporte y logística. Eran seis batallones de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artilleros, un escuadrón a caballo adicional y un grupo de destacados ingenieros militares, la fuerza militar más grande que había cruzado jamás el Atlántico.

A mediados de febrero del quince, dejaron la bahía de Cádiz y el siete de abril desembarcaron cerca de Carúpano, en las costas orientales de la Capitanía

de Venezuela. Apoyados por tropas realistas que habían resistido los levantamientos, Morillo y sus hombres barrieron a sangre y fuego la isla de Margarita, las ciudades de Cumaná y Barcelona, y más tarde La Guaira, Caracas y Puerto Cabello, antes de dirigir sus naves a la Nueva Granada para sitiar por mar y tierra a Cartagena de Indias por más de cien días, hasta rendir la plaza el seis de diciembre. El asedio mató de hambre a la ciudad amurallada, donde más de seis mil personas fallecieron, a pesar de sus desesperados intentos por alimentarse con ratas, gatos, perros, caballos y hasta de remojar cueros de res con agua salada para tratar de extraer de esos pellejos algún nutriente.

Unos cuatrocientos líderes cartageneros fueron fusilados en cuestión de días. Era el inicio de una época de terror que se extendería a Santafé, que Morillo ocupó en mayo del dieciséis, y donde, en las semanas siguientes, fueron pasados por las armas todos los conjurados del Observatorio Astronómico, empezando por Camilo Torres y el sabio Francisco José de Caldas, el comisario regio Antonio Villavicencio, las aguerridas colaboradoras de los rebeldes, Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos, y hasta el líder chispero de las jornadas de julio del año diez, José María Carbonell.

Antes de la caída de Santafé, Santander se reunió con los oficiales que, al igual que él, habían batallado en las montañas y valles de la cordillera entre Tunja y Cúcuta, y todos a una acordaron rechazar cualquier pedido del gobierno de Fernández Madrid para cesar las hostilidades y entregar las armas. El dos de mayo, en la oscuridad de la noche, el presidente abandonó Santafé, y el día seis, las tropas del rey de España entraron en la capital, que se les recibió con el mayor júbilo y alegría y se les obsequió con bailes en el Coliseo, le alcanzó a escribir el presbítero Nicolás de Omaña a su sobrino.

El miércoles veintidós, a las doce del día, prendieron al doctor Ignacio Casas, seguía el relato, y por la noche a don José Santamaría, don José María del Castillo, don Juan Nepomuceno Piedri, don Joaquín Ortiz, don José María y don Manuel Arrubla, el doctor don Ignacio Losada, don Pedro Lastra, don Sinforoso Mutis, don Juan Nepomuceno Lago, el doctor don Miguel Pombo, don José Ramón Leyva, don Vicente Azuero, el doctor don Emigdio Benítez, el doctor don Francisco García, que hasta ahí le llegó el listado al presbítero. Los soldados golpearon la puerta de su casa y se lo llevaron, y semanas más tarde, tras un juicio sumarísimo, Morillo ordenó que lo deportaran hacia el puerto de La Guaira, en Venezuela. La acusación se basaba en que, entre los trámites que le correspondían como presbítero, había dado su bendición a una novena en memoria y obsequio de la santísima Virgen María.

A las autoridades de la pacificación les había parecido inaceptable que Omaña argumentase, en el escrito en el que autorizaba las celebraciones, que esas novenas son muy oportunas y acomodadas al presente estado de las cosas para que se entienda que los gobiernos no se consolidan y los pueblos no son felices sino bajo el yugo de la ley de Dios y con la protección de su amantísima madre, que ni más faltaba que un gobierno rebelde, espurio y ateo, como a todas luces lo era el de estos alzados criollos, pudiese contar con la protección divina como lo pretendía el presbítero.

Era una tontería frente a lo que Omaña había hecho a favor de los patriotas. Su firma había quedado estampada en el acta de constitución de la junta del veinte de julio, semanas antes de que fuese comisionado por el nuevo gobierno para viajar a Filadelfia, en Estados Unidos, a adquirir un cargamento de fusiles y dos imprentas, cosa de librar las batallas por la patria en ambos frentes, el militar y el panfletario. Pero el pecado que llevó al Pacificador Morillo a desterrarlo no tuvo que ver con eso, sino con la bendición a la novena para la Virgen Santísima por medio de la cual, decían sus acusadores, incurría en el gravísimo delito de intentar que la santa Iglesia católica contribuyese a la consolidación del gobierno de los revoltosos.

Para el momento de su destierro a La Guaira, su sobrino también andaba en Venezuela, pero no en el litoral ni en la cordillera, sino en el inmenso Llano, hacia donde se encaminó, de prisa, con otros oficiales y unos cuantos soldados tras la caída de Santafé, en aquel año de desgracias de 1816. En marzo, el agonizante gobierno de las Provincias Unidas de la Nueva Granada había ascendido a Santander al rango de mayor general, pero su estreno como tal quedó marcado por la huida hacia el oriente. En la presurosa retirada, a la que se sumaron familias enteras, unió sus tropas a las del general francés Manuel Roergas de Serviez, que había llegado con Miranda en el año once, y juntos sobrevivieron a las emboscadas de las unidades realistas que el brigadier general Sebastián de la Calzada había enviado en su persecución, y se sobrepusieron a los caminos enlodados y a los ríos crecidos por la temporada de lluvias, pero lograron avanzar hacia los Llanos venezolanos gracias a que los españoles que los perseguían soportaban peor que ellos las vicisitudes del clima.

El veintitrés de junio estaban en Pore y, en la segunda semana de julio, se reunieron con otros oficiales y restos de tropas en las sabanas de Arauca. El coronel trinitario Manuel Valdés, hijo de cubanos pero venezolano hasta el tuétano, propuso que juntaran en un solo ejército a sus maltrechas unidades y

establecieran un gobierno provisional y un mando militar unificado. El dieciséis, sesionó una junta de oficiales a la que asistieron, además de Santander, Serviez y Valdés, el ya por entonces legendario llanero José Antonio Páez, adalid de una combativa caballería; el coronel Juan Antonio Paredes; el coronel de caballería Fernando Figueredo Mena, que había acompañado a Bolívar durante la campaña admirable, y un puñado más de coroneles, todos ellos venezolanos, con excepción de Santander y del francés Serviez.

Designaron al gobernador de Pamplona, Fernando Serrano, presidente del gobierno, y en calidad de consejeros a los generales Serviez, que no quería mando alguno, y Rafael Urdaneta, un maracaibero de veintiocho años que había estudiado latín y filosofía antes de verse enredado en las guerras patriotas, y quien no alcanzó a llegar a la junta pero delegó su representación en Santander. Valdés, que venía enfermo, propuso que votaran para elegir un comandante militar en jefe. Los recelos entre los camaradas de armas venezolanos llevaron a varios de ellos a inclinarse por el único que no lo era, el cucuteño Santander, quien así resultó elegido. El gobierno provisional se instaló en Guasualito, que todos hemos jurado sostenerlo hasta la muerte y no capitular jamás.

El nuevo comandante quedó deslumbrado tanto por la inmensidad salvaje del Llano como por el valor instintivo de los llaneros, habituados a vivir de carne sola, a atravesar a nado o sobre sus caballos los más caudalosos ríos que ellos, que así lo dejó por escrito Santander en sus recuerdos de aquellos días, aprenden a nadar y a cabalgar antes incluso que a caminar, y son valerosos por complexión tanto como por temperamento. A las pocas semanas el improvisado gobierno, cuyos únicos dominios estaban constituidos por una limitada porción de la sabana indomable, pues tanto la cordillera como el litoral caribe de la Nueva Granada y de la Capitanía de Venezuela estaban en poder de los españoles, mandaba sobre una creciente comunidad que puso su suerte en manos de unos cuantos oficiales, una infantería escuálida y unas pocas decenas de jinetes con sus caballos.

Muchos fugitivos habían llegado al Llano con mujeres y niños, la piel pegada a los huesos por semanas de hambre, y los ojos y los oídos aterrorizados por lo que habían alcanzado a ver y a escuchar de la violenta represión del Pacificador Morillo, la sangre que bañaba las plazas tras los fusilamientos, el eco de los gritos sobre el potro de tortura para sacar confesiones ciertas o mentirosas, y el llanto de los deudos después de las capturas y de las ejecuciones.

A pesar del entusiasmo con que habían elegido a sus dignatarios, ni el

gobierno de Serrano ni el mando de Santander tenían cómo durar. Ambos eran granadinos, y si bien entre los refugiados muchos procedían del virreinato, la única tropa más o menos activa era la que mandaba Páez, integrada por unos trescientos llaneros, todos venezolanos y todos recelosos del comando foráneo, en especial del que ejercía aquel cucuteño, oficial de pluma y nada más, decían, que había osado discutir, recordaban, las órdenes de Bolívar en el inicio de la Campaña Admirable.

Al principio, Páez se avino a seguir las instrucciones de Santander, entre ellas la de convencer al líder criollo Ramón Nonato Pérez, quien con doscientos hombres y un millar de caballos hacía presencia en las sabanas de Cuiloto y se negaba a reconocer autoridad alguna, de unirse al débil gobierno. Pérez aceptó, pero tardó en cumplir, y Páez recibió de Santander una segunda comisión para dirigirse al hato Lareño y hacerse con quinientos potros para la remonta de la caballería. Cuando regresaba con las bestias requisadas, que al final fueron sólo un par de docenas, a las afueras del campamento salieron a recibirlo algunos oficiales, que venimos a informarle que ha sido usted, coronel Páez, nombrado comandante supremo por las propias tropas, y venimos acá con el ruego de que no le reporte al granadino del cumplimiento de su misión, pues él ya no está a cargo.

Santander, que jamás había entendido que lo hubiesen puesto al mando, no opuso resistencia y, al contrario, enterado de las intenciones de los coroneles y los sargentos mayores, presentó renuncia inmediata y declaró su plena disposición a someterse a Páez. Serrano también fue removido, de modo que Páez se convirtió en jefe supremo, al mando tanto del gobierno como de las tropas. Al principio, los voceros más airados de la tropa rechazaron la renuncia, que no procede por inútil, que ya hay un mando nuevo, que todo está consumado.

—Prefiero entonces que me quiten ustedes la vida con esta —y clavó Santander la espada en el piso— antes que consentir en el ultraje que contiene este procedimiento.

—Le asiste plena razón —intervino Páez, que hacía gala de la generosidad del vencedor—. Y les digo más, que si no aceptan ustedes la renuncia de Santander, yo rechazo el mando.

Asunto resuelto y santas pascuas, justo a tiempo para enfrentar el acoso del coronel realista Francisco López, instalado en el hato Yagual, en los llanos del Apure, a un tiro de fusil de la orilla norte del río Arauca, con trescientos infantes

y mil setecientos jinetes, quienes semanas antes habían sido hostigados por una columna de Páez que les arrebató noventa caballos cuando los hombres de López los llevaban a los establos. El botín revivió a la caballería patriota que, hasta ese golpe, contaba con más jinetes que cabalgaduras.

Conscientes de que eran menos, que sólo contaban con poco más de setecientos hombres, la mayoría jinetes y apenas unos cien infantes, los oficiales patriotas apoyaron el plan de Páez de caerles de sorpresa a los de López. Tras pasar la noche en sigilosa caminata para rodear por el costado sur el hato Yagual, amanecieron muy cerca del campamento enemigo. A las diez de la mañana del ocho de octubre de aquel año dieciséis que tan mal amenazaba concluir, los realistas comenzaban a acomodar sus filas para dar batalla. Páez atacó el flanco derecho con una columna de vanguardia dirigida por Urdaneta, pero doscientos jinetes de la caballería de López repelieron el avance y contraatacaron, cayendo sobre la infantería de Santander, que ocupaba la izquierda del frente patriota.

El cucuteño resistió una embestida tras otra, y a pesar de que sus líneas se fueron llenando de muertos y heridos, aguantó la posición. Serviez, que dirigía el centro, vino en su auxilio para ayudarlo a sostener las líneas. Los sucesivos ataques de los soldados de la corona repelidos por Santander y Serviez desgastaron a López, quien fue espaciando sus arremetidas, de modo que los patriotas tenían tiempo de reordenarse entre un ataque y el siguiente. Entonces, el coronel realista intentó una audaz maniobra con doscientos jinetes que flanquearon el campo con la idea de atacar a Santander por la retaguardia.

Páez supo leer el movimiento y, con la pequeña reserva que había conservado, así como la ayuda de los hombres de Urdaneta que habían sobrevivido a los ataques del inicio de la batalla, cortó la maniobra con una embestida sorpresa que el propio Páez encabezó sobre los jinetes atacantes. El choque fue feroz, pero desordenó a los realistas y los puso en fuga. Los patriotas capturaron el hato Yagual, se hicieron con cientos de caballos, provisiones y algunas piezas de artillería, y siguieron adelante con una campaña que liberó el Apure. López cayó días más tarde y, tras su captura, Páez ordenó que lo fusilaran. Los llanos que flanqueaban los ríos Arauca al sur y Apure al norte quedaron libres de tropas del rey.

A pesar de estos éxitos, sin duda limitados, hacia finales del año dieciséis Santander no veía mucho futuro para él en el ejército de Páez, donde algunos oficiales lo seguían mirando con recelo, y convenció al llanero de otorgarle un pasaporte para marchar hacia el oriente, donde otros comandantes organizaban

fuerzas con el fin de reactivar la guerra contra los españoles. En marzo del diecisiete, supo que Bolívar había regresado a su tierra y que preparaba un ejército en Barcelona, a orillas del Caribe. El caraqueño había escapado de la represión en la Nueva Granada y se había instalado primero en Jamaica y luego en Haití, donde el presidente Alexander Pétion le dio una mano para organizar una expedición con la que desembarcó en las costas cercanas a Barcelona en vísperas del Año Nuevo, el diecisiete, que Bolívar esperaba resultase decisivo para la libertad de su patria.

* * *

Mientras Santander marchaba al oriente en busca de Bolívar, su tío, el presbítero Nicolás de Omaña, preso en los calabozos de La Guaira, enfermaba de gravedad. Su cuerpo, acostumbrado a la buena alimentación y a una buena cama en sus aposentos santafereños, soportaba muy mal las condiciones insalubres de su reclusión y, en especial, la asfixiante humedad de su celda y la comida que le servían, que con frecuencia olía a podrido. El cinco de abril de 1817, entregó su alma piadosa al Dios en el que tanto creía y bajo cuya protección había querido poner, que ese había sido, según los represores de la corona, su pecado, la nueva república granadina.

El hombre que había colaborado como ninguno en la educación de Francisco de Paula Santander, el que mejores consejos le había brindado, el mismo que tantas veces a la hora de la sobremesa le había explicado los procesos que sacudían al Viejo Mundo, y las repercusiones que todo ello podía tener en el Nuevo, falleció en la misma semana en que su sobrino y pupilo, su muy querido protegido, se encontraba de nuevo con Bolívar, en el campamento de las tropas libertadoras en la villa de Pao, al sur de Aragua, sobre las planicies que cubren la orilla norte del Orinoco. Pacho sólo se enteraría meses después.

—Ya pagarán estos criminales tanto destierro y tanto fusilamiento — comentó el coronel Santander a uno de los edecanes de Bolívar, al conocer la noticia.

—Y tendrán que pagarlo con la misma moneda —le respondió el oficial.

—No le quepa a usted duda —le confirmó Santander, que ya criaba fama de no olvidar nunca una afrenta.

Simón Bolívar tampoco olvidaba. El jefe supremo, que como tal fue proclamado en esas semanas con la idea de reafirmar su mando absoluto en esta

nueva intentona libertadora, le dio al coronel Santander un recibimiento frío, y por varios días mantuvo un trato distante y por momentos despectivo hacia quien tanto había discutido sus órdenes en Cúcuta. El coronel sospechaba que, aparte del asunto del mando en las semanas previas a la Campaña Admirable, al caraqueño le habían llegado con el chisme de Nicolasa Ibáñez Arias, una agraciada ocañera que había atraído las miradas, casi al tiempo, tanto de Bolívar como de Santander.

Veinte años tenía Nicolasa cuando el general, que venía de derrotar a los españoles en el valle del Magdalena, se instaló como huésped de honor en la casa de los Ibáñez Arias, en Ocaña, la población que Bolívar había bautizado como muy brava y muy libre por el apoyo que sus residentes le brindaron al ejército patriota. A más de las generosas atenciones de sus anfitriones, Bolívar pudo disfrutar de los aires templados de la ciudad. Las noches frescas le despejaron los pulmones, asfixiados por los húmedos calores del valle del río grande que marcaron las batallas de Tenerife y Mompox.

Al principio, Nicolasa lo acogió con frialdad, lo que contrastaba con las atenciones que le prodigaba el resto de la familia. Estimulado por el desafío, Bolívar se empeñó en ganar el corazón de la muchacha, pero tropezó una y otra vez con la distancia, cordial pero seca, que ella imponía. Hasta que supo la razón: ella tenía un prometido. Se llamaba Antonio José Caro, diez años mayor que ella y convencido realista, que había caído preso en Mompox cuando viajaba de Santa Marta, donde laboraba como burócrata del gobierno colonial, rumbo a Ocaña, para casarse con ella. Nacido en Santafé de un matrimonio de peninsulares, Caro se sentía más español que el puchero y jamás ocultó su rechazo hacia el discurso independentista.

Nicolasa quería que Bolívar lo liberara, y cuando comprendió que podía lograrlo, cambió de actitud. De la noche a la mañana, pasó a ser la primera entre las hermanas Ibáñez que le ofrecía café recién colado justo antes del amanecer, y una sonrisa ligera y unos ojos que primero lo miraban de frente y luego, cuando él fijaba sus vistas en las de ella, se dejaban caer hacia el piso antes de dar media vuelta, con un saltito en puntas de pie, y dejar a Bolívar en la mitad de una frase, que al general lo derretía semejante provocación.

Caro fue liberado a los pocos días por orden del caraqueño, y el trece de marzo, él y Nicolasa se casaron en medio de grandes festejos. Bolívar ofició como padrino, que al fin y al cabo se merecía la distinción. Durante la ceremonia, algunos invitados repararon en las miradas que él y Nicolasa se

cruzaban, y no faltaron las murmuraciones lo mismo entre las damas ocañeras que entre los oficiales del Estado Mayor, que no vaya a ser que al general le dé por ejercer el derecho de pernada.

A mediados del año quince, cuando Santander asumió el mando de las tropas acantonadas en los valles de Cúcuta, le llegó su turno. Bolívar andaba en Jamaica y el burócrata Caro seguía pasando mucho de su tiempo en Santa Marta, mientras el comandante militar iba, de población en población, en busca de recursos para su contingente, falta de armas, municiones y uniformes, que los del gobierno en Santafé ya ni le contestan las cartas.

En Ocaña, los Ibáñez siempre aportaban a la causa y atendían con generosidad a Santander, que al fin y al cabo es un hombre de las cercanías, y qué bueno que conversa, parece tímido pero luego se va soltando, y eso que no lo han escuchado cantar acompañado del tañido de su guitarra. Nicolasa, cuya debilidad por los uniformes resultaba para entonces evidente, le pidió que la trajera y les regalara unas canciones para animar la siguiente velada. Santander no se hizo de rogar y desde aquella noche se dejaba caer con frecuencia por Ocaña para visitarla, siempre de uniforme, y con la espada y la guitarra como armas de conquista, hasta que a finales del año quince la embestida militar realista, que lo sacó primero de la región y luego de la Nueva Granada hacia Venezuela, le impidió regresar.

De seguro a Bolívar le vinieron con el cuento, pensaba Santander ante la indiferencia con que el jefe supremo lo trataba cuando se reencontraron en los Llanos venezolanos. Sea cual fuese la verdadera causa, el caraqueño se las arreglaba para apartar sus rencores si creía que ello convenía a sus propósitos. Sabía bien que el recién llegado era un competente organizador, prolijo en el cumplimiento de sus tareas y duro en la batalla, y todo ello le venía como anillo al dedo. Bolívar dudaba entonces que sus tropas pudiesen libertar la cordillera venezolana, controlada por las consolidadas fuerzas realistas, mientras los contingentes patriotas de Páez, Manuel Piar y Santiago Mariño, y sus propios hombres acantonados en Pao, se repartían la llanura a orillas del Orinoco, y el caraqueño comenzaba a poner sus ojos en la Nueva Granada, donde, meditaba a veces, un ejército libertador estructurado, debidamente entrenado y bien armado, podía imponerse, y quién mejor que un granadino como Santander para ayudarle en la labor.

Morillo había dejado Santafé en noviembre del dieciséis y para el año diecisiete comandaba en Venezuela un ejército de doce mil hombres, la mayoría

de ellos reclutados en el territorio de la Capitanía, pues para entonces más de seis mil de los once mil efectivos que el Pacificador había traído desde Cádiz habían enfermado de gravedad e incluso fallecido, incapaces de sobrevivir a los males del trópico. Nueve batallones, doce escuadrones de caballería, nutrida artillería y el apoyo de una gruesa milicia, así como el control de los puertos y de los centros de producción en la cordillera, le daban a Morillo la fortaleza que había llevado a Bolívar a preguntarse si no era mejor apuntar a Santafé antes que a Caracas.

Pero no era el único desafío que Bolívar afrontaba en tierras venezolanas. Piar y Mariño se negaban a someterse a su mando y, por el contrario, se empeñaban en conspiraciones y maniobras, que esta manía rebelde va a ser la maldición de nuestra patria, repetía Bolívar. A manera de contraste, Santander se las apañaba para demostrar a diario su acatamiento a las órdenes del jefe supremo, quien, a las pocas semanas del arribo del coronel nacido en Villa del Rosario, empezó a tratarlo con deferencia y solía invitarlo en las noches a su mesa.

Bolívar necesitaba acercarse a Páez, y para ello Santander también le era útil, pues venía de combatir a su lado y conocía las fortalezas y debilidades de sus tropas llaneras, así como las singularidades del complicado carácter del joven caudillo nacido en Curpa, pero hecho hombre aún niño en los llanos del Apure. Vencidas las prevenciones, o cuando menos apartadas hasta nueva orden, Bolívar designó al coronel Santander subjefe del Estado Mayor General, a cargo ni más ni menos que de la organización de un nuevo ejército que estuviese a la altura de lo que el caraqueño tenía en mente.

Para finales del año diecisiete, Bolívar había logrado controlar a Mariño y había detenido y juzgado a Piar por traición, desobediencia y deserción. Este hombre ha formado una conjuración destructora del sistema de igualdad, libertad e independencia de la patria, escribió en una proclama justificativa antes de fusilarlo el dieciséis de octubre del año diecisiete, en Angosturas del Río, la población a orillas del Orinoco en la que Bolívar estableció su capital e instaló el Congreso que lo confirmó como jefe supremo. Ahora urgía reunirse con Páez y buscar un acuerdo para desarrollar acciones coordinadas.

En la velada de Año Viejo, en Angostura no hubo festejos sino febril actividad. Antes de la medianoche, Bolívar embarcó a su ejército con la idea de navegar río arriba, que es llegada ya la hora de asumir nuestro destino como libertadores de la patria. Horas antes de partir, Santander fue informado de que

asumiría como jefe del Estado Mayor, pues el titular, el general Carlos Soubllette, había caído enfermo. Por trece días, las naves que los transportaban subieron el Orinoco hasta desembarcar en Caicará, para luego penetrar los llanos del Apure hacia San Juan de Payara. El treinta de enero, Bolívar y Páez se encontraron a unas cuantas leguas de esa población, en el hato de Cañafístola.

Enterado de la proximidad del ilustre visitante, Páez mon-tó su caballo y salió a recibirlo rodeado por sus oficiales. Al verlo venir, el caraqueño también montó y cabalgó a su encuentro. Una vez frente a frente, desmontaron y se dieron un apretado abrazo. Saludarse, cenar y tomar unos vinos fue más fácil que ponerse de acuerdo. Pero ambos eran conscientes de la fortaleza de los realistas y de cuánto se necesitaban el uno al otro, que entre ambos podemos reunir casi cinco mil hombres, le dijo Bolívar, usted con una espléndida caballería y yo, que también traigo buenos jinetes, con una infantería experta y bien entrenada, que ha de aprender de sus llaneros lo que tanto saben del terreno, que ellos y usted ya son leyenda, remató para adularlo.

En las siguientes ocho semanas, patriotas y realistas se encontraron en varias ocasiones, a veces en el curso de meras escaramuzas, a veces en batallas abiertas que dejaron regueros de cadáveres. Ningún bando pudo reclamar una clara victoria, pero las fuerzas de Bolívar estaban golpeadas y disminuidas. El dieciséis de abril en la noche, seiscientos infantes y cerca de ochocientos jinetes del contingente patriota acamparon en un estrecho llano flanqueado de bosques conocido como el Rincón de los Toros.

Bolívar se fue a dormir hacia la medianoche, en la hamaca que su ayudante había colgado de las ramas de un samán. Dos horas más tarde, un llanero llegó hasta allí para informarle que tropas españolas estaban en las cercanías. Según las contestaciones que me dio, y las explicaciones que le exigí, recordaría Bolívar una década más tarde, juzgué que no era el ejército del general Morillo, pero sí una fuerte división, mucho más numerosa que la mía.

Hay que cargar las municiones y todo el parque, y levantar el campamento, de manera que cuando caigan sobre este terreno se lleven la sorpresa de que ya no estamos, ordenó Bolívar. Pasado un rato, Santander se acercó a dar parte, que todo está listo y preparado, mi general. Bolívar se estaba poniendo las botas mientras conversaba con él, con el general Pedro Briceño y con su edecán, Diego Ibarra, cuando escucharon una descarga.

—¡El enemigo! —gritó Santander.

Una lluvia de balas barrió los alrededores de la hamaca y algunos proyectiles

hirieron el tronco del samán, mientras los cuatro oficiales huían a campo abierto sin poder siquiera montar sus bestias. Lo que siguió fue un desastre que casi acaba con todo el ejército, una fuga desordenada durante la cual el comando de la caballería patriota desoyó las órdenes de Bolívar y se negó a enfrentar a los realistas para proteger la retirada del grueso de la tropa. El jefe supremo huyó durante varios días, casi sin ropa, en las primeras horas sin caballo, refunfuñando y lanzando anatemas contra los oficiales que le habían fallado.

Santander estuvo a su lado todo el tiempo, incluso cuando el general cayó enfermo y eso complicó sus desplazamientos. Una vez en San Fernando, a orillas del Orinoco, con la salud venida a menos y el ánimo por los suelos, Bolívar se embarcó con los restos de sus malparadas tropas de regreso hacia Angostura. Arrastraba el rencor hacia quienes lo habían abandonado y un aprecio inmenso por Santander, quien, sin haber estado nunca entre sus consentidos, había permanecido a su lado y evitado que cayera muerto o, aún más indigno, que fuese hecho prisionero.

Cuartel General de Angostura, a dieciséis de julio de 1818, rezaba la proclama. Simón Bolívar, jefe supremo de la república, capitán general de los ejércitos de Venezuela y de la Nueva Granada, o de lo que de ellos quedaba que el papel, ya se sabe, aguanta todo, al señor coronel Francisco de Paula Santander, teniendo en consideración los méritos y servicios de vuestra señoría, he venido en nombrarle miembro del Orden de los Libertadores, autorizándole para que pueda usar la venera mientras recibe la estrella. Menos de un mes después, el doce de agosto, le fue comunicado su ascenso y se convirtió en general de brigada. Tras cinco años de distanciamientos, se había convertido por fin en el favorito de Bolívar.

* * *

Para agosto del año dieciocho, las perspectivas de avanzar en la liberación de Venezuela no eran las más halagüeñas, con Morillo y sus generales fortalecidos en la cordillera y convencidos de que mientras no intentaran adentrarse en los llanos, donde proliferaban las fuerzas patriotas y un sinnúmero de enfermedades más mortíferas que el enemigo, nada arriesgarían y podrían conservar el control de Caracas y de los principales puertos, que al final, si esto sigue así, los revoltosos van a terminar por morirse de hambre en la llanura, decía con suficiencia un edecán del Pacificador que no había visto ni de lejos la riqueza de las planicies a orillas del Apure y del Orinoco.

Y aunque en los llanos no faltaba la comida, Bolívar estaba cada vez más inquieto y sabía que el estancamiento de la situación en la antigua Capitanía General sólo favorecía al ejército del rey. Recuperado de sus dolencias y, sobre todo, de la depresión que la fuga del Rincón de los Toros le había traído como colofón de esos días de vergüenza, se aferró a un renovado optimismo que este hombre, observaba Santander, se derrumba ante las adversidades, pero enseguida se levanta como si el infortunio le sirviera de acicate para seguir adelante.

He determinado aprovechar la más bella ocasión para emprender con buen suceso la libertad de la Nueva Granada, le escribió a Páez el diecinueve de agosto. La operación que intento sobre esa tierra debe necesariamente producir, tanto a aquella como a Venezuela, incalculables ventajas, le explicó para vacunarlos contra las prevenciones que podían surgir en el llanero ante la dispersión de tropas y esfuerzos, que para vencer, pensaba Bolívar, primero tengo que convencer.

Con ese objeto, le detalló, marcha el señor general de brigada Francisco de Paula Santander, con un numeroso parque de armas, municiones y cuantos elementos de guerra son necesarios a la provincia de Casanare, a tomar el mando de la fuerza armada que hay en ella, y a levantar, organizar y disciplinar una división respetable que moverá y dirigirá según las instrucciones que ha recibido de mí. Y al propio Santander, el veinticinco de agosto le ofició que, teniendo en consideración los méritos, servicios y aptitud de usted, he tenido a bien conferirle el mando en jefe de la vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada, dado y firmado de mi mano, Simón Bolívar, y refrendado por el secretario de Guerra.

No podía faltar la proclama a los habitantes de la Nueva Granada, que el día de la América ha llegado, reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertasteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas provincias de vuestro territorio y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, ahogará en los mares a los destructores de la Nueva Granada, que por ahora las palabras tenían que anticiparse a los hechos. El sol no completará el curso de su actual periodo sin ver en todo vuestro territorio altares de libertad, remataba, que no era un reto menor derrotar a los realistas en tierras granadinas en cuestión de pocos meses.

Días antes de embarcarse para ascender el Orinoco con sus tropas, Santander recibió una carta que lo llenó de contento. Fechada en Guayana el dieciocho de

agosto, la misiva llevaba la firma de un joven coronel, Antonio José de Sucre, quien a los veintitrés años era conocido por su eficacia, por la prolijidad con que cumplía las órdenes del jefe supremo y por el rigor con que manejaba los dineros que el gobierno le confiaba para la compra de provisiones y pertrechos, que este muchacho de buena cuna y buena educación siempre trae vuelto y un informe minucioso de cada gasto, que hasta un puñado de menestra lo detalla.

Identificados por compartir el mismo celo en los asuntos administrativos y de intendencia, y por el aprecio que Bolívar les había tomado, Sucre y Santander hicieron buenas migas, antes de que el coronel nacido en Cumaná, a orillas del mar Caribe, en el noreste de Venezuela, marchara hacia el oriente para unirse a las tropas del general José Francisco Bermúdez como jefe de Estado Mayor. Mi apreciado amigo, iniciaba la carta de Sucre, cuando yo he visto un premio que la justicia y el mérito reclamaban, mi corazón se ha complacido altamente, y cuando esta remuneración ha sido a un amigo a quien yo la deseaba, mi satisfacción es completa, que la enhorabuena de su ascenso a general de brigada la damos a usted mi padre, mi hermano y yo.

Enviado usted al mando de Casanare, continuaba Sucre, ningún destino puede lisonjear más la inclinación de usted, y esta acertada elección nos promete una organización bella en aquella provincia, rápidos progresos en nuestras armas y un apoyo a las operaciones del ejército. Reciba usted, agregaba, una segunda enhorabuena, y los laureles por sus próximos triunfos. Yo espero, proseguía, que como he tenido el honor de ser compañero de armas de usted en Venezuela, mereceré este título en la Nueva Granada, pues usted sabe que yo deseo rendir mis servicios a aquel país, y me congratulo con la idea de cumplir mis anhelos. Entonces, concluía, tendré el gusto de abrazar a usted con el afecto de su más apasionado amigo. Firmado, Antonio José de Sucre.

El veintisiete de agosto, Santander zarpó de Angostura con un puñado de oficiales, poco más de ochocientos fusiles, veinticinco quintales de pólvora, cuarenta de plomo, diez mil piedras de chispa y una armería portátil. Iban con él el coronel Antonio Obando, el teniente coronel Vicente González y el sargento mayor Joaquín París. Días más tarde, Orinoco arriba, se les unió el coronel Jacinto Lara, quien, a más de apoyar las labores del Estado Mayor de la nueva división, debía cumplir el propósito de vigilar a Santander y mantener a Bolívar informado de sus decisiones y movimientos, que no quisiera yo, coronel, que el hombre a quien acabo de ascender a general de brigada y a quien acabo de otorgarle enormes poderes en el Casanare, dueño de toda esa tropa, vaya un día a sustraerse de la obediencia que me debe.

Después de algunos malentendidos con Páez, quien recibió con retraso la carta en que Bolívar le informaba de la misión asignada a Santander, los dos buques en que viajaban los oficiales y los pertrechos pudieron seguir su rumbo y remontar el río Meta, hasta establecer su cuartel general en La Trinidad. De inmediato, activó el reclutamiento de quien menos falta haga para la agricultura, que señores, además de soldados habrá necesidad de vitualla. Lo siguiente fue someter a sus órdenes a media docena de coroneles que mandaba cada uno su propia partida de guerrilla, que se desgastan más en escaramuzas entre ellos que en tenderles emboscadas a las partidas realistas.

—Todos han cedido a mi voz —se alegró Santander durante una cena con su Estado Mayor.

Aunque las prioridades eran militares, el otrora aventajado estudiante de leyes impuso el orden administrativo, creó tribunales para resolver los conflictos e impartir justicia tanto a civiles como a uniformados, y hasta aprovechó la plata de los ornamentos de algunas iglesias para acuñar una moneda que a los pocos meses circulaba por toda la provincia. Como si fuera poco, en las noches redondeaba la conquista del corazón de los soldados con su voz atiplada y su guitarra, como lo había hecho años atrás con las muchachas de Santafé, con el agregado ahora de incluir en su repertorio veloces galerones en aire de joropo aprendidos en la llanura, con los que deleitaba a sus soldados mientras consumían las tiras de ternera recién asadas en las fogatas cuyo crepitar acompañaba la charla y el rasgueo de la guitarra.

Pero la obra más importante fue la formación de un ejército. Para mediados de febrero había trasladado su comando a Pore, capital de la provincia, donde pasó revista a más de mil hombres, entre ellos dos regimientos de caballería con doscientos jinetes cada uno, a los que se sumaban quinientos infantes, un escuadrón de dragones con ciento cincuenta efectivos y una guardia montada con otros cien. Lo aclamaron y hubo tantos vítores que el coronel Lara alcanzó a preocuparse, y durante varios días estuvo atento a cualquier señal que pudiese indicar que Santander se estaba mareando con el poder adquirido.

No tuvo tiempo. El asedio de las tropas del rey pronto se hizo sentir. Nacido en Cádiz un cuarto de siglo atrás, el coronel José María Barreiro había combatido muy joven contra Napoleón y en el año catorce había sido uno de los escogidos para acompañar a Morillo en las misiones de reconquista. El Pacificador lo apreciaba y protegía, y por eso su nombre le fue impuesto al virrey Juan José de Sámano, que gobernaba desde Santafé, para que comandara

las fuerzas realistas en el oriente de la Nueva Granada, por encima del experimentado brigadier Sebastián de la Calzada.

Informado de las actividades de la división patriota en el Casanare, decidió atacarla con una fuerza de mil doscientos infantes y más de quinientos jinetes, que ya verán cómo los barremos de la planicie en unas cuantas semanas, les decía a sus oficiales. Las avanzadas del enemigo huyeron a nuestra vista, le escribió al virrey tras los primeros encuentros. No podía saber que esas partidas patriotas cumplían con claras instrucciones de Santander, que no presentaremos batalla salvo en los casos en que tengamos clarísima superioridad en número y terreno.

En vez de darles la cara a los realistas, los republicanos optaron por hostigarlos, una emboscada aquí, un ataque relámpago allá, un sabotaje luego, que del resto se encargarían las lluvias, intensas ya a mediados de abril de aquel año de 1819. Barreiro ocupó Pore, desalojado por Santander días antes, y mandó partidas de jinetes en busca de reses para alimentar a sus tropas. Fue entonces cuando comprendió que, además de los aguaceros y crecidas de los ríos, el hambre también lo acosaría. Necesitaba varias decenas de montados para cercar a una sola res, mientras que un llanero patriota, que componía con su bestia un solo cuerpo, era capaz, sin ayuda de nadie, de lazar una novilla en un periquete.

Para fines de abril, el agua que caía sin cesar y que inundaba, la falta de carne a pesar de que el ganado en pie estaba a la vista, y las tácticas guerrilleras de la división del Casanare, agotaron a Barreiro. El llano es desolado, le escribió a Morillo, y no creo que podamos obtener su pacificación, pues en mi opinión está totalmente perdido y todos sus habitantes son nuestros decididos enemigos.

Los oficiales de Santander, que varias veces lo habían instado a presentarles batalla a las fuerzas de la corona, le reconocieron que había tenido razón. Bolívar hizo otro tanto. La conducta prudente de usted, le escribió, ha salvado al país de la invasión, ha asegurado la suerte de la división a su mando y ha destruido al enemigo, introduciendo la desertión en sus tropas y haciéndoles perder la moral sin aventurar un combate. Doy a usted las gracias, agregó, por todos estos sucesos que, aunque pequeños, son preliminares seguros de otros más completos y decisivos. Más importante que esas palabras, para fines de abril el coronel Lara, el espía que Bolívar había enviado para vigilar a Santander, suspendió sus labores y regresó, por orden del jefe supremo, a los cuarteles del caraqueño.

Los éxitos de la división del Casanare acabaron de resolver las dudas de

Bolívar, que para inicios de junio ya se encontraba en Guasqualito, límite de los llanos de Apure con los del Arauca. El doce de junio llegó a Tame y abrazó a Santander por primera vez en seis años de relación, algo en lo que repararon los oficiales que conocían su historia de desencuentros. Si alguna prueba faltaba del respeto que Bolívar le tenía ahora al de Villa del Rosario, surgió al momento de trazar los planes para invadir el interior de la Nueva Granada, cuando el jefe supremo acogió en su integridad la recomendación de Santander de ascender la cordillera por el paso de Pisba, dura travesía por un páramo desolador, pero que justamente por ello era la ruta que los realistas tenían menos protegida.

El diecisiete de junio, el Ejército Libertador, que comenzaba a merecer su nombre, inició su marcha de Tame a Pore, por terrenos que las lluvias mantenían inundados. Adelante, con día y medio de ventaja, avanzaba la vanguardia comandada por Santander, que era quien mejor conocía el terreno y podía abrir y señalar el camino. Iban mil ochocientos combatientes, entre llaneros y desertores granadinos y venezolanos que habían abandonado a Barreiro. Los seguían dos mil ciento cuarenta hombres, que iban con Bolívar, la gran mayoría llaneros, decenas de negros libertos y cerca de doscientos británicos, comandados por el capitán James Rooke, llegados en uno de los varios viajes de legionarios ingleses e irlandeses, entre el año diecisiete y el diecinueve, con la misión de apoyar el esfuerzo libertador de los criollos en la América española.

El veinticinco los de Santander pasaron Nunchía y al día siguiente acamparon en Morcote. Tras un día de descanso, el veintisiete divisaron Paya, ya en las faldas de la cordillera. Los espías de la división de vanguardia habían informado que en esa población los realistas acababan de doblar su contingente, con una partida que defendía el puente a la entrada del pueblo y otra atrincherada en una vieja fortaleza de piedra. Una avanzada del batallón Cazadores rodeó Paya, sin que los realistas repararan en ella, y atacó la fortaleza, mientras el grueso de la división de Santander avanzó por el camino y barrió con los defensores del puente, que, sin embargo, consiguieron cortar sus cuerdas para que cayera sobre la quebrada, lo que demoró a los patriotas, quienes se vieron obligados a pasar por el lecho del río crecido.

Trescientos realistas huyeron y el camino quedó abierto, pero la victoria tuvo un costo: Barreiro supo por dónde venían los republicanos, que eso no es bueno, les dijo Bolívar a los oficiales con quienes decidió acampar en el llano de San Miguel, no sólo porque se van a preparar para nuestra llegada, sino porque nuestras fuerzas vienen menguadas, que las inundaciones llenaron esta tierra de mosquitos, y la malaria y la diarrea están haciendo estragos, en especial entre los

ingleses, pero también entre los granadinos y venezolanos de la montaña, que ya sabemos que los llaneros aguantan mucho mejor estas inclemencias.

Al jefe supremo le aterraba que, en el ascenso por los páramos hacia el altiplano donde se hallaban Sogamoso, Tunja y, más al sur, Bogotá, las tropas sufrieran mucho más, que los llaneros, que son quienes mejor vienen, no saben de montaña. Temía que sus divisiones fueran presa fácil de las partidas que de seguro Barreiro ubicaría en el camino para mermar a los patriotas y hacerles aún más penosa la travesía, que estos hombres vienen muy débiles y ahora tendrán que enfrentar caminos pedregosos y resbaladizos, y temperaturas que, según me cuentan, alcanzan en la madrugada un punto tan bajo que el agua de los nacimientos se congela.

—Siento decirlo, caballeros, pero no seremos capaces, que, a más de los males que ya arrastramos, allá arriba en el páramo no habrá comida para la tropa ni forraje para las bestias —les dijo Bolívar a sus más cercanos, atrapado en un pesimismo que no había vuelto a asomar desde los días que siguieron al desastre del Rincón de los Toros.

En la mañana del veintinueve de junio, Santander recibió en Paya una comunicación en la que el jefe supremo lo convocaba para una junta de guerra con el fin de analizar, que la misiva era así de clara, la continuación de la campaña. Sobresaltado y molesto, el comandante de las tropas de vanguardia reunió a sus oficiales, los coroneles Pedro Fortoul, José María Cancino, Antonio Arredondo y Antonio Obando, y los mayores Joaquín París y Ramón Guerra. Todos a una coincidieron en negarse a acatar la orden de Bolívar si esta los obligaba a regresar a los Llanos, incluso si, como algunos especulaban, la idea del jefe supremo era intentar la invasión de la Nueva Granada más al norte, por los valles de Cúcuta.

—Sepan ustedes —les anunció con aires dramáticos Antonio Obando a sus colegas— que cuando alcanzamos el alto de Morcote me apeé de mi mula, me acosté de espaldas sobre la verde yerba y con los pies hice la cruz a los Llanos y juré no volver a ellos por mi gusto, sino amarrado, y digo más, que se retire el general Bolívar, sea enhorabuena, que yo estoy resuelto a internarme con mi batallón, dispersarlo en guerrillas y hacerles así la guerra a los españoles.

Al día siguiente, miércoles treinta de junio, Santander llegó antes del mediodía al llano de San Miguel. Con sus certezas reafirmadas por el respaldo de sus oficiales, estaba resuelto a dar la batalla por seguir adelante la campaña, incluso si los únicos que marchaban eran él y sus tropas. Sin tardanza inició la

junta, presidida por Bolívar y a la que también fueron convocados los generales Carlos Soublette y José Antonio Anzoátegui, y los coroneles Jacinto Lara y Bartolomé Salom.

—Con un solo día de marcha por la cordillera —arrancó Bolívar— aprecien ustedes cómo están las tropas, en especial los llaneros, que han aguantado bien los malos climas de la planicie pero ya refunfunan con lo que les espera en las montañas, que van casi sin ropa, pues los uniformes los han destrozado la lluvia y el paso de los ríos crecidos, y ellos saben que allá en lo alto les espera el hielo en la tierra y la neblina gélida en el aire.

Al enemigo, dijo en tono de advertencia, le bastará con barrer cualquier comida por el camino y en los primeros poblados del altiplano, si es que hasta allá llegamos, para que estas tropas exánimes fallezcan sin siquiera disparar un tiro, que tenemos que ser realistas y no llevar a nuestros hombres a un sacrificio inútil. Enseguida les propuso mover al Ejército Libertador a Guasualito, para de allí pasar a Cúcuta e intentar por esos valles el ingreso al corazón de la Nueva Granada.

—No les digo que abandonemos —aclaró—, sólo les propongo que ajustemos los planes a la tozuda realidad que nos proponen las paredes de la cordillera.

Santander se opuso con cuanto argumento pudo elaborar desde la víspera, cuando recibió la convocatoria para la junta, que este camino es penoso, sin duda, pero más corto, y al ser más corto, las tropas sufrirán por menos días, mientras que si damos largas por el norte, iremos perdiendo efectivos de a pocos y cuando lleguemos a Cúcuta estaremos igual que si logramos caer sobre Sogamoso, pero muy que muy lejos de Santafé. El coronel Lara lo apoyó, no perdamos la sorpresa, mi general, que aunque Barreiro sepa que vamos en camino, aún no sabe bien por dónde ni cuántos somos y debe de estar pensando, ante lo difícil del ascenso por Pisba, que lo de Paya ha sido una maniobra engañosa. Pero Bolívar caminaba, los ojos fijos en el suelo de tierra, y su cabeza decía no una y otra vez.

—Hay algo que podemos hacer, general —intervino Santander—, sin sacrificar los planes pero preservando al grueso de las tropas venezolanas que han combatido en el Apure.

—Explíquese de una vez —respondió el jefe supremo, levantada al fin la mirada.

—Yo puedo ascender la cordillera con mi división, reconocer el terreno,

medir recursos y posibles provisiones, hablar con los pobladores para tantear su apoyo y resistir al enemigo allí donde se haga necesario en el camino hacia Tunja.

—Y qué con eso —lo interrumpió Bolívar.

—Que si fracasamos, las tropas de Venezuela quedarán intactas para continuar sus operaciones en los Llanos, pero si la campaña se nos presenta lisonjera, los esperaríamos para que todos unidos siguiésemos adelante, hasta Santafé.

Dispuesto siempre a recoger el guante que le lanzaran, Anzoátegui no le dio tiempo al jefe supremo de pensárselo, que las tropas venezolanas a mi cargo, dijo entre dolido y vehemente, son capaces de hacer lo mismo que hagan las que el general Santander comanda, que no somos menos, ni más faltaba, que si la división de vanguardia trepa la cordillera, nosotros también lo haremos, sin más dilaciones, mi general, vamos todos unidos y que nada nos detenga.

Bolívar buscó los ojos de Soublette, quien alzó las cejas y movió la cabeza en señal de aprobación. Salom hizo otro tanto, vamos, adelante, es ahora o jamás. Santander miró a Anzoátegui y ambos se sonrieron.

—No se diga más, caballeros, que pocas veces me he sentido más feliz de salir derrotado de una discusión —concluyó Bolívar y los convidó a revisar los planes delante del mapa, en el que la cordillera se veía mucho más mansa que en el horizonte.

CAPÍTULO IV

AL TIRANO, LA CABEZA Y LOS PIES CORTAR DEBEMOS

Montado en su caballo, Francisco de Paula Santander vio venir el tumulto que atravesaba la Plaza Mayor desde la esquina de los cuarteles, al sur, está sano y salvo, escuchó, viva el Libertador, pero él no lo veía, y temió que el griterío sólo respondiera a los rumores que mandaban esa madrugada, que lo mataron a puñaladas en su cama, que no, que se escapó por la ventana, que le dispararon mientras huía, que no, que se escondió y ya lo encontraron. Mientras las primeras luces azulaban el cielo y teñían de naranja unas pocas nubes, filosas y alargadas, que rasgaban el firmamento sobre las torres de la catedral, cientos de bogotanos, a quienes los tiros y cañonazos de la madrugada habían impedido dormir, colmaban la plaza y sostenían los vivas al Libertador y a la república, y algunos, con palos y machetes, gritaban, Santander los oyó con nitidez, muerte a los traidores, que fusilen a Caín, que los pasen a todos por las armas.

A esas horas tempranas del viernes veintiséis de septiembre de 1828, al general Santander se le vino a la memoria otra ocasión septembrina mucho más feliz, nueve años y unos pocos días atrás, cuando juntos, el jefe supremo de los patriotas, Simón Bolívar, y él, cada uno sobre su cabalgadura, marcharon al frente del Ejército Libertador de la república, y avanzaron desde la plazoleta de San Diego por toda la calle Real, engalanada con cortinajes de colores, hasta la plaza, mientras resonaban la melodía de los clarines y el repique de los tambores. Bolívar, que iba a la cabeza, con Santander a un lado y el general José Antonio Anzoátegui al otro, se quitaba su bicornio, adornado con un penacho de plumas y una cinta de oro en el reborde, saludaba a la multitud, y sonreía y hacía una venia cuando, desde algún balcón, una muchacha le lanzaba un ramo de flores.

Era septiembre, como ahora, el día dieciocho. Cinco semanas habían transcurrido desde la derrota definitiva de los realistas en la batalla del puente sobre el río Teatinos, el siete de agosto de 1819. Tras la fuga de las tropas de la corona, y mientras partidas del Ejército Libertador perseguían a los derrotados, el diez Bolívar llegó con un piquete de infantes y jinetes al puente del Común, y

sin tomarse siquiera un descanso, picó a la bestia y cabalgó hacia Santafé en compañía de dos de sus edecanes y media docena de guardias, a quienes les costaba trabajo mantenerle el trote por el camino real. Cruzó San Diego sin detenerse, por San Francisco lo vieron pasar hecho una exhalación y atravesó la Plaza Mayor hasta el palacio virreinal, donde desmontó y subió las escalinatas de dos en dos. Tenía la piel tostada por el sol de los Llanos, recordaría luego Juan Pablo Carrasquilla, un joven antioqueño que estaba en la capital por asuntos de comercio, la cabeza bien modelada y poblada de cabellos negros, ensortijados, los ojos negros, penetrantes y con la movilidad del relámpago, y cuando hablaba, cogía con las dos manos la solapa, y cuando escuchaba a alguien, cruzaba los brazos.

Nada que ver con el hombre pálido y de hombros encogidos a quien Santander le informó, a principios de julio de ese mismo año, tras el escabroso paso de las tropas por el páramo de Pisba, que del potente ejército de más de cuatro mil hombres que había iniciado en Paya el ascenso de la cordillera no quedaba siquiera la mitad, y de ellos, general, cuatro quintas partes son incapaces de combatir, que son muchos los afectados por el enfriamiento y la neumonía, y como si eso no fuera bastante, cientos de caballos fueron abandonados, una porción considerable de las municiones de boca y guerra quedó en el camino, que lo que hay en el campo de Bonza no es más que el esqueleto de un ejército.

—Ni se le vaya a ocurrir decirme que quizás yo tenía razón en mis argumentos en la junta del llano de San Miguel —le respondió Bolívar, tajante—, que usted es bien capaz de levantar estos restos y resucitar al ejército.

Y lo hizo. Las gentes buenas de Sogamoso, Socha y Duitama llenaron a los patriotas de comida, pero también de ruanas, que aunque nada se comparaba con los vientos gélidos de Pisba, en el campamento de Bonza el frío de la madrugada pinchaba los huesos y los soldados, que habían sentido al atardecer que dejaban atrás el mal del pecho y el escalofrío, temían la recaída en las horas previas al amanecer. A más de comida y abrigo, muchas familias entregaron a sus hijos, algunos con apenas quince años, y con el aporte de plata, hierro y plomo de algunas iglesias y haciendas, así como la rehabilitación de la armería portátil, hubo con qué dotarlos, bendito sea el Dios de la patria.

Con menos de una semana de adiestramiento para los nuevos y mientras los sobrevivientes del paso de Pisba reponían las fuerzas, a punta de caldo de costilla de res, gallina amarilla, papa y agua de panela, para mediados de julio

Santander contaba con cerca de setecientos hombres listos para el combate. El resto se fue sumando, a medida que la buena comida y el abrigo regeneraban los cuerpos donde la enfermedad remitía, aunque también hubo pérdidas en las primeras escaramuzas con los soldados del rey, y un durísimo combate el día veinticinco, en el Pantano de Vargas, a medio camino entre Duitama y Sogamoso. Los realistas se habían hecho fuertes en los cerros de Cangrejo y Picacho, pero Bolívar no lo supo a tiempo porque los espías que había regado por la zona se confundieron y tardaron en informarle. La batalla iba camino del desastre, pero Santander y los hombres de su vanguardia aguantaron con tesón y hábiles movimientos en la única altura conquistada por los patriotas, y los británicos del coronel James Rooke atacaron por ráfagas el corazón del cuerpo enemigo.

Aun así, el riesgo de que el ejército renacido en Socha volviera a morir, y ahora sí para siempre, en el pantano, persistía. Bolívar echó mano de sus restos, una reserva de jinetes llaneros, poco más de doscientos, que habían sobrevivido al páramo. Se mandaron al trote, comandados por el coronel Juan José Rondón, un mulato nacido en Guárico, en la antigua Capitanía de Venezuela, que le conocía la cara a la muerte y la había burlado en más de una ocasión en las operaciones de los Llanos. Con sus lanzas empuñadas y el alma en fuego, cargaron una y otra vez, y barrieron a buena parte de la caballería de José María Barreiro, que, confiado en la debilidad de los patriotas, había abandonado la comodidad de las alturas que ocupaba para comprometer al grueso de su contingente en la batalla.

—Ni Dios me quita la victoria —había dicho temprano el gaditano al ver a uno de sus montados clavar el estandarte de los Húsares del Rey en lo alto del Picacho—. Y que viva España, coño, que aquí los escabechamos, con dos cojones.

Las sucesivas cargas de los lanceros de Rondón desconcertaron a los realistas, que perdieron el orden, y a medida que unos caían con el pecho abierto por la pica de las varas de los llaneros, otros huían despavoridos, los más afortunados aún en su cabalgadura, los otros rogando que las piernas les alcanzaran para salvar la vida. Tras siete horas de combate, el cielo tronó y un temporal de lluvia y viento barrió el campo y cerró la batalla con un empate, que para los patriotas, que la habían visto peliaguda, tenía el sabor del triunfo. Cerca de quinientos soldados realistas yacían muertos o muy mal heridos en la planicie pantanosa y las laderas, casi el doble de las bajas patriotas.

—Vi perdida la batalla a las cinco —confesó luego el presbítero Andrés María Gallo, un tocano que atendió a decenas de heridos, y a muchos los ayudó a despedirse en paz de este mundo— y la vi ganada a las seis.

Bolívar se refugió de la borrasca en la casa de la hacienda Vargas poco después de las siete. El jefe supremo estaba exultante, los hemos arrasado, le escucharon decir Santander y Anzoátegui cuando se le unieron mientras el cielo se sacudía con las tronadas y se iluminaba de súbito por las centellas blancas como la leche. Ellos estaban menos optimistas. Como el padre Gallo, también habían visto la derrota a punto y sabían que Barreiro había conservado el grueso de su tropa.

Al amanecer, los espías, esta vez más avispados, reportaron que los realistas habían ocupado Paipa, unas leguas al oeste, para asegurar el camino a Tunja, capital de la provincia, que estaba más al sur. Para los últimos días de julio urgía apretar la leva, pero no maltraten, no abusen de estos pueblos amables y generosos, recomendó Bolívar, que había extendido la ley marcial a toda la región, con el fin de reclutar a cientos de jóvenes. No hicieron falta medidas de fuerza. Hartas de los abusos del gobierno colonial, las familias entregaron a sus hijos, jóvenes labriegos que llegaban a los campamentos con su sombrero de lana gris, copa baja y alas anchas, y la ruana que les cubría de tal manera el cuerpo que el capitán Daniel O’Leary dijo que parecían hombres sin brazos.

Para empezar, perdían la melena negra y lacia cuando los trasquilaban, primer paso para convertirlos en soldados. Sin ruana, se les notaban hombros fuertes y brazos musculosos, formados en la arada y el aporque, y en el manejo de las bestias y de la carga. Y aprendían pronto, que a los pocos días manejaban el fusil y el sable como lo habían hecho antes con los fierros y maderos de labranza, aunque eso sí, a la hora de disparar solían cerrar los ojos, poniendo en mayor peligro su propia vida y la de sus compañeros que la de los contrarios, como apuntó O’Leary.

En las escaramuzas que precedieron al combate de Vargas, y en esa misma batalla, se destacaron por su valor, por sus reflejos en el cuerpo a cuerpo y por la velocidad de sus movimientos, que saben bien reventar al enemigo, lo mismo con machete que con sable, con pica que con bayoneta. Para principios de agosto, más de ochocientos habían engrosado el Ejército Libertador, que quedan listos y bien dispuestos para combatir con el programa reducido de cuatro días que diseñó Santander, y como han crecido desde chicos en estas alturas de aire delgado con buen alimento y trabajo físico diario, no se cansan nunca.

—Con los jinetes llaneros recuperados y la infantería reforzada por estos muchachos robustos del altiplano —comentó un edecán de Bolívar—, que mi Dios agarre confesados a los realistas.

El tres de agosto, Bolívar movió sus avanzadas al sureste y Barreiro pensó en abandonar Paipa al comprender que, con ese desplazamiento, los patriotas podían ganarle la ruta a Tunja. Al atardecer, los republicanos cruzaron el río Sogamoso y montaron su campamento a menos de una legua de las tropas de la corona. Se movían ante los ojos de los vigías de Barreiro, y Bolívar lo sabía. Entonces ordenó una marcha retrógrada hacia el este e hizo creer que sus hombres se retiraban a una planicie más segura, donde acampó y encendió fogatas. Pero hacia las nueve de la noche, mandó que las tropas regresaran al oeste, que se queden algunos y mantengan encendidos los fuegos, que los atalayas se creerán que nos hemos quedado en ese emplazamiento.

Bajo las sombras de la noche, gracias a unas nubes bajas que ocultaban la luna creciente, la vanguardia y el grueso del Ejército Libertador marcharon por el camino de Toca, rumbo a la capital de la provincia. Antes del mediodía del cinco de agosto, Bolívar ocupó Tunja con una avanzada de caballería, orgulloso por su brillante movimiento de engaño y sin disparar un tiro. Barreiro entró en pánico, que este zambo se ha escurrido en nuestros morros y nos ha cortado la comunicación con Santafé y ahora Paipa no vale medio real.

Tunja sí que lo valía, y no sólo por su posición estratégica. Sus cuarteles guardaban seiscientos fusiles, uniformes, pertrechos de artillería y una docena de botiquines sin usar. Pero había más. Las damas criollas de la ciudad, que recibieron a Bolívar con flores y ovaciones, se pusieron esa misma tarde manos a la obra y en un periquete dejaron listas dos mil camisas. La febril operación la organizó doña Juana Velasco de Gallo, la madre del sacerdote que había asistido a los moribundos tras la batalla del pantano, y quien aparte del presbítero, entregó a principios de julio al ejército a sus dos hijos menores, Fernando y Manuel, y a un piquete de trabajadores de la hacienda que la familia poseía en Toca.

Barreiro no se resignó y quiso pagarle a Bolívar con la misma moneda. Mientras las damas tunjanas homenajearon a los generales republicanos con una cena el día cinco, las tropas del rey alzaron sus campamentos en las afueras de Paipa para rodear Tunja por la ruta de Cómbita a Motavita, y tomar luego el camino de Samacá en dirección al sur, hacia el puente sobre el río Teatinos, el mismo que los nativos habían llamado desde siempre río Boyacá, el cercado del

cacique, según podía traducirse de la lengua muisca.

—Una vez parapetados allí —sentenció, seguro—, seremos nosotros quienes les habremos cortado a estos rebeldes el camino a Santafé.

A media mañana del siete de agosto de 1819, los estandartes de la corona ondeaban en las laderas y planadas al suroeste del río, con pleno dominio sobre el puente, que el camino desde Cómbita era un infierno pero aun así hemos venido a toda leche, y ya que estamos aquí, no dejaremos pasar a esos cabrones. Las avanzadas de Barreiro tomaron la casa de postas del camino real y reforzaron esas posiciones con tropas de infantería, que así los tendremos del cogote. Media legua al norte, en unas alturas que dominaban toda la hondonada, Barreiro instaló su comando y sus principales piezas de artillería, que los quiero ver por acá, que apenas asomen por el camino que viene de Tunja y caigan sobre el puente, les lloverá plomo, que nadie se me acojone, que los tenemos.

Los patriotas tampoco se acojonaron. Enterado de los movimientos de las tropas del rey, con los primeros claros del alba Bolívar despachó desde Piedragorda, sobre el costado sur del alto de San Lázaro, una orden perentoria, que llegó la hora, señores, de resolver esta campaña. “Generales Santander y Anzoátegui —rezaba—: salgan inmediatamente hacia Santafé por el camino real y destruyan a Barreiro donde lo encuentren”.

El grueso del ejército patriota se hallaba formado, listo para marchar, en la plaza mayor de Tunja. Allí recibieron Santander y Anzoátegui el mandamiento del jefe supremo. El de Villa del Rosario partió con su avanzada, no sin antes destacar pequeñas partidas a caballo para que reconocieran el terreno e intentaran ubicar con precisión a los destacamentos de la corona. Ochenta jinetes del escuadrón de carabineros, comandados por el capitán Andrés Ibarra, avanzaron por el camino real y comenzaron a descender hacia la casa de postas. Minutos antes de las dos de la tarde, los detuvieron varios disparos.

—¡Altooo! —gritó Ibarra, quien comprendió enseguida que tenía al frente un poderoso contingente enemigo—. ¡Orden de contramarcha!

Una veintena de cazadores realistas intentó perseguirlos pero no iban montados, de modo que, justo arriba de la loma, la retaguardia de Ibarra esperó entre unos árboles, capturó a tres de ellos y los llevó ante Santander, que ya avanzaba por el Boquerón, atrás de la colina y lejos de la vista de los realistas. Tras sumar informes de sus espías a lo que revelaron los cazadores cazados, el general tuvo claro el escenario, con unos mil hombres de Barreiro instalados junto a la casa de postas, a lado y lado del puente sobre el Teatinos, y otros dos

mil más al norte, al oeste del camino de Samacá, apoyados por su artillería.

—Qué suerte —notó Santander—, Barreiro ha dejado esos cañones muy lejos.

Y entonces ordenó, que vamos a caer sobre el puente, señores, avancemos, sin tardanza, primero el Batallón de Cazadores al completo, con sus cuatrocientos hombres, coronel Joaquín París, adelante, paso de vencedores, y detrás el batallón primero de línea, cuatrocientos veinte valientes, vamos, coronel Antonio Obando, sin dar respiro, a barrer al enemigo del puente y de toda la hondonada, que yo los seguiré con los doscientos jinetes de los Guías del Casanare como reserva.

Con las primeras embestidas patriotas, los hombres de Barreiro retrocedieron. El batallón Numancia, élite de las tropas del rey, aguantó lo que pudo para no entregar el puente, pero para las tres de la tarde lo pasó en reculada y vino a reforzar las posiciones de los demás escuadrones realistas, privilegiadas porque estaban ligeramente por encima del nivel del puente, y para desalojarlos, los hombres de Santander tendrían que venir por ellos loma arriba.

Así lo entendió el jefe de la vanguardia patriota. Pasadas las tres, conminó al coronel Antonio Béjar, comandante de los Guías del Casanare, para que liderase a sus jinetes en un movimiento envolvente que debía culminar con un ataque sobre las espaldas de los hombres del rey. La maniobra implicaba pasar el río por el vado que forma la quebrada Honda al tributar en el Teatinos. Pero primero los guías debían desmontar y bajar la pendiente con las bestias de cabestro, pasar el vado y ahí sí remontar para trepar la loma. Lo lograron en poco más de un cuarto de hora, y después, en formación llanera, cayeron con sus lanzas sobre el ala derecha de los realistas y debilitaron buena parte de la defensa del puente.

Cuando Santander comprobó el éxito del ataque, lanzó, con sus bayonetas caladas, a los de la cuarta compañía del primero de línea y de la primera del Cazadores, contra los enemigos que seguían bloqueando el puente. La sangre tiñó las aguas del Teatinos, y en unos cuantos suspiros las tropas de la corona comenzaron a retirarse hacia las lomas de La Venta y de Los Sauces, una legua al sur y al suroeste del paso sobre el río.

Barreiro quiso reaccionar cuando, desde las alturas al norte del campo, demasiado lejos de quienes defendían el puente y separado de ellos por el río, observó el avance republicano y comprendió su error. Cuando lanzó sus tropas en apoyo de las que estaban a punto de entregar sus posiciones al otro lado del Teatinos, descubrió que Anzoátegui y la retaguardia rebelde, que habían llegado

al lugar poco después de que Santander lanzara el primer ataque sobre el puente, se le atravesaron. Aun así, por un momento pareció que los soldados del rey se reagrupaban y amenazaban con oponer una nueva línea de defensa.

Fue entonces cuando Bolívar y Santander, sin siquiera comunicarse, lanzaron sendos ataques que lucían coordinados, sin serlo, y que resultarían definitivos. El jefe supremo había llegado al campo de batalla detrás de las tropas de Anzoátegui y había instalado su comando al lado de una enorme piedra, en la loma que cubría, desde el noreste, la hondonada y el puente. Al ver los intentos realistas por recuperar sus posiciones, repitió la maniobra del Pantano de Vargas, dos semanas atrás, y mandó a los lanceros del Llano, con el coronel Rondón a la cabeza, a barrer al enemigo, mientras Santander dirigía la embestida final sobre la derecha realista. La doble carga de jinetes e infantes hizo una pinza que reventó las posiciones realistas.

Para las cuatro de la tarde, Barreiro comprendió que estaba perdido. Escapó hacia el este con un par de oficiales de su Estado Mayor, mientras el grueso de su ejército caía en manos de los patriotas. Su incompetencia dejó a más de cien de sus soldados muertos en el campo y otros ciento sesenta heridos. Al atardecer, cerca de un millar de sus hombres se había rendido y otros cientos huían sin mayor esperanza. Decenas de caballos y más de mil fusiles del rey eran ahora de los republicanos, y la artillería pesada con su munición, que Barreiro no pudo usar en su defensa por ubicarla demasiado lejos, tal y como Santander lo advirtió desde el inicio, también cayeron en poder de los libertadores. El costo para los patriotas fue bastante menor, con apenas trece muertos y cincuenta y tres heridos, mientras que el premio fue el más grande jamás obtenido por ellos: la culminación exitosa de la campaña relámpago desde los Llanos que acabó con los realistas en el mismísimo corazón de la Nueva Granada y abrió el camino, por fin, para la creación y consolidación de la república.

El hombre de la jornada había sido Santander, que, como de manera justa lo reconocía toda la oficialidad, también había sido el hombre de la campaña, capaz de formar un ejército en el Casanare, y de resucitarlo, de urgencia, cuando yacía exhausto en el campo de Bonza, apenas seis semanas atrás. La vanguardia que mandaba ese día en la hondonada del río Boyacá inclinó, desde el primer momento, la batalla a favor de los republicanos, pero además sus hombres del primero de línea y del Guías del Casanare lanzaron el asalto final que acabó de desordenar a los realistas, mató a decenas, puso a unos en fuga y obligó al resto, que eran los más, a rendirse.

* * *

Al anochecer del siete de agosto de 1819, el joven estudiante de leyes que nunca alcanzó a graduarse porque los sucesos del veinte de julio del año diez lo lanzaron a la carrera militar y a la guerra, no podía saber que esa jornada había sido la última que viviría en un campo de batalla. Tras nueve años en el ejército, primero como abanderado y secretario del coronel Antonio Baraya, con el grado de subteniente, hasta su ascenso a general en los Llanos, lo que le esperaba de esos días en adelante, y por el resto de su vida, eran las responsabilidades de la administración y del gobierno civil.

El doce de agosto, el Libertador Simón Bolívar, que tras el triunfo de Boyacá había recuperado por fin ese título otorgado quizás demasiado temprano, en Caracas, después de la Campaña Admirable del año quince, definió con un sencillo despacho de cinco líneas a Santander, el destino de aquel a quien el propio Bolívar había calificado como el héroe de la batalla en el campo de Boyacá y el más valioso oficial de toda la campaña. Para ejercer las funciones de gobernador comandante general de esta provincia, rezaba la nota, he determinado en esta fecha nombrar a vuestra señoría, a cuyo efecto se lo comunico, Dios guarde a vuestra señoría muchos años, y la firma de Bolívar, más grande que nunca.

El día veintiuno, él y Anzoátegui fueron promovidos por el Libertador al rango de general de división. Sólo Anzoátegui lo llevaría al frente de sus tropas, pero no por mucho tiempo. Semanas después de su ascenso, el oficial, nacido tres décadas atrás en la Barcelona venezolana, fue puesto por Bolívar al mando de un contingente que debía marchar al norte y asegurar la liberación del estratégico puerto de Maracaibo, que cerraba por el oeste el gran lago del mismo nombre y abría las puertas al golfo bordeado por las penínsulas del Coro y La Guajira. Instalado en Pamplona, al frente de sus tropas, a mediados de noviembre, los notables de la ciudad y sus oficiales se unieron para ofrecerle un almuerzo en la víspera de su cumpleaños número treinta. Hubo cabrito, mute, hayacas y mucho vino. Las malas lenguas dijeron que el general se retiró a media tarde, con la excusa de tomar una siesta que no sería tal. Anzoátegui no estaba solo sino en compañía de Cecilia Gómez, una fogosa y simpática señora nacida en Duitama, antigua enamorada del barcelonés desde los tiempos en que el oficial recorriera la provincia de Tunja durante la campaña del catorce, y que tenía fama de no dejarlo descansar en la cama.

Anzoátegui se acostó para no levantarse nunca más. Cayó inconsciente esa

misma tarde y estuvo así por más de treinta horas. Unos hablaron de fiebres, otros de tifo asiático, otros más de apoplejía, y el enigma duró para siempre, pues el inglés Thomas Foley, que había llegado a inicios del dieciocho con la Legión Británica, y era el cirujano del ejército que el barcelonés conducía hacia Maracaibo, no dejó parte médico, que habría preferido yo la pérdida de dos batallas a la muerte de Anzoátegui, se lamentó el Libertador al enterarse.

—¡Qué soldado ha perdido el ejército y qué hombre ha perdido la república!
—escribió en una de sus notas tras recibir la triste noticia.

* * *

A diferencia de lo ocurrido tras las sucesivas arremetidas de los lanceros del coronel Juan José Rondón en el Pantano de Vargas el veinticinco de julio, que obligaron a los realistas a retirarse, el siete de agosto por la tarde, en Boyacá, no hubo diluvio que impidiera perseguir a los fugitivos. El brigadier gaditano José María Barreiro, que tan convencido había estado unas pocas semanas antes de que derrotaría a los rebeldes, terminó la jornada escondido, en compañía de uno de sus oficiales, en el nicho medio enterrado que formaban unas rocas, en las laderas situadas al oeste de la hondonada del río Teatinos.

Allí lo encontraron ese mismo día, poco antes del ocaso, dos soldados patriotas que inspeccionaban la zona en busca de engrosar el contingente de prisioneros y asegurar así que ya nunca más hubiese ejército realista en esas tierras. Uno de ellos, Pedro Pascasio Martínez, era un muchacho de apenas doce años, nacido en Cerinza, al norte de Sogamoso, incorporado en julio al ejército como cuidador de caballos, que ese crío está muy niño para combatir. El otro soldado, el Negro José, mató al oficial que acompañaba a Barreiro cuando, espada en mano, intentó oponerles resistencia. Pedro Pascasio no se quedó atrás e hirió de una lanzada al brigadier. El gaditano imploró por su vida y le ofreció al niño unas onzas de oro que llevaba, al cinto, en una faltriquera, para que lo dejaran ir.

Indignados, el Negro y Pascasio lo amenazaron con clavarle la lanza en el corazón y, aterrorizado, Barreiro se dejó llevar por los dos muchachos hasta la casa de teja, justo al frente del puente sobre el río Teatinos, donde Bolívar despachaba y hacía el balance de la jornada. El comandante realista se había quitado la casaca azul oscura, pero las botas enteras hasta la rodilla y el chaleco delataban su alto rango.

—¿Quién es este carajo? —preguntó Bolívar cuando Pascasio y el Negro se

lo presentaron.

—Soy el brigadier y comandante general José María Barreiro —respondió el gaditano sin titubeos.

Salvador Salcedo, un joven soldado de caballería, que fue el primero esa tarde en cruzar el puente, se abalanzó sobre Barreiro con el sable desenvainado y decidido a matar al hombre que tanto dolor había infligido a los patriotas y que a tantos oficiales, soldados y civiles había fusilado en los valles de la provincia de Tunja. Pero Bolívar se atravesó, sonriente, que estamos ante el comandante enemigo y el señor merece la consideración a que obligan las reglas de la guerra. Le hizo el saludo militar y ordenó que se lo llevaran y le dieran de comer.

Barreiro se sintió aliviado y hasta pudo dormir esa noche, en Ventaquemada, donde el Libertador y los contingentes que lo acompañaban, al igual que los prisioneros, ocuparon varias casas y almacenes del pueblo, ranchos de los alrededores y hasta una iglesia, para descansar. A la mañana siguiente, Bolívar inspeccionó a los capturados antes de iniciar la marcha. De pronto, fijó la mirada en uno de ellos y caminó hacia él con los ojos incendiados, en el primer instante de cólera desde la victoria de la víspera.

Era el capitán Francisco Fernández Vignoni, un canario que había llegado a Caracas años antes del levantamiento criollo del año diez. Como miembro de la milicia de la ciudad, en 1812 fue incorporado al contingente que mandaba Bolívar, entonces coronel, y a quien el comandante general de los patriotas, Francisco de Miranda, había encomendado hacerse fuerte y defender la plaza de Puerto Cabello, con el valioso castillo de San Felipe, donde estaban encerrados medio centenar de prisioneros del bando realista.

Bolívar encargó de la fortaleza a Fernández Vignoni, que tenía el rango de teniente, pero en la noche del veintinueve de junio el canario parlamentó con los detenidos y, en unión de un puñado de oficiales, se sublevó contra Bolívar, liberó a los prisioneros, les entregó sables y fusiles de los almacenes del castillo, y apresó a quienes se opusieron a su traición. Con el castillo en manos de los realistas, Bolívar no tuvo más remedio que retirarse a La Guaira y embarcarse allí, derrotado y fugitivo. Había perdido Puerto Cabello, una vergüenza que lo acompañaría por años. Y de repente, siete años después, a la mañana siguiente de su mayor victoria, entre los mil seiscientos prisioneros de Boyacá asomaba el rostro del culpable de su deshonra.

—Fernández Vignoni —le gritó para que todos oyeran—: dígame usted qué pena merece el comandante de una guarnición a quien se le ha confiado su

defensa y, en vez de cumplir con su deber, se vende al enemigo, sacrifica y entrega al martirio a sus compañeros de misión y, con ese acto, somete a su patria a la tiranía.

—Quien así actuó —contestó Fernández Vignoni sin que le temblara la voz — merece ser ahorcado.

—Así se hará —asintió Bolívar y le ordenó al capitán a cargo de ese grupo de prisioneros que lo colgara en el acto.

—¿Dónde, mi general? —preguntó, diligente, el oficial.

El Libertador miró hacia el rancho donde habían pasado la noche los apresados.

—Ahí no más, en el alero de esa casa.

Minutos más tarde, el cadáver de Fernández Vignoni se mecía al viento. Barreiro, que marchaba rumbo a Santafé con otro grupo de prisioneros, lo vio y preguntó por lo ocurrido. Cuando le contaron la razón del ajusticiamiento, se sobrepuso apenas al latigazo helado que le recorrió la espalda.

—Entonces hace buen muerto —comentó tras pasar saliva.

A la mañana siguiente, Bolívar se lo volvió a encontrar cuando se detuvieron en Gachancipá. El Libertador lo invitó a almorzar, que nobleza obliga, les dijo a sus edecanes, se impone hacerle los honores al comandante de los derrotados. Barreiro se sintió en confianza y habló de su familia, en España, especialmente de su madre, que aunque tengo un hermano, explicó, soy para todos los efectos el único sustento con que ella cuenta.

—Espero verla cuando regrese —agregó como quien tantea en la oscuridad —, después de que sobreviva al consejo de guerra que me seguirán por el fracaso de esta campaña.

Bolívar cambió de tema. Volvieron a verse en Bogotá, cuando Barreiro y treinta y siete oficiales realistas más fueron recludos en un cuartel que hacía esquina en el ángulo suroeste de la Plaza Mayor. El Estado Mayor de los perdedores recibió buen trato y a Barreiro le permitieron visitas todas las tardes, que vienen a consolarlo algunas muchachas que dejó prendadas con su galantería, su gracejo y sus pasos siempre a tiempo a la hora de la contradanza, cuando era una de las estrellas de la corte del virrey Juan Sámano.

El brigadier realista estaba tranquilo, pues uno de sus visitantes le contó sobre las intenciones de Bolívar que, de cumplirse, les permitirían a él y a sus oficiales regresar a la península. El ejército español que defendía el partido del

rey en la Nueva Granada, le escribió Bolívar a Santander en un despacho oficial, está todo en nuestro poder, por consecuencia de la gloriosa jornada de Boyacá, y el derecho de guerra nos autoriza a tomar justas represalias, nos autoriza a destruir a los destructores de nuestros prisioneros, y de nuestros pacíficos conciudadanos. Pero yo, le explicó, lejos de competir en maleficencia con nuestros enemigos, quiero colmarlos de generosidad por la centésima vez, y por ello mismo propongo un canje de prisioneros para libertar al general Barreiro, y a toda su oficialidad y soldados.

La propuesta de canje iba dirigida al virrey Sámano, quien, apenas enterado de los resultados de la batalla en el campo de Boyacá, huyó de la capital con su corte, una reducida porción de la milicia y un puñado de prisioneros patriotas. La carta debía llegar a manos de Sámano por el correo de los monjes capuchinos pero se extravió por el camino o, si es que llegó, como creyeron algunos, no tuvo respuesta.

A fines de septiembre, el Libertador salió para Angostura, sede del gobierno provisional desde donde había lanzado la campaña que culminó en Boyacá, y dejó encargado de las funciones presidenciales al recién designado vicepresidente Santander, ya no como gobernador de la provincia de Cundinamarca, sino como cabeza del poder ejecutivo de la Nueva Granada, que me voy, es cierto, pero lo hago con la tranquilidad de dejar a cargo a Santander, les confié a los suyos y al propio Santander, a quien elogió, por escrito, por los conocimientos, celo y talentos políticos y militares de usted, que garantizan la conservación y seguridad de vivir bajo un gobierno benéfico, justo y paternal. Desde el día que me separe yo de la capital, concluyó, entrará vuestra señoría en ejercicio de sus funciones.

—Yo no me separo de vosotros —les repitió a los suyos—, yo os dejo en Santander a otro Bolívar.

—¿Otro Bolívar? —comentó a su esposa un oficial de la guardia de la ciudad, santafereño de nacimiento.

—Sí —le respondió ella—, es otro Bolívar, un poco más joven, digamos como un hermano menor.

El oficial era uno de los pocos militares patriotas que se habían quedado en la capital, pues Bolívar se llevó un contingente hacia los Llanos, Anzoátegui otro hacia el norte y el teniente coronel José María Córdova uno más, rumbo al noroeste, con la tarea de libertar la provincia de Antioquia, donde el oficial había nacido apenas veinte años atrás. Aparte de la oficialidad, cerca de mil soldados

realistas permanecían presos al resguardo de una reducida milicia, y justo a un lado del cuartel, un poco más al sur de la plaza, había una armería con unos pocos fusiles, un par de cañones y algo de munición, lo que había sobrevivido al fugaz incendio que los realistas habían provocado antes de abandonar Santafé, y que eran ahora la reserva de pertrechos por si la ciudad necesitaba defenderse de un ataque.

—El Libertador me ha dejado a cargo —les explicó Santander a su madre y a su hermana Josefa, que se habían venido desde Villa del Rosario a la capital años atrás, y habían pasado las duras en tiempos de Morillo—. Yo jamás le he fallado, ni siquiera en aquellas escasas ocasiones en que hemos tenido diferencias, y no será esta la primera vez, que yo no voy a perder la ciudad que nos costó una guerra liberar.

A primera hora del diez de octubre, el encargado del poder ejecutivo recibió un detallado informe de la red de espías que había desplegado en la ciudad pocos días después de Boyacá. Barreiro, algunos de sus oficiales y unos cuantos realistas santafereños que no habían podido escapar con el virrey, tramaban algo. La primera decisión del presidente en funciones, días atrás, había sido reunir todos los grilletes que había en Bogotá y ponerlos en la garganta de los pies de Barreiro y de sus oficiales, y miren a ver para cuántos soldados alcanza, que no fueron más que unas pocas docenas, y a todas luces, la medida resultaba insuficiente.

Tras alegar la no respuesta de Sámano a la propuesta de Bolívar para un canje de prisioneros, al inicio de la tarde Santander dictó una orden perentoria, asumida de manera personal y sin que mediara consejo de guerra alguno, de pasar por las armas a todos los oficiales prisioneros del ejército del rey, empezando por Barreiro, que no son otros los clamores del pueblo contra los prisioneros, y siendo justo, como en efecto lo es, tomar con ellos el partido que acostumbran tomar con los nuestros.

Un grupo de sacerdotes franciscanos llegó a las cinco al cuartel. Cuando Barreiro los vio, comprendió enseguida para qué venían, que estas sotanas nada bueno anuncian, que traen una hoz en la mano, que no vienen a parlamentar ni a darnos misa, sino a escuchar nuestras confesiones y a brindarnos absoluciones. Desesperado, el brigadier se jugó sus restos, que no eran muchos. Le envió a Santander su diploma y sus insignias de la Gran Logia, esperanzado en que entre hermanos se comprendieran.

—No voy a poner a la masonería por encima de la patria —le confió el

presidente en funciones a un amigo y cofrade—. ¿Acaso Barreiro no se ha cargado a decenas de hermanos sin siquiera preguntar?

El día once, cuando en el campanario de la catedral sonaron las siete de la mañana, Barreiro, que aún lucía el dolmán azul oscuro de alamares dorados de su uniforme de artillero, el teniente coronel peninsular Antonio Pla, y los coroneles granadinos del ejército de la corona, Francisco Jiménez y Antonio Galluzo, encabezaron la fila de prisioneros que caminaba hacia el patíbulo, instalado sobre el costado sur de la plaza, bajo un cielo plomizo que amenazaba lluvia y sacudidos por una ventisca de ramalazos gélidos que se les metían hasta los huesos y les atristaban el alma. Los seguían un pelotón de fusileros y el sacerdote franciscano José María Camero, con quien Barreiro había conversado largo la víspera, al enterarse de la orden de Santander, que debo decirle, padre, que me engañé cuando creí en la generosidad de estos insurgentes, pero reconozco, aunque me rompa los cojones decirlo, y usted perdone, que están en su derecho.

La noticia de los fusilamientos se regó tan pronto como amaneció, y por las calles aledañas llegaron por cientos los bogotanos para ser testigos del grave momento. Pero, a diferencia de lo ocurrido el veinte de julio, nueve años atrás, esta vez no fueron llamados al interior de la plaza. Los guardias de la república y sus bayonetas los mantuvieron en las bocacalles, que la orden de los superiores era que la explanada estuviera despejada, tal y como había sucedido en decenas de ocasiones en tiempos del terror impuesto por Morillo, que ni entonces ni ahora las autoridades querían correr el riesgo de una protesta. Para evitar el malgasto de municiones, el pelotón que debía despachar a los oficiales realistas estaba a pocos pasos de su objetivo.

—¡Viva España! —alcanzó a gritar Barreiro antes de que los disparos le hicieran saltar el cráneo descubierto.

Algunos desde la multitud respondieron con vivas a la patria, que mueran los godos, pero luego se instaló el silencio hasta la siguiente tanda de ajusticiamientos. La rutina del desfile de prisioneros, bendiciones de los franciscanos, disparos, pechos y cabezas abiertos, y gritos de la turba, se mantuvo hasta que los cadáveres ya sumaban más de treinta. Cuando le llegó el turno al subteniente Bernardo Labrador, los soldados erraron los tiros y el militar imploró clemencia, que en la península algunas veces la concedían al que, por gracia del destino, no resultaba herido tras la primera descarga. Ante el duro reclamo del comandante del pelotón a sus hombres, uno de ellos se abalanzó

sobre Labrador y lo hirió de un bayonetazo. Pero el subteniente aguantó e incluso abrazó a su verdugo, y ambos rodaron hasta que Labrador quedó encima del soldado y recibió de los demás infantes media docena de lanzadas mortales sobre la espalda y los costados.

La sangre bajaba por el empedrado hacia la calle que marcaba el costado norte del cuartel, mezclada con restos de sesos, ojos que habían saltado de sus órbitas y las heces de algunos condenados que, aterrorizados ante la inminencia de la muerte, no habían sido capaces de aguantar una última necesidad de sus intestinos. La lluvia, que habría ayudado a sanear la escena, nunca se desató.

Pasadas las diez de la mañana, cuando parecía que el festín de sangre había concluido, los guardias del cuartel trajeron a Juan Francisco Malpica, un peninsular que compartía reclusión con los oficiales realistas, y que se había pasado el rato gritando vivas a España y amenazando al nuevo gobierno, que atrás viene quien las endereza, que Sámano vuelve y se hará justicia. Santander fue informado de la actitud del detenido y sin dilación ordenó al capitán José Arce, comandante del batallón de Infantería a cargo de las ejecuciones, que convirtiera a Malpica en el fusilado número treinta y nueve. Ese mismo día, acompañado el cortejo por los franciscanos que habían laborado sin descanso desde la víspera, enterraron los cuerpos en una fosa común.

Impasible, el vicepresidente presenció las ejecuciones y, una vez terminadas, montó su caballo y encabezó un desfile de multitudes, seguido por una banda de músicos. En los días siguientes, más de una vez escuchó de algunos notables capitalinos cuestionamientos por lo sucedido, preguntas sobre si era necesario, qué había ocurrido con la generosidad del vencedor, interrogantes que ocultaban mal una censura. Se explicó siempre, con buen tono y haciendo gala de paciencia, con argumentos de seguridad, que la ciudad estaba amenazada, y con ella, la patria misma, la república que apenas estamos empezando a fundar y que, como todo Estado, tiene derecho a defenderse contra sus enemigos cuando estos planean destruirlo.

Al fin fue preciso salir de Barreiro y sus treinta y ocho compañeros, le escribió seis días más tarde a Bolívar en una nota privada, que el pueblo estaba resfriado y yo no esperaba nada, nada favorable de mantenerlos arrestados. El expediente está bien cubierto, agregó, pero como ni usted, por desgracia de América, es eterno, ni yo puedo ser siempre gobernante, es menester que su contestación me cubra para todo tiempo. En el mismo correo le envió un despacho oficial en el que argumentaba que, engreídos con el generoso

tratamiento que recibían, los prisioneros comenzaron a difundir especies subversivas, con que no sólo desalentaron el ánimo de los patriotas, sino que fijaban la opinión en favor del partido del rey, y todo ello, ahondó, porque preveían que Sámano no podía efectuar el canje propuesto por vuestra excelencia, ya porque todos los jefes españoles han declarado no entrar jamás en contestaciones con los insurgentes, ya porque Sámano dio orden expresa al gobernador del istmo de Panamá de fusilar a todos los extranjeros prisioneros en Portobelo.

Quienes estaban con el Libertador cuando recibió la noticia contaban que se horrorizó y que dejó escapar algunas quejas y preocupaciones, que no podemos comportarnos como se comportan ellos, que el mundo no va a entender que así actúe nuestra nación. Pero al final, que yo no tengo a mano todos los detalles ni puedo valorar cuál era la situación de Bogotá, apretó los labios y decidió confiar en el criterio del hombre que le había garantizado la campaña más gloriosa de su carrera y que ahora se hacía cargo de las ingratas tareas que él mismo le había delegado.

Su respuesta no tardó. He sabido con sentimiento, le escribió, la pérfida conducta de nuestros prisioneros, que han obligado a vuestra excelencia a pasarlos por las armas en circunstancias en que estaba pendiente una negociación de canje, que tanto honor hace al gobierno de la república por el aplauso con que miran las naciones extranjeras las nobles medidas de humanidad y cultura entre los pueblos beligerantes, que no hacía falta leer entre líneas para saber que el Libertador dejaba una constancia para la historia. Nuestros enemigos, prosiguió, no creerán, a la verdad, o por lo menos supondrán artificiosamente, que nuestra severidad no es un acto de forzosa justicia, sino una represalia o una venganza gratuita. Pero sea lo que fuera, concluyó, yo doy gracias a vuestra excelencia por el celo y actividad con que ha procurado salvar la república con esta dolorosa medida.

* * *

Eran otros tiempos. Habían transcurrido casi nueve años desde el fusilamiento de Barreiro y de sus oficiales, y el general de división Francisco de Paula Santander volvía a pasearse a caballo por la plaza, sobre la que se alargaban las sombras de las torres de la catedral ahora que sobre los cerros despuntaba el sol del amanecer del veintiséis de septiembre de 1828. Pero las circunstancias resultaban bastante diferentes bajo aquel cielo azul rasgado por unas pocas

hileras de nubes teñidas de rojo, como si la sangre que había corrido esa madrugada en el Palacio de San Carlos, en sus alrededores y en la calle de los cuarteles, frente al torreón blanco del Observatorio Astronómico, se estuviese reflejando en ellas.

El vicepresidente, que apenas conservaba el título, pues el cargo como tal había desaparecido del ordenamiento jurídico con el decreto del veintisiete de agosto que dio forma al régimen del Libertador-presidente Simón Bolívar, tenía los ojos enrojecidos por el agotamiento. En la noche, había velado durante varias horas a su hermana Josefa, que pudo por fin dar a luz tras un complicado parto que en algún momento estuvo a punto de despacharla al otro mundo. Pasada la medianoche, cuando la recién parida apenas conseguía recuperar el aliento, comenzaron los disparos y los gritos, y Santander se mantuvo a resguardo en la casa de su cuñado, el coronel caraqueño José Miguel Briceño Méndez, con el credo en la boca como muchos capitalinos, o quizás más que ellos, pues sabía, o al menos sospechaba, lo que los demás ignoraban.

Cuando cesaron los disparos, poco antes del amanecer, Santander cabalgó hasta la plaza, donde ya se escuchaban los vivas al Libertador y las amenazantes arengas de muerte a los traidores. Esperaba encontrarlo, si es que de verdad el presidente de la república estaba vivo, y saludarlo, aunque sabía que muchas miradas se posarían sobre él, si resultaban ciertas las informaciones, desordenadas y fragmentarias, que había recibido a cuentagotas durante la madrugada, que asaltaron el Palacio, que el batallón de artillería se alzó contra el gobierno, que mataron al Libertador, que no, que nadie sabe dónde demonios se metió.

Entonces está claro que no fui capaz de detener a estos locos, se repitió en la mente, con sentimientos que viraban del miedo a la rabia y de la rabia a la incertidumbre. Reconstruyó los hechos de las semanas recientes, los puso en orden y maldijo en silencio a los autores del levantamiento, que les rogué una y mil veces que se detuvieran, que esa no era la salida, o que cuando menos esperaran a que yo me largara, que bien sabía Santander que sobre él recaerían todas las culpas.

Las cosas habían ido de mal a peor desde la disolución de la Convención de Ocaña, protocolizada el diez de junio, cuando los partidarios del Libertador abandonaron las sesiones para nunca volver, que los bolivianos bien sabían que, una vez en minoría, estarían derrotados y que lo único para lo que les alcanzaban los votos era para retirarse y romper con ello el cuórum exigido para avanzar en

las decisiones, que no tenemos los votos para sacar adelante el proyecto del doctor José María del Castillo y Rada, pero sí los necesarios para atajar el de Vicente Azuero, por la vía de disolver la convención.

Instalado en Bucaramanga, a unos pocos días de camino de Ocaña, en la casa de su amigo el general francés Luis Perú de Lacroix, Bolívar temió, desde el principio, un mal resultado del Congreso. El veinticuatro de marzo le escribió al general Pedro Briceño Méndez, concuñado de Santander pero boliviano hasta la médula, para transmitirles un duro mensaje a sus adversarios, que ya amenazaban con reunir una mayoría. Dígales usted a los federales, le pidió, que no cuenten con patria si triunfan, pues el ejército y el pueblo están resueltos a oponerse abiertamente, déjelo bien claro, que aquí no hay exageración y creo que los buenos deben retirarse antes que firmar.

Para mediados de mayo, quienes sesionaban en el templo de San Francisco, la sobria capilla que alojaba a la convención, tenían claras las cuentas y sabían que los amigos del proyecto federalista de Azuero doblaban a los dispuestos a votar el de Castillo y Rada, y la ruptura del cuórum quedó como el único camino, que no vamos a permitir, decía Castillo, que los malvados, que otra cosa no son, instauren la anarquía. El nueve de junio, después de que varios representantes de la minoría que defendían el proyecto centralista presentaran pedidos de licencia para ausentarse, el diputado Romualdo Liévano inscribió y consiguió aprobar una moción que obligaba a quienes habían solicitado la licencia, a permanecer en Ocaña hasta que la convención resolviera sus pedidos. Fue la última maniobra de los federalistas por mantener el cuórum. En la madrugada del diez, una veintena de diputados bolivianos abandonó la población y se instaló en el vecino pueblo de La Cruz, al tiempo que una delegación corrió a Bucaramanga a informar al Libertador.

Bolívar no se sorprendió con las noticias. Llevaba días sumido en el pesimismo y nada bueno esperaba ya de la convención, que nada mejor, decía, que hundir un proyecto, el del partido federal, que pretende hacer tan débil al gobierno central que la república resulte ingobernable. Pretenden estos señores, le escribió por aquellos días al general José Antonio Páez, quien estaba en Caracas, relajar más la forma social admitiendo nuevos principios filosóficos por derechos individuales, y estableciendo gobiernos municipales para que sean más facciosos que los mismos cabildos.

Y no se detuvo ahí, que su desilusión era grande. Nuestra lucha, le aseguró a Páez, será eterna y muchos males se prolongarán en busca de lo imposible, y

sería necesario desnaturalizarnos, que Bolívar no olvidaba sus lecturas de Montesquieu, para poder vivir bajo un gobierno absolutamente libre; sería mudar nuestros hábitos y costumbres y hacernos austeros y desprendidos de nuestras viles pasiones. En el remate de la carta, cedió a la tentación de flagelarse. Hemos perdido todo nuestro tiempo, dijo sin atenuantes, y hemos dañado nuestras obras, hemos acumulado desacierto sobre desacierto y empeorado la condición del pueblo, que deplorará eternamente nuestra inexperiencia.

Por duro que sonara, había mucho de cierto en el diagnóstico, aun si el destinatario de la carta, el revoltoso Páez, tenía parte de la culpa de que las cosas hubiesen llegado hasta ahí, y su autor, el presidente de la república, estuviese a punto de aplicar los remedios que acabarían de enfermar al paciente, que los males de aquellos días eran el certero presagio de los peores que vendrían y por eso Bolívar estaba cargado de dudas.

Sus seguidores, en cambio, no dudaban y se prepararon para el contraataque, que al fin y al cabo, disuelta la convención, ellos contaban con el único poder real que quedaba: el ejército. El coronel Pedro Alcántara Herrán, intendente de Cundinamarca, que había estado al lado de Sucre en la batalla de Ayacucho, adoraba al Libertador y se lo hacía saber. El año anterior, cuando Bolívar corrió a Venezuela a sofocar la rebelión de Páez, le dejó por carta un testimonio de su veneración, en el que reclamó, indignado, que se confundan en el abominable caos de la ingratitud los desnaturalizados, la hez de los colombianos que han desconocido con tanto descaro al autor de la libertad de que abusan sin merecerla. Y para que no quedara duda de su devoción, en cualquier momento, señor, que considere útiles mis servicios, me hallo dispuesto a volar adonde me ordene, en el supuesto de que, para semejante caso, yo no tengo familia, no tengo relaciones, no tengo país, que últimamente le diré, con mi corazón, que no conozco otra constitución ni otra ley que la voluntad de vuestra excelencia, una frase final que, por lírica que sonara, era la definición misma de la dictadura.

El trece de junio, mientras en el templo de San Francisco, en Ocaña, los federales aún se preguntaban qué pasos seguir tras el fracaso de la convención, el coronel Herrán reunió en Bogotá, en la antigua casa de aduanas, situada a un costado del atrio de la catedral, una junta de notables, viejo recurso de tiempos coloniales que podía servir ahora para una crisis republicana. A ella acudió el doctor Manuel Álvarez Lozano, con un proyecto de acta bajo el brazo, que otorgaba facultades ilimitadas al Libertador. Juan Nepomuceno Vargas, uno de los convocados, decía apoyar a Bolívar pero consideró excesivos esos poderes y lo dejó por sentado. La discusión se fue agriando y cuando amenazaba el tropel,

el general José María Córdova, que no había sido convocado, hizo presencia con un látigo enrollado a un costado de la cintura.

—Esto es inaceptable —dijo Vargas—, los militares no pueden venir a intimidar una junta convocada para el libre examen y a la que debe permitírsele deliberar sin el apremio de las armas.

El látigo a la vista causó molestia entre los notables, y el coronel Herrán entendió que debía conservar las formas y pedirle a Córdova que se retirara, para que el debate siguiera sin coacciones. No hizo falta más. En cuestión de dos horas el acta estuvo lista, aprobada por la mayoría de los convocados, con algunos cambios menores al borrador del doctor Lozano. Desconocía cualquier acto emanado de la convención, revocaba los poderes de los delegados por Bogotá y encargaba del poder absoluto a quien desde entonces debía llevar el título de Libertador-presidente.

El veinticuatro, Bolívar entró a la capital entre los vítores y los ramos de flores de una multitud preparada por sus seguidores con la ayuda de los principales oficiales del ejército. La nación está en peligro, advirtió en un discurso esa misma tarde, y yo acudo a su llamamiento listo a sacrificarlo todo por ella, por salvarla, que cada vez que el pueblo quiera retirarme sus poderes y separarme del mando que lo diga, que yo me someteré gustoso, y sacrificaré ante él mi espada, mi sangre y hasta mi cabeza, que a la entrega del poder supremo, el Libertador-presidente estaba obligado a ofrecer el sacrificio supremo.

Mientras impulsaban pronunciamientos similares en otras provincias, los bolivianos rodearon a Bolívar en Bogotá y acorralaron a los opositores. El veintisiete de agosto estuvo listo el decreto orgánico que normaba el gobierno omnímodo del Libertador y que iba mucho más lejos que el acta de los notables. Ya no hacía falta desconocer la disuelta Convención de Ocaña, pero para establecer los amplísimos poderes al presidente se imponía derogar, de hecho aunque sin manifiesto, la Constitución de Cúcuta, y, cómo no, abolir el cargo de vicepresidente de la república, que a Casandro, que así llamaban los bolivianos a Santander desde que oyeron ese mote en boca de Bolívar, no lo vamos a sacar de la silla, se caerá porque la silla no existirá más.

Quedaba así protocolizada la ruptura definitiva entre los dos hombres que diez años atrás, en el Casanare, habían fraguado la alianza sin par que había conseguido la independencia de la Nueva Granada, y que, a la cabeza el uno del Ejército Libertador y el otro de la administración en la capital, había posibilitado la liberación de Venezuela, de las provincias de Quito y Guayaquil, y del

virreinato del Perú. Estimulado tanto por las diferencias de opinión política como por los chismes y consejas de los allegados al uno y al otro, el distanciamiento —que ya llevaba más de un año— se había convertido en un abismo imposible de salvar, que no sólo los dividía sino al que juntos amenazaban con arrastrar a la nación.

No había manera de volver a los tiempos felices en que, aún en medio de recurrentes desacuerdos, Bolívar prodigaba a Santander los elogios más efusivos. El recién ungido Libertador-presidente no podía borrar lo que había dejado por escrito en una carta que Santander guardaba en un cajón de privilegio. Supongo a usted muy ocupado con su Congreso, le escribí desde Lima el nueve de febrero del año veinticinco, mientras el vicepresidente en funciones presidenciales lidiaba en Bogotá con las divisiones en el seno del poder legislativo. Cuanto más considero el gobierno de usted, le dije, tanto más me confirmo en la idea de que es el héroe de la administración americana, que es un prodigio que un gobierno flamante sea eminentemente libre, eminentemente correcto y, además, eminentemente fuerte, es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Y para rematar el párrafo, este gigante es usted.

A pesar de que no siempre concordaba con las decisiones que Santander tomaba en Bogotá, los términos de la carta eran su manera de agradecer al hombre que, juicioso administrador de la hacienda pública, había garantizado el flujo de recursos para que, después de Boyacá, culminara con éxito la tarea libertaria en las naciones vecinas. Cuando Bolívar escribió la carta, se cumplían dos meses exactos de la batalla de Ayacucho, que no sólo había asegurado la libertad del Perú, sino que, tras quince años de guerras, había sellado la derrota de las tropas del rey Fernando VII en un arco de costas y montañas que iba desde Arequipa, en el sur del Perú, hasta la desembocadura del Orinoco, y había dictado el acta de defunción del Imperio español, aquel donde, según las palabras de fray Francisco de Ugalde al rey Carlos I de España, nunca se ocultaba el sol.

El Libertador, que nunca lo había sido tanto ni de modo tan glorioso como en esos días, ni lo volvería a ser, dictaba en el día, desde la casona de La Magdalena, a las afueras de Lima, cartas con claras instrucciones a Caracas, Bogotá y Quito, y brindaba con champaña al anochecer en compañía de Manuelita y de sus más cercanos colaboradores, que esas tardes sucesivas no parecían suficiente para celebrar la victoria.

En el correo con parrafadas eufóricas que le dirigió a Santander aquel nueve

de febrero, también homenajeara a Sucre, honrado con el título de Mariscal de Ayacucho, que, con ellos dos, el Libertador se imaginaba a la cabeza de una sagrada trinidad. Es una gloria, le dijo al vicepresidente, que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas, agregó sin reservas, que si yo conociese la envidia los envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades, definió; usted, el hombre de las leyes, y Sucre, el hombre de la guerra, que ahí quedaba dibujaba la tríada.

* * *

Como en una mala pasada de esas que la memoria suele jugar a quienes han acumulado tantos recuerdos, durante aquel amanecer del veintiséis de septiembre del año veintiocho en la Plaza Mayor, mientras esperaba que apareciera Bolívar y fuera posible comprobar, sin margen de duda, que estaba vivo, Santander recordó que días atrás, cuando organizaba los baúles con sus archivos de documentos oficiales y casi una década de correspondencia acumulados en su despacho de vicepresidente en funciones presidenciales, releyó la carta del nueve de febrero del veinticinco y se llenó de nostalgia, amalaya sea lo que dirá la historia de nosotros, que por nuestra incapacidad para ponernos de acuerdo destruimos entre rencillas personales y bajas pasiones la república que habría podido ser.

—General, me da mucho gusto verlo —escuchó Santander que le decían e interrumpió sus cavilaciones.

—Almirante, usted aquí —respondió, sorprendido, cuando lo reconoció.

—Estos locos me liberaron pasada la medianoche, justo cuando se prendía la balacera —le explicó—, y pretendían que me pusiera al frente de las tropas...

Los vivas al Libertador y los gritos de muerte a los traidores interrumpieron la conversa entre Santander y el almirante José Prudencio Padilla, héroe de la naciente fuerza naval de la república, respetado por sus convicciones y querido por su humor afable y su lenguaje dicharachero, quien meses antes, en Cartagena, poco después de cumplir los cuarenta y cuatro años, había sido acusado por su enemigo de varios años, el caraqueño Mariano Montilla, de conspirar contra el Libertador. Montilla lo hizo detener y lo mandó a Bogotá, a donde llegó a fines de mayo para ser confinado en una habitación de una casa que colindaba de un lado con la brigada de artillería y del otro con el Batallón Vargas, dos calles al suroeste de la plaza.

En 1815, tras su destacada labor en el combate de Tolú, cuando al comando de la cañonera Concepción derrotó a la nave española Neptuno, fue felicitado por sus superiores y ascendido a alférez de fragata. El éxito de un moreno como Padilla, en quien los esclavos negros y los trabajadores pardos de la costa caribe habían puesto sus esperanzas de liberación, despertó los celos de muchos blancos de calidad en Cartagena, entre ellos del coronel Montilla, para entonces jefe militar de la ciudad amurallada. El coronel lo mandó arrestar bajo acusaciones de traición, pero en agosto del año quince, cuando Pablo Morillo puso sitio terrestre y naval a Cartagena, fue liberado para que ayudara en la defensa del puerto.

Padilla consiguió huir en una de las pocas goletas que rompieron el cerco naval tras ciento seis días de sitio, y llegó a finales del año a las costas haitianas, donde desembarcó con decenas de refugiados más. Bolívar, que se había exiliado en Jamaica, arribó a Haití con el firme propósito de organizar una expedición naval para hacer un nuevo intento de liberar a Venezuela. Patriota convencido y dispuesto a todo, Padilla se entusiasmó aún más cuando Bolívar pactó con el presidente de la República de Haití, Alexandre Sabès Pétion, el dirigente negro de la segunda nación de América en hacerse independiente después de Estados Unidos, que a cambio del apoyo del gobierno haitiano a la expedición, la primera medida, una vez que instalara su gobierno provisional en tierras venezolanas, sería decretar la libertad de los esclavos.

Bolívar no cumplió su palabra, sabedor de las implicaciones que semejante medida tendría en cuanto a perder el apoyo de cientos de hacendados criollos, hartos del gobierno colonial, pero con sus negocios afincados en el trabajo de los esclavos negros. A cambio, les ofreció la libertad si aceptaban unirse a su ejército y algunos hacendados accedieron a dejarlos ir, como un aporte al esfuerzo patriota. La expedición fracasó, pero cuando Bolívar hizo un nuevo intento y consolidó un gobierno provisional en Angostura, a orillas del Orinoco, cientos de esclavos libertos se alistaron en el ejército republicano.

El jefe supremo encontró en Padilla al oficial indicado para disciplinar y ejercer un influjo positivo entre los negros y pardos de la tropa, y la escuadra naval comandada por el riohachero resultó fundamental para el transporte de tropas y pertrechos por el Orinoco. Después del triunfo de Boyacá, su mando garantizó el éxito de la campaña en el valle del río Magdalena y en las costas de la provincia de Santa Marta, en 1820. En enero del año siguiente, Montilla y Padilla se volvieron a encontrar, pero esta vez como aliados, y el papel del primero al frente de las tropas terrestres, y del segundo al comando de la

escuadra naval, definió la liberación definitiva de Cartagena, que quedó sellada cuando después de meses de sitiar la plaza, que continuaba en manos realistas, la flota de Padilla entró a la bahía de las Ánimas y en un feroz combate, el veinticuatro de junio, en la noche de San Juan, rindió a los marinos de la corona a punta de cañonazos y sangrientos abordajes, y se hizo con sus armas y municiones y, lo más valioso de todo, con sus once buques de guerra.

Ascendido a vicealmirante, Padilla libró dos años después la serie de combates navales que liberó las costas venezolanas en torno al golfo y al lago de Maracaibo, que seguían en poder de la fuerza naval realista. Los buques de la flota comandada por Padilla desplegaron sus gaviotas y, a las dos y media de la tarde del ocho de mayo del año veintitrés, cruzaron el estrecho que separa el golfo del lago. Con dieciséis naves y cerca de mil doscientos hombres, Padilla hizo valer durante semanas su superioridad en buques, marinos y poder de fuego, y tras una serie de escaramuzas y combates menores, en la tarde del veinticuatro de julio libró la batalla definitiva que hundió a casi toda la flota española. El tres de agosto, el comando realista pidió pactar la rendición.

Padilla fue ascendido a almirante, condecorado y honrado con una pensión de tres mil pesos. Era menos de lo que recibían los comandantes blancos, y Padilla no dejó de notarlo. Fue elegido senador por la provincia de Cartagena, pero los blancos del puerto amurallado lo seguían tratando como inferior y solían negarle la entrada a los bailes de salón. En el año veinticuatro, Padilla publicó un panfleto que le trajo más hostilidades. Al respetable público de Cartagena, se titulaba el documento, en el que el almirante, héroe del lago de Maracaibo y senador, advertía, para que quedara bien claro, que la espada que empuñé contra el rey de España, esa espada con que he dado a la patria días de gloria, esa misma espada me sostendrá contra cualquiera que intente abatir a mi clase parda y degradar a mi persona.

Reelegido senador en el año veinticinco, Padilla insistió en sus planteamientos a favor de los pardos. Poco logró, salvo que algunos blancos de Cartagena lo acusaran de propiciar una guerra racial. Pero otras divisiones llamaban la atención del liderazgo republicano. Para el año veintisiete, el distanciamiento entre Bolívar y Santander generaba grietas en las provincias, y Cartagena no era la excepción. Montilla, alineado con el Libertador, aprovechó la ocasión para emprenderla de nuevo contra su viejo enemigo; amalgamó las arengas de Padilla en defensa de los pardos con supuestos anhelos conspirativos del almirante en contra de Bolívar, y lo detuvo y lo mandó preso a Bogotá; allí fue recluso en los cuarteles de donde los conjurados del veinticinco de

septiembre de 1828 lo sacaron para pedirle que asumiera el mando de la insurrección.

—Me negué de plano —le explicó en esa primera hora de la mañana del día veintiséis al general Santander, cuando se lo encontró en la plaza, terminados ya los combates que habían sacudido el centro de la capital esa madrugada, y mientras esperaban noticias ciertas sobre la suerte que había corrido el Libertador.

Santander no recordaba haber escuchado el nombre de Padilla entre los mencionados por su amigo Florentino González, el joven jurista graduado tres años atrás en el San Bartolomé, de mente agitada y decidido a la acción, que había tomado algunos cursos de economía en el Colegio del Rosario y escribía cada semana en las páginas de *El Conductor*, el diario liberal que dirigía Vicente Azuero. Abogado cervantino graduado en cánones en la Universidad de Santo Tomás, Azuero era cinco años mayor que Santander y, desde tiempos del Congreso de Cúcuta, el vicepresidente encontró en él un aliado político de especial valía, no sólo por su inteligencia sino por el periódico que editaba y que era muy leído, sobre todo por los jóvenes.

Además de publicar los escritos de González y de otros liberales que habían venido elevando el tono de sus críticas contra Bolívar y los bolivianos a medida que el Libertador adoptaba posturas más dictatoriales, Azuero era, por edad y dignidad, el orientador de los novicios que se estrenaban en la agitación política y un interlocutor frecuente de Santander. Al grupo se había unido el poeta Luis Vargas Tejada, de veintiséis años, autodidacta que aprendió lenguas clásicas y varios idiomas modernos, voraz lector de teatro griego y de literatura y filosofía de la Ilustración, y traductor riguroso. Vargas había escrito versos y obras de teatro, lo mismo dramas neoclásicos que melodramas de corte indigenista, y un ocurrente sainete, *Las convulsiones*, reconocido con los años como su obra mejor lograda.

Muy joven se interesó por la política y a los diecinueve años fue elegido secretario del Senado. Cercano a Santander, de quien fue asistente personal durante varios años, era tan liberal o más que González, y había convertido los versos, que componía con soltura y rapidez, en su principal arma de proselitismo político. La mañana en que quedó en evidencia que, por el abandono de los bolivianos, la Convención de Ocaña se había disuelto, con la punta de una daga Vargas Tejada, que había actuado como diputado, grabó al borde de un mesón de la sala de sesiones el epitafio de la asamblea.

*Yace aquí la convención del pueblo colombiano
que muere con honor después de actuar en vano,
su corazón vi herir con puñal asesino
por el mismo enemigo que a su recinto vino,
pero ¡renacerá!,
no pierdo la esperanza más grande y más ilustre...
... del día de la venganza.*

Y es que, desde aquellas fechas, los santanderistas estaban decididos a no limitar sus acciones a los artículos en *El Conductor*, *El Demócrata* y otras publicaciones. Meses antes de la fallida asamblea, sesionaba con frecuencia semanal una junta de observación, así bautizada por Santander y sus amigos porque buscaba estar alerta y hacer un seguimiento a la situación política que se tensaba día tras día, y de la que formaban parte González, Vargas Tejada y otros activos seguidores del vicepresidente. Cuando Bolívar regresó a la capital y comenzó a quedar en claro que asumiría facultades dictatoriales, los miembros de la junta, convencidos de la necesidad de actuar y ya no sólo de observar, comenzaron a discutir opciones, que todas están abiertas, nada podemos descartar o el tirano se va a llevar por delante lo que queda de libertad y lo que queda de república.

Temerosos por el espionaje que los oficiales cercanos a Bolívar habían desplegado en la ciudad, que las paredes oyen, señores, cuidado con la lengua, sobre todo si la relajan con vino o aguardiente, decidieron crear una organización que sirviera de sombrilla a sus deliberaciones, a la que llamaron Sociedad Filológica, la excusa perfecta para sus reuniones, que casi siempre ocurrían en la casa del poeta Vargas Tejada. Entre los jóvenes que de repente se habían sentido atraídos por la filología, la gramática y la estilística estaban, a más de González y del poeta, el abogado Ezequiel Rojas, nacido veinticinco años atrás en Miraflores, en las tierras de clima templado del piedemonte al suroriente de Tunja. De mente aguda y lengua veloz, el año anterior había obtenido su título en jurisprudencia, colaboraba con frecuencia en *El Conductor* y fue designado director de la Sociedad cuando quedó constituida, en mayo del año veintiocho.

Menos académico pero no menos fogoso era Wenceslao Zuláibar, un comerciante antioqueño de veinticuatro años a quien la deriva dictatorial del Libertador le despertaba rabiosos sentimientos. Solía discutir con Mariano Ospina Rodríguez, mucho más moderado a pesar de no haber cumplido los veintitrés años de su nacimiento en Guasca, en los valles al occidente de Bogotá.

Jurista como González y Rojas, Ospina era inteligente, reflexivo y difícil de convencer. Hacía las veces de abogado del diablo cuando la unanimidad se apoderaba del grupo y nadie parecía dispuesto a considerar puntos de vista diferentes de la diatriba contra Bolívar.

Menos ponderados eran los dos más jóvenes del grupo, el socorrano Pedro Celestino Azuero, de veintiún años, y Juan Miguel Acevedo, de apenas veinte, asistente ocasional a las juntas e hijo de José Acevedo y Gómez, el tribuno del veinte de julio del año diez, que salvó aquella jornada con su discurso al atardecer desde el balcón del cabildo, cuando la Plaza Mayor se desocupaba y nada parecía quedarles a los conspiradores criollos de la agitación de ese día. Acevedo y Gómez huyó de Santafé cuando Pablo Morillo instaló el terror en la capital del virreinato. Escapó con su hijo Pedro a las selvas del sur, y fueron acogidos por una colonia de cimarrones fugitivos, ellos también, pero de la esclavitud en las haciendas del valle del río Cauca, que habían instalado su comunidad de refugiados en la confluencia de los ríos Yarí y Caquetá.

El Tribuno del Pueblo, caracterizado así por la novel iconografía patriota, resistió mal el clima de la jungla, enfermó y murió en el año diecisiete, sin alcanzar a vivir en la república que había ayudado a forjar. Por ello mismo, su hijo Juan Miguel se sentía obligado a combatir al régimen de Bolívar, al que consideraba traidor de la causa que su padre había rescatado de la apatía cuando se apagaba el sol, y el fervor, del viernes de mercado del veinte de julio, dieciocho años atrás. Pero el joven Acevedo no vivía en Bogotá sino en Fusagasugá, dedicado a tareas agrícolas, y aunque algunas veces, cuando venía a la capital y se alojaba en casa de su primo, el poeta Vargas Tejada, participaba en las discusiones, sólo se involucró de manera formal bien entrado el mes de septiembre.

Mayor que los demás miembros del grupo, y más interesado en las tácticas y la acción contra la dictadura que en las discusiones filosóficas y políticas, era Agustín Horment, de veintinueve años, originario de Navarrenx, una población de los Pirineos occidentales en las tierras vascas francesas, quien había llegado al Nuevo Mundo en busca de aventuras y estaba decidido a encontrar una en las reuniones conspirativas de la Sociedad Filológica. Horment y Zuláibar vivían como pensionistas en la casa del doctor Juan Francisco Arganil, un extranjero que, con sus setenta años, rompía con la tendencia juvenil del grupo. Residente en la esquina del Cuartillo del Queso, en el barrio del Príncipe, al noreste de la catedral, Arganil se había unido a los conspiradores, si bien algunos de los más jóvenes desconfiaban de este extranjero que a veces se presentaba como

portugués y a veces como francés, y que aseguraba tener vínculos con los dirigentes limeños del gobierno peruano, que odiaban a Bolívar.

Horment también era conocido por sus conexiones con el extranjero. Se ufanaba de sus relaciones con la legación del gobierno de Estados Unidos en Bogotá, cuyos funcionarios se movían con tanta habilidad como discreción, pero mantenían una febril actividad por instrucciones del Departamento de Estado en Washington, prevenido contra Bolívar desde que el Libertador impulsara la realización, en 1826, del Congreso Anfictiónico en Panamá, con la idea, inspirada en la liga anfictiónica de la Grecia antigua, de crear una confederación entre los antiguos virreinos españoles, algo que el gobierno del presidente John Quincy Adams no terminaba de ver con buenos ojos.

Bolívar, quien por esos días intentaba gobernar al Perú, no quiso convocar a los estadounidenses al congreso de Panamá, pero tanto el vicepresidente Santander, a cargo del poder ejecutivo en Bogotá, como el gobierno de México, decidido colaborador del congreso, extendieron invitaciones a Washington. Con su desconfianza intacta, pero deseoso de saber de primera mano en qué paraba el asunto, Adams resolvió enviar a dos delegados. Sin embargo, no alcanzaron a llegar a Panamá, pues el primero de ellos, Richard C. Anderson, ministro plenipotenciario de Estados Unidos en Bogotá, murió de fiebre amarilla en Turbaco, antes de llegar a Cartagena para embarcarse hacia el istmo, y el otro, John Sergeant, arribó a Panamá en agosto, cuando el congreso ya había concluido.

—Que les digo, señores, que allá en Washington miran con inquietud el rumbo que Bolívar le está dando al gobierno —les explicó Horment a los demás filólogos, en una reunión en la casa de Arganil a fines de agosto.

—¿Y a ellos qué demonios les interesa lo que ocurra en estas tierras? —indagó el joven Ospina, haciendo gala de su conocido escepticismo.

—Son republicanos de verdad, liberales de verdad, y ven con malos ojos los atentados de la dictadura contra las libertades individuales en las que creen tanto como nosotros, al igual que los coqueteos cada vez más evidentes de Bolívar con los británicos —detalló Horment.

—Mmm —dijo Ospina por toda respuesta.

—Usted siempre tan escéptico —lo increpó Horment.

—Y usted tan lleno de certezas que a mí me llenan de dudas.

—Bonita frase...

—Gracias, don Agustín, aunque capto la ironía —ripostó Ospina—. Es que no me acabo de creer tanto liberalismo generoso de los amigos allá en Washington, y más bien me inclino a pensar en el pulso que mantienen con los británicos.

—Pregúntele entonces al general Santander —los retó Horment—, que él habla con frecuencia con el ministro de la legación.

El de Navarrenx guardó silencio, que bien sabía que sus verdades entrecortadas le otorgaban un cierto poder, aquel que deriva del misterio. Horment tenía razón en lo de las buenas relaciones de Santander con los legados de Washington, pues en sus años de presidente en funciones el vicepresidente conversaba con el coronel Charles S. Todd, quien llegó a Bogotá la noche de Navidad del año veintidós, como ministro plenipotenciario nombrado por el entonces presidente James Monroe. A fines del veintitrés, al coronel Todd lo reemplazó el exrepresentante a la Cámara por Kentucky, Richard C. Anderson, el mismo que tres años después moriría en Turbaco.

El presidente Adams había convertido en doctrina el principio expuesto en 1823 por su antecesor, James Monroe, en el sentido de que América debía ser para los americanos, un enunciado que lo mismo podía significar la solidaridad del norte con el centro y el sur del continente para resistir los intentos de reconquista que, como muchos comenzaban a verlo en los corredores del poder en Washington, implicar que nada debía ocurrir al sur del río Bravo que fuera en contra de los intereses de los estadounidenses, que se llaman a sí mismos, de modo más bien excluyente, americanos.

Anderson cenaba a menudo con Santander, y el vicepresidente se deleitaba con el afable verbo sureño del plenipotenciario que, empeñado en agradar al encargado del ejecutivo, se dirigía a él siempre como “Mister President”, y elogiaba lo mismo su gestión económica, cuidadosa en lo fiscal y libertaria en cuanto al comercio, que el desarrollo legislativo liberal que el gobierno de Bogotá impulsaba para la Constitución de Cúcuta. Para principios del año veinticuatro, cuando Bolívar se proclamó dictador del Perú como única vía para atajar las maniobras traicioneras de un sector del liderazgo limeño, Anderson le puso el tema a Santander, fingiendo una curiosidad que ocultaba mal su preocupación.

—El Libertador se ha visto obligado a tomar esas medidas —le explicó al plenipotenciario— para culminar la guerra por la independencia del Perú.

—Ay, Mister President, usted se muestra muy comprensivo, y eso a pesar del

enorme esfuerzo fiscal que su administración ha tenido que hacer para financiar el empeño militar del general Bolívar.

—Con todo respeto, no tengo que hacer mayor esfuerzo para comprender que sin la independencia del Perú nuestra propia libertad estará comprometida, que en las montañas de esa nación están las grandes riquezas que la corona español puede usar para invadirnos desde el sur si no los derrotamos de una vez por todas.

—Entiendo su prudencia, que lo enaltece, Mister President, pero no olvide que por largo tiempo ha sido la doctrina de los tiranos que las artes de la paz no son suficientes para llenar las ocupaciones del hombre.

—Señor ministro, recuerdo muy bien su discurso hace pocas semanas cuando presentó usted sus cartas credenciales, y créame que tengo presentes sus reflexiones sobre el gobierno de los hombres libres, que bajo los cielos son capaces de mandarse a sí mismos, y perdóneme usted si lo cito de manera inexacta.

—No, no, Mister President, lo hace de manera bastante precisa, y como veo que tomó usted nota de mi discurso, estoy seguro de que, más allá de su obligada elegancia para con el general Bolívar, entiende el fondo de mis inquietudes sin que yo deba excederme más en exponerlas.

Santander se limitó a sonreír. Se guardó sus opiniones tanto sobre los poderes dictatoriales asumidos por el Libertador en Lima, como sobre el doblez que ocultaba la postura del plenipotenciario, que yo no como cuento, le comentó por aquellos días el vicepresidente a Vargas Tejada, su secretario entonces, que este como buen sureño es amigo en Bogotá del gobierno liberal, mientras en Kentucky lo es de la esclavitud. Aun así, al vicepresidente le gustaban sus buenas relaciones con la legación, que mantuvo incluso después de la muerte de Anderson, lo que le daba pie a Agustín Horment para hablarles a sus amigos de la Sociedad Filológica de las conversaciones entre Santander y los estadounidenses, como si él supiera lo que ellos estaban obligados a suponer.

Con el paso de las semanas, a los de la Sociedad Filológica se les unieron el coronel Ramón Nonato Guerra y Casal, nacido treinta y un años atrás en Cali, en el valle del río Cauca, en el occidente del país, un aliado poderoso como que estaba a la cabeza del batallón de artillería de la capital y fungía como jefe de Estado Mayor de Cundinamarca. Tenía a su cargo el cuidado del parque de Bogotá, lo mismo una docena de cañones que su respectiva munición, resguardados en los cuarteles de la brigada de artillería, al sur de la Plaza Mayor,

al lado del otro batallón de la ciudad, el Vargas, afamada unidad de infantería, cuyos oficiales y soldados eran conocidos por su lealtad al Libertador.

El ayudante del coronel Guerra, el teniente Pedro Carujo, de veintisiete años, nacido en Barcelona, en el litoral oriental del Caribe venezolano, se involucró más que su jefe en las discusiones de la Sociedad Filológica y pronto se destacó en ellas como uno de los más radicales al lado del capitán Rudesindo Silva, artillero también, quien aseguraba llevar la voz del coronel Guerra, que él no puede acompañarnos, que es mejor no despertar sospechas, pero está con nosotros para todo lo que necesitemos. Pese a que Carujo era de menor rango que Silva, su voz empezó a pesar más porque solía argumentar de forma sagaz, con un razonamiento ordenado y preciso, que este no es ningún tonto, comentó una noche Vargas Tejada. Hablaba inglés y francés, y había estudiado cálculo y geometría en Bogotá, acabada la guerra de Independencia, bajo la tutela del monje franciscano Tomás Sánchez Mora.

De los días de la junta de observación, que ya sesionaba con frecuencia semanas antes de la reunión de la Convención de Ocaña, a la actividad de la Sociedad Filológica entre agosto y septiembre del año veintiocho, el principal cambio en el contenido de las discusiones tuvo que ver con el paso de la deliberación política pura a la combinación de esta con la acción revolucionaria. A ello contribuyó la presencia del capitán Silva y del teniente Carujo, en particular la oferta que estos oficiales hicieron de involucrar a otros uniformados en el complot, que ahora tenemos lo que nos faltaba, las armas, sin las cuales estábamos limitados a las tertulias, los artículos en *El Conductor* y los panfletos anónimos.

—Sin olvidar los versos del poeta —dijo Florentino González y hubo algunas risotadas.

Pero si bien en cuanto a la valoración de la situación política había consenso y todos, sin excepción, coincidían, en especial después de la disolución de la convención y del pronunciamiento de los notables capitalinos reunidos por el coronel Pedro Alcántara Herrán, en que Bolívar caminaba derecho hacia la dictadura, en cuanto a los pasos que se debían dar había grandes diferencias, que les aseguro que en algún momento tendrá el gobierno que convocar al Congreso, y ahí estaremos y los derrotaremos, como en Ocaña, pero qué dices, no aprendes nada de lo que nos ha pasado, si en Ocaña no pudimos derrotarlos porque cuando se vieron en minoría disolvieron la convención, que son unos embusteros, que lo suyo son las fullerías.

Con la incorporación de Silva y Carujo al grupo, y los mensajes que ellos traían de Guerra, la opción de planear y desarrollar un levantamiento armado dejó de ser una hipótesis lejana, que con el apoyo del batallón de artillería, comentó Vargas Tejada, una revolución triunfante nos queda, literalmente, a tiro. Pero ahí no acabaron los debates, pues, en caso de revolución, no estaba resuelto el asunto central de qué hacer con Bolívar, y mientras algunos hablaban de detenerlo y juzgarlo como traidor a la república, otros planteaban, de frente y sin tapujos, que no quedaba más que matarlo, que usted mismo, joven vate, le dijo una noche Carujo a Vargas Tejada, ya lo ha cantado así.

*Si a Bolívar la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos,
oliva de la paz símbolo hallamos.
Esto quiere decir que la cabeza
al tirano y los pies cortar debemos,
si es que una paz durable apeteceemos.*

Era cierto. Vargas Tejada había compuesto esos versos para alentar la conspiración, pero bastante trecho había entre unas rimas de improvisado vuelo épico y asesinar al hombre que, por mucho que se hubiese desviado del camino liberal, seguía siendo el Libertador y seguía contando con el cariño de una buena parte del pueblo en cuyo nombre los conjurados pretendían actuar, que una cosa es la licencia del poeta y otra la patente del homicida, que siempre podemos pensar, decía Ospina Rodríguez, que cortarle los pies al tirano es encarcelarlo e impedirle así que huya, y que hacer lo mismo con la cabeza habla de cortársela a la dictadura y no de separar la de Bolívar del resto de su humanidad.

A pesar de estas indefiniciones, y como en muchas ocasiones algunos de los conjurados, casi siempre los más radicales, montaban rancho aparte y debatían y tomaban decisiones sin contar con los demás, lo cierto es que la opción de matar a Bolívar fue tomando vuelo desde principios de agosto. No es sólo cuestión de salvar a la república sino de salvar el pellejo de quienes pensamos distinto al tirano, dijo una noche Pedro Celestino Azuero, que durante meses se han venido acumulando los atropellos, o vamos a esperar a correr la misma suerte de los directores de *El Liberal* del Zulia o de *El Colibrí* de Caracas, expatriados por sus escritos, o a ser expulsados como el padre Ayazo en Panamá, Lavignac en Cartagena o el señor Leidesdorf, el que actuaba como apoderado de los ingleses en los negocios del empréstito, que esto lleva muchos meses, recordó Florentino

González, acuérdense del ataque del coronel llanero, el tal José Bolívar, contra el doctor Vicente Azuero, que si no es porque el general Córdova pasaba por ahí lo muele a puntapiés, o de la amenaza látigo en mano que me hizo el coronel Ignacio Luque, el comandante del Vargas, a pleno día, en la primera calle del Comercio, que parece que lo del látigo les gusta a estos matones de uniforme.

Era la respuesta de los militares a los artículos de la prensa, que lo mismo criticaban al Libertador que a la oficialidad que le era fiel, en textos que en ocasiones se pasaban varios pueblos en su afán de descalificar a Bolívar y llamar a la revuelta. El exceso era signo de esos días y, a su vez, los militares abusaban con frecuencia de su rango y de su poder, si lo vemos a diario, amigos, sobre todo ahora que estos carajos sienten que al no haber Constitución ni ley como cuando gobernaba el general Santander, pueden hacer de esta patria y de sus malhadados habitantes lo que les venga en gana, que nos van a dar justicia, sí, justicia, pero por donde sabemos.

—Se lo vengo diciendo, señores, que ahora está bien claro —sentenció una noche Azuero, antes de apurar su aguardiente— que mientras haya libertadores no podrá haber libertad.

Para demostrarles a los opositores que el pueblo seguía del lado de Bolívar, el intendente Herrán, siempre dispuesto a agrandar al Libertador, organizó una corrida de toros en la Plaza Mayor, seguida de un desfile con ribetes de procesión en el que, en vez de alguna imagen del santoral, paseaban un inmenso retrato del presidente. Acompañaban el séquito algunos militares y miembros del cabildo capitalino, así como un puñado de funcionarios del régimen. Pocos transeúntes se sumaron al cortejo, y muy pocos se unieron a los vivas al hombre que había asumido plenos poderes al frente del Estado. Años después, Florentino González recordaría que esa tarde, mientras él observaba la lánguida marcha, se le acercó el general Córdova, extrañado por la escasa convocatoria alcanzada por el evento.

—Nadie grita un solo viva, amigo Florentino.

—General —le respondió González—, el pueblo tiene un catarro muy fuerte y sólo tiene pulmones para toser.

* * *

Una vez disuelta la Convención de Ocaña, el general Santander pasó algunas semanas de gira por las provincias, en particular las que podía visitar sin

desviarse mucho del camino hacia Bogotá. Llegó a la capital el veinticinco de agosto, dos días antes del decreto que atribuyó poderes dictatoriales a Bolívar y que desapareció el cargo de vicepresidente de un plumazo, que hay que reconocerles que han tenido la elegancia de no sacarme del cargo sino de sacar el cargo de la organización del gobierno, comentaba Santander con algo de sorna, aunque alguno triste debe haber entre los bolivianos, porque ganas sí le tenían varios a mi puesto.

González y algunos otros integrantes de la junta de observación solían visitarlo los fines de semana en la hacienda de Hatogrande, unas cuantas leguas al norte de la capital, a la vera del camino hacia Tunja, no muy lejos del poblado de Cajicá y protegida por los cerros que ciñen la sabana por el oriente. Diez años antes de la batalla del puente de Boyacá, el párroco de Cajicá, Pedro Martínez Bujanda, se la había comprado al ganadero Estanislao Gutiérrez. Bujanda era un realista furibundo que había combatido desde el púlpito a los patriotas y había entregado a algunos a los calabozos del terror de Pablo Morillo, gracias a la información que obtenía en el confesionario, que los enemigos del rey son enemigos de Dios y mal haría yo en protegerlos con el manto del secreto de arcano que envuelve la confesión sacramental.

En agosto del año diecinueve, apenas enterado de la victoria de Bolívar y Santander y del derrumbe del ejército de la corona, Bujanda abandonó la finca y huyó del país. Al asumir el poder, Hatogrande pasó a ser parte de los bienes confiscados por la naciente república y el Libertador quiso premiar al hombre que había formado el ejército en el Casanare, que no lo había dejado devolverse al pie de la cordillera, que había reconstruido en el altiplano los batallones perdidos en el paso de Pisba y que, con su vanguardia, había decidido la derrota definitiva de los realistas en el campo de Boyacá. En octubre, dos meses después del triunfo, acordó con Santander que Hatogrande le sería adjudicada y que, a cambio, el nuevo vicepresidente condonaría créditos que, por un monto total de veinte mil pesos, le había hecho al ejército patriota con fondos de su familia.

Para acercar la fecha de la adjudicación al triunfo de Boyacá, Bolívar le pidió a su mano derecha que preparase un decreto con fecha doce de septiembre, que formalizara la adjudicación, y que así nadie diga que fue un arreglo que hicimos después entre los dos cuando usted ya estaba a cargo de la administración. Santander se encariñó con la propiedad y pasaba allí los fines de semana y algunas temporadas de descanso, sin necesidad de alejarse más que unas pocas horas de la sede del ejecutivo, que a veces, sobre todo cuando no sesionaba el Congreso, se llevaba el papeleo y despachaba cerros de documentos durante la

mañana y la tarde, con la ilusión de saber que, al final de la jornada, podía cabalgar hasta el puente del Común y despejar la mente y el alma de los enredos y tribulaciones del gobierno.

Con los jóvenes de la junta de observación, el vicepresidente, que aún lo era en los primeros meses del año veintiocho, debatió la situación política, su distanciamiento de Bolívar y la forma como debían afrontar él y sus amigos la Convención de Ocaña. En ese entonces, a pesar del desprecio y en algunos casos la abominación que los más radicales expresaban hacia Bolívar, nadie en ese grupo hablaba de combatirlo por otra vía que no fuera la política, esperanzados como estaban los seguidores de Santander en que una alianza con los federalistas de varias provincias y departamentos, incluida Venezuela, pondría a los bolivianos en minoría a la hora de redactar la nueva Constitución.

Muy distinto era el ambiente, a fines de agosto, entre los contertulios de la Sociedad Filológica. Tras el decreto orgánico del día veintisiete, que los amigos del régimen bautizaron pronto como la nueva Ley Fundamental, Santander fue enterado del alcance que tenían ahora los planes conspirativos y de cómo una de las maquinaciones había estado a punto de concluir con el asesinato, a puñal limpio, del Libertador, apenas quince días atrás de la vuelta del Hombre de las Leyes a Bogotá, durante un baile de máscaras en el Coliseo, organizado por las autoridades de la ciudad para homenajear a Bolívar.

El Coliseo, que aún no era el solemne teatro que llegaría a ser décadas más tarde, ocupaba un edificio al frente de la entrada de la guardia y de las caballerías del Palacio de San Carlos, la residencia oficial del presidente de la república. La costumbre de celebrar allí bailes de máscaras y disfraces, que tanto había promovido a inicios del siglo doña Francisca Villanova, la dominante esposa del virrey Amar y Borbón, había sido retomada en tiempos republicanos y en aquel agitado agosto del año veintiocho cobró nuevos bríos, algo que los santanderistas no dejaron de notar, que ya vemos por dónde va la cosa, la república recupera el protocolo de los virreyes, como si en los años de la presidencia interina de Santander no hubiesen ocurrido los mismos festejos.

Asistí al baile en unión del general Córdova y de su primer edecán, el capitán Giraldo, recordaría treinta años más tarde Marcelo Tenorio, testigo de excepción de aquellos años, pues contaba con amigos tanto en el bando santanderista como en el boliviano. Íbamos acompañando a una familia que debía pasar la noche en el palco del presidente, relató Tenorio, así que después de haber paseado el patio un largo rato, la condujimos al palco y, desembarazados de aquel

comprometimiento, nos separamos. Tenorio vagó solo por el patio hasta que se cruzó con el comandante Carujo y ambos coincidieron en que tenían hambre, de modo que lo convidé, diría en sus memorias, al toledo que la señora Nicolasa Guevara, nuestra amiga, tenía en la plaza. En la cena, recordó Tenorio, estaba Carujo más taciturno y bebedor que de costumbre, y aun le advertí cierto embarazo en la conversación, como que quería decirme algo y no se resolvía.

—Hasta mañana —le dijo, de vuelta al teatro, al darle la mano—, pues quizás no nos volvamos a ver, al menos esta noche.

Hacia las once, Tenorio paseaba por los corredores altos y en la escalera se topó con un enmascarado. El hombre me detuvo con ademán de confianza y me llamó paisano, y yo tardé en reconocerlo, contaba Tenorio, pues iba vestido a la española antigua, haciendo el papel de viejo con un enorme coto, y como después de las primeras chocarrerías yo me amostazase, se acercó y me habló al oído.

—¿Acaso no me reconoce usted? —y se levantó la máscara—. Dentro de media hora morirá el tirano.

Tenorio no alcanzó a responderle, pues el sujeto se ajustó la careta y se mezcló con la multitud. Era un joven vigoroso y decidido, recordaría en su narración tres décadas después, y yo lo seguí apenas con la vista, pues quedé estupefacto y horrorizado, no precisamente por el hecho que se iba a ejecutar sino por las funestas consecuencias que produciría en aquel lugar, con una concurrencia tan numerosa, una respetable guardia y un jefe de Policía como el señor Ventura Ahumada, tan conocido por su carácter fuerte como por su adhesión a Bolívar, y debo decir que conocía entonces todo el poder de la opinión, y hasta dónde arrastra a la juventud ardiente e irreflexiva, y, recobrado de la sorpresa, corrí a buscar a Córdova, no para denunciarle lo ocurrido, porque primero me habría dejado despedazar que fallar a una confianza de amistad de aquella clase, sino para asegurarle que el general Bolívar peligraba en el Coliseo si no lo sacaba a todo trance, sin pérdida de tiempo, con cualquier pretexto, que Córdova tenía fe en mí y yo no dudaba que lo haría, pero no lo hallé.

Instantes después, en el colmo de la angustia, Tenorio recordaba haber escuchado que algunos decían que el Libertador había desaparecido. Y así era, pero no como resultado de una oportuna advertencia sobre el peligro que corría, sino porque mientras departía, relajado y sonriente, en medio del patio, con el coronel Fergusson, vio pasar a una mujer desgreñada, desaseada y muy mal vestida que deambulaba sin máscara, oronda y desafiante, con el rostro

ennegrecido de hollín.

—Dígame, coronel, ¿es ella? —le preguntó el presidente a Fergusson.

—Sí, mi general.

—Esto no se puede sufrir —respondió Bolívar, quien, con el rostro desencajado y el hueco en el estómago que le producían las agresiones de ella, se retiró del lugar sin despedirse.

Fergusson trató de seguirle el paso, pero era evidente que prefería estar a solas. Una vez en la calle, Córdova se le sumó a Bolívar, así como un par de guardias que lo escoltaron hasta la entrada del Palacio. Por el camino, el Libertador le contó el motivo de su precipitada salida, que todo esto es una tortura, ella está como loca, quién, general, pues quién será, Manuela, ella se opuso a que yo viniera al baile, y con qué argumento, general, con el de siempre, que me van a matar, que me van a matar, que hay una conspiración y que yo soy un irresponsable con mi vida, con ella y con la patria, la misma monserga de siempre.

—¿Y entonces? —indagó Córdova, que nada entendía.

—Pues como no le hice caso, no halló mejor manera de sacarme del Coliseo que presentarse así, con la cabellera sucia y en desorden, la cara mugrienta y la ropa de una loca de las calles, qué voy a hacer, Córdova, qué voy a hacer...

Bolívar no podía saber que, con su arrebato, Manuela Sáenz le había salvado la vida de una emboscada con puñales. Pero los jóvenes de la Sociedad Filológica lo tenían claro, que se presentó en esas fachas para evitar que pasara lo que estaba planeado, maldito mamarracho, dijo uno de ellos delante de Santander, la barragana esa, no contenta con amancebarse con el tirano y aprovechar la cama para instigar sus medidas más represivas, además le salva la vida, la muy puta, que el liberalismo les alcanzaba a los conspiradores para la política pero no para las mujeres. El Hombre de las Leyes evitaba sonreír ante los insultos que proferían sus discípulos hacia la quiteña que tantas demostraciones de odio hacia él había tenido, pero sobre todo estaba horrorizado con los planes de asesinar al Libertador y con las justificaciones que con tanta ligereza lanzaban los más jóvenes, que citaban a san Agustín y el supuesto derecho a desobedecer la ley injusta y a matar al tirano, que de eso se escuchaba bastante en las tertulias del grupo, donde algunos interpretaban al santo como más se acomodaba a sus deseos.

Florentino González lo visitó la noche del diez de septiembre, en la casa de don Salvador Camacho que Santander ocupaba de manera provisional, en

compañía de su criado, José Delfín Caballero, y que estaba en la calle de San Juan de Dios, un par de cuadras al noroeste de la Plaza Mayor. Había sido comisionado por sus compañeros de tertulia, en especial por Carujo, para informarle de lo que tramaban al hombre que todos, tanto civiles como militares comprometidos en los planes, consideraban su líder, e indagar sobre el papel que el general podía cumplir si el movimiento revolucionario tenía éxito.

No somos pocos, le dijo González, pues aparte de quienes creamos hace ya meses, y a instancias suyas, la junta de observación que usted bien conoce, se han unido algunos oficiales con mando en la artillería y entre cincuenta y sesenta hombres decentes, unos abogados, otros comerciantes, otros más oficiales retirados y también empleados civiles, así como un nutrido grupo de estudiantes. Hay un enorme descontento, continuó, con lo que establece el famoso decreto orgánico del día veintisiete, que no es más que la dictadura pura y dura, la tiranía hecha norma, y quienes así lo creemos y estamos dispuesto a luchar, a pasar a la acción, a impedir que el sueño de libertad que gracias a hombres como usted, pero sobre todo a usted, comenzamos a vivir tras la victoria en Boyacá, quede trunco por el deseo de una camarilla que desea convertir a su líder en emperador.

—Y yo —indagó Santander—, ¿para qué soy bueno?

—Pues quienes estamos comprometidos en esto y nos jugamos la vida por conseguirlo queremos saber si, en caso de que el movimiento tenga un resultado exitoso, y esto ocurriría a principios del mes entrante, usted estaría dispuesto a asumir las riendas del gobierno para restablecer el imperio de la Constitución de 1821 y restituir todas las cosas al estado en que se encontraban el treinta de abril del año veintiséis, antes de que José Antonio Páez iniciara la revuelta que descuajaringó las cosas.

—¿El mes entrante? No veo la premura, que primero hay que dejar madurar la manzana —respondió, críptico, Santander.

—No entiendo, general.

—Convencido estoy, no lo dude, Florentino, y sé que igual lo está la mayoría de las cabezas pensantes, que el gobierno que establece el decreto del veintisiete de agosto no es el que exigen los sacrificios de dieciocho años de guerra libertadora y construcción de cimientos para una república.

—¿Y entonces?

—Déjeme terminar, Florentino, que con usted todo son afanes —y tomó aire—. Sé también que la delicada situación que atraviesa la patria no será corregida con esa norma, que tal y como le dije una y mil veces al Libertador, la

Constitución de Cúcuta, que jamás debimos abandonar, contenía las previsiones para controlar el origen de la crisis, paliar sus efectos y dar solución a los conflictos y a las revueltas.

—Convendrá, general, en que urge actuar...

—Convengo en que algún día será necesario obrar a viva fuerza y derribar el edificio, pero ahí es donde le digo que es preciso dejar madurar la manzana; ¿no ve que algunas buenas gentes se han hecho ilusiones con los posibles efectos benéficos del decreto del veintisiete en cuanto a restablecer el orden y lo aconsejable es permitir que esas esperanzas se esfumen?

—Pero general, discúlpeme si resulto impertinente, es que si los dejamos seguir cada día será más difícil derribar el edificio.

—Hay algo más, Florentino.

—Ojalá, general, que lo que he oído no me basta.

—Escúcheme con atención.

—Siempre lo hago, general.

—Yo estimo mucho mi buena fama y mi reputación, labrada con años y años de sacrificios, y no pienso sacrificar todo eso para que mañana se diga que aquí hubo una revolución porque yo quería apoderarme del gobierno y tiranizar a Colombia.

—Pero si es así, ¿en qué quedamos? ¿Desbaratamos los planes?

—Sólo dejen madurar la manzana.

—O sea que, al menos por ahora, no acepta lo que, en nombre de mis compañeros, he venido a ofrecerle...

—Lo que quiero que quede bien clarito, óigame bien, es que siempre me opondré a que haya una revolución mientras yo me encuentre en territorio colombiano —sentenció y miró a González a los ojos antes de darse vuelta, comenzar a caminar por el salón y proseguir—. Como usted bien sabe, yo debo irme dentro de poco para Estados Unidos, y cuando haya dejado las costas de Colombia y mis pies ya no pisen el territorio de la república, ustedes podrán obrar de la manera que dicen.

—Y entre sus planes, general, ¿contemplanía regresar si nuestro movimiento alcanzara sus objetivos?

—Puede decirles a sus amigos —y adoptó el tono de quien dicta un memorial— que yo estaré pronto, en cualquier tiempo, a restituirme al seno de la patria si el gobierno que se establece me llama, y a servirla en lo que se quiera, si

es que el pueblo creyese entonces necesarios mis servicios.

—O sea —respondió González, con un dejo de ironía—, que la manzana no puede madurar mientras usted esté en la patria.

—Usted es hombre de pensamiento ágil, Florentino, no se me haga el tonto ni me embarulle, que esto es muy delicado.

—Pero entonces, general, explíqueme bien...

—Cuando hablo de la manzana me refiero a que el pueblo está agobiado por una larga serie de padecimientos y espera el remedio, y algunos se han hecho la ilusión de que ese remedio lo traerá el gobierno que les ha prometido el Libertador.

—Pero es que no traerá remedio alguno...

—Por eso mismo le digo, dejemos madurar la manzana, dejemos que dicten los primeros decretos, en particular el de las contribuciones, y entonces, cuando la gente vea que no ha conseguido aquello a lo que tenía derecho, el descontento brillará y habrá llegado el instante en que pueda efectuarse con suceso una reacción como la que ustedes proponen, que pueda darle a Colombia instituciones liberales y de verdad benéficas.

—Y nada de eso ocurrirá mientras usted esté en territorio patrio...

—No pienso tardarme mucho por acá, Florentino, y menos con lo que me cuenta. Es cosa de ajustar algunos asuntos de mis negocios personales y saldré como alma que lleva el diablo para Estados Unidos.

—Me confunde usted un poco...

—¿Acaso no ve que cualquier golpe ahora sería aventurado? Lo sería, Florentino, lo sería, porque los pueblos tendrían derecho a decir que mal hacen en rebelarse contra un gobierno que aún no conocen, que aún no dicta sus primeras normas y cuyo influjo, bueno o malo, sobre la suerte de Colombia, no han sentido aún. Y hay otro asunto por considerar...

—Lo escucho, general, que mi mente todavía no se convence...

—Ni usted ni sus amigos ignoran que por los hechos heroicos, por las acciones gloriosas y por la conducta liberal que en algún tiempo distinguió al Libertador, este individuo se ha atraído los corazones, y esto es muy importante, de los jefes del ejército, a quienes repetidas veces condujo a la victoria, y estos hombres, demasiado acostumbrados a obedecerle y poco amigos de reflexionar, estarán siempre dispuestos a sostenerlo en sus pretensiones, a pesar del voto del pueblo y de la justicia de la causa.

—Nada hay que podamos hacer, es lo que concluyo, general.

—Sí hay algo que se puede hacer, Florentino: aguardar a que algunos de esos jefes se desengañen, y para ello es necesario escribir a ciertos amigos en los departamentos, algo en lo que yo, que quede bien clarito, no me mezclaré, porque ya le he dicho que por nada del mundo quiero que en ningún tiempo se diga que yo he hecho esta revolución para suplantar al general Bolívar.

—Y escribirles qué cosa, ¿que esperen a que madure la manzana?

—El coronel Guerra —respondió Santander sin recoger el guante de la ironía — puede escribirles a varios jefes que tiene conocidos en el sur, como José María Obando y José Hilario López en Pasto y Popayán, respectivamente, y el teniente Carujo a varios amigos suyos en Maturín, y pueden ustedes y todos los que se hallan iniciados hacer lo que crean conveniente para el logro de la empresa, como que son los que van a ejecutarla, pues como ya lo tengo protestado, me marché muy pronto para Estados Unidos y no he de presenciar los sucesos ni tomar parte alguna en ellos.

—General, este asunto ya está en marcha y no sé si sea posible demorarlo...

—Pues en ese caso diga usted a estos señores que si, como dicen, piensan obrar a principios del mes entrante, primera semana de octubre, según entiendo, yo haré cuanto esté de mi parte para que la revolución se frustre porque, le repito, no quiero perder en un día la reputación y la gloria que he adquirido en dieciocho años de trabajos y sacrificios.

—¿General, ¿puedo preguntarle entonces qué debemos hacer mientras la manzana madura?

—Dícales a esos señores que por ahora se limiten a preparar a la opinión y a tratar por este medio de que el movimiento sea general, y esto en caso de que el Libertador no vuelva sobre sus pasos, porque nunca se debe derramar la sangre de los hombres si esto no cede en provecho de los pueblos. Hácales ver que las revoluciones no deben tener por objeto matar, que la sangre de un magistrado no debe hacerse correr sino cuando de aquí resulta la felicidad nacional.

—Pero es que mis amigos creen que si el tirano muere, resultará la felicidad nacional...

—Pues se equivocan, lo que resultará es la guerra civil, pero si no consigue convencerlos, al menos dícales que mientras yo esté en Colombia me opondré a su proyecto, aunque lo crea justo, y que no me pondré a la cabeza del gobierno si lo llevan a cabo a inicios del mes entrante. ¿Queda claro, Florentino?

—Como agua de manantial, general.

* * *

El diecisiete de septiembre, tras un breve intercambio de razones con el Libertador por intermedio de uno de los pocos amigos comunes que les quedaban, Francisco de Paula Santander aceptó de manera formal, que era el trámite que faltaba, su designación como jefe de la legación de la República de Colombia ante el gobierno de Estados Unidos, con sede en Washington. Era una buena salida tanto para él como para Bolívar, que sabía que así no sólo lo alejaría de la capital y de las conspiraciones que allí se tejían, sino que Santander haría una buena gestión como representante de los intereses del país ante la administración de John Quincy Adams y de quien lo sucediera en el cargo el año siguiente.

La víspera de su aceptación del nombramiento, Santander había regresado del cantón de Cáqueza, al sur de la capital, hacia donde partió al día siguiente de la visita de Florentino González, de modo que no sabía si sus argumentos habían logrado persuadir a los de la Sociedad Filológica de detener sus planes. La mañana del diecisiete se reunió con el poeta Luis Vargas Tejada, a quien había decidido llevarse como secretario personal a la legación en Washington, y también con González, y les preguntó en qué andaban las cosas. Ambos le dejaron la impresión de que los planes se habían enfriado y eso tranquilizó a Santander, aún más cuando el dieciocho cabalgó hasta Soacha, en el sur de la sabana, en compañía de González y ni siquiera hablaron del tema, como si el asunto hubiese quedado olvidado.

Pero no era así. La misma noche del diez, una vez terminada su visita a Santander, Florentino González dio una larga caminata por las calles cercanas a la catedral, durante la cual repasó una y otra vez en la mente la charla que acababa de sostener. Al atravesar la Plaza Mayor, pensó en tomarse un aguardiente en la Fonda de las Paisanas, y allí encontró a Carujo, que ya llevaba varios entre pecho y espalda. Le contó de su conversación de apenas un rato antes, y pronto notó en el rostro del teniente de artillería una mueca de desagrado.

—Pues con el general Santander o sin él, obraremos —respondió Carujo, sin cuidar mucho el tono de voz, lo que no dejó de inquietar a González—, porque esta revolución no se hará por él sino por los principios republicanos, y si él no está dispuesto, no faltará el hombre que los defienda y sostenga y que para ello

asuma las riendas del gobierno.

—Vale, vale, Carujo, pero baje usted la voz —lo cortó González.

Los debates entre los conjurados continuaron, aunque ya poco se reunían todos al tiempo y preferían conversar en grupos separados, para no despertar más sospechas. Convencido de la necesidad de seguir adelante con el proyecto, Carujo quiso hacer un último intento por persuadir a Santander y lo visitó a los pocos días del regreso del general de su visita a Cáqueza, en la casa de la calle San Juan de Dios. Sin ahondar en los argumentos, que el Hombre de las Leyes no tenía con él mayor confianza, le repitió lo que le había dicho a González.

—Mi general, perdóneme usted pero es que esto está en marcha y nada puede detenerlo.

—Pues sepa bien que lo repruebo de la manera más vehemente.

—Es mi deber informarle, mi general, que el presidente estará este domingo en Soacha, y que como entre nuestros amigos hay algunos muy tenaces y no aceptan sus razones, todo está preparado para que en ese paseo dispongan de su vida.

—¡Qué me dice, Carujo! —le gritó—. Terminemos de una vez esta conversación y corra usted a detenerlos, júreme ahora mismo que sale de mi casa directo a decirles que paren esta locura, ¡Es una orden!

—Como mande, mi general —respondió Carujo y se cuadró en posición de firmes.

—Vaya a impedirlo sin demora, prométame que lo hará por Dios nuestro Señor.

El teniente Carujo dijo sí, mi general, y le dio su palabra de que atajaría el atentado. Todo indicaba que así lo había hecho, pues el domingo veintiuno el Libertador-presidente fue y volvió de Soacha sin novedad. Santander lo supo esa misma noche y, después de varios días de desvelos, pudo dormir tranquilo.

CAPÍTULO V

TRAICIÓN GUSTA, TRAIADOR NUNCA

—Será de Dios —se dijo, suspiró y cerró el arcón con los documentos que había clasificado esa tarde.

El lunes veintidós de septiembre de 1828, el general Francisco de Paula Santander continuó con los preparativos de su viaje a Washington, donde debía asumir como jefe de la legación de la República de Colombia, un exilio dorado, le decían algunos, y cuanto más pronto mejor, que por eso había dejado todo resuelto con el secretario de Relaciones Exteriores, Estanislao Vergara Sanz de Santamaría, muy amable y siempre eficiente. A estas alturas, era ya lo único en que podía ponerse de acuerdo con Simón Bolívar, que desde el aparatoso título de Libertador-presidente deseaba tener lo más lejos posible a Santander, casi tanto como este ansiaba alejarse de la patria que juntos se las habían arreglado para fundar.

Además de ordenar y archivar los papeles que guardaban las claves de nueve años al frente de la administración de la nación, que aquí están las armas para cualquier batalla política o legal que me quieran plantear mis enemigos, puso al día las cuentas de sus propiedades, otorgó poderes para el manejo de sus negocios y conversó con el poeta Luis Vargas Tejada. Estaba previsto que el joven bardo, que había trabajado durante años a su lado, viajara con él a Estados Unidos para asumir como su secretario privado en la legación, que alejar a ese joven de Colombia, pensaba Santander, era hacerle el inmenso favor de apartarlo de la aventura sin rumbo a que lo arrastraban a él, a Florentino González y a otros fogosos seguidores del desbancado vicepresidente, los disparatados planes de Carujo y sus asociados.

Aunque no quería saber mucho, y así se lo había dado a entender a Vargas Tejada un rato antes, Santander no pudo evitar preguntarle cómo iban las cosas, y el poeta supo enseguida a qué se refería, que parece, general, que las cosas, como usted las llama, se han enfriado, que no me diga eso, Luis, le respondió, que la última vez que el amigo Florentino me dijo lo mismo, resulta que Carujo

y los suyos iban a matar al Libertador en Soacha y si no es porque le doy una orden perentoria, quién sabe en qué atolladeros andaríamos ahora, porque le recuerdo que ayer mismo planeaban despachar al general Bolívar al otro mundo.

—Si quiere que nos marchemos antes de que pase cualquier cosa —se sinceró Vargas Tejada—, tenemos que salir de la capital en unos pocos días y embarcarnos en Cartagena rumbo a Estados Unidos antes del veintiocho de octubre.

—¿Y qué pasa el veintiocho? —inquirió Santander.

—Es el día de San Simón Apóstol, onomástico del general Bolívar, y están previstas grandes fiestas, y dicen aquellos que la oportunidad es propicia.

—¿Propicia para qué?

—General, usted mismo me dijo que no quería enterarse mucho —lo cortó el poeta—. Más bien apure sus asuntos, váyase a Fucha un par de días y despídase de Nicolasa como mandan los cánones del amor y como lo obligan sus deberes de caballero, que vaya usted a saber cuándo tendrá ocasión de verla de nuevo.

Santander guardó silencio ante la impertinencia del joven, que sus exabruptos no eran nada nuevo, pues, por alguna razón indescifrable, Vargas Tejada tenía licencia para meter el cucharón en sus asuntos más íntimos sin que él pudiese molestarse. Aunque en sus primeros meses como vicepresidente en funciones presidenciales, a inicios de la década, se esforzó por ser discreto y trató de mantener su romance lejos de las lenguas de las comadres, lo cierto es que en la capital todo el mundo supo muy pronto de su romance con Nicolasa Ibáñez Arias, la espigada ocañera de tez blanca y mirada cautivante que, ya en la treintena, conservaba, incluso en mejor, la belleza que sabía lucir en el año quince cuando Santander, entonces comandante patriota en los valles de Cúcuta, puso los ojos en ella.

Bolívar también se había fijado en la joven dos años atrás, cuando, tras derrotar a los realistas en el valle del Magdalena, se instaló en la casa de los Ibáñez en Ocaña y ella, que notó el interés, lo aprovechó para pedirle que dejaran libre a su prometido, Antonio José Caro, un funcionario colonial capturado por los patriotas cuando viajaba de Santa Marta, donde desempeñaba sus funciones, a Ocaña, para casarse con Nicolasa. Bolívar ordenó su libertad y apadrinó la boda, pero ni siquiera el enlace sirvió para acallar los comadreos que se deleitaban con las miradas cruzadas y los coqueteos que nunca cesaron entre el general y la muchacha.

Cuando Santander se apareció por Ocaña en el año quince, Caro había vuelto

a su trabajo en Santa Marta y Nicolasa, a quien el matrimonio no le había apagado las ansias, se dejó arrastrar el ala por el oficial patriota, que no había duda del hechizo que los uniformes causaban en la joven esposa. El asunto nunca pasó a mayores, pero Santander cayó prendado de una pasión platónica, algo raro en él, acostumbrado en esos asuntos a pasar siempre a las manos, y entre él y Nicolasa quedó una cuenta pendiente. A principios de la década de los veinte, ya como vicepresidente a cargo del poder ejecutivo, Santander se reencontró con ella en la capital, pues doña Manuela Arias de Ibáñez y sus hijas se habían instalado en Bogotá para escapar de los avatares de la guerra. Nicolasa tuvo tres hijos con Caro, realista convencido, quien salió del país tras la victoria patriota para volver en el año veintisiete, enfermo y ciego, y quedar postrado en una cama.

Ajena a los convencionalismos y con total desprecio por las habladurías, Nicolasa dio rienda suelta a su pasión por Santander, quien se entregó a ella como lo había querido desde los tiempos de Ocaña, y se hizo cargo de que a su familia nada le faltara. Aparte de Hatogrande, el vicepresidente había recibido como pago por sus servicios en la guerra la hacienda Santa Catalina, a orillas del río Fucha, que cedió a Nicolasa, a quien, además, otorgó una participación en la explotación de las minas de sal de Zipaquirá y a la que le financió el montaje de un almacén de miscelánea, que hija mía, yo no he visto un romance más rentable que el de esta desvergonzada con el señor vicepresidente.

Esta vez no hubo mayor conflicto con Bolívar, quien desde que conoció a Bernardina, en medio de los festejos que siguieron a la derrota realista en el puente de Boyacá, centró su interés en la más pequeña de las hermanas Ibáñez, diez años menor que Nicolasa. Pero entre las ausencias de Bolívar por la continuación de la guerra en Venezuela, Guayaquil, Quito y, más tarde, en el Perú, y el amor que Bernardina sentía por el coronel patriota Ambrosio Plaza, el romance entre el Libertador y la menor de las Ibáñez nunca llegó a florecer más allá de la fugaz primavera que lo vio nacer cuando Bolívar se instaló por unas pocas semanas en Bogotá, tras derrotar a los realistas. En aquellos días, todas las noches se celebraba un baile, y cuando, por vía de excepción, no lo había, el Libertador remataba la jornada con una visita a la casa de las Ibáñez para rondar a la niña de sus ojos.

Bolívar le continuó escribiendo cortas pero apasionadas cartas durante muchos meses, melindrosa y más que melindrosa y bella Bernardina, le decía, lo que puede el amor, no pienso más que en ti... Adiós, y se despedía, tu enamorado. Pero en el alma de la joven ocañera anidó un resentimiento, pues

Bolívar nunca dio su aprobación, que la joven pidió por medio de una carta de Santander al Libertador, para que se casara con el coronel Plaza, quien, el veinticinco de junio del año veintiuno, en una de las embestidas patriotas de la batalla de Carabobo, entregó su vida a la gesta republicana y se fue de este mundo sin haber pasado por el altar con su adorada Bernardina.

Para 1828, tanto Nicolasa como Bernardina habían tomado partido por Santander en su distanciamiento del Libertador, e incluso algunas de las reuniones del vicepresidente con los jóvenes de la junta de observación, previas a la fallida Convención de Ocaña, ocurrieron en la hacienda a orillas del Fucha, rodeados los asistentes de las atenciones de las agraciadas hermanas. Así conoció Bernardina a Florentino González, quien años más tarde se convertiría en su esposo, después de que ella viviese un tormentoso amorío con Miguel Saturnino Uribe, del que nacería una niña, que Bernardina, al igual que su hermana mayor, había decidido que los nuevos tiempos de la libertad de Colombia eran también propicios para la emancipación de las mujeres que estuviesen dispuestas a asumir las riendas de su destino.

No importaba si, como le ocurría a Nicolasa, esas riendas la ataban a un hombre, y no sólo entre las sábanas, de modo que entre sus preparativos de viaje a Washington, en septiembre del veintiocho, Santander estaba obligado a incluir una serie de provisiones para que a Nicolasa nada le faltase en su ausencia. Quizás el poeta Vargas Tejada tenía razón y, ante las incertidumbres que planteaba el futuro, lo más aconsejable era pasar el fin de semana siguiente en Fucha en compañía de Nicolasa, cosa de decirle adiós como lo ameritaba ese idilio que ya llevaba nueve años y había escandalizado tanto a los partidarios de Bolívar como el del Libertador con Manuela Sáenz lo había hecho con los seguidores de Santander, que en ese terreno ninguno de los bandos era de verdad liberal.

* * *

El miércoles veinticuatro de septiembre, tres días después de la charla de Santander con el poeta Vargas Tejada, Benedicto Triana, capitán de la sexta compañía del Batallón Cauca, quien por faltas a la disciplina había sido trasladado dos años atrás a Bogotá para su confinamiento en el cuartel de artillería, dejó sus habitaciones después de caer la noche, saludó en el patio al oficial de guardia y abandonó la instalación militar para disfrutar de una de las salidas que, con frecuencia, le eran permitidas. Solía reunirse con unos

conocidos, militares también, que sostenían que habían creado una logia masónica, algunos de los cuales, entre ellos Triana, tenían vínculos estrechos con integrantes de la Sociedad Filológica y, como ellos, se pasaban las horas ideando conspiraciones contra el Libertador.

Terminada su junta, el capitán Triana, que a los cuarenta y un años trataba de conservarse en alcohol, decidió pasarse por la Fonda de las Paisanas, donde, mientras discutía con otros comensales, picó las sobras de un puchero y se tomó varios aguardientes, que afán no tenía, pues su permiso expiraba a la medianoche. Hacia las once, con la panza llena y la sangre recalentada por los tragos, apareció de vuelta por los patios del cuartel. Le costaba caminar recto y traía la lengua desbocada. Conversó con los guardias, bebió un poco más con dos oficiales que regresaban de jugar a la ruleta en San Victorino y, camino a su habitación, se animó a hacerle visita al subteniente Francisco Salazar.

—Vengo de la logia donde me protegen todos, Salazar —le dijo, y el tufo de aguardiente invadió el pequeño y mal ventilado cuarto—. Hemos de joder a ese viejo Bolívar que ha dado en tirano...

Salazar lo miró con molestia, y cuando le iba sugerir que se fuera a dormir la mona a su lugar de reclusión, Triana retomó la palabra.

—He adelantado mucho con los del Vargas y todos son muchachos decentes, que con cuatro hombres que me den les meto patadas a doscientos; ¿no sabe usted que soy masón?

—Yo no entiendo nada de eso, pero sepa que también tengo paisanos que me protegen —le respondió Salazar, que no quería parecer débil, y que supuso que Triana mentía o cuando menos exageraba, pues los del Vargas eran conocidos por su lealtad al Libertador—. Más bien regrésese usted al Cauca, pida una dispensa que su pena está casi cumplida, que como no se vaya pronto, ya verá cómo le va.

—Mire, Salazar, yo vine a contarle porque le tenía aprecio, pero ahora veo cómo es la cosa —hizo una pausa—. Si usted me llega a denunciar, en esta misma cama le meto una puñalada.

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, recordó Salazar que repetía su madre, y se tomó en serio la amenaza. Abandonó la pequeña estancia y pasó la noche en vela, asustado, en otra habitación del batallón, que no pudo dejar esto así porque en la próxima jumerá me taja los intestinos. A la mañana siguiente, pidió permiso para salir del cuartel y se presentó en el Palacio de San Carlos, en el despacho del Libertador, a quien admiraba y a cuyas órdenes había

combatido antes de pedir su baja del ejército, que acababan de confirmarle y que se haría efectiva en unos pocos días. Bolívar lo conocía y le tenía aprecio. Escuchó el relato del subteniente y esta vez, a diferencia de las varias anteriores en que vinieron a hablarle de conspiraciones, decidió tomar medidas, que a Salazar yo le creo, no es de esos que vienen con necesidades.

Le pidió a su secretario que citara al jefe del Estado Mayor de Cundinamarca, el coronel Ramón Nonato Guerra, para encargarle una investigación, que insisto en que esto no huele bien y ya va siendo hora de tomar previsiones. El presidente no podía saber que con ello, en vez de atajar el complot, como había de asegurarle esa noche a Manuelita, lo que había conseguido era espolear la bestia de la conjura.

El coronel Guerra ordenó confinar al capitán Triana en un calabozo del Batallón de Artillería, en un cuartucho maloliente, oscuro y estrecho, y lo cargó de grilletes, que por nada del mundo se vaya a escapar, que les va la vida en ello, conminó a los guardias, y pensó que aislado y sin anisado se estará más calladito este zopenco. Pero no fue lo único que hizo, que hay que avisarles a todos por Dios nuestro Señor y por la Santísima Virgen. Mandó al capitán Rudesindo Silva a buscar al comandante Carujo y reunido con ambos les contó lo sucedido.

—Maldito Triana, eso nos pasa por confiar en beodos —comentó Silva—. ¿Y ahora qué camino cogemos?

—Pues corran ustedes y cuéntenles a los amigos —y el coronel Guerra se quedó pensando antes de lanzar su recomendación—. Yo creo que lo único que hay que hacer es huir hacia adelante.

—¿Es decir? —preguntó Carujo.

—Pues acelerar las cosas...

—¿Para cuándo?

—Cuanto antes, Carujo; hoy mismo, si es posible. Una vez que empiecen a interrogar al bocazas de Triana, nos llegarán fácil a todos.

Carujo corrió la voz y la alarma se regó por toda la red de integrantes de la Sociedad Filológica. Pasadas las siete y media de la noche, a la casa del poeta Vargas Tejada comenzaron a llegar los convidados de tantas veladas en los meses precedentes. Carujo y Silva fueron los primeros en golpear el aldabón, y luego vinieron los demás: Florentino González y Ezequiel Rojas, que tanto liderazgo ejercían; Agustín Horment y Wenceslao Zuláibar, que llegaron juntos, y enseguida, uno por uno, Mariano Ospina Rodríguez, Pedro Celestino Azuero, el capitán venezolano Emigdio Briceño, Juan Miguel Acevedo y Tejada y José

Ignacio López, un teniente venezolano dicharachero y grandote, más conocido como Lopótez. Los últimos fueron el capitán retirado Joaquín Acevedo y el capitán activo Rafael Mendoza, ambos bogotanos; el teniente Juan Hinestroza, bogotano también, y el subteniente Teodoro Galindo, veleño.

—Es ahora o nunca, mes amis, le jour de gloire est arrivé —les dijo Carujo tras detallarles lo ocurrido con el capitán Triana y haciendo gala del francés que conocía desde niño, que al comandante le gustaba demostrar que él era más que su uniforme.

—Pero ¿acaso no habíamos quedado en esperar unas semanas y afinar el plan militar? —intervino Ospina.

—Por lo que entiendo, Mariano —le respondió Vargas Tejada—, no hay tiempo de afinar, nos toca dar el concierto así como están las cuerdas.

—Y si alguno desafina, el proyecto entero se va al cuerno y a todos nos van a poner a tocar pero frente al pelotón de fusilamiento —insistió Ospina.

—Ante el pelotón estaremos si no actuamos esta misma noche, que el que ya empezó a cantar es el capitán Triana y su tonada acabará por vendernos a todos —argumentó Carujo.

—Habrá entonces que afinar sobre la marcha, un poco improvisado como en ciertos fandangos —concluyó Florentino González, que hasta entonces había guardado silencio.

—Si hemos de actuar esta noche, urge avisarle al general Santander —propuso Vargas Tejada.

—Él ha dejado bien claro que no quiere compromisos —se atravesó Carujo.

—Avisarle no es comprometerlo —repuso Vargas.

—Avisarle es invitarlo a que nos detenga —respondió Carujo—, como ya lo hizo cuando estaba listo lo de Soacha.

Mientras repasaban los detalles del plan, Vargas Tejada repartió aguardiente y, como si se tratara de un ritual que los hermanase, todos bebieron del mismo cuenco. Cuando el más joven, Juan Miguel Acevedo, que aún no cumplía los veinte años, lo tomó, le temblaban las manos. No había participado en preparativo alguno, pues no vivía en la capital y sólo unas pocas veces había asistido a las reuniones de la junta de observación. Llegó el veintitrés, apenas dos días antes, de paso para Fusagasugá, y de manera casual, durante una visita a las niñas Mendoza, se enteró de los planes concretos que cocinaban el poeta Luis, su primo por parte de madre, y sus amigos.

—¿Usted habrá venido a la revolución que le van a hacer al Libertador? —preguntó la más chica, que así de mal guardaban el secreto los del círculo de filólogos.

—Cómo así, ¿van a revolucionarse contra el dictador? —preguntó Acevedo.

—No nos crea tan tontas, que no puede usted haber venido a casa de su primo y no saber nada, si en esa casa se tienen siempre las juntas preparativas del golpe...

—Señorita —contestó Acevedo, en tono digno para enmascarar el susto—, yo no sé nada de revoluciones y a ustedes les ruego que guarden silencio.

Salió en volandas para la casa de Vargas Tejada y se quejó ante su tía Luisa de que su primo Luis no lo hubiese enterado, que lo saben las Mendoza y yorando en Babia, es que acaso no soy de confiar, que yo sí sé guardar un secreto y es evidente que algunos otros no.

—No te metas en esto —replicó la tía Luisa—, que tú estás muy muchacho.

—Pero si voy a cumplir los veinte...

—Uy, sí, todo un vejete.

—Nunca, tía, está uno demasiado joven para hacer lo que es justo.

Cuando el poeta Vargas llegó a su casa, escuchó con una sonrisa el reclamo de su primo Juan Miguel, que perdóneme que me olvido que los años pasan y ya no eres un crío. Acordaron que el viaje a Fusagasugá quedaba suspendido y que Acevedo se uniría a la revolución, que todo está listo para el mes entrante, somos un grupo grande y bien preparado y tenemos buen apoyo en la milicia.

—Tan grande es que ya lo sabe medio Bogotá —se burló Acevedo, que seguía sentido.

—Hay rumores, pero nadie sabe del golpe como tal, que lo tenemos pensado para finales de octubre.

—¿No se supone que tú te vayas con el general Santander a Estados Unidos?

—Eso cree él. Tal vez me toque irme pero espero evitarlo, pues no quisiera perderme el acto central de la obra.

—¿Y qué ha dicho de todo esto el general?

—Por ahora lo que he hecho es seguirle la cuerda con lo del viaje, pues diáfano ha dicho que no quiere inmiscuirse en conspiraciones.

* * *

Desde aquella conversación, cuando Juan Miguel Acevedo llegó a la casa de Vargas Tejada y preguntó por lo que había oído donde las niñas Mendoza, el poeta se sintió responsable de la suerte de su pariente, que agravaba su juventud con una cara de niño que llamaba a la ternura, que me toca dejarlo entrar en el sarao, pensó, pero evitar que termine bailando con la más fea. Por eso, mientras pasaba el cuenco con aguardiente en la sala de su casa, en la velada de decisiones del veinticinco de septiembre, reparó en el temblor de manos, el sudor en la frente y la palidez en los carrillos de su primo menor.

—Tener miedo es de prudentes, saberlo vencer es de valientes —le dijo—.

—No es miedo, primo; nervioso estoy, pero no asustado.

—No desprecies el miedo —le explicó—: si es mucho, te paraliza, pero si lo controlas, ayudará a cuidarte y te salvará el pellejo.

—No me preocupa salvarlo sino salvar la patria.

—Mejor si los salvas a ambos.

—El miedo cuida la viña —intervino Horment, quien había escuchado la charla de los dos primos, y nadie supo si hablaba para ellos o para sí mismo, pues su voz no sonaba tan firme como las otras noches y, al igual que Acevedo, un sudor fino en la frente reflejaba la luz de los candelabros.

—¿Qué sabemos del coronel Guerra? —preguntó Pedro Celestino Azuero, apenas un año mayor que Acevedo pero quien hacía gala de madurez—. Me consta que hasta hoy ha estado muy comprometido con nosotros, que con su ayuda yo pude darles un dinerillo a unos oficiales presos en el Vargas que están listos a apoyarnos, pero ahora, con la necesidad de Triana...

—¿Duda usted de mi coronel Guerra? —preguntó, fastidiado, el capitán Silva—. Si él mismo nos ha avisado...

—No es duda, es deseo de saber —intervino Florentino González.

—¿Saber qué? —indagó Silva.

—Saber si Guerra hará su parte del oficio —puntualizó Azuero, sin más rodeos.

—A esta hora, debe de estar repartiendo las órdenes entre los oficiales —contó Silva—, que yo le he insistido en que tiene que conseguir apoyo del Batallón Vargas, que está bien que yo mande sobre la brigada de artillería, pero ahí no tenemos siquiera cien hombres completos, y los infantes del Vargas son casi setecientos, sin contar con los cuatrocientos venezolanos del Regimiento de Granaderos a Caballo, que ya se sabe que son puros bolivianos.

—Cierto, capitán —dijo entonces Azuero—, pero con su brigada, usted tiene los cañones.

—Válido, joven Azuero, pero los cañones no alcanzan para matar a tantos —le respondió Silva.

—Además, tenemos lista una jugada maestra —explicó Carujo, en tono suficiente, y esperó hasta atraer la atención de todos—. Lo primero que haremos es liberar al almirante Padilla, que está preso en la casa que separa al Vargas de la brigada de artillería.

—¿Y qué con eso? —se interesó González.

—Que le pediremos a Padilla que asuma el mando de las tropas.

—¿Y eso por sí solo multiplica las unidades? —volvió a la carga González, a quien los nervios lo habían tornado agresivo.

—En cierto modo —respondió Silva, paciente—, que con su prestigio estamos seguros de que muchos del Vargas nos seguirán.

—Si entiendo bien, ¿estamos en manos del negro Padilla? —preguntó Azuero—. Que Dios nos ampare...

—Por pardo lo han perseguido —contestó Carujo— y en la tropa hay muchos pardos.

—Pero Padilla sabe de batallas navales —insistió Azuero— y aquí en Bogotá no veo goletas...

—Padilla es un líder nato y me entristece que no se le reconozca —zanjó Carujo el debate, que él sabía de lo que hablaba, pues formó parte del contingente terrestre en la campaña de Miranda por liberar Maracaibo en el año veintitrés.

—Calma, calma —dijo Silva—, no es momento de discusiones, que Padilla no es lo único. Ya les dije que el coronel Guerra se comprometió a dictar las órdenes, él mismo fue quien nos pidió hoy en la tarde que adelantáramos todo para esta noche.

—¿Y cómo procederá el coronel?

—Va a citar en su casa a los comandantes de las guarniciones —explicó Carujo—, los va a sondear, y si se le oponen, los va a confinar allá mismo y enviará a otros oficiales a asumir el mando, sobre todo del Vargas, que en artillería, como saben, manda el capitán Silva, aquí presente.

—Si Guerra hace sus tareas —concluyó Vargas Tejada— nada habrá que temer, pues como jefe del Estado Mayor de Cundinamarca, tienen que hacerle

caso.

—Así es —remató Silva para asegurar al poeta, y a todos—. Mi coronel Guerra me entregó las órdenes, firmadas de su puño y letra, para que pertrechase y municionase a la tropa de artillería, y de seguro habrá procedido ya, a esta hora, con los demás comandantes.

—Con el centenar de unidades de artillería —explicó Carujo que había estudiado matemáticas—, con el poder de fuego de sus baterías, y con otros doscientos o más que se nos sumen del Vargas, tendremos suficiente para someter a la ciudad, y si ya no está Bolívar, sus seguidores morderán el polvo y se rendirán.

—Que así sea —dijo el poeta y se bañó de aguardiente la garganta.

* * *

Los asistentes a la junta en casa del poeta Vargas Tejada no podían saber, a esa hora, que el coronel Ramón Nonato Guerra acababa de llegar a la residencia del presidente del Consejo de Ministros, José María del Castillo y Rada, para jugar a los naipes, que todo está en orden, doctor Castillo, le dijo Guerra. El capitán Triana está preso, en calabozo y con grilletes para que deje de soliviantar a la tropa.

—Veo que usted supone, coronel, que no hay más involucrados —indagó Castillo.

—Ya lo sabremos una vez que sea sometido a un riguroso interrogatorio —respondió Guerra—, pero yo estimo que, aunque toda advertencia es poca, este puede haber sido más bien un asunto de aguardiente.

—Los borrachos no mienten, coronel.

—No mienten pero imaginan cosas, doctor.

—Imaginan, sí, pero nada imaginan mejor que aquello de lo que algo saben.

—Por eso estamos indagando e iremos hasta el final, cuente con eso —zanjó Guerra el intercambio y animó a Castillo y Rada a barajar los naipes.

Afuera, la luna brillaba, plena, y para quienes andaban en la calle, la noche resultaba apacible, con una brisa fresca que bajaba de los cerros y se mezclaba con el aire húmedo que había dejado la llovizna que siguió a la puesta del sol. En el Palacio de San Carlos, después de insistentes ruegos, el Libertador había logrado hacer venir a Manuela Sáenz para que lo atendiera, postrado como estaba por cuenta de un resfriado que, como solía ocurrirle cuando lo atacaba el

catarro, le había convertido los pulmones en un par de maracas viejas.

—Dicen que habrá una revolución —le comentó Bolívar como quien cuenta una nonada, mientras tomaba un baño de sales y agua tibia.

—Puede, enhorabuena, haber no una sino hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos —le respondió, sarcástica, que ella había sido testigo de varias alertas en las semanas anteriores, a las que poco caso les había hecho el Libertador.

—No tengas cuidado que ya no habrá nada —la tranquilizó Bolívar y pensó en contarle luego la historia del capitán Triana, pero lo dejó para más tarde.

Terminado el baño, Bolívar volvió a toser como si quisiera expulsar los pulmones. Algunas flemas fueron a dar a un tazón hondo, al pie de la mesa de noche, y no tenían buen color. En la cama, bien cobijado, la expectoración remitió y el Libertador pudo descansar. Manuela comenzó a leerle. Era Voltaire, un buen refugio para evitar conversaciones que terminaran en disputas. Bolívar alcanzó a divagar un rato sobre Rousseau, su favorito en tiempos de juventud y a quien ahora le tenía ojeriza.

Sin decir hasta mañana, se quedó dormido y comenzó a roncar de manera ligera, con poco estruendo, mientras los pulmones acompañaban con su rítmica guacharaca. Manuela se tendió a su lado, agotada por una migraña cuyas punzadas le habían invadido en la tarde el rostro entero, y más extenuada aún por ese amor que estaba tan enfermo como su amante, con la diferencia, pensaba ella, de que el mal que compartían no tenía cura posible.

En el Palacio, con excepción de los ronquidos de su más distinguido ocupante, todo era silencio poco antes de la medianoche. El coronel Fernando Bolívar Tinoco, sobrino del Libertador y uno de sus favoritos, descansaba en su habitación, donde había pasado toda la jornada recostado por cuenta de un resfriado que lo mantenía sudando y le rasgaba los huesos. Había regresado meses antes de Estados Unidos, a donde Bolívar lo envió en el veintidós, con trece años de edad, que alguien tiene que educar y disciplinar a este muchacho, no vaya y sea que resulte como yo, bromeaba el Libertador, que recordaba bien los caprichos de su juventud y lo díscolo y rebelde que había sido.

Fernando estudió en la Academia Germantown, en Pensilvania, y luego en la Universidad de Virginia, donde los profesores que tuvo nunca olvidaron las instrucciones para la formación del joven, escritas por Bolívar, el Método que se debe seguir para la educación de mi sobrino Fernando Bolívar, que así no más se titulaba el documento, en el que se mezclaban normas de comportamiento con

preferencias académicas, en especial el aprendizaje de lenguas modernas, sin permitirle, advertía el Libertador, olvidar la suya. La quiebra del banco que manejaba el fondo fiduciario del muchacho lo obligó a abandonar sus estudios a inicios del segundo año universitario, y a regresar primero a Caracas y luego a Bogotá.

El mayordomo José María Palacios también estaba enfermo y recluido en su cuarto, que la peste del catarro hacía estragos por aquellos días en la capital por cuenta del clima cambiante. Antiguo esclavo de una de las haciendas de la familia Bolívar, Palacios acompañaba al Libertador como su sirviente personal desde hacía veintiún años, lo había visto en las buenas y en las malas, y era el depositario de sus mayores secretos. Otro sobrino del presidente, el teniente Andrés Ibarra, hijo de su prima Ana Teresa del Toro, integraba su cuerpo de edecanes y esa noche actuaba como oficial de órdenes. También estaba en San Carlos Isabel Sáenz, a quien todos llamaban Jonatás, la sirvienta que no desamparaba a Manuela, que hasta había adoptado su mismo apellido, y que había llegado con ella desde Quito.

La vigilancia de la residencia presidencial estaba a cargo de una veintena de hombres del Regimiento de Granaderos Montados, unidades que comandaba el capitán José Antonio Martínez. Aunque casi todos habían escuchado los rumores de los días previos, Bolívar no alertó a ninguno de la deslenguada del capitán Triana, ni de las otras advertencias que habían llegado a oídos de Manuela y del propio Libertador.

Eso quizás explicaba que las puertas laterales del Palacio, ubicadas frente al Coliseo sobre la calle que sube de la Plaza Mayor, estuviesen abiertas. El aventurero Agustín Horment fue el primero de los asaltantes en ingresar por ellas, poco después de la medianoche. Con su espada, hirió de muerte al centinela de la entrada y corrió al pie de la escalera para asegurar su acceso. Los conjurados habían abandonado la casa de Vargas Tejada pasadas las once y media, envalentonados por el aguardiente y por la inspiración que les daba la misión que habían resuelto asumir, convencidos de que la osadía de su aventura sería la salvación de la patria.

—Si a Bolívar la letra con que empieza —recitó el poeta en el zaguán, antes de que salieran— y aquella con que acaba le quitamos...

—Cállese, muchacho, que no estamos para rimas —lo cortó el capitán Silva, que, como casi todos, ya le había escuchado el poema.

... la cabeza del tirano y los pies cortar debemos, Vargas lo terminó en

susurros, pero nadie le hizo caso en medio del trajín de la salida, dedicados como estaban a ajustar las pistolas al cinto y a ocultar los sables y los puñales bajo las capas. La casa de Vargas Tejada estaba cuatro calles al sur de la Plaza Mayor, a espaldas de la iglesia de Santa Bárbara. Los dieciséis integrantes del grupo caminaron hacia el norte, en dirección a la plaza, pero al pasar la iglesia de San Agustín, Carujo y Silva doblaron a la izquierda, rumbo a la brigada de artillería, que estaba una cuadra abajo y una al norte.

Una vez allí, Silva reunió a la guardia, levantó a los soldados que descansaban y les pasó revista en el patio del cuartel. Los armó y los municionó, y luego ordenó a diecisiete de ellos que partieran con el teniente Carujo, que desde el Palacio la guardia del señor presidente nos ha pedido refuerzos con gran urgencia y ustedes deben hacer presencia allí de inmediato. El piquete de soldados siguió a Carujo por la calle del costado sur del Observatorio Astronómico. Giraron hacia el norte, y al llegar a la Plaza Mayor, subieron unos pasos hasta la plazuela de San Carlos. Allí se unieron a Mariano Ospina, Florentino González, Wenceslao Zuláibar, Pedro Celestino Azuero, Horment, el joven Juan Miguel Acevedo, el teniente al que llamaban Lopótez y Joaquín Acevedo.

Ezequiel Rojas y Vargas Tejada se separaron de ellos al salir de donde el poeta, con la misión de dirigirse a la casa donde dormía el coronel Diego Whitle, comandante del Batallón Vargas, a quien debían sorprender y, si era del caso, matar para que, desprovisto de mando, el batallón a su cargo se sometiera al alzamiento. Rafael Mendoza y Juan Hinestroza se habían ido con Carujo y Silva a la brigada de artillería y allí se quedaron, para apoyar el ataque al Vargas, un componente esencial del plan que debía ocurrir al tiempo del asalto al Palacio, apenas pasada la medianoche.

Otra misión central la asumieron el capitán Emigdio Briceño y el subteniente Teodoro Galindo. Llegaron con Silva y Carujo a la brigada de artillería y, en compañía de media docena de soldados que Silva les asignó, treparon la tapia y saltaron hasta la pequeña edificación donde estaba preso el almirante José Prudencio Padilla. El héroe naval dormía a pierna suelta y con estruendos ronquidos en la habitación que compartía, en el segundo piso de la casa, con el jefe de sus custodios, el coronel José Bolívar, a quien apoyaba una escolta de granaderos. Los vigilantes poco se preocupaban, pues la relación entre el preso y el coronel era excelente, y Padilla no había dado las más leves muestras de querer escapar, convencido como estaba de que su situación se resolvería en algún momento con una sanción menor o, incluso, con el perdón presidencial.

El almirante y el coronel saltaron del catre con los primeros disparos procedentes de la plazuela de San Agustín. A medio vestir, salieron a la puerta de la estancia y se toparon con el capitán Briceño y el subteniente Galindo, que hemos venido, mi almirante, a liberarlo de la injusticia que lo tiene preso y a pedirle que asuma el mando de las tropas que nos hemos sublevado contra el tirano, que ya debe haber caído en poder de nuestros compañeros que han asaltado el Palacio.

—No entiendo qué pretenden —respondió Padilla, altivo—, que mi causa es la de los pardos, no la causa de los traidores.

—No se trata de traición, almirante —le quiso explicar Briceño—, sino de liberación, de salvar a la república del yugo del déspota en que ha devenido el Libertador.

—Qué déspota ni qué calabazas. Yo no voy a asumir mando alguno, ustedes están chalados y yo prefiero enemigo cuerdo antes que amigos locos.

A pesar de las protestas del vencedor del lago de Maracaibo, los asaltantes los obligaron a bajar, a punta de pistola, por la escalera.

—Así lo quería ver, coronel Bolívar —le gritó Briceño en el escalón final—; rinda la espada.

Padilla no vio más a su custodio, con quien solía conversar en las noches sobre los años inolvidables de la guerra de Independencia, los malos ratos de las campañas y los momentos de heroísmo, y contarle las anécdotas más divertidas, que el almirante era un narrador consumado y hacía llorar de la risa al coronel. Los atacantes instaron a Padilla a saltar la misma tapia que ellos habían brincado para penetrar en el edificio, que si no se viene con nosotros aquí lo van a matar.

Se escuchó un tiro de pistola. El coronel Bolívar cayó muerto, pero Padilla no lo tuvo claro hasta que le entregaron la espada ensangrentada de su amigo y guardián. Se la puso al cinto, que quién sabe, la noche pinta tenebrosa, pensó, y saltó la paredilla. Una vez en el cuartel de artillería, salió a la puerta y, en vez de asumir el mando de los rebeldes, desapareció de la vista de quienes lo habían liberado y corrió a ponerse a buen recaudo.

Al comando del capitán Silva, los artilleros arrastraron un cañón hacia la calle y lo instalaron frente a la entrada del Batallón Vargas, justo antes de que uno de los oficiales sacudiera la puerta a punta de aldabonazos, que abran de una vez, que es una orden. El cabo Juan José Márquez abrió el postigo para enterarse de a qué venía tanto lío, pero apenas mostró el rostro, recibió un bayonetazo que le sacó un ojo.

—¡Muera el tirano! ¡Abajo la dictadura! —se oyó decir a uno de los agresores.

—¡Nos atacan! —gritó uno de los guardias del Vargas.

—¡A las armas! —ordenó un capitán recién levantado del catre.

En cuestión de segundos, los bien entrenados soldados del Batallón de Infantería se tendieron en el piso del patio con sus armas dirigidas a la puerta, y los que descansaban en las habitaciones altas sacaron la punta de los fusiles por las ventanas. Unos y otros comenzaron a repeler el ataque cuando el cañón disparó sus primeras cargas y reventó los portones del cuartel. Con la tronera abierta, los artilleros quedaron expuestos a la respuesta de los defensores del Vargas.

—Apunten a los del cañón —ordenó un oficial, y en instantes cayeron, reventados de plomo, los cuerpos de quienes manejaban la pesada pieza.

El capitán de artilleros Rafael Mendoza comprendió pronto que, con el cañón paralizado, fracasaría el ataque al Batallón de Infantería. Gateó hasta él y pudo hacer dos nuevos disparos, mientras en la puerta y en el patio del Vargas, los mismos soldados que años atrás habían combatido hombro a hombro contra los realistas se perforaban a tiros y se tajaban a bayoneta. Mendoza no pudo seguir con sus cañonazos, primero porque su posición era barrida una y otra vez por la fusilería del Vargas, y segundo porque era tal la confusión del combate cuerpo a cuerpo en el patio del batallón, que las cargas del cañón lo mismo podían matar a atacantes que a defensores.

Una patrulla de soldados del Vargas salió entonces de los traseros del edificio y duplicó las fuerzas y el poder de fuego de los defensores. La mandaba el teniente Santiago Torrealba, que llevaba varios días detenido, acusado de insubordinación por un capitán que le tenía tirria. En medio del asalto, Torrealba no lo pensó dos veces y se puso al frente de una treintena de hombres para rechazar la arremetida y dejarles en claro a sus superiores de qué lado estaba.

Su movimiento resolvió el combate. En cuestión de minutos, los artilleros comprendieron que estaban atrapados en el patio, superados en número y en experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo por los avezados infantes de la élite del ejército de la república. Los que lograron salir con vida escaparon por el mismo portón que media hora antes habían reventado a cañonazo limpio y dejaron la escena de la batalla sin siquiera darle una mirada al cañón que de tan poco les había servido. Huyeron hacia el sur y subieron luego al oriente, por las orillas del río San Agustín, mientras los infantes del Vargas los perseguían y no paraban de

dispararles, de modo que a ninguno se le ocurriera siquiera darse vuelta.

El capitán Torrealba, que para entonces ya mandaba sobre medio centenar de infantes, los apretó hasta más allá de los portones de la iglesia de San Agustín. Pero sus hombres habían disparado tanto que empezó a escasearles la munición y el capitán les ordenó detenerse, que ya escarmentaron y por el Vargas no se vuelven a asomar. Regresó con el contingente hasta el batallón, cargó nuevas municiones y salió a las calles a patrullar, en busca de otros insurgentes.

Los fugitivos treparon por la ribera norte del San Agustín y, con trote presuroso, pasaron al otro lado por el puente del Carmen, bajo cuya estructura de piedra se ocultaban el Libertador Simón Bolívar y el repostero de plata del palacio de San Carlos, el sargento José María Meneses, con las piernas enterradas hasta el fondo lodoso de la quebrada, mientras la corriente helada que bajaba del páramo les atiesaba los músculos de las pantorrillas y les petrificaba las canillas.

* * *

Una hora antes, el vasco francés Agustín Horment había sido el primero en penetrar por la puerta de la guardia del Palacio. Con su espada había herido de muerte al centinela del portón y se había ubicado, con el apoyo de dos soldados del piquete que había traído el teniente Carujo desde el cuartel de artillería, al pie de la escalera para asegurar el acceso a las habitaciones del segundo piso, donde dormía el Libertador.

—Libertad... —dijo Horment.

—Y radio... —respondió Carujo, que con ese intercambio de palabras a modo de santo y seña, los asaltantes habían acordado reconocerse en medio de la oscuridad.

—¿Qué hay? —preguntó Horment.

—Ya rendimos a los granaderos de la guardia —le contó Carujo.

Después de que Horment rajara con su espada la cabeza del centinela, Carujo, Azuero y media docena de soldados cayeron sobre la habitación del cuerpo de vigilantes. Casi todos los granaderos dormían, y los que no, apenas pudieron ofrecer resistencia. Azuero atravesó el abdomen del cabo de guardia de una sola puñalada, pero el cabo, que era grandote, alcanzó a descargarle un sablazo en la cabeza, que se la hubiese abierto si no fuese porque el filo resbaló en la gruesa piel del sombrero que Azuero llevaba puesto. El piso de abajo

quedó dominado, entonces, por los rebeldes.

Juan Miguel Acevedo estaba empeñado en demostrar esa noche que era capaz de derrotar el miedo. Tomó la vela de un farol colgado al pie de la escalera que Horment había asegurado, y lideró el ascenso de los invasores hacia la segunda planta. Fueron sus pasos en las gradas de madera los que alertaron al teniente Andrés Ibarra, quien, como muchos en aquellos días, había escuchado los rumores de revolución y, a diferencia de la mayoría, se los había tomado en serio y dormía con un ojo abierto.

—¿Quién vive? —gritó desde la puerta de su habitación, frente a la salida de la escalera en el piso de arriba.

La respuesta que recibió fue un mandoble del sable de uno de los soldados asaltantes, que se había puesto delante de Acevedo en la trepada. El sablazo le abrió una herida honda y larga en el brazo. Tendido en el suelo, alguno lo confundió con su tío, el Libertador, aquí está el tirano, despachémoslo, pero Acevedo le acercó la vela al rostro y así descartaron que el herido fuese el presidente de la república. Igual lo iban a matar, pero para fortuna de Ibarra, en ese instante llegó al segundo piso Florentino González.

—¿Dónde está el dictador? —le gritaban a Ibarra.

—¿Qué hacen? Cómo se atreven... —contestaba el teniente.

González reconoció la voz. Sin llegar a trabar amistad con él, había departido con Ibarra algunas veces y el joven teniente le había despertado simpatía, déjenlo como prisionero, que aquí no vinimos a derramar sangre si no nos hace falta. Dos soldados arrastraron a Ibarra, mientras Carujo le seguía preguntando a los gritos dónde estaba Bolívar, que nos diga de una vez dónde se esconde el tirano. Avanzaron por el corredor y fueron copando la segunda planta. A culatazos y patadas abrieron la puerta de la habitación presidencial y allí se toparon con Manuela Sáenz, que salió a enfrentarlos, altiva y desafiante.

—¿Dónde está el general Bolívar? ¿Dónde se esconde? —preguntó Carujo mientras un par de soldados la flanqueaban y la agarraban de los brazos.

—En el salón del consejo —respondió Manuela sin que le temblara la voz.

Los asaltantes corrieron hacia el salón y, en medio de la oscuridad, comprobaron pronto que allí no estaba. Carujo les ordenó que barrieran el segundo piso hasta hallarlo, que ese carajo no se puede haber esfumado como un fantasma, y la tropa, liderada por Wenceslao Zuláibar, salió al corredor y llenó de gritos la casona, que viva la libertad, abajo la dictadura, muerte al tirano, mientras los demás ocupantes revisaban, más afanados que prolijos, cada

estancia y cada rincón.

—Díganos dónde está, puta del demonio —le gritó Carujo a la quiteña, mientras alzaba su sable—, que si no habla la levanto a planazos.

—Alto ahí, Carujo —se le atravesó Horment—, que aquí no hemos venido a pelear con mujeres.

En las primeras inspecciones fuera de la habitación, los asaltantes se llevaron a Manuela y fue así como ella se encontró al teniente Ibarra, con el brazo abierto por el sablazo, y les pidió a unos soldados que le ayudaran a llevarlo a la cama del Libertador. Frustrado porque no encontraban al hombre que habían venido a buscar y porque, sin hallarlo, la revolución perdía su principal objetivo, Zuláibar siguió la búsqueda mientras mentaba madres y amenazaba a los aterrorizados empleados que se encontraba ocultos aquí y allá.

—¡Grita de una vez! —le ordenó a Jonatás, a quien descubrió escondida en el alféizar de una ventana—. ¡Que viva la libertad!

—¡No! —chilló la criada de Manuela, se sacudió la mano de Zuláibar que le apretaba el cuello y cruzó los brazos sobre el pecho con una determinación que desarmó a quien la apremiaba.

El allanamiento continuó en vano. Zuláibar regresó a la habitación del presidente, donde Manuela atendía al ensangrentado Ibarra, y como si la forma en que se le plantó Jonatás le hubiese sacudido el alma, se quitó la corbata y ayudó a la quiteña a liar con ella la venda que cubría la profunda herida en el brazo del teniente.

Para ese momento, estaba claro que el Libertador había escapado por el balconcillo del cuarto que daba sobre la calle del Coliseo. Una mentira más de Manuela, cuando les dijo a poco de que ocuparan la habitación que ella había abierto el postigo y la ventana cuando escuchó los primeros ruidos para saber qué diablos pasaba, alcanzó a engatusarlos durante un rato, que somos unos imbéciles, con semejante negligencia no es posible hacer una revolución, que a nadie se le ocurrió poner una guardia en este costado y el carajo ese se nos ha volado justo por ahí, maldecía Carujo.

Mientras González, Zuláibar y Horment deliberaban en el segundo piso sobre los pasos que había que seguir, Carujo se llevó una partida a la primera planta con la idea de sacarla a la calle, en busca de alguna pista sobre el paradero del Libertador. Minutos antes, Manuela había escuchado el paso de unas botas sobre el empedrado de la calle. Se asomó a la ventana, que seguía abierta, y vio al coronel Guillermo Fergusson avanzar presuroso, taconeando, hacia el portón

de la guardia del Palacio. Los tiros y cañonazos lo habían levantado de la cama de la habitación de huéspedes de la casa de unos amigos que lo habían convencido de pasar la noche allá, que nuestra madre es la única que puede curarle ese gaxnate enfermo por el resfriado, que toda la ciudad está así, con unas aguas que prepara con aguardiente y hierbas para hacer gargarismos, que tiene que estar alentado para su matrimonio.

Por aquellos días, Fergusson culminaba los preparativos para viajar a Sabanalarga, donde todo estaba listo para que se casara con la hija del extesorero del Ejército Libertador, el cartagenero José Manuel Tatis. Nacido en Irlanda un cuarto de siglo atrás, Fergusson era apenas un muchacho de dieciséis años cuando llegó a la llanura venezolana, a principios de 1819, con uno de los contingentes de la Legión Británica. Combatió a órdenes de José Antonio Páez y se volvió luego estrecho colaborador de Antonio José de Sucre, a cuyo lado estuvo en las batallas de Pichincha y Ayacucho, antes de convertirse en edecán de Bolívar, primero en Lima y luego en Bogotá.

—No vaya usted a entrar, que lo matan —alcanzó a advertirle Manuela desde el pequeño balcón.

—Entraré y, si es del caso, moriré llenando mi deber —le contestó el oficial y Manuela lo perdió de vista.

—¿Qué hay, Carujo? —preguntó Fergusson al comandante que salía del Palacio con un piquete de soldados.

—¡Ha muerto el tirano! —le respondió Carujo, fuera de sí.

El irlandés apenas tuvo tiempo de asimilar la noticia que el comandante le dio con la mirada desorbitada, pues al instante Carujo, que llevaba su pistola desenfundada, le descargó a quemarropa un disparo que le atravesó el corazón. El cuerpo de Fergusson quedó tirado sobre la calzada y un lago de sangre bañó las piedras. El coronel murió soltero y convencido de que el Libertador ya no vivía.

Carujo y sus hombres continuaron su retirada, mientras los demás asaltantes del Palacio, confundidos y aterrorizados por el fracaso de su misión, comenzaron a abandonar la residencia presidencial. Un artillero que había logrado escapar con vida del combate en el Batallón Vargas llegó con el mensaje de la derrota de los alzados, que los de infantería nada sabían, que nunca les llegó la orden de unirse a la revuelta, maldito coronel Guerra, un cobarde y un faltón.

Para esa hora, el coronel Diego Whitle, comandante del Vargas, otro irlandés aunque nacido en Kingston, Jamaica, en 1800, donde su padre había sido

trasladado por el gobierno de su majestad británica, había asumido el control del batallón. Whitle combatió a órdenes de Bolívar en la campaña del año veintiuno, en el Cauca, y tras su participación en la batalla de Ayacucho, fue ascendido a coronel. La noche del veinticinco de septiembre no estaba en su cama porque, según los chismes, pasaba la noche en un lecho mejor. Al escuchar los disparos, dejó a su acompañante y llegó al Vargas cuando los artilleros escapaban derrotados. Se hizo con el mando y despachó varias partidas, unas para perseguir a los insurrectos y otras para asegurar el control de la ciudad.

— Pero ¿acaso Rojas y Vargas Tejada no iban a su casa para encargarse de él?

—No lo encontraron.

—Bonita revolución la que hemos hecho —alcanzó a decir Horment delante del portón del Palacio—, que el principal batallón de la ciudad barrió con nuestros aliados de artillería y se nos viene encima porque los que debían matar a su comandante no lo hallaron y porque el coronel Guerra nunca dictó las órdenes que prometió.

Era la hora del sálvese quien pueda. Un grupo de conjurados huyó hacia el norte, que ya vienen los del Vargas y nos van a hacer picadillo. En la calle de San Felipe, a espaldas de la catedral, se cruzaron con el coronel Pedro Alcántara Herrán que corría hacia San Carlos. Trató de detenerlos e indagar lo que ocurría, pero no obtuvo respuesta de los asustados fugitivos.

El piquete de artilleros que mandaba Carujo tomó la calle de la Enseñanza, abajo del Coliseo, también con rumbo norte. Al dejar el barrio de la Catedral, doblaron hacia el occidente en busca del puente de San Victorino y a pocos pasos se encontraron con el general José María Córdova, quien al verlos detuvo el trote de su caballo en busca de una explicación a los tiros de fusil y a los cañonazos que había escuchado un rato antes.

Estaba a punto de preguntar cuando una partida de soldados que procedía del sur lanzó el grito de quién vive, el Libertador, respondió Córdova por mero instinto, murió el tirano, chilló Carujo sólo por joder. Entre los dos pelotones se desató el fuego. Córdova picó su caballo, se quitó de en medio, que me matan, y enfiló el hocico de la bestia hacia la Plaza Mayor. Carujo también huyó, calle arriba, hacia los cerros, que a esas alturas los artilleros que lideraba, más que protegerlo, lo delataban.

* * *

Cuando Córdova llegó a la plaza, las estrellas aún no se apagaban, a pesar de que las primeras claridades del alba empezaban a desplazar la luz de la luna llena que había alumbrado, intensa y sin velos de nube, la madrugada. Al cesar los disparos, decenas de bogotanos se atrevieron a salir a la calle para averiguar la razón de la fusilería y los truenos de cañón, mientras algunas damas se animaban a asomarse a los balcones y portones, con el rosario entre las manos y el credo entre los labios. Córdova encontró al general Santander y al almirante Padilla, que conversaban, y unos pasos más hacia el centro de la plaza, a los generales Rafael Urdaneta y Joaquín París, al igual que al coronel Herrán.

Urdaneta dispuso que Córdova agrupara a los Granaderos Montados, cuyo batallón, comandado por el coronel Richard Crofton, acuartelaba en una casona unas cuabras al norte de la plaza, frente a la torre de San Francisco. Los granaderos no se habían visto mezclados en los combates y, una vez en su cuartel, Córdova les ordenó ocupar las salidas de la ciudad, a ver si aún es posible, les dijo, impedir que escapen estos criminales. Urdaneta despachó un piquete de infantes que saliera en busca del Libertador hacia el oriente, que de pronto halló refugio en las laderas de los cerros o en la Quinta. El coronel Herrán, que tanto adoraba a Bolívar, quedó a cargo de una partida de caballería que debía inspeccionar las orillas del río San Agustín, hacia el sur del Palacio, y rogó al cielo que Dios le permitiera encontrarlo con vida.

Fue el galope de ese contingente montado el que escuchó el sargento José María Meneses a poco de salir del escondite, bajo el puente del Carmen, a donde cuatro horas antes él había conducido al Libertador. El sargento, veterano del ejército con que Sucre ganó las batallas de Pichincha y Ayacucho, había sido recomendado por Córdova ante el cuerpo de edecanes del Libertador cuando Bolívar regresó a Bogotá y se instaló en San Carlos. Se desempeñaba como repostero de plata, a cargo de la vajilla y de la cubertería de la residencia presidencial, y la noche del veinticinco de septiembre había pedido permiso para ir a jugar a la ruleta en los garitos de San Victorino.

De allí regresaba pasada la medianoche cuando se topó con el Libertador, cubierto con su capa, con la espada desenvainada en la mano izquierda y la pistola en la derecha, que trepaba por la calle del Coliseo. Tras saltar por la ventana de su habitación hacia la calle unos minutos antes, Manuela Sáenz había alcanzado a decirle que girara en la esquina de arriba hacia el sur, y de ahí vete, por el Carmen, al Batallón Vargas, que allá te protegen. Al ver venir a quien bajaba la calle hacia el Palacio, Bolívar martilló su pistola, temeroso de que fuera uno más de los insurrectos.

—Meneses...

—Libertador...

—Venga, sígame usted por el Carmen rumbo al Vargas, el Palacio está tomado por los traidores.

Cuando se disponían a bajar por la orilla norte del río San Agustín, en dirección al batallón, vieron venir un piquete de soldados y escucharon varios disparos y gritos.

—¡Muera el tirano! —oyó clarito Meneses.

Agarró del brazo al Libertador, que al Vargas no llegamos, nos matan primero, lo arrastró hacia el barranco por cuyo fondo corría el río, y lo empujó bajo el puente del Carmen, entre las piedras húmedas y resbalosas, y la maleza que crecía en la inclinada orilla. Apenas lograban mantenerse, acurrucados, que lo mismo los pies que las rodillas resbalaban con frecuencia, y el presidente y el sargento terminaban con las canillas sumergidas en la álgida corriente.

Pasaron buena parte de la madrugada en su escondite, con el Libertador delirando por momentos debido a la fiebre, que si los asaltantes no lo mataron, pensaba Meneses, el sereno y el agua helada del río sí lo van a hacer. Cuando cesaron los disparos y a nadie escuchaban ya clamar por la muerte del tirano, Bolívar y Meneses calcularon que serían las cuatro de la madrugada. Se miraron y afinaron el oído. El sargento creyó escuchar a lo lejos vivas al Libertador, pero no quiso ilusionarlo sin antes estar seguro. Pasó otro rato en que apenas hablaban, hasta que el presidente le ordenó que saliera.

—Vaya, Meneses, por el amor de Dios, averigüe qué demonios está pasando porque ya casi prefiero morir peleando a dejar que me mate la maluquera que traigo y que va a peor.

El sargento salió del escondite. Poco antes de que el Libertador le pidiera hacerlo, había escuchado galope de caballos. Ahora, sobre la calle, el golpe de los cascos sobre el suelo resultaba más claro. Vio venir a los montados que trepaban desde el frente de la iglesia de San Agustín y de repente oyó, nítida, la voz del comandante Ramón Espina, a quien Meneses había visto mandar en Pichincha y en Ayacucho.

—Vamos, por acá —instruía Espina a sus jinetes.

—¡Viva el Libertador! ¡Viva el Libertador! —gritó Meneses mientras alzaba los brazos.

—¡Viva! ¡Viva! —le respondieron.

—¡Viva el Libertador! —dijo Espina, tras reconocer a Meneses—. Pero ¿dónde demonios está? ¿Vive?

—Vive para la patria y sus amigos —respondió Bolívar tras asomar la cabeza agarrado de unas ramas, con medio cuerpo arriba del barranco.

* * *

Filosas nubes teñidas por el naranja del amanecer rasguñaban la piel azul del cielo cuando el Libertador Simón Bolívar, montado en el caballo del comandante Ramón Espina, que gustoso se lo había cedido, apareció en la Plaza Mayor para disipar los más lúgubres presagios de la madrugada de aquel veintiséis de septiembre de 1828. Rescatado por el pelotón de caballería, lo acompañaban el general José María Ortega y el coronel Pedro Alcántara Herrán, así como numerosos jinetes de los Granaderos Montados y cientos de infantes del Batallón Vargas, el mismo que acababa de salvar al gobierno, a plomo, sable y bayoneta, ante el levantamiento de los artilleros.

Tras salir de su escondite bajo el puente del Carmen, Bolívar cabalgó con sus acompañantes hasta más abajo de la iglesia de San Agustín, dobló hacia el norte y pasó frente a los cuarteles de artillería e infantería, donde fue testigo de los destrozos, antes de ingresar a la Plaza Mayor por la bocacalle suroccidental. El sargento José María Meneses trató de seguir el cortejo a pie, pero se rezagó y, confundido entre la muchedumbre, se convirtió en un testigo más del baño de masas que se estaba dando el hombre a quien él acababa de salvarle la vida.

Los aplausos, los vivas al Libertador y los empujones de los cientos de personas ansiosas de tocar a Bolívar para cerciorarse de manera directa de que sí, de que vive, de que ha sobrevivido, lo emocionaron hasta el llanto. Todos querían tocarlo, darle la mano, pero la mayoría se contentaba apenas con mirar, pues acercarse hasta él resultaba imposible. Herrán y un par de montados consiguieron abrirle camino entre el gentío, mientras el presidente de la república trataba de sobreponerse a un ataque de sollozos y suspiros entrecortados.

—¡Que muera Caín! —gritaron algunos cuando vieron que Santander se le acercaba a saludarlo.

Contenido el llanto, el Libertador controló los últimos gimoteos, ajustó el semblante y la posición sobre la montura, y alzó la mano para responder al saludo, antes de pedirles a Santander, a Urdaneta y a París que lo acompañaran al

Palacio. Con el almirante Padilla también cruzó un saludo, pero el héroe naval comprendió que lo mejor para él era regresar, en actitud de acatamiento, a su lugar de detención.

—No quiero saber quiénes son mis enemigos —dijo, tajante, antes de desmontar frente al portón principal de la residencia presidencial.

Subió al salón de recibo, se quitó la capa y se derrumbó en un sofá. París lo acompañó, en tanto que Urdaneta se quedó con Santander en la planta baja.

—General —le dijo a Santander—, temo por su seguridad, pues en estos momentos hay bastante rabia y efervescencia por tantas cosas que han pasado, y entre los muchos que idolatran al Libertador alguien podría querer cobrarle a usted la cuenta de lo ocurrido.

—Rafael —le respondió Santander a su viejo compañero de armas—, usted me conoce y sabe que soy inocente, pero entiendo a qué se refiere en esta mala hora y haré lo que usted me sugiera.

—Váyase a mi casa. Allá hay una cómoda habitación para los invitados y yo le proporcionaré una guardia que garantiza su seguridad.

Santander asintió y, resignado, puso su suerte en manos del hombre a cuyo lado había iniciado su carrera militar, en el Batallón de Guardias Nacionales que mandaba Antonio Baraya, tras el levantamiento del veinte de julio del año diez, y a cuyo lado la culminó en el ascenso del páramo de Pisba, el combate del Pantano de Vargas y la batalla del puente de Boyacá. Las diferencias políticas que estallaron en la Convención de Ocaña los distanciaron en ese año bisiesto de 1828, pero cuando un par de veces se encontraron en eventos sociales, Urdaneta siempre lo trató con deferencia y respeto, además de que fue uno de los patrocinadores de la idea de que el Hombre de las Leyes asumiera como jefe de la legación de Colombia en Washington.

Mientras Santander era conducido a la casa de Urdaneta por un piquete de soldados, Bolívar, echado en el sofá del salón de recibo de la planta alta, vio entrar a Manuelita en la habitación. Ella había ido hasta la plaza a buscarlo, pero el tumulto no la dejó llegar a su lado. De un brinco se puso de pie y le tomó las manos, las acercó a su boca y las besó. Luego la abrazó, y mientras ella estallaba en llanto, a él le volvieron a salir las lágrimas, acompañadas de hipidos y jadeos.

—Tú eres la libertadora del Libertador —le dijo tras recobrar un poco la compostura.

El letrado santafereño Tomás Barriga Brito, amigo cercano del presidente, presenció la escena, mientras otros oficiales, funcionarios y sirvientes se

acercaban al salón para saludar a Bolívar. Amigo de los discursos y la solemnidad, Barriga quiso decir unas palabras, pero el Libertador lo interrumpió:

—Por usted y otros como usted ocurren estas cosas —lo increpó—, porque dejan malcriados a sus hijos y esos imbéciles, aturdidos por ideas y filosofías que apenas entienden, confunden la libertad con el libertinaje.

Barriga bajó la cabeza y se fue a un rincón, como niño castigado, puesto que bien sabía el origen de la furia presidencial. Ese amanecer había querido ser uno de los primeros en saludar a Bolívar y celebrar que hubiese sobrevivido al asalto del Palacio para mitigar, al menos en parte, el estruendo que su hijo, el oficial retirado del ejército Isidoro Barriga, había causado esas semanas en la ciudad por sus diatribas contra el primer mandatario, al que el joven no bajaba de dictador, aunque para suerte del jurista Barriga, pero sobre todo de su hijo, Isidoro no llegó a mezclarse en los planes de la Sociedad Filológica.

El mal rato de Barriga lo cortó el ingreso al salón del presidente del Consejo de Ministros, el cartagenero José María del Castillo y Rada. Al verlo, el Libertador lo abrazó y al instante procedió a dispararle una andanada de órdenes, que quiero que, de inmediato, convoque usted al consejo y redacte un decreto para que allí lo aprueben, en el que yo resignaré en ustedes toda la autoridad que me han conferido los pueblos, y es mi deseo, óigase bien, que el Congreso, convocado para el dos de enero del año entrante, se reúna de inmediato y dicte las leyes necesarias para la grave ocasión. Quiero, agregó sin tomar respiro, que sea redactado y aprobado un decreto de indulto en favor de todos los implicados en esta conjura, a quienes no deseo conocer, que me bastará con saber quién es su jefe y cómo su odio ha llegado a tal extremo de querer disponer de mi vida, causar la muerte de tantos inocentes y atraer sobre el país la anarquía y la desolación.

Tras una breve pausa, durante la cual hasta Manuelita guardó silencio, aseguró que una vez aprobados y firmados los decretos, estoy resuelto, se lo juro por la patria que tanto amo, a irme del país en el acto, porque si bien en estas horas mis deseos son más los de morir que los de vivir, me importa mucho, muchísimo, salvar mi gloria, que no es otra que la gloria de Colombia.

—Vaya pues, amigo Castillo, prepare usted todo lo que le pido y agilícelo, que con ello apurará mi partida y todos podrán vivir en estas tierras más felices y tranquilos.

El presidente del Consejo de Ministros lo había escuchado con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia el piso. Levantó la mirada y

tomó la palabra, que debo decirle, señor presidente, que apruebo todas esas previsiones, menos la última, que su marcha será vista como la fuga de un prófugo, y yo le recomiendo en cambio que se retire a la Quinta, aquí mismo, donde se aparte, si así lo quiere, de los avatares del poder, pero pueda recibir el cariño de la gente buena de la patria, que es la más.

—Esa actitud, y no el exilio —concluyó Castillo y Rada—, salvará su gloria y la de la patria.

Media hora más tarde, cuando los rayos del sol ya batían la sabana desde lo alto de los cerros, el Palacio fue tomado, pero ya no por los complotados sino por los altos oficiales del ejército. Advertido por Castillo y Rada de los deseos del Libertador, Urdaneta reunió a los generales, coroneles y mayores y los llevó hasta el salón, donde encontraron a Bolívar decaído y pálido, con las piernas alargadas sobre el sofá, la capa negra como cobija, sacudido por la fiebre y los escalofríos, así como por una tos persistente y seca, cuyos sonoros espasmos hacían temblar las paredes del recinto. A instancias de Manuela, se había cambiado la ropa mojada y había tratado de dormir.

No puede usted hacernos eso a sus fieles, a sus defensores, quedaremos abandonados, seremos todos víctimas de los mismos asesinos de esta noche, dijeron de manera atropellada Urdaneta, los coroneles Diego Whitle y Richard Crofton, el mayor Antonio España y varios oficiales del Vargas y de los Granaderos Montados. El general José María Córdova los acompañaba, pero guardó silencio hasta que concluyó el coro de reclamos de quienes esa madrugada habían salvado al régimen.

—Mi querido general —dijo al fin Córdova—, lo que venimos a pedirle es que no tome usted esta mañana resoluciones apresuradas, al calor de su explicable dolor.

—Que se cumplan, pues, las leyes —les dijo a los oficiales— y que no haya lugar, hasta enero, a la reunión del Congreso.

La fiebre había vuelto y al presidente de la república no le quedaban alientos para discutir. Se volvió a quedar dormido y Manuela obligó a los visitantes a retirarse. La tos de perro regresó, así como también los escupitajos que el Libertador expelía casi sin fuerzas, como única manera de recuperar una parte de la respiración que demandaba su cuerpo extenuado.

—Manda llamar al Mariscal Sucre —deliró—, que sólo él, mi amado hijo, puede enfrentar este cataclismo.

—Ya sabes, amado mío, que no está en la ciudad —lo tuteó ella, por una vez

—. Se fue a Quito y más allá, a repeler a los peruanos que nos invadieron por el sur.

Bolívar cerró los ojos, mientras Manuela le acariciaba la frente y pensaba que harían falta nuevas compresas para refrescarlo y bajar la fiebre.

—Casi me lo matan —dijo, pero el Libertador, que no tenía cara de haber sobrevivido, roncaba de nuevo y no la escuchó.

* * *

Era noche cerrada aún cuando Agustín Horment y Wenceslao Zuláibar huyeron del Palacio rumbo a su casa en la calle de los Carneros. No pudieron ir por el camino más corto, ya que les era preciso evitar las patrullas armadas que a esa hora recorrían el barrio de la Catedral. Cuando al fin lo lograron, montaron sin tardanza dos caballos que habían dejado listos desde la víspera y salieron hacia la iglesia de La Capuchina apenas el cielo comenzaba a azular, con la idea de tomar desde allí el camino a Engativá.

—Si van por ahí, los capturan —les advirtió don Luis Santamaría, con quien se cruzaron y quien estaba enterado de que el general José María Córdova había copado el camellón de occidente con tropas del Cuerpo de Granaderos.

Aterrados, Horment y Zuláibar discutieron sus opciones y resolvieron cabalgar hasta la alameda y, en dirección al norte, salir de la ciudad rumbo a Usaquén. Ya habían avanzado algunas leguas cuando los detuvo un piquete de soldados de la brigada de artilleros, reunido por el general Francisco de Paula Vélez para taponar esa salida de Bogotá.

—¿Qué hacen ustedes a esta hora y por este camino? —les preguntó el oficial.

—Hemos salido a hacer un recorrido para imponernos de lo que ha pasado —contestó Horment.

—No me vengan con chorradas, a otro perro con ese hueso que yo sé bien quiénes son, pero da igual.

Vélez quiso ahorrarse las discusiones y, tras dejar a un capitán a cargo del retén, él mismo se encargó de conducir, pistola en mano, a los detenidos de regreso al centro de la ciudad.

—Vamos hacia la plaza de la Constitución —les dijo antes de montar su cabalgadura—, que allí están reuniendo a los autores de la conjura.

A Zuláibar le llamó la atención que el general Vélez llamara así a la plaza

más importante de Bogotá, pues, aunque en efecto había sido bautizada con ese nombre años atrás, a instancias del entonces vicepresidente Santander, como un homenaje a la Constitución de Cúcuta dictada en 1821, los capitalinos siguieron llamándola Plaza Mayor, y ahora, cuando la Carta de Cúcuta había dejado de existir por cuenta del decreto del veintisiete de agosto, la ocasión lucía propicia para responderle a Vélez con una ironía. Pero ese amanecer el horno no estaba para hacer bollos, así que Zuláibar prefirió callarse.

En esas reflexiones andaba cuando, arriba de San Victorino, los tres jinetes se toparon con una partida de infantes del Vargas. Les ordenaron detenerse y les apuntaron. Vélez les pidió a sus custodiados que lo esperaran y avanzó unos pasos, solo, para presentarse y parlamentar con los de infantería. Horment y Zuláibar apenas se miraron, incrédulos ante la oportunidad, y en un soplo escaparon calle arriba, al trote veloz. Llegaron a su casa, dejaron los animales con la idea de que andar a caballo ese amanecer resultaba sospechoso, y salieron a pie, dando rodeos y obviando las calles principales, hasta que pasaron San Victorino por un callejón al sur de la plazuela, alcanzaron la quinta de Sans Façon y siguieron hacia la hacienda de Capellanía, que demarcaba la población de Fontibón por el oriente.

Al llegar a la propiedad, el sol bañaba ya, desde arriba de los cerros, los potreros de la hacienda, y uno de los muchachos que regresaban del ordeño los llevó hasta la casona. El mayordomo los saludó y los condujo hasta la habitación de don Antonio María Santamaría, el dueño de Capellanía, quien aún dormía. Le costó despertarlo, puesto que era de sueño profundo, y además, si lo despertaban de sopetón, se levantaba de mal genio, como pudieron comprobarlo los dos fugitivos.

—¿A qué vienen ustedes a importunar tan temprano?, ¿es que no saben que el sueño es sagrado? —los regañó Santamaría, de muy malas pulgas.

Horment y Zuláibar le ofrecieron disculpas y le hicieron un apretado relato de lo ocurrido esa madrugada, y seguidamente le rogaron por dos caballos para seguir su camino. Sabían de la simpatía del hacendado por Santander y de las críticas que había vertido en privado en contra de las medidas adoptadas por el Libertador, y esperaban que fuese solidario con unos fugitivos que, le dijeron, arriesgamos la vida para salvar a la república.

—No me enreden con sus cuentos —los abroncó Santamaría—, ustedes están dementes y con su visita incivil me están metiendo en un atolladero. Nada de caballos.

—Pero don Antonio...

—Se me largan, atrevidos —vociferó, y cuando amenazó con lanzarles una jarra de plata que su sirviente solía dejarle en la mesa de noche, salieron volando de la habitación.

Tras abandonar la casa, pasaron frente a los establos y pudieron apreciar una docena de caballos de buen porte y alzada. Se les hizo agua la boca, pero nada pudieron hacer porque uno de los trabajadores de la finca, machete en mano, los obligó a alejarse. Se ocultaron entre malezas altas y algunos arbustos espinosos que rodeaban la hacienda por el norte, en una chamba profunda. Al caer la noche, el hambre los obligó a arriesgarse y volver a la casona.

El dueño había salido para la ciudad y el mayordomo los recibió de mala manera. Pero la cocinera se apiadó de los prófugos y les sirvió las sobras del almuerzo, un sancochado de res y unas papas hervidas que, aunque fríos, les supieron a gloria, pues lo último que Horment y Zuláibar se habían llevado a la boca eran unas garullas y unas almojábanas, bajadas con aguardiente, que el poeta Vargas Tejada les ofreció antes de salir a asaltar el Palacio. Mientras devoraban sus platos, le rogaron a un criado llamado Matías por dos caballos para la mañana siguiente.

—Vayan a esconderse —les respondió sin mucha convicción y mirando al suelo— y mañana en la mañana veremos.

La ilusión les bastaba para regresar a su escondite, en el que hallaron la maleza mojada y el suelo pantanoso por el chubasco que cayó mientras comían. A pesar del mal olor que despedía la chamba, rendidos por el cansancio se echaron a dormir en el borde inclinado. Los despertó el relincho de un caballo. Cuando se incorporaron, estaban rodeados por una patrulla de húsares montados, adscritos al Cuerpo de Granaderos. Entonces tuvieron claro que don Antonio los había delatado.

Una vez capturados, los llevaron de vuelta a Bogotá y los hicieron comparecer ante el coronel Richard Crofton, comandante de Granaderos, un irlandés de la Legión Británica que estaba dolido y sediento de venganza por el sacrificio cruel de su amigo Guillermo Fergusson, jefe de edecanes del Libertador. Crofton mandó a Zuláibar a los calabozos de artillería y se llevó a Horment al Palacio, para presentárselo al presidente como trofeo.

El Libertador había pasado mala noche, entre la tos que lo despertaba a cada rato y las pesadillas cargadas de recuerdos de la madrugada bajo el puente del Carmen, que le sobresaltaban el sueño cuando lograba conciliarlo. Se levantó

temprano, irascible y con los ojos enrojecidos, y al cobrar conciencia de todo lo sucedido, después del último sueño, lo invadieron el desengaño y una opresiva sensación de sin remedio. Quiso instalarse en el despacho con dos de sus asistentes, pero no respiraba bien y pronto regresó al salón y se tendió en el mismo sofá donde se había quedado dormido la víspera, antes de que Manuela lo convenciera de pasar a su habitación.

Crofton entró al salón en compañía de dos granaderos que empujaban a Horment, con las manos atadas a la espalda. El francés tenía el rostro sucio, pero a pesar de la mugre saltaba a la vista que su tez estaba dominada por la palidez del miedo. Su ropa seguía mojada y despedía el olor putrefacto del agua quieta de la chamba. El presidente de la república se incorporó y fijó la vista en él. Horment no supo bien si los ojos encendidos del hombre al que la víspera él y sus compañeros habían querido asesinar lo miraban con desprecio o con lástima.

—Déjeme prestarle ropa seca, que esta ciudad no aguanta un acatarrado más —dijo Bolívar mientras sacaba fuerzas de donde no tenía y se dirigía a su cuarto, en busca de unos pantalones y una chupa.

—¿Y a este hombre venían ustedes a matar? —les preguntó don Pepe París, que llevaba un buen rato acompañando a Manuela y al enfermo.

—Era al poder y no al hombre —contestó Horment.

Crofton no aguantó más y se le lanzó al cuello, y ya estaba por dejarlo sin respiración cuando el Libertador regresó al salón.

—Alto ahí, coronel —le gritó a Crofton—, que, a diferencia de ellos, nosotros no somos asesinos.

Entregó la ropa que traía, y una vez más se derrumbó en el sofá y se cubrió con la capa. Miró a todos con el desdén de quien ya no cree en nada y pidió que lo dejaran solo.

* * *

La víspera de la captura de Horment y Zuláibar, el presidente de la república tuvo tiempo de reencontrarse, hacia el final de la tarde, con los oficiales que lo habían visitado en la mañana, encabezados por los generales Urdaneta y Córdova. Ligeramente alentado por un caldo de gallina y un jarabe de cebolla y ajo para sacar las flemas y curar la tos que le recetó Manuelita, despachó un par de horas y, en unión del secretario del Interior, José Manuel Restrepo, redactó algunos decretos que extendían sus ya amplias facultades y precisaban las

responsabilidades de los miembros del gabinete y de los comandantes militares.

Bolívar convino en la creación de un tribunal especial que, en cumplimiento de los decretos, interrogara a los detenidos, instruyese los sumarios, dictase los fallos y fijase las sentencias, que pasarían luego a revisión del propio Libertador como jefe del Estado. A la cabeza del tribunal, en calidad de presidente, fue designado el general Joaquín París, comandante general de Cundinamarca. Lo acompañarían el general Córdova, como subjefe del Estado Mayor, y los generales José María Ortega y Francisco de Paula Vélez, como jueces auxiliares. Al grupo se sumaron el ministro de la Corte Suprema, José Francisco Pereira; el fiscal de la Corte Superior, Joaquín Pareja, y dos juristas cercanos a los bolivianos. Como auditor de guerra de los procesos debía actuar el abogado Tomás Barriga Brito, el mismo letrado que horas antes había aguantado el rapapolvo de Bolívar por las actitudes opositoras de su hijo Isidoro, que conviene, dijo Córdova, que un buen jurista dé forma y sustento a todo lo que actúe el tribunal.

En las horas que siguieron al atentado fue capturado el capitán Rudesindo Silva, quien con tanta osadía como imprudencia había asumido, antes de la medianoche, el comando de facto de la brigada de artillería. Después de ordenar a los artilleros apostar un cañón frente al portón del Batallón Vargas y disparar, y una vez que estalló el combate, primero a tiros y luego cuerpo a cuerpo, Silva lo pensó dos veces. Pronto comprendió que la reacción de los infantes y oficiales del Vargas indicaba a las claras que el coronel Ramón Nonato Guerra no había dictado instrucción alguna a los oficiales de ese cuerpo, el más grande, mejor dotado y mejor preparado de todo el ejército acantonado en la ciudad, y que sin el Vargas, los rebeldes estaban perdidos.

Aterrado, huyó a su casa, situada a unas pocas cuadras, y se ocultó en el zaquizamí hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Pasadas las nueve, convencido de que los vencedores vendrían a buscarlo, bajó de su escondite en el zarzo y se dirigió a la casa del procurador Nicolás Llanos, en busca de protección. Hasta allá llegó una de las partidas de milicianos desplegadas por Bogotá con instrucciones de búsqueda y captura de los implicados en la conjura. El teniente Ignacio Galarza metió la punta de una bayoneta en la cama del cuarto de visitantes y sacó a Silva de allí poco antes del mediodía del viernes veintiséis.

Las detenciones se sucedieron una tras otra esos días. Hasta el barrio San Victorino, a casa de un amigo, fue a parar la mañana del veintiséis el teniente José López, el mismo a quien los complotados conocían como Lopótez. Huyó

del Palacio en la madrugada, tras la comprobación por parte de los asaltantes de que Bolívar había logrado escapar, y en un principio pensó en esconderse en la tienda de una botillera con quien había intimado, pero ella le advirtió después del amanecer que había partidas de milicianos que barrían el barrio de la Catedral y las calles aledañas, y se metían a las casas y almacenes. Entonces corrió a donde su amigo en San Victorino, pero un vecino que lo vio llegar apresurado y con cara de terror, avisó a las autoridades y pronto cayó preso.

En esas horas críticas, a Pedro Celestino Azuero lo condenó su fama de parrandero. La suerte y su sombrero de piel le habían salvado la vida en las primeras escaramuzas cuando él, Horment, Carujo y un puñado de artilleros atacaron a la guardia del Palacio. Pero la buena estrella se le había agotado esa noche. Escapó del fallido asalto a la casa presidencial de San Carlos, corrió por la calle que flanquea las espaldas de la catedral y llegó a la casa de su hermana mayor, Andrea, tres calles más al norte, cerca del río San Francisco, donde Azuero vivía.

—Vete a dormir ahí mismo donde has pasado la noche —le dijo, inflexible como siempre, doña Andrea, al abrir el postigo de la ventana de su habitación que Pedro Celestino acababa de golpear con desespero.

—Pero hermana mía...

—Nada de peros, que ya sabes que aquí no puedes llegar a estas horas —respondió y cerró el postigo.

Consciente de la inutilidad de tratar de conmover el espíritu riguroso de su hermana, Azuero voló a la casa del doctor Ezequiel Rojas, quien, fugitivo también, llegó poco después. Él y el poeta Vargas Tejada habían asumido la misión de ir a la casa del coronel Diego Whitle, comandante del Batallón Vargas, para impedirle salir y asumir el mando de sus tropas, de modo que las órdenes que debía dictar el coronel Guerra entraran en vigor y, combinadas con la operación de los artilleros sobre el cuartel de infantería, permitieran a los alzados hacerse con el control del cuerpo más afín al Libertador.

Como no hallaron a Whitle en su casa, con los primeros cañonazos y la fusilería en acción en el área de los cuarteles, Rojas y Vargas Tejada regresaron a la casa del poeta. Hacia las tres y media llegó hasta allí el joven sastre Francisco Torres Hinestroza, quien aún sin cumplir los veinte años tenía vínculos con algunos de los conjurados y, para esa hora, era portador de noticias ciertas sobre el fracaso de la empresa revolucionaria.

—Pensemos en el cadalso y familiaricémonos con él —le dijo Vargas Tejada

a Rojas y el silencio se apoderó de ellos.

Al rato, Rojas se despidió del poeta con un abrazo y salió para su casa, donde encontró a Azuero con una herida en la cabeza poco más profunda que un rasponazo.

—El otro quedó peor —le dijo Azuero, y Rojas pensó, erradamente, que se lo decía en broma.

—Vámonos —le dijo Rojas—, que como presidente de la Sociedad Filológica no hay duda de que vendrán a buscarme.

Pasaron a una casa vecina, justo antes de que un piquete de soldados golpeará el aldabón de la residencia que acababan de dejar. La huida los llevó a donde doña Nicolasa Ibáñez de Caro, a orillas del río San Francisco. No era una buena idea ocultarse en la casa de la mujer que, con su marido enfermo y postrado en una cama, era bien conocida como la amante del general Santander. Pero aun así, esperaron allí el día y la noche del viernes veintiséis. El sábado, muy temprano, una vecina vino a avisarle a doña Nicolasa que sobre su residencia pesaba una orden de requisita y que unos milicianos venían en camino. Le recordó que la víspera el gobierno había dictado un bando en el que se castigaba incluso con la pena de muerte a quien ocultara a los conspiradores.

—Y a usted, Nicolasa —le hizo ver—, le tienen muchas ganas...

Les urgía salir, pero como ya era de mañana, necesitaban un disfraz. Rojas se vistió con la ropa de campesina de una de las empleadas de doña Nicolasa. Azuero se cubrió el cuerpo con una ruana y la cabeza con una pañoleta atada bajo la quijada. Se separaron al ver que había soldados que patrullaban la calle, pero unos yerbateros que habían instalado su puesto de venta a orillas del río, advirtieron a los uniformados.

—No son señoras, son hombres disfrazados —les dijeron, y allí mismo Rojas y Azuero fueron capturados.

El mismo domingo veintiocho, el tribunal instituido horas antes desarrolló sin dilaciones los primeros procesos sumarios. El lunes, una condena a la pena capital pesaba ya sobre Horment, Zuláibar, el capitán Silva, y los tenientes Lopótez y Cayetano Galindo, otro colaborador de la conjura. El martes treinta, a las doce del día, los fusilaron en el mismo costado sur de la plaza donde nueve años habían sido pasados por las armas el brigadier Barreiro y una treintena de oficiales realistas. Sus cuerpos baleados y ensangrentados quedaron expuestos varias horas en los banquillos a los que sus verdugos los habían amarrado.

Como nadie lo había visto ni en el Palacio ni en los cuarteles, porque su

misión los había llevado a él y al poeta Vargas Tejada en busca del coronel Whitle, Rojas salió más o menos bien librado de los primeros interrogatorios, y aunque siguió detenido, se salvó de los fusilamientos. En un principio, Azuero y el coronel Guerra también corrieron con suerte. El alto oficial fue condenado a ocho años de presidio, acusado de haber tenido conocimiento de la conspiración, pero salvado de la pena de muerte porque parecía claro que no había participado en las operaciones del levantamiento y, en cambio, se había ido a jugar a los naipes con el presidente del Consejo de Ministros, Castillo y Rada. A Pedro Celestino Azuero le fue mucho mejor, pues en las premuras que se impuso el tribunal no alcanzó a recoger los testimonios sobre la puñalada que le dio a uno de los guardias del Palacio, y en primera instancia lo absolvió.

Enterado de las decisiones sobre Guerra y Azuero, Bolívar montó en cólera. Se había recuperado bastante de su catarro, pero mientras su cuerpo mejoraba, el humor se le envenenó, que en qué cabeza puede caber que el coronel Guerra, el oficial de más alto rango de la conjura, el mismo a quien le pedí investigar los dichos del capitán Triana al subteniente Salazar, el mismo que me mintió y me engañó, pues encarceló a Triana pero dejó libres y en acción a todos los demás, los que casi me matan y acaban con la república, ese cínico traidor salve su vida y vaya a pasar apenas ocho años detenido en una instalación militar. En cuanto a Azuero, durante el fin de semana el Libertador había escuchado varios testimonios de su activa participación en el asalto al Palacio, y por ello le hervía la sangre, pero ya no por la fiebre sino porque lo hubiesen absuelto.

De un plumazo, ordenó disolver el tribunal que integraban militares y civiles, nombró al general Córdova como ministro de Guerra y Marina, en remplazo del general Urdaneta, y a este lo puso al frente del comando general del departamento de Cundinamarca, en sustitución del general París, con quien Bolívar estaba furioso, que siempre ha sido un pelele, un bueno para nada, sentenció sin contemplaciones para con su viejo amigo. Por esa vía, Urdaneta asumió de inmediato las funciones de juez instructor de la causa contra los conspiradores, que se surtiría como un proceso puramente militar, un juicio sumario aún más veloz que el previsto inicialmente, con única revisión de sus decisiones por parte del Libertador.

—A ver, Urdaneta, si usted sí es capaz de castigar en justicia a estos felones y asesinos —sentenció Bolívar y nadie le protestó.

* * *

Para principios de octubre, Santafé de Bogotá era una ciudad atemorizada, sacudida por los rumores más alarmantes y sometida a la altanería y las amenazas de venganza de los bolivianos más leales. Los acusados que no habían sido condenados todavía rogaban porque algún milagro les ahorrara la pena de muerte, mientras otros residentes de la ciudad que habían conocido de cerca a los conspiradores y escuchado el ruido de lo que tramaban, sin haberse involucrado en sus planes, pasaban las noches en vela, temerosos ante el riesgo de una delación. Los que tenían uniforme militar continuaban detenidos en los cuarteles, y los civiles en el Colegio de San Bartolomé, cuyas aulas, poco tiempo atrás recinto de debates sobre la injusticia de la ley y el derecho que asistía a los ciudadanos frente al tirano, habían sido convertidas en celdas. Sobre el costado sur de la plaza seguían los banquillos, lavada ya la sangre de los primeros fusilamientos, a la espera de los sentenciados que habían de venir.

En las días siguientes, Urdaneta y sus secretarios demostraron la eficiencia que el presidente de la república esperaba de ellos. El general y juez único de la causa dio por inservibles los procesos contra el coronel Ramón Nonato Guerra y contra Pedro Celestino Azuero, y en apenas cuarenta y ocho horas volvió a interrogar a Guerra, lo acusó de traición y conspiración y lo sentenció a la pena de muerte, previa degradación. El coronel fue fusilado en la Plaza Mayor, a las once y media de la mañana del dos de octubre.

Azuero fue condenado el siete de octubre y pasado por las armas el día catorce, en compañía del teniente Juan Hinestroza, uno de los oficiales que salieron la noche del veinticinco de septiembre de la casa de Vargas Tejada a participar en las operaciones de la conjura. Doña Andrea Azuero, la hermana mayor que se negó a abrirle la puerta en la madrugada del veintiséis a Pedro Celestino, jamás recobró la tranquilidad de su alma y se culpó de por vida, que yo misma lo mandé al cadalso. Ni siquiera la convicción y la entereza con que Azuero marchó al banquillo donde lo iban a amarrar le sirvieron de consuelo. El joven rechazó el auxilio de los sacerdotes, que yo no me confieso, dijo altivo y seguro, porque el único remordimiento que llevo al sepulcro es no haber dado muerte al tirano de mi patria.

Por aquellos días desfilaron ante el pelotón de fusilamiento, después de perder su rango y sus insignias, el sargento Francisco Flores y los soldados Fernando Díaz, Miguel Lacuesta, Calazancio Ramos e Isidoro Vargas, que se vieron mezclados en las operaciones de los artilleros, unos en el asalto al Palacio y otros en el ataque al Vargas. Media docena de uniformados fueron absueltos, como los subtenientes Manuel Lugo y Manuel Llanos, o solamente condenados a

presidio, como los capitanes Joaquín Acevedo, Rafael Mendoza y Emigdio Briceño, o apenas degradados, como el capitán José Antonio Martínez, en virtud de lo que Urdaneta y su equipo evaluaban de sus testimonios y de los relatos de los testigos, así como de su colaboración a la hora de delatar a otros implicados. También recibió condena de cárcel el capitán Benedicto Triana, cuya mente mareada por los aguardientes quizás había salvado al gobierno, pues le hizo soltar la lengua y develar la conjura, lo que obligó a los conspiradores a acelerar sus planes, improvisar sobre la marcha y, por esa vía, fracasar.

Uno de los más afortunados fue el abogado Ezequiel Rojas. Si bien como presidente de la Sociedad Filológica se mantuvo muy activo en las reuniones previas al veinticinco de septiembre, Vargas Tejada lo salvó, sin saber que lo hacía, al pedirle que lo acompañara a casa del coronel Whitle, comandante del Vargas, para impedirle que asumiera el mando de sus hombres. También lo salvó que no encontrasen a Whitle y que de allí regresasen a la casa del poeta, con lo cual ambos se mantuvieron al margen de las operaciones violentas en la casa presidencial y en los cuarteles.

Las pruebas que suministra el proceso actuado contra los conspiradores no descubren claramente la complicidad de Ezequiel Rojas en tan horroroso crimen, opinó el auditor de guerra y auxiliar de Urdaneta en el proceso, el letrado Tomás Barriga, en el concepto que dictó antes de la sentencia. El hecho de habersele aprehendido al otro día de aquel infausto suceso disfrazado de mujer, agregaba su dictamen, lo cubre de alguna sospecha, porque nadie ordinariamente se oculta de modo tan indigno encontrándose inocente, pero como aquella sospecha se halla aislada de otra especie de pruebas establecidas por las leyes, no cree el auditor, siguiendo las mismas disposiciones legales, que dicho Rojas sea acreedor a las penas prescritas. Pero sí opina, escribió luego, que habiendo Ezequiel Rojas emitido opiniones contrarias y aun ofensivas a la persona de su excelencia el Libertador y contra el actual régimen, se dé cuenta al gobierno de la actuación practicada contra el referido Rojas para que, pesando en su imparcial juicio las probabilidades que suministra, dicte las medidas que crea oportunas para alejarlo del país. Dictado en Bogotá, a treinta y uno de octubre de 1828. Firmado, el auditor de guerra Tomás Barriga y Brito. El general Urdaneta convino en la sentencia de destierro y el Libertador, que para finales de octubre había comenzado a reblandecerse, la confirmó.

Por aquellos días, había empezado a pesar sobre el alma de Bolívar la culpa por el fusilamiento del más ilustre de los condenados, el almirante José Prudencio Padilla. Detenido en una habitación del segundo piso de la casa que

separaba el Batallón Vargas de la brigada de artillería, fue sacado por el capitán Briceño y el subteniente Galindo, que le propusieron ponerse al frente de las tropas. Briceño y Galindo, quienes en su asalto mataron al coronel José Bolívar, se salvaron del ajusticiamiento y sólo pagaron pena de prisión. Pero Padilla, quien se negó de manera rotunda a asumir mando alguno y apenas pudo corrió a esconderse, fue condenado por Urdaneta en un proceso sumarísimo y sentenciado a morir fusilado apenas una semana después de la insurrección.

El principal argumento de la sentencia se basaba en que el almirante se había colgado al cinto la espada que le dieron los asaltantes que lo liberaron, y que con ellos había saltado la tapia hacia el cuartel de artillería, con lo que, a ojos de Urdaneta, Padilla quedaba plenamente convicto de haber tenido parte en la conjura. A esa actuación, Urdaneta le sumaba la causa de rebelión contra el gobierno porque la que, en mayo de ese año, el almirante había sido detenido en Cartagena por su enemigo de siempre, el coronel Mariano Montilla, y enviado preso a Bogotá.

El Libertador estaba más emponzoñado que nunca, y al revisar la sentencia le agregó al fusilamiento que el cuerpo inerte fuera colgado y así, en una horca, quedara expuesto el resto del día. La sentencia se cumplió el dos de octubre. Padilla fue fusilado al mismo tiempo que el coronel Guerra, a quien le vendaron los ojos. El almirante se negó a que lo cegaran y se quedó mirando fijamente y con los ojos bien abiertos a sus verdugos hasta que la descarga lo derrumbó. El héroe de la batalla naval más importante de la guerra de Independencia pagaba con ello la osadía de haber querido liderar un movimiento de pardos en Cartagena, el único lugar donde en verdad lo lloraron, pues en Bogotá, incluso los de piel más oscura se hicieron los desentendidos para evitar que los discriminaran. Pero, además, el hecho de haber sido visto poco antes del amanecer del veintiséis de septiembre, en la Plaza Mayor, conversando con el general Santander, hizo crecer no tanto las sospechas como la rabia de los bolivianos contra él, y acabó de sellar su triste des-tino.

—Que algo se traían esos dos —le comentó Urdaneta al presidente al día siguiente del ajusticiamiento, y el Libertador asintió, que ese día le habían empezado los ataques de remordimiento.

* * *

Ezequiel Rojas no le volvió a ver la cara a Luis Vargas Tejada desde que se despidieron con un abrazo, a las cuatro de la madrugada del veintiséis de

septiembre, poco después de que el poeta le recomendara que se fueran familiarizando con el cadalso. Ninguno terminó sus días allí. Obligado a dejar el país por la sentencia en su contra, Rojas viajó a Francia, donde a sus conocimientos de derecho les agregó un acentuado interés por la economía política y el utilitarismo de Jeremy Bentham, que preconizaba la mayor felicidad para el mayor número.

A Vargas Tejada no le fue tan bien. Su primo Juan Miguel Acevedo huyó del Palacio en la madrugada del veintiséis, y sin que nadie lo detuviera o interpelara, caminó todo el día y parte de la noche hasta llegar a la hacienda El Chocho, cerca de Fusagasugá, propiedad de su cuñado Diego Fernando Gómez, donde el joven solía vivir y trabajar. Hasta allá lo siguió Vargas Tejada, quien llegó el sábado veintisiete en la tarde. El poeta enteró a Gómez de lo sucedido. El domingo, bien temprano, el hacendado se fue al pueblo con la idea de indagar qué sabían los locales de lo ocurrido la noche del veinticinco en la capital. El dueño del principal granero de la población lo alertó, que el muchacho Acevedo, su pariente político, es uno de los que andan buscando.

—Es mejor que se vayan y se oculten en las montañas —les dijo Gómez a su cuñado y al poeta—. No confío en mis sirvientes, que cualquiera los puede vender.

Permanecieron once días en el bosque, pero la falta de comida y las lluvias los convencieron de cambiar de refugio. Caminaron durante largas jornadas rumbo a Cáqueza, por la vía de Sibaté, pero en San Fortunato decidieron separarse. Acevedo fue aprehendido a las pocas horas, llevado a Bogotá, juzgado y condenado a pena de muerte. Sin embargo, las semanas que pasó como fugitivo le salvaron la vida. Para cuando el general Urdaneta dictó su sentencia, el Libertador había resuelto escuchar la opinión del Consejo de Ministros antes de confirmar las decisiones de los juicios sumarios. El diez de noviembre, el ministro de Guerra, el general José María Córdova, le informó a Urdaneta que Bolívar, tras escuchar a sus ministros, había conmutado la pena de muerte contra el joven Acevedo, por la de ser destinado al servicio militar por ocho años, en clase de soldado raso.

Su primo Luis gozó de suerte al principio, pues no fue capturado. Bajó a Cáqueza y de ahí a los Llanos, y se adentró en las sabanas, en dirección al nororiente. Halló refugio en una cueva, donde se las arregló para comer y escribir. Alguien contó que la trabajadora de una hacienda cercana, a quien Vargas Tejada le endulzó el oído a punta de versos, le llevaba comida, y papel y

tinta para escribir. Compuso el monólogo La madre de Pausanias y la tragedia Doraminta, textos que consiguió enviar a su madre, a quien le escribía con cierta frecuencia gracias a la muchacha, que le ayudaba con el correo. Un año después de la noche septembrina en que él y sus amigos iban a matar a Bolívar decidió salir hacia Venezuela, pero semanas más tarde, al tratar de cruzar el río Cusiana, las corrientes le jugaron una mala pasada y lo arrastraron contra unas piedras. El poeta Vargas Tejada murió ahogado días antes de la Navidad de 1829.

Florentino González y Mariano Ospina Rodríguez salieron juntos del Palacio, impuestos ya del fracaso del asalto y del desenlace negativo que habían tenido las operaciones de sus socios artilleros. Caminaron hacia el norte y se separaron en la esquina de la Casa de Moneda. González montó en una mula que usaba para sus paseos por la sabana, y no se detuvo hasta llegar, días después, a Charalá, no lejos de su natal Cincelada. El alcalde lo apresó a poco de desmontar, cuando un tendero amigo de su familia reconoció al recién llegado.

La madrugada del veintiséis, Ospina corrió a esconderse en la casa donde trabajaba una esclava negra a quien él ayudaba a veces con algunas monedas. Enfermó y soportó fuertes fiebres durante varios días, tanto que la negra creyó que su antiguo protector y ahora protegido se moría. Ella misma lo sacó envuelto en un colchón para otro escondite y se encargó de informar al íntimo amigo de Ospina, don Anselmo Pineda, de la situación del joven abogado. Pineda tenía listo un largo viaje, hacia la provincia de Antioquia, y como Ospina había mejorado de sus calenturas, lo integró como uno de sus arrieros. Una vez en Antioquia, trabajó como jardinero en varias haciendas, una de ellas muy cerca de Santa Rosa de Osos, donde lo conocían como Ño Bruno.

* * *

Florentino González llegó preso a Santafé de Bogotá el dieciséis de octubre. Llovía a cántaros, recordaría años más tarde, y al pasar por la plaza vi en ella siete banquillos y dos horcas que se habían dejado allí en espectáculo permanente. Lo llevaron al San Bartolomé, donde pudo cambiarse las ropas empapadas y comer algo. El general Rafael Urdaneta, que había instalado en el colegio el despacho desde donde conducía, con mano de hierro, los procesos, lo saludó con amabilidad y lo mandó encerrar. A la mañana siguiente, dos guardias lo llevaron a rendir su primera declaración.

Desde un principio, para el reo resultó evidente que la intención de sus interrogadores era involucrar, como jefe de la conspiración, al general Santander,

que todos ustedes eran amigos de él, y muy cercanos, y seguidores de su línea de acción política, le dijo Urdaneta. González respondió con evasivas, en defensa propia y en defensa del Hombre de las Leyes, y nada dijo que enredara al general. Para procesar a Santander, Urdaneta sólo contaba con algunos testimonios fragmentarios, como la deposición del coronel Ramón Nonato Guerra horas antes de ser fusilado, en que los declarantes hablaban, de oídas, sobre el papel del general, que por lo que yo supe, dijo Guerra, Santander no quería verse involucrado.

Veinte días después de la fallida insurrección, el proceso contra el principal implicado estaba estancado y Urdaneta, que sabía que el Libertador le retiraría su confianza si nada lograba en ese frente, comenzaba a desesperarse. Para empeorar las cosas, algunos notables capitalinos de probada lealtad con el Libertador habían empezado a expresar sus inquietudes por la detención de Santander, que está preso e incomunicado sin que le formulen cargos ni digan qué tienen en su contra, y eso mancha la honra y la reputación tanto del señor presidente como de la república, y los ecos de esas protestas llegaban al Consejo de Ministros y eran expuestos allí ante el rostro desencajado de Bolívar.

A principios de la tercera semana de octubre, el general Urdaneta comenzaba a temer que sobre su cuello caería la misma guillotina que había descabezado a su colega, el general Joaquín París, al frente del tribunal inicial, creado para juzgar a los conjurados. Entonces se le apareció, si no la Virgen, al menos un fraile que traía noticias del fugitivo comandante Pedro Carujo, uno de los más buscados. Terminada la campaña por la liberación de Venezuela en 1823, Carujo llegó a Bogotá con el grado de sargento mayor, y al tiempo que siguió con su carrera militar y ascendió a teniente, tomó clases de Matemáticas y Geometría Analítica con fray Tomás Sánchez Mora, un franciscano con quien, además, solía discutir sobre teoría política. El fraile buscó al general Urdaneta y ofreció, en nombre de Carujo, a quien él escondía, su entrega y su colaboración para esclarecer la trama íntegra de la conspiración.

Tras abandonar a sus hombres cerca del puente de San Victorino cuando se cruzaron con el general Córdoba, en la madrugada del veintiséis de septiembre, Carujo halló refugio en el convento de Santo Domingo, donde su amigo fray Tomás ocupaba una celda. Allí pasó el día. Pero el franciscano también mantenía una pieza en alquiler ni más ni menos que en la casona en que residía el muy temido juez de policía, Ventura Ahumada, boliviano convencido, que se había ganado justa fama de eficiente y cruel represor.

—Voy a llevarte, Pedro, a donde no te buscarán jamás —le dijo el fraile y lo escondió, al anochecer del veintiséis, en su habitación en la casa de Ahumada.

Fray Tomás negoció con el general Urdaneta el sometimiento de Carujo y su testimonio en contra de quienes, según decía el franciscano, habían estado tras la intentona revolucionaria, y exigió a cambio que se le respetara la vida y que, una vez que declarara todo lo que sabía, recibiera un pasaporte para viajar al exterior. Urdaneta se frotó las manos. Consultó con el Libertador, quien protestó, cómo va a salir impune este criminal que iba a levantar a planazos a Manuela y asesinó de la manera más vil y más cobarde a Fergusson.

—Miremos a ver con qué sale —aceptó al fin, a regañadientes.

El Consejo de Ministros dio su visto bueno a la negociación contra la que Bolívar seguía refunfuñando, y en la tarde del veintidós de octubre, Carujo salió de su escondite y se entregó al coronel Pedro Alcántara Herrán, que vino a recibirlo al frente de una partida de milicianos. Al día siguiente, a las nueve y media de la mañana, Urdaneta y Barriga lo sometieron a un extenso interrogatorio que había de durar, con breves interrupciones, cuarenta y ocho horas. Pero salieron decepcionados.

—A más de asesino y de traidor, ese carajo es un embaucador —bramó el Libertador.

Reunió al gabinete una vez más y los ministros conceptuaron que Carujo había incumplido el pacto y que merecía, por su responsabilidad en la conjura y por su intento de engañar al juez que le había ofrecido los mayores beneficios, la más severa de las penas. Para Urdaneta, fusilar a Carujo implicaba renunciar a su último intento por salvar la investigación y llegar hasta Santander. Encerró al teniente en un calabozo, con grillos y sin comida, olvídense de una vez de las garantías pactadas y de su pasaporte, que me dispongo a dictar sentencia, y será la que merece no sólo un asesino, sino un embustero y un tramposo.

Horas después, el detenido lo mandó a llamar, que he recapacitado y estoy listo a confesar lo que más sé y que he dado en callar porque no me creía obligado a decirlo. En una declaración muchísimo más breve que el larguísimo interrogatorio inicial, el teniente Pedro Carujo aseguró que el general Santander era, para todos los involucrados, el líder a quien reconocían y a quien deseaban encargar de la jefatura del gobierno si la conspiración tenía éxito. Como prueba de lo enterado que había estado Santander, Carujo contó que el general le había ordenado suspender, a como diera lugar, el proyecto de asesinar al Libertador el domingo veintiuno, en Soacha.

—Si fue capaz de detenerlos ese día, es porque sin duda era el jefe —opinó Urdaneta al releer la copia de la declaración firmada por el teniente.

Mencionó Carujo a Florentino González como el contacto que los integrantes de la trama tenían con el Hombre de las Leyes y aseguró que González había sido el encargado de enterar a Santander de lo que preparaban. Urdaneta ordenó un careo y, tras leer la declaración de Carujo y escuchar al teniente ratificarla, González, que hasta entonces había negado cualquier vínculo de Santander con la conjura, se derrumbó y aceptó narrar, en detalle, su conversación con él, en la casa de don Salvador Camacho, el diez de septiembre. Fue una reconstrucción fiel de la charla, como había de reconocerlo luego el general cuando él mismo fue sometido a un careo con González y se limitó a corregir algunas interpretaciones que su pupilo y amigo había hecho del intercambio que habían sostenido. Lo malo para Santander era que esa conversación lo vinculaba directamente con los conspiradores y confirmaba que conocía, aunque sólo fuera de manera general, su proyecto. Lo bueno, que González había insistido en que el Hombre de las Leyes consideraba que no era el momento para intentar revolución alguna y había machacado en que detuvieran sus planes. Lo regular, que uno de sus argumentos para oponerse a una acción en esos días era que no deseaba estar en Colombia cuando la insurrección ocurriese.

Durante el encaramiento con Carujo, Santander confirmó el relato del teniente sobre cómo había impedido el atentado al Libertador en Soacha, y lo utilizó para argumentar su inocencia. Requerido sobre por qué no había advertido al presidente de la república, en forma directa o por la vía de algún mensajero, sobre lo que los conspiradores tramaban, alegó que sus comunicaciones con Bolívar estaban reducidas a lo mínimo.

—Pero además —dijo—, como estaban las cosas, para el Libertador yo carecía de toda credibilidad.

Terminadas las diligencias, en los primeros días de noviembre Carujo insistió en hablar con el general Urdaneta para indagar, ahora que él había cumplido su parte, cuándo recibiría los beneficios prometidos, en especial su liberación y el pasaporte para su salida del país. No lo consiguió, y una tarde en que fray Tomás fue a visitarlo, se le quejó.

—No me cumplen, amigo querido, cuando deberían estar agradecidos conmigo, que yo les salvé el proceso y les di con qué joder al general Santander.

—Paciencia, Pedro, paciencia...

—Actúan —insistió Carujo— como si no les hubiese gustado lo que les

entregué.

—Traición gusta, Pedro, traidor nunca.

Lo cierto es que Urdaneta estaba encantado con la colaboración del teniente, con los careos y con los nuevos interrogatorios a Santander y a González. No le hacía falta más. El siete de noviembre, él y Tomás Barriga firmaron la sentencia de apenas dos folios, que por estos fundamentos y lo más que resulta de autos, decía, se concluye que el general de división Francisco de Paula Santander ha infringido el artículo veintiséis del tratado octavo, título diez, de las Ordenanzas del Ejército, que impone pena de horca a los que intentaren una conspiración y a los que sabiendo no la denunciaren. Ha infringido también, agregaba el fallo, el artículo cuarto del decreto del veinticuatro de noviembre del año de 1826, por el que se prohíben reuniones clandestinas, y con más eficacia el decreto del veinte de febrero del presente año contra los conspiradores. En esa virtud, concluía la providencia, se declara que el general Santander se halla incurso en la clasificación que comprende el segundo inciso del artículo cuarto de este último decreto, y se le condena en nombre de la república, y por la autoridad de dicho decreto, a la pena de muerte y confiscación de sus bienes a favor del Estado, previa degradación de su empleo...

—Está cumplida la misión —le dijo Urdaneta a Brito.

EPÍLOGO

SALVO SÍ, SANO NO

El doce de noviembre del año bisiesto de 1828, el general Francisco de Paula Santander fue trasladado de la celda que ocupaba en el cuartel de Granaderos Montados, cuatro cuadras al norte de la Plaza Mayor, al edificio de las Aulas, donde funcionaba la Biblioteca Nacional. Su nuevo lugar de reclusión estaba a unos cuantos pasos de la entrada principal del Palacio de San Carlos, el mismo que siete semanas antes había sido asaltado por una treintena de revolucionarios, civiles y militares, entre ellos varios seguidores de Santander, que se habían propuesto derrocar al régimen y disponer de la vida del Libertador Simón Bolívar.

—Cómo pudo comprometerse de tal modo con esos asesinos —le dijo el general Urdaneta durante una breve visita, una vez conocida la sentencia—, si usted ha sido para el Libertador como un hijo.

—Se equivoca, general —respondió Santander—. Ese hijo es Sucre, el más amado y admirado por el general Bolívar, su heredero indiscutible; yo si acaso he sido una especie de hermano menor, a veces respondón, a veces incomprendido, pero siempre leal.

—Hijo, hermano, qué más da; cómo pudo...

—Comprendo bien que a usted le sirva condenarme, pero no entiendo que se lo crea —le respondió—. Usted sabe mejor que nadie que soy inocente.

Entre el día siete, en que le fue comunicada su sentencia de muerte, y el día once, cuando le informaron del resultado de la revisión de su proceso por parte del Consejo de Ministros y de la recomendación que el gabinete le había hecho al Libertador, Santander aguardó en capilla por el final de su existencia. Los días siete y ocho, los ministros José María del Castillo, presidente del consejo; José Manuel Restrepo, ministro del Interior; Estanislao Vergara, de Relaciones Exteriores, y el general José María Córdova, de Guerra y Marina, deliberaron. En la sesión del diez aconsejaron al presidente de la república, en virtud de lo que exigen la justicia, la seguridad pública y la política, que así lo dejaron

consignado en un documento, que conmute la pena capital de Santander en expulsión de Colombia, destitución de su empleo de general y prohibición de volver sin permiso del gobierno, con calidad de que si contraviniera en cualquier tiempo esta prohibición, sea ejecutada la sentencia de muerte por cualquier juez o jefe militar del lugar en que se le aprehenda, y que se conserven sus bienes raíces como depósito, sin poder disponer de ellos aunque percibiendo sus rentas.

Restrepo, uno de los principales defensores de la idea de cambiar la sentencia e impedir que el Libertador pasara a la historia por haber ordenado el fusilamiento de quien fue su mano derecha durante la década definitiva de la Independencia y el nacimiento de la república, anotó en su diario que también fueron conmutadas las penas capitales de Florentino González y Juan Miguel Acevedo, los capitanes Emigdio Briceño, Rafael Mendoza y Joaquín Acevedo, y el subteniente Teodoro Galindo. La de González, escribió Restrepo, a diez años en una bóveda solitaria en Cartagena, las de los cuatro siguientes, a seis años, y la del último, a diez años de presidio en Cartagena.

Igualmente, fue de opinión el consejo, registró Restrepo en su bitácora, que a Carujo se le cumpla la palabra de perdonarle la vida saliendo del territorio de Colombia, con prohibición de volver a él, y que se dé un indulto de la vida a los conjurados que se hallan prófugos, pero quedando sujetos a las providencias de seguridad que dictare el ejecutivo con sus personas. El Libertador se ha conformado con este dictamen, remató, y hoy se ha concluido la causa de conspiración. La opinión pública, consignó en una nota final, estaba decidida en Bogotá y sus alrededores contra la muerte del general Santander y contra más derramamiento de sangre.

En apenas dos jornadas, entre el doce y el catorce, enterado de la conmutación de su condena, el general Santander dedicó las mañanas y las tardes a una tediosa tarea que le sirvió para liberar las tensiones acumuladas en esas semanas de terror. Fue una particular penitencia de la que dejó constancia en un folio para que lo supiera la historia. Estando preso en esta pieza de la biblioteca el ciudadano Francisco de Paula Santander, vicepresidente constitucional de la república, que deseaba dejar claro que lo seguía siendo, y exgeneral del Ejército, que ese rango sí reconocía haberlo perdido por efecto de la sentencia, contó los volúmenes que tiene dicha biblioteca y resultaron 14.847, existentes en los estantes, fuera de los volúmenes viejos que están tirados por las ventanas y rincones.

Sus votos al salir hoy para fuera de la patria, agregó a la nota, son por la

prosperidad y libertad de sus compatriotas, de quienes espera que, en la calma de las pasiones, le hagan la justicia que ahora se le ha negado con motivo de la conjuración del veinticinco de septiembre, de la cual jura ante Dios, supremo juez de los mortales, que lejos de ser autor, director, aconsejador, auxiliador o ejecutor, ha sido opuesto y enemigo del proyecto que fue lo único que alcanzó a entender por casualidad, que así consta de las causas seguidas a los conjurados. Ha sido sentenciado sin saber por qué ley, no habiendo hecho ofensa ninguna. Perdona a todos sus enemigos y desea felicidad al Libertador-presidente Bolívar y a todos los colombianos. Firmado en Bogotá, el quince de noviembre de 1828.

A pesar de haber acogido la recomendación de sus ministros, Bolívar pasó varios días refunfuñando, mientras el preso más ilustre del país hacía, justo al otro lado de la calle del edificio donde estaba el despacho del Libertador, los últimos preparativos antes de partir al exilio. Usted verá, le escribió el presidente al general José Antonio Páez, el resultado final de la conspiración en la Gaceta de hoy, que le incluyo. Mi existencia, se quejó, ha quedado en el aire con este indulto, y la de Colombia se ha perdido para siempre. Yo no he podido, se explicó, desoír el dictamen del consejo con respecto a un enemigo público, cuyo castigo se habría reputado por venganza cruel. Ya estoy arrepentido de la muerte de Piar, de Padilla y de los demás, confesó antes de advertir que yo le digo, general, que en adelante no habrá justicia para castigar al más feroz asesino, porque la vida de Santander es el pendón de las impunidades más escandalosas. Lo peor, concluyó con amargura, es que mañana le darán un indulto y volverá a hacer la guerra a todos mis amigos y a favorecer a todos mis enemigos.

* * *

Santander y sus custodios llegaron a las afueras de Cartagena el cuatro de diciembre, pero el general Mariano Montilla, que mandaba en esa plaza, no le permitió al general entrar a la ciudad y, por el contrario, ordenó que el prisionero fuera embarcado hasta la fortaleza de San Fernando de Bocachica, frente a la entrada de la bahía, donde fue recluido en una mazmorra. He salido de Bogotá enfermo, le escribió desde allí a Montilla, he venido enfermo por el camino, y estoy enfermo, que la humedad de estas bóvedas, combinada con el excesivo calor, me arruina sin remedio, y sin utilidad para Colombia ni para el gobierno. Mi vida y mi partida de aquí, argumentó, interesan a la gloria del general Bolívar y a la tranquilidad pública.

El trece le escribió un largo memorial a Bolívar, para pedir encarecidamente

a vuestra excelencia, como se lo suplico, se sirva llevar a cabo mi partida fuera de Colombia por todo el tiempo que el gobierno estime conveniente, pues estando lejos del país no perteneceré ya a partidos, y mi nombre no servirá de pretexto para trastornar el orden público. Pero nada logró. El diecinueve fue separado de los demás presos que penaban en San Fernando y trasladado a la vecina fortaleza de San José de Bocachica. Allí permaneció casi seis meses.

Nicolasa Ibáñez le escribió una carta rogatoria al Libertador para que se cumpliera la sentencia de extrañamiento, que Santander es hombre honrado y sensible y yo no quiero más, general, sino que mande poner en libertad a este hombre desgraciado, que no sufra la pena de un criminal y que salga inmediatamente del país. Pero los enemigos del antiguo vicepresidente, encabezados por el general Urdaneta, le daban largas al asunto y Bolívar, que recaía con frecuencia de sus resfriados, su fiebre y su tos de perro, nada definía.

En junio del año veintinueve, Santander fue embarcado en la fragata de guerra Cundinamarca y despachado hacia otra fortaleza frente al mar, la de Puerto Cabello, en Venezuela, donde sus malquerientes en Bogotá suponían que recibiría un severo tratamiento al quedar a órdenes de su viejo enemigo, el general Páez. Santander le escribió a Páez desde la fragata anclada frente a Puerto Cabello, y le pidió un pasaporte para viajar al exterior en cumplimiento de su sentencia. Páez, que estaba cada vez más distante de lo que mandaba Bogotá, se apiadó, y el veinte de agosto le concedió el pasaporte. El día veintiséis, Santander se embarcó para Europa en el bergantín mercante María, después de pagar seiscientos pesos por el pasaje.

La nave atracó en Hamburgo el quince de octubre y Santander recobró su libertad. En compañía de su criado José Delfín Caballero y de Ezequiel Rojas, recorrió la Confederación Germánica, y en enero del año treinta los viajeros se trasladaron a Bruselas. El dieciocho de ese mes, Santander recibió la visita del encargado de negocios mexicano, Mariano Garro, quien apareció en compañía del general José de San Martín, con quien Santander volvería a encontrarse tiempo después en París. El general San Martín me parece un buen soldado, le escribió por aquellos días Santander a Francisco Soto, uno de sus seguidores. Es muy vivo y sagaz, pero amigo de monarquías, le dijo sobre San Martín, y argumenta que nuestras patrias no están preparadas para la forma republicana de gobierno.

—Igual —le dijo San Martín a Santander, una tarde de lluvia, en París—, nosotros los libertadores sólo tenemos una salida después de haber entregado

nuestros servicios a esas tierras, y esa salida es largarnos para no volver jamás.

Un año después, Santander andaba por Italia, donde había resuelto pasar el invierno en busca de un clima menos severo. El 1.º de marzo del año treinta y uno, después de una larga caminata por la ciudad, se sentó en la terraza de un café de Florencia para despachar algunos diarios europeos atrasados, en especial la prensa parisina, que era la que más disfrutaba. Cuando abrió la edición del veintiuno de febrero del *Journal du Commerce*, una corriente helada le sacudió la espalda: Simón Bolívar había muerto en Santa Marta el diecisiete de diciembre. Pérdida para la Independencia, escribió Santander en su diario.

Días más tarde, de paseo por Lausana, en Suiza, mientras consultaba un volumen en francés que había adquirido en Hamburgo poco después de desembarcar en Europa, el cual contenía un curso para aprender la lengua italiana, releyó lo que había escrito en la página de presentación del libro, a poco de comprarlo. Había anotado el año de su adquisición, 1829, y un comentario, el primero de mi violento e injustísimo destierro decretado por el dictador de Colombia, Simón Bolívar. Decidió entonces agregarle una nota. El 1.º de marzo de 1831 escribió, supe en Florencia que Bolívar había muerto cerca de Santa Marta. No me alegré de ello, aunque tengo muchos y muy justos motivos para quejarme de su gobierno arbitrario, ni tampoco lo sentí porque la libertad de mi patria supera cualquier sentimiento. Semanas antes de morir, desde Barranquilla y camino a Santa Marta, Bolívar le había escrito al general Urdaneta una confesión que les repetía por esos días a sus amigos:

—No habernos compuesto con Santander —les decía— nos ha perdido a todos.

Por cartas de sus allegados, a lo largo del año treinta Santander se había mantenido enterado de lo que pasaba en Colombia. Supo que el Libertador había dejado el poder a fines de abril y que el ocho de mayo, enfermo y con el ánimo decaído, había abandonado Bogotá con la idea de viajar a Cartagena y, de allí, salir hacia Europa. La correspondencia también le había traído la noticia del asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre, a inicios de junio. Fue un ramalazo de tristeza, a pesar de que sabía que sus amigos en Bogotá no paraban de escribir contra el vencedor de Ayacucho. Pueda ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar, publicó en una nota *El Demócrata*, uno de los periódicos santanderistas de la capital, a propósito del viaje del Mariscal hacia Quito, donde pensaba retirarse, y del obligado paso que debía hacer con su comitiva por las cercanías de Pasto, la tierra en la que mandaba Obando y donde

Sucre fue asesinado.

Poco después de leer en la prensa parisina la noticia de la muerte de Bolívar, le escribió una larga misiva a Francisco Soto, con la idea de que la transmitiera a todos sus seguidores, que, tras la desaparición del Libertador, es menester empeñarnos todos en hacer cesar la discordia, y en ver de qué modo se forma un lazo de unión entre los tres Estados de Colombia. Ya era tarde para eso, pues Venezuela se había separado definitivamente y las provincias de Quito y Guayaquil habían hecho lo propio, cuando sus líderes crearon la república del Ecuador. Tanto a Soto como a su hermana Josefa les aclaró que no pensaba volver a Colombia a corto plazo, pese a la amnistía general decretada por el gobierno provisional. Yo iré a verte, le dijo a Josefa, cuando nadie se acuerde más de mí y no teman que yo pueda disputarles los empleos públicos.

Regresó un año más tarde, después de que una convención reunida en Bogotá, con la tarea de redactar una nueva Constitución, lo eligió presidente de la República de la Nueva Granada. Gobernó lo que quedaba de Colombia del siete de octubre del treinta y dos al 1.º de abril de 1837, y tuvo ocasión de desplegar sus dotes de riguroso administrador y hombre de leyes. Con los años, incluso quienes no lo querían reconocieron que había sentado las bases del funcionamiento del Estado colombiano.

En el treinta y siete rechazó la reelección, pero intentó imponer a un sucesor, el general José María Obando, el mismo que había sido señalado por el asesinato de Sucre. Ganó José Ignacio de Márquez. En 1840, tras varios años en el Congreso como líder de la oposición y cuando sus amigos lo empujaban a buscar la reelección, la salud le cobró tantos años de guerra y de feroz batallar político. Desde antes de su reclusión después de la noche del atentado contra Bolívar, sufría de terribles cólicos que le trataban con hierbas y, después de ir a Europa, con infusiones de opio que le había recomendado el general San Martín, quien por años padeció males similares.

El treinta y uno de marzo del año cuarenta pronunció un discurso en el Congreso para defenderse de acusaciones en su contra. Sus colegas notaron que Santander hacía constantes muecas de dolor y que tenía el abdomen inflado, a tal punto que la ropa no le cerraba. Terminada su intervención, tomó asiento, y cuando acabó la sesión, sus amigos tuvieron que llevarlo a su casa en silla de manos, pues era incapaz de caminar. Su agonía se prolongó por treinta y seis días, hasta que los médicos declararon su muerte el seis de mayo. Tenía cuarenta y ocho años. Su cadáver fue velado en el convento de San Francisco y trasladado

luego al Colegio de San Bartolomé, la víspera del funeral de Estado en la Catedral Primada. A lo largo del velatorio, miles de capitalinos se acercaron a despedirlo y desfilaron frente al ataúd de caoba con embutidos de cobre que, abierto, permitía ver el cuerpo de Santander vestido con el uniforme de gala de general de división del Ejército de la República.

* * *

Los conjurados que sobrevivieron a la persecución y a los procesos sumarios corrieron, en su mayoría, con buena suerte. Después de pasar varios años escondido en Antioquia bajo el nombre de Ño Bruno, Mariano Ospina Rodríguez pudo amasar una pequeña fortuna como asesor y abogado de algunos hombres adinerados. Fue secretario del gabinete de la provincia de Antioquia y diputado por esa región al Congreso Nacional.

A principios de la década de los cuarenta, el presidente Pedro Alcántara Herrán lo nombró al frente del ministerio del Interior, y tiempo después ocupó la cartera de Relaciones Exteriores. Fue gobernador de Antioquia y, en unión de José Eusebio Caro, hijo del matrimonio del realista Antonio José Caro con Nicolasa Ibáñez, el amor de la vida de Santander, fundó el periódico Civilización, plataforma desde la cual juntos fundaron el Partido Conservador, cuyos estatutos redactaron. En los años cincuenta, Ospina fue presidente de la república durante dos periodos consecutivos.

Ezequiel Rojas, quien salió del país hacia Europa con el general Santander, regresó del exilio en 1832 y en esa década fue elegido varias veces representante a la Cámara por la provincia de Tunja. En 1848, en un artículo del periódico El Aviso, expuso el ideario del Partido Liberal, del que es considerado su fundador y a cuyo nombre llegó al cargo de ministro de Hacienda en el año cuarenta y nueve, durante la presidencia del general José Hilario López. Al igual que Obando, quien también llegaría a ocupar la presidencia, el general López fue visto por los conjurados de septiembre del veintiocho como un aliado en los planes contra Bolívar. Los conservadores herederos de Ospina y Caro, y los liberales que siguieron el programa de Rojas, iban a disputarse el poder en sucesivas guerras civiles a lo largo del siglo.

Otro conjurado que había de destacarse en los años venideros fue Florentino González, quien ocupó el puesto de secretario de Hacienda encargado durante el mandato de Santander, y luego se convirtió en titular de esa cartera, en 1846, durante la primera administración del general Tomás Cipriano de Mosquera.

Defendió el libre comercio y el federalismo, y a fines de la década aspiró a la presidencia, pero no la consiguió. González fue el afortunado que se quedó con el corazón de Bernardina, la menor de las hermanas Ibáñez. Se casaron en 1836 y tuvieron dos hijas.

* * *

Setenta y dos años después de la noche septembrina, y mientras conservadores y liberales se mataban a lo largo y ancho del país durante la guerra de los Mil Días, el historiador Laureano García Ortiz andaba dedicado a investigar sobre la vida del general Santander. Acudió a sus sobrinas, Manuela y Teodolinda Briceño Santander, hijas de Josefa, la hermana menor del general, y ellas le sugirieron que conversara con José Delfín Caballero, quien desde muy niño se había convertido en mayordomo de Santander y, retirado desde hacía años, vivía en una pequeña casa en el barrio Las Aguas, en Bogotá. García Ortiz fue a verlo y, tras hacer gala de una memoria muy fina, Caballero comenzó a hablar del año veintiocho, de la conjura contra Bolívar y de cómo su antiguo jefe le había salvado la vida al Libertador ese año al menos dos veces.

—¿Dos? —indagó García Ortiz—. Yo sólo tengo el registro de la vez en que evitó el atentado en Soacha.

—Pues hubo otra y casi nadie la conoce —le respondió.

Caballero le contó que el general Santander había estado en cama a causa de los cólicos, que ese año lo afectaron una y otra vez, sin duda por los tabardillos que le hacían tener, y que tres señoras vinieron a visitarlo. Cuando se fueron y comenzaba a oscurecer, el general me hizo llamar, me pidió agua caliente para afeitarse, me ordenó arreglar su ropa para salir y cuando se levantó, sacando fuerzas para contener el dolor que lo aquejaba, le ayudé a vestirse. Se sentía muy mal, recordó, se apoyaba en mi brazo y se secaba con frecuencia el sudor de la frente, mientras caminábamos en la noche fría. Llegamos al Coliseo, donde se celebraba un baile de máscaras, y la entrada estaba muy iluminada y mucha gente llegaba con traje de disfraz, aunque, contó, estaban obligados a descubrirse ante el jefe de Policía, don Ventura Ahumada, parado en la puerta.

—Vuestra excelencia, sírvase seguir —le dijo Ahumada cuando Santander descubrió el rostro que llevaba embozado con el ala de su capa.

—¿Ya llegó el Libertador? —preguntó Santander.

—Acaba de llegar, está adentro.

Los palcos estaban llenos y la orquesta preludiaba una contradanza, recordó Delfín Caballero. En el patio se encontraban numerosos grupos de pie, uno de los cuales, integrado por ministros, magistrados y diplomáticos, rodeaba al Libertador, que hablaba con mucha animación, y cuando el general Santander se aproximó, se produjo alguna expectativa. Delfín Caballero, quien entonces no había cumplido los quince años, recordó que el saludo fue frío y ceremonioso, pero que luego, en medio del tumulto, los dos próceres caminaron juntos hacia la salida. Yo me fui aproximando para colocarme detrás de ellos, narró, y hubo muchos piches y empujones, hasta que el general Santander se puso detrás del Libertador, abrió los brazos a la altura de los hombros con la capa extendida y le formó como una pared al Libertador. Una vez afuera, según el relato de Caballero, se les unieron el general Córdova, el edecán Ibarra y otras personas.

—En el trayecto hasta el portón del Palacio, se despidieron dándose la mano —le dijo Caballero al historiador García Ortiz y le aseguró que, de ese modo, su patrón había evitado un atentado contra el presidente de la república.

El relato del anciano José Delfín Caballero conmovió a quienes conocieron entonces la historia de boca de García Ortiz, quien luego la incluyó en una de sus obras. Pero la narración afronta un problema de credibilidad. Por aquellos días hubo noticias de dos bailes de máscaras en el Coliseo, uno de ellos aquel en el que, en efecto, los conjurados prepararon un atentado con puñales contra Bolívar, cuando la aparición de Manuelita, sucia y desgredada, le salvó la vida al Libertador. Pocos días más tarde hubo otro más. Ambos ocurrieron antes del veinticinco de agosto, cuando Santander regresó a Bogotá de su gira por las provincias vecinas, de modo que él mal pudo haber ido al Coliseo, pues no se encontraba en la capital para esas fechas.

Acaso su mayordomo lo quiso imaginar así y, con el paso de las décadas, convirtió ese deseo en un recuerdo real. No de otro modo se explica que Santander no haya siquiera mencionado el asunto en sus memorias ni en los argumentos que presentó en su defensa durante el proceso que le siguió el general Urdaneta, como sí lo hizo con respecto a su intervención para desmontar el atentado de Soacha. Pero si hubiese sido cierto, si ese recuerdo que Delfín Caballero tenía grabado en la mente hubiese ocurrido en realidad, tal vez Bolívar y Santander habrían podido componerse y otra habría sido la historia.

* * *

Después de salvarle la vida al Libertador, el sargento José María Meneses

regresó a sus labores en el Palacio de San Carlos, como repostero de plata a cargo de la conservación y custodia de todos los utensilios de la mesa del comedor de la casa presidencial. Fue felicitado por sus superiores, pero Bolívar nunca le hizo un reconocimiento público ni fue incluido en los decretos de honores que el Libertador dictó para homenajear, incluso de manera póstuma, como en el caso del coronel Guillermo Fergusson, a quienes tuvieron una actuación destacada a favor del gobierno y del presidente, durante la noche septembrina.

Cuando Bolívar renunció a la presidencia y abandonó Bogotá, Meneses pidió licencia temporal y regresó a su tierra, en la provincia de Antioquia. Sirvió poco más de año y medio como sargento segundo integrado a la columna Abejorral, hasta que el veinte de febrero de 1833, a la edad de veintiocho años, obtuvo su licencia definitiva del ejército y regresó a su patria chica, en Carolina del Príncipe, unas buenas leguas al nororiente de Medellín.

En noviembre del año treinta y nueve se casó con Toribia Mesa Salazar, y con ella formó un hogar en la finca El Salto, un hermoso paraje en vecindades de la cascada de Guadalupe. Tuvieron cinco hijos, a quienes Meneses solía contarles sus recuerdos de la guerra de Independencia, su trabajo en el Palacio de San Carlos y la forma como salvó la vida del Libertador. Con los años, la narración de Meneses sobre la noche septembrina cobró fama en toda la comarca, de modo que, en mayo de 1883, cuando el gobierno de Antioquia le reconoció una pensión vitalicia de cincuenta centavos diarios como veterano del ejército patriota y pudo dejar sus labores en El Salto para irse a vivir a una casa de la calle Arriba, en Carolina del Príncipe, hasta allá llegaban estudiantes de los colegios de la región, llevados por sus maestros, con el propósito de escuchar los relatos de las batallas de Pichincha y Ayacucho y, sobre todo, de la noche del veinticinco de septiembre de 1828.

Cada año, el veinte de julio, Meneses encabezaba el desfile del día de la fiesta de la Independencia en Carolina del Príncipe. En el año ochenta y tres, para la celebración del centenario del natalicio del Libertador, el veinticuatro de julio, el presidente del Estado de Antioquia, Luciano Restrepo, creó una junta integrada por Eduardo Antonio Hoyos, Álvaro Restrepo Eusse y el entonces coronel Rafael Uribe Uribe, y la encargó de organizar los festejos en Medellín, la capital del Estado. La junta mandó adornar la plaza de Bolívar y los cruceros de las calles Colombia y Junín, y Ayacucho y Palacé, así como otros lugares por donde pasaría el desfile.

El cortejo fue encabezado por seis veteranos del Ejército Libertador: el general Francisco Giraldo, los capitanes Manuel Estrada y Simón Cuevas, y los sargentos José Bernardo Bolívar, Salvador Zapata y José María Meneses. Una fotografía tomada para la ocasión por Gustavo Gaviria, retratista contratado por la junta, muestra a Meneses en su uniforme de sargento segundo, la barba y el pelo blancos, y el sable de dotación colgado al cinto, bajo el brazo izquierdo.

Para finales de 1889, Meneses había cumplido ochenta y cinco años de edad, y aunque estaba enfermo, mantenía la mente despierta y recibía visitas de estudiantes, maestros y curiosos a quienes seguía relatando, con paciencia y buen humor, los detalles de su papel durante la noche septembrina. Pero el veinticuatro de febrero, después de varias semanas en cama y con la salud muy deteriorada, falleció. El pueblo se volcó para homenajear a su héroe, y hubo discursos, honores al pabellón nacional y un decreto de honores. En los últimos años, cuando le pedían que contara lo ocurrido, corregía a sus interlocutores cuando le decían que él había salvado la vida de Bolívar.

—No sé si la salvé —decía—, sus pulmones ya venían enfermos y sufrieron mucho esa madrugada, con los pies sumergidos en el agua helada de la quebrada y el alma destrozada por la traición.

—Pero salió sano y salvo de debajo del puente, y eso gracias a usted, sargento —le replicaban.

—Salvo sí, sano no —solía corregir.

Algo de razón asistía al sargento José María Meneses. En los meses que siguieron al asalto de los conjurados al Palacio, el Libertador encadenaba un resfriado tras otro, pasaba semanas enteras en cama, las fiebres lo atacaban con ferocidad y disparaban sus delirios, y los accesos de tos y las expectoraciones de flema lo desencajaban y, en ocasiones, lo dejaban tan agotado que le resultaba imposible cumplir con su agenda o desempeñar los más elementales deberes de presidente de la república. Era el preludio del lento pero irremediable deterioro que a finales de 1830, cuando intentaba, aunque tarde, seguir el consejo del general José de San Martín de escapar de la tierra que había liberado, acabó por llevarlo a la tumba. Las salvedades que el sargento Meneses hacía más de medio siglo después eran válidas. En cierto modo, él había sido testigo de la noche que mataron a Bolívar.

NOTA FINAL

Con este libro cierro una trilogía sobre los años de la Independencia, que empecé en 2009 con *El Mariscal que vivió de prisa*, seguí en 2013 con *Ahí le dejo la gloria* y remato ahora con *La noche en que mataron a Bolívar*. Como en los dos primeros, casi todos los hechos narrados se basan en episodios recogidos en cartas, partes de batalla, documentos judiciales y el trabajo de los historiadores. Del mismo modo, la inmensa mayoría de los personajes existió y los pocos que he creado, como el caso de María Margarita, la muchacha a quien Santander cortejaba en Santafé de Bogotá, en las semanas que precedieron al veinte de julio de 1810, se inspiran de algún modo en referencias de la época.

Al igual que ocurrió con la investigación y escritura de mis novelas anteriores, para salir adelante en este libro resultó fundamental contar con la treintena de volúmenes de las *Memorias del general O'Leary*, publicadas por su hijo Simón en 1879 y que adquirí en Caracas en 1984. Las *Memorias* han sido de una ayuda inestimable durante todos estos años, ya que contienen la mayor parte de la correspondencia entre Bolívar, Santander y Sucre, así como de los demás militares y civiles que protagonizaron aquellos años de gloria y de tragedia.

Habría sido imposible construir el personaje de Santander, y revivir los episodios tumultuosos y complejos del primer tercio del siglo XIX, sin la ayuda de las casi ochocientas páginas de la biografía del general que escribió Pilar Moreno de Ángel y que publicó Planeta en 1989. Más allá de los momentos en que cede a su excesivo entusiasmo por el personaje, la historiadora, fallecida en 2006, elabora con rigor y prolijidad un retrato completo del héroe.

Tengo también una deuda enorme con el capítulo sobre la conspiración septembrina de la obra maestra de José María Cordovez Moure, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. La viveza de su extenso y detallado relato, la ubicación precisa de los lugares donde sucedieron los hechos, y la textura que les da a sus párrafos con el lenguaje y costumbres de la época, no sólo me llenaron de recursos narrativos sino que me deleitaron.

En 1990, Germán Mejía y María Isabel Perdomo compilaron en tres tomos una verdadera joya, sin cuya lectura y revisión, caso por caso y documento por documento, es imposible comprender la conspiración contra el Libertador:

Causas y memorias de los conjurados del 25 de septiembre de 1828. La Universidad Nacional tuvo el acierto de subir esos volúmenes a internet hace algunos años, con una guía para facilitar su consulta. Con excepción de unos pocos folios que se perdieron en la hojarasca de los años, están allí no sólo los procesos completos de cada uno de los implicados en la causa, sino decenas de testimonios escritos años después por protagonistas y testigos.

Los actores del veinte de julio de 1810, de Manuel Pareja Ortiz, editado por la Universidad de la Sabana en 2013, es una reconstrucción tan amena como reveladora de aquella jornada, de sus antecedentes y de lo que vino en las semanas siguientes. También me alimenté de numerosos textos del historiador Germán Arciniegas sobre la relación entre Bolívar y Santander, sobre sus mejores días y sobre su deterioro.

El capítulo dedicado por Enrique Santos Molano a la noche septembrina, en su libro *Grandes conspiraciones en la historia de Colombia*, me aportó enfoques desconocidos para mí, y me obligó a investigar sobre la influencia de Estados Unidos en la Colombia de aquellos años y a descubrir atractivos filones.

Otros textos de José Asunción Suárez Niño, Eduardo Ruiz Martínez y Luis Horacio López, sobre distintos aspectos de la vida de Santander, complementaron mi visión del personaje. La investigación de Laureano García Ortiz, *Algunos estudios sobre el general Santander*, que editó el Ministerio de Educación en 1946, presenta novedosos enfoques y la invaluable charla con el mayordomo José Delfín Caballero en 1900.

Debo un especial agradecimiento a Mauricio Restrepo Gil, de quien leí un breve texto sobre el sargento José María Meneses, y al contactarlo por correo electrónico, se entusiasmó con mi proyecto y me envió sus publicaciones sobre este maravilloso personaje, así como otros textos, uno de Humberto Upegui Ortiz y otro de Francisco Duque Betancur, sobre el sargento que salvó al Libertador.

Las memorias histórico-políticas del general Joaquín Posada Gutiérrez y la *Historia de la revolución de la República de Colombia*, de José Manuel Restrepo, estuvieron siempre, al lado de mi teclado, para resolver dudas, precisar diálogos y situaciones, al igual que para mirar con perspectiva las evoluciones de aquellos años. Y claro, el siempre discutido *Diario de Bucaramanga*, de Luis Perú de la Croix, estuvo a la mano durante todos los días de investigación y escritura. La excelente recopilación hecha por Jaime Borja Gómez y Pablo Rodríguez Jiménez, *Historia de la vida privada en Colombia*, editada por

Taurus, me ayudó inmensamente para revivir el ambiente cotidiano de la época. Tuve también la suerte de consultar algunos textos e ilustraciones del libro del general Luis Eduardo Roca Maichel, *Historia de los uniformes militares de Colombia*, publicado en 1998.

En los años de investigación antes de iniciar la escritura, el historiador Pedro Arciniegas Rueda redactó para mí detallados memorandos sobre la carrera militar y la gestión de gobierno de Santander, su relación con Bolívar y la conjura del año 1828, además de que me ayudó con decenas de documentos pertinentes y absolvió mis dudas sobre numerosos aspectos.

La profesora Margarita Cadavid revisó el borrador final, para pescar errores de lugares, fechas, nombres, cargos e instituciones. Gracias a ella, la novela, cuya condición de libro de ficción no la libera de sus obligaciones con los hechos, sale con muchos menos errores.

Juan Fernando Posada, gran amigo, riguroso lector y amante de la historia, fue el primer lector del borrador final, y me ayudó mucho al plantearme dudas y consejos, y al señalar vacíos, grietas e inconsistencias que espero haber conseguido resanar a la hora de las correcciones finales.

Gracias a todos.

MAURICIO VARGAS LINARES
mauriciovargaslinares@gmail.com

¿De dónde venimos y qué es esto que somos hoy en día? Esta novela habla del valor de la amistad, el deseo, la lealtad y la memoria como salvavidas de unos héroes anónimos, atormentados y desgastados por el tiempo, que buscan rescatar lo mejor de sí y demostrar que no todo está perdido, porque el viaje, el verdadero viaje, siempre opera dentro del hombre cambios sustanciales.

Mario Mendoza. Nació en Bogotá en 1964. Con el libro de cuentos *La travesía del vidente*, editado por Planeta, obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. En 2002, ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás*. En 2004 publicó el libro de cuentos *Una escalera al cielo*. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009) y *Lady Masacre* (2013), la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011), y *La importancia de morir a tiempo* (2012). *Paranormal Colombia* (2014) es su libro de no ficción más reciente.



León Soler es un psiquiatra soltero y sin hijos que se acerca a los cuarenta años y sigue atrapado en una rutina carente de brillo. Vive obsesionado con su profesión, hasta que una mañana recibe una extraña carta en su consultorio. Va sin remitente y tiene el dibujo de un murciélago que sostiene un letrero con el mismo término que usó el artista Durero en su famoso grabado: La Melancolía.

El contenido de esa y futuras correspondencias sacudirán a Soler, lo llevarán al pasado de su niñez y lo moverán emocionalmente en el presente para tratar de encontrar a su viejo amigo, Alfonso Rivas, un hombre deforme, enano y jorobado que le ha devuelto, sin saberlo, el favor más grande: salvarlo del extravío como solo un navegante es capaz de encontrarse a sí mismo mientras sorteaba la furia de los océanos.

A E
& I



Autores Españoles e Iberoamericanos